

Aguas Vivas
<http://www.aguasvivas.cl/>

“CRISTO, EL TODO EN TODOS”

MENSAJES

Transcripción de los trece mensajes compartidos a las iglesias en el Retiro realizado en Rucacura, (sector rural de la Región de la Araucanía, Chile) entre el 27 de enero y el 3 de febrero de 2002.

Aguas Vivas
<http://www.aguasvivas.cl/>

ÍNDICE

La revelación interior

Eliseo Apablaza F. (Domingo 27.01.02)

El comienzo de la obra de Dios en el hombre es una revelación interior de Jesucristo. Sin ella, otras cosas - doctrinas, tradiciones, énfasis- ocuparán el lugar de Cristo en el corazón y desvirtuarán el propósito original de Dios, el cual es que Cristo sea el todo en el creyente.

Bajar archivos de audio: [Windows Media](#) (5,7 MB) · [MP3](#) (9,0 MB).

La imagen de Dios (I)

Roberto Sáez F. (Lunes 28.01.02)

La imagen de Dios es Cristo. Pero no es Cristo solo, en su individualidad, sino en la multiplicidad de relaciones con el Padre y con el Espíritu Santo. Relaciones de sujeción, de cooperación, de comunicación, de santidad. La imagen de Dios es, en este sentido, un modelo de relaciones, cuya expresión más perfecta se vive en la tierra en la iglesia, el Cuerpo de Cristo.

Bajar archivos de audio: [Windows Media](#) (5,8 MB) · [MP3](#) (9,1 MB).

El vivir en Cristo

Gonzalo Sepúlveda H. (Lunes 28.01.02)

La revelación de Cristo en el corazón del creyente es un poderoso recurso para vivir en Cristo. El ejemplo del apóstol Pablo nos muestra cómo cualquier circunstancia de la vida cotidiana puede ser enfrentada con gozo en Cristo, y cómo en cada una de ellas Cristo puede ser magnificado.

Bajar archivos de audio: [Windows Media](#) (5,2 MB) · [MP3](#) (8,1 MB).

Caída y recuperación

Roberto Sáez F. (Martes 29.01.02)

Bajar archivos de audio: [Windows Media](#) (4,8 MB) · [MP3](#) (7,6 MB).

El misterio de Cristo

Rodrigo Abarca B. (Martes 29.01.02)

Algo estuvo oculto en Cristo desde los siglos eternos. Ese algo – la Iglesia – no se manifestó hasta que Cristo murió en la cruz. Poco después, Pablo recibió la luz necesaria para dar a conocer ese misterio escondido. Pero, ¿cuál es el lugar que ocupa la Iglesia en el propósito eterno de Dios? ¿Cuál es la razón de su existencia? ¿Cuál es su dignidad, su obra presente y su gloria final?

El primer amor

Rubén Chacón V. (Miércoles 30.01.02)

Si el comienzo de la caída de la Iglesia fue el abandono del primer amor, ¿cuál será el comienzo de su restauración? He aquí los inicios en la búsqueda del primer amor, es decir, el amor al Primero y del Primero: Cristo.

Articulación y edificación de la iglesia

Eliseo Apablaza (Miércoles 30.01.02)

La visión de la Iglesia en su llamamiento eterno y en su gloria futura es, sin duda, gloriosa. Pero es incompleta. Hay una dimensión terrena de la iglesia que conviene también conocer. ¿Cuál es la naturaleza de la iglesia local? ¿Cómo se articula y funciona para que Cristo llegue a tener en ella la preeminencia?

Hallados en Cristo

Claudio Ramírez L. (Jueves 31.01.02)

El punto de encuentro de todos los cristianos es Cristo. En él desaparecen las diferencias, las jerarquías y los complejos. La vida del cuerpo – la iglesia – sólo puede expresarse si todos nos hallamos en Cristo.

El lugar del amor

Rodrigo Abarca B. (Jueves 31.01.02)

¿Cuál es la esencia de la vida cristiana? ¿Es el amor de Cristo? ¿Es el amor por Cristo? La experiencia individual del amor de Cristo, siendo legítima y necesaria, es rebasada, sin embargo, por la experiencia colectiva de la Iglesia. Más allá de los dones y de los ministerios, es por el amor que la Iglesia es edificada como cuerpo.

El primer amor: el comienzo

Rubén Chacón V. (Viernes 01.02.02)

He aquí el principio de un «Manual de amor» para el creyente que quiere avanzar en su devoción hacia Cristo. Un mensaje basado en los primeros capítulos del «Cantar de los cantares», y dedicado especialmente a los jóvenes, a los que comienzan, y también a aquellos cuya vida espiritual ha ido por montes y por valles.

Un servicio aprobado

Gonzalo Sepúlveda H. (Viernes 01.02.02)

No todo servicio prestado es un servicio al Señor. ¿Cuáles son las características de un servicio espiritual, un servicio normal?

La imagen de Dios (II)

Roberto Sáez F. (Sábado 02.02.02)

Entre los rasgos distintivos de la imagen de Dios están también el amor, la cruz y la gracia de dar. Tres preciosos rasgos que son en realidad uno solo, y que ha quedado demostrado ampliamente por el Padre y por el Hijo de Dios en su relación con el hombre.

Una visión apostólica

Eliseo Apablaza F. (Sábado 02.02.02)

Domingo 27 de enero (noche)

LA REVELACIÓN INTERIOR

Eliseo Apablaza F.

Vamos a ponernos delante del Señor, nuestro Padre, para que nos conceda su palabra. Padre, sabemos que Tú nos escogiste a todos nosotros, antes que naciésemos estuvimos en Tu corazón, y en el tiempo, en el momento oportuno, Tú nos llamaste, y nos revelaste a Tu Hijo. Ahora, Padre, háblanos por Tu Palabra, muéstranos mas del Hijo de tu amor. Sabemos que esto es Tu agrado, que El sea conocido, amado servido. Cúmplase en nosotros tu propósito esta noche. En el nombre de Jesús. Amén.

Por largo tiempo, Dios tuvo un secreto muy guardado en su corazón. Un misterio que por largos siglos no dio a conocer. Era algo que acariciaba en su corazón y esperaba el momento preciso para revelarlo, para mostrarlo. Sabemos, a la luz de la Palabra, que ese misterio que estaba escondido en Dios, desde antes de que el mundo fuese, por el cual, por quien fueron hechas todas las cosas, es el señor Jesucristo, ¿es así? El misterio de Dios es Cristo. En otro tiempo escondido, ahora revelado. ¿Cómo es Cristo para nosotros? ¿Un misterio escondido, o un misterio revelado? Cristo es un misterio revelado.

Tal vez seamos pobres algunos de nosotros, no muy ilustrados algunos de nosotros, pero esto, conocer este misterio es lo que nos distingue, es lo que nos hace sabios, es lo que nos hace ricos. Cristo nos distingue, amados.

La revelación del misterio

En el libro de Colosenses se habla de este misterio que estaba escondido en el corazón de Dios, y se dice en el capítulo 1 verso 27 que Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles. Los gentiles somos

nosotros. Nosotros no somos judíos, somos gentiles. Los judíos tenían el privilegio de conocer en otro tiempo a Dios, de acercarse a Dios. Pero Dios quiso ahora dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio ¿a quiénes? A los gentiles. Los despreciados, los incircuncisos, los ignorantes, nosotros ... los gentiles. Dios nos quiso revelar este misterio, las riquezas de la gloria de este misterio, “que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”. Digámoslo en primer persona, Cristo en nosotros la esperanza de gloria. Otra vez, Cristo en nosotros la esperanza de gloria. La palabra “en” podemos reemplazarla por “dentro”. A ver, ¿digámoslo?, Cristo dentro de nosotros la esperanza de gloria. ¿Tú puedes reconocer a Cristo dentro de ti? ¿Si, está o no está? Cristo está dentro de nosotros, Cristo está dentro de mí, digámoslo en primer persona, Cristo está dentro de mí.

¿Hermano te das cuenta de lo que estamos diciendo? Cristo dentro de nosotros. Puedes ser que tú no valgas mucho a los ojos del mundo, pero Cristo está dentro de ti, no importa lo que digan, no importa la opinión de la gente, la cotización del mundo, pero Cristo está dentro de ti. Esta es nuestra realidad, esta es nuestra realidad, Cristo es una realidad. La canción de los jóvenes dice “es una gloriosa realidad”, ¿es un sueño? ¿Es una aspiración? Es una realidad, Cristo es nuestra realidad más bella. Aquí dice, sin embargo, que es la esperanza de gloria, siendo la realidad nuestra hoy es también una esperanza, en el sentido de la gloria. Hoy día nosotros no tenemos a Cristo expresado en toda su gloria, ¿Cómo está Cristo dentro de nosotros? Está como escondido, ¿sí? Un tesoro en un vaso de barro, es eso ¿no?. Sin embargo, el Señor se está comenzando a expresar, a manifestar a través de estos vasos, pero en forma parcial todavía, llegará un día en que la gloria del Señor se expresará absoluta, total y cabalmente a través de ti y de mí.

Colosenses capítulo 3 dice también, verso 4: “Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste entonces vosotros también seréis manifestados con El en gloria. Cristo vuestra vida. Amados hermanos, esto significa una progresión, Cristo vuestra vida es una progresión, es un avance con respecto a lo que dice en el verso 27 del capítulo 1, pareciera que ser más que Cristo en nosotros, es Cristo vuestra vida, nuestro vivir, nuestro

movernos, nuestro andar, nuestro reposo, nuestro trabajar, nuestro reír, todo, Cristo más cerca. Una vida canjeada, ya no más yo, sino Cristo. Amado, que precioso es eso, no ya yo, mas Cristo. ¿lo anhelas, lo deseas? Que nadie más vea al Julián, al Pedro, a la María, a la Elsa, que vea a Cristo. Aleluya.

3:11 dice: "... Donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos". Esto parece ser la culminación. ¿Que hay mas alto que eso? Cristo es el todo en todos, significa que no hay nada aparte de Cristo. El está al principio y al fin, delante y detrás, adentro afuera, en lo íntimo y en lo externo, Cristo el todo en todos, personas, ángeles, seres espirituales, todo. Y pareciera ser que el propósito de Dios según Hebreos capítulo 2 es que también El lo sea en todo, en todo. Cristo sea el todo en todo. Significaría eso que los árboles, que los ríos, las montañas, los pájaros, los seres pequeños, los seres grandes, las estrellas, las galaxias inconmensurables, todo, ¡todo! Expresará a Cristo y el será el todo en todo. ¿Es digno el Señor de ser el todo en todo? ¡Es digno de que el Señor sea el todo en todo! Es digno el Señor. ¿Podemos decirlo? Es digno el Señor. Es digno de que sea el todo en todos.

Cristo en nosotros, Cristo, nuestra vida, Cristo el todo.

Durante estos días amados hermanos, hablaremos un poco mas de estas cosas, comencemos hoy hablando de lo básico. Cuál es el pilar, cuál es el fundamento. La piedra angular. Cristo dentro de nosotros ¿Cómo es que llegó Cristo a estar dentro de nosotros? ¿Cómo se nos metió Cristo adentro? Amados hermanos, Cristo es un misterio tan inexplicable, tan incomprensible, tan alto, tan sublime, que el único que lo conoce de verdad y completamente es el Padre, es Dios. ¿Cómo podríamos nosotros? ¿Cómo es que llegamos nosotros? Siendo tan bajos, tan viles, una materia tan deleznable, ¿Cómo es que nosotros llegamos a tener a Cristo adentro?

La experiencia de Pablo

Quisiera mostrarles la experiencia de Pablo. Ustedes saben lo que le pasó en el camino a Damasco, ¿lo saben? ¿Qué pasó cuando Pablo iba camino a Damasco? ¿Cayó? ¿Qué ocurrió en los aires? Hubo una luz que sobrepasó la luz del sol. ¿Qué pasó con Pablo? Quedó ciego. Cuando estaba en el suelo, escuchó una voz, el Señor le habló. Le dijo varias cosas, pero entre ellas, le dice “Yo soy Jesús, a quien tú persigues”, Pablo le dice “¿Qué haré Señor?” y Él le dice “Levántate, y ve a Damasco y allí se te dirá todo lo que está ordenado que hagas” entonces fue a Damasco, a la casa de un discípulo. Ananías vino a Pablo al tercer día de estar Pablo sin comer ni beber, y le dice: “El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conozcas su voluntad y veas al justo y oigas la voz de su boca, porque serás testigo suyo a todos los hombres de lo que has visto y oído”.

Aquí en Damasco y en el camino a Damasco, ocurren hechos que transformaron la vida de Pablo. Fue un vuelco total, su antigua vida quedó atrás, un nuevo hombre salió de esos tres días de oscuridad. Una luz, una voz, la ceguera, un milagro, la sanidad, la llenura del Espíritu, ocurrieron hechos allí, extraordinarios, cuando Pablo relataba su conversión, (varias veces lo hizo), él contaba todas estas cosas, muchas veces recibió castigo, fue azotado, perseguido, encarcelado, por decir su testimonio, sin embargo, lo más glorioso que ocurrió en ese momento, en esos días lo cuenta Pablo a las Iglesias de Galacia. Gálatas, capítulo 1, no fue la luz cegadora, no fue la voz terrible desde los cielos. Fue algo más profundo, que ocurrió dentro de Pablo; Gálatas 1, versículo 11 dice: “Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo. Porque ya habéis oído acerca de mi conducta en otro tiempo en el judaísmo, que perseguía sobremanera a la iglesia de Dios, y la assolaba (...) Versículo 15: “Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles...”

Ustedes conocen esa Escritura, ¿cuándo ocurrió ese hecho, que Pablo relata a los hermanos, en Galacia? Esa revelación

que el Padre hizo dentro de su corazón, en su espíritu. Cuando él relataba su conversión, él contaba hechos externos, una luz, una voz, la ceguera, etc. pero aquí cuando él escribe a las iglesias de Galacia, las iglesias que estaban comprometidas con un legalismo, que se habían desviado del evangelio de la gracia, las iglesias que se estaban pervirtiendo en su fe, que estaban desligándose de Cristo, para caer en las obras. Cuando Pablo necesitó echar mano a la autoridad de Dios, hacer valer los recursos que de Dios había recibido, él habla de que él no es un apóstol constituido por hombres, el evangelio no lo recibió de hombres y la revelación que él tiene no la recibió de hombre alguno, sino del propio Dios, el propio Dios que lo llamó y quiso revelar a su hijo en él.

Amados hermanos, nosotros leyendo el libro de Hechos, capítulo 9, podríamos pensar, que lo más glorioso de la experiencia de Pablo fue caer, escuchar la voz, que dar ciego, recibir sanidad y todo eso; sin embargo, lo más glorioso, lo que aquí en Gálatas le otorga a Pablo la autoridad apostólica, no es aquello, sino es haber recibido del Padre la revelación acerca de su Hijo. Hay muchos en el día de hoy en la cristiandad, que están embelesados en las cosas externas, en los milagros, en las luces, en las sanidades, en las demostraciones externas del poder de Dios, sin embargo, el propósito final de Dios, el propósito último, no es hacer este tipo de cosas, sino que es revelar a su Hijo en el corazón de los hombres.

La experiencia de los que son de Cristo

Hermanos, para que Cristo sea el todo en nosotros, en los hombres, en los cristianos, en general, tiene que primero producirse este milagro, este descubrimiento, esta revelación, tiene que llegar un momento en el que los cielos se nos abren, en que Cristo nos es descubierto, en que nuestros ojos son tocados, con el colirio de Dios y nos damos cuenta que los milagros no son nada, que las luces no son nada, que los grandes predicadores no son nada, que conocer una corriente doctrinal no es nada, que tener una moda religiosa no es nada, que conocer una tradición no es nada, que Cristo lo es todo, sólo Cristo lo es todo, la revelación de Dios, de Jesucristo. ¡La revelación de Jesucristo!

Esta revelación, sin embargo, es una propiedad de Dios, sólo Él la tiene en su mano, sólo Él la da a quién quiere, sólo él la administra. No son muchos los privilegiados con esta revelación. Hay muchos haciendo grandes obras, realizando grandes trabajos para Dios, pero no conocen al Señor Jesucristo. En ellos nunca el Señor podrá llegar a ser el todo.

¿Por qué tú tienes paz en el corazón? ¿Por qué tú tienes gozo, reposo, por qué tú tienes hoy la conciencia limpia, ¿por qué tú eres bueno? ¿Por qué eres mejor que otros? No; porque Cristo mora en ti. ¿Por qué eres guardado de accidentes, de desgracias, de plagas, por qué duermes en paz, tienes trabajo y no falta el pan en tu mesa? ¿Por qué tú eres mejor? ¡No! Porque Cristo está en ti. Y el Padre cuida lo que tiene dentro de ti. ¡Aleluya! ¡Qué firme fundamento! ¡Qué gloria más grande! ¡Qué tesoro más inconmensurable! ¡Cristo en nosotros! ¡Cristo revelado por el Padre! ¡Dios nos ha revelado a su Hijo!

¡Dios ha descubierto el velo! ¡Dios nos ha revelado a su Hijo! ¡Esta es nuestra gloria! ¡Vanamente un atleta podría correr una carrera si no corre desde la Partida! Vanamente un constructor podría levantar un edificio si no pone bien el cimiento. ¡Este es el comienzo! ¡Este es el punto de partida para que Cristo llegue a ser el todo!

En 2 Corintios 5:16 dice: “De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así”. ¿Cómo conocen a Cristo las gentes? ¿Por una película? ¿Lo conocen por una novela? ¿Lo conocen en las páginas de la historia? ¿Lo conocen por algún relato de infancia? ¿Lo conocen por la lección de la Escuela Dominical? Los apóstoles que anduvieron con el Señor Jesús podrían ellos decir: “Nosotros le conocimos cuando hizo milagros, cuando fue y cuando vino, cuando salió y cuando entró, ¿pero saben? Ni siquiera ese conocimiento que los apóstoles tenían en esos tres años y medio con el Señor era el conocimiento fundamental. Ese no era el conocimiento que podría poner el fundamento para una edificación espiritual. Hermano, el fundamento de la obra de Dios no es conocer a Cristo físicamente, no es conocerlo en un cuadro, en una película. El fundamento de la obra de Dios

es Cristo revelado en el corazón del hombre. ¡Esa es la obra de Dios!

Amados: Cristo está en nosotros revelado por el Padre. Si lo hubiésemos conocido en la carne, no importa eso. Diríamos igual que Pablo: “Ya no lo conocemos así.” El conocimiento que tenemos de él es espiritual. Del Espíritu Santo a nuestro espíritu.

La revelación del Padre

Mateo 16. El Señor les pregunta a sus discípulos: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Las respuestas menudean cada cuál más errada. Hasta que Pedro dice la gran declaración: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”. Esta declaración no fue producto de la inteligencia de Pedro. No fue producto de un curso de Teología avanzado. No fue una imaginación de Gamaliel, el más versado de los fariseos de la época. ¿De dónde provino esa expresión que pronunció Pedro? “Bienaventurado eres, Simón, Hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos.” ¿Podemos decir nosotros esto, que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente? No sólo porque lo sepamos mentalmente, sino porque sea una realidad? ¿Podemos decirlo? ¡Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente!

No sirve que los sepamos de memoria. No sirve que lo hayamos escuchado. Sólo nos sirve que el Padre nos haya revelado a su Hijo. Aleluya. Aleluya. “Mi Padre que está en los cielos ... Y Yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.” Aquí se habla de una roca. La roca aquí naturalmente que no es Pedro. Y que no es Cristo en el trono de Dios ahora. La roca es Cristo revelado en el corazón tuyo. Cristo revelado en tu corazón. ¡Esta es la roca! ¿Hay algo seguro, hay algo firme, hay algo imposible de remover? ¿Sí? Es la revelación que el Padre ha hecho en tu corazón acerca del Cristo. Sí; que vengan las tempestades, que vengan los huracanes, que venga Satán con todo su furor. ¿Hay algo incommovible en la tierra? ¡Cristo revelado! ¡Cristo en ti y en mí! ¿Sí? ¿Lo crees, hermano amado? ¿Lo crees? ¡Si hay algo firme esto es Cristo revelado en mí! ¡Porque aunque mi mente se olvidara, mi espíritu lo recordaría! ¡Porque

aunque mis sentimientos se apagaran, mi espíritu todavía lo tendría presente! ¡Cristo en mí! ¡Cristo es nuestra esperanza de gloria! Cristo revelado por el Padre! ¡Aleluya! ¡Aleluya!

“Sobre esta roca edificaré mi iglesia”. Pedro tú eres demasiado voluble como para que seas una roca. Eres cambiante, traicionero, eres timorato. Tú, hombre que estás en Roma, eres demasiado pequeño para que tú seas la roca. ¡Jesús es la roca! ¡Revelado ... ¿a quiénes?

Mateo 11:25: “En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo ... ¿Qué dijo el Señor? El estaba contento aquí, ¿podemos imaginarlo? Su rostro sonriendo, mirando al cielo, sus ojos traspasando las nubes, mirando al Padre en su trono: “... Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó.”

¿Qué dice el Señor en ese momento de éxtasis? “Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños.” ¡Aleluya! El Padre escondió y el Padre reveló. Los sabios quedaron burlados. Los entendidos quedaron con sus mamotretos inútiles. Con sus pergaminos apolillados. Con su filosofía arrumbada. Y los niños, los ignorantes y los pobres, los pecadores, los artesanos, los mueblistas, los campesinos, los labradores, los que van detrás de un buey en el arado, los que sacan la papa, los que toman la manzana del árbol. ¡Los niños, oh, los niños! ¡Aleluya! “¡Así te agradó!” ... El fundamento de la Iglesia es Cristo revelado!

Hay instituciones humanas que tienen como fundamento un decreto, un organigrama, un credo, unos estatutos, una personería jurídica, o un gran hombre del pasado que constituye su gloria, o una tradición milenaria. Eso no es el fundamento de la iglesia. No es la mejor doctrina, no es la mejor teología. Es Cristo revelado por el Padre. Entonces Dios revela a su Hijo, y dentro del corazón se produce un milagro. Nosotros aprehendemos, nosotros recibimos, se abren nuestros ojos y se descorre en velo. ¿Cuántas veces hemos oído: “Hermano, ahora entiendo, ahora lo sé, ahora lo tengo”. Pasé años, años enseñando, leyendo la Biblia, años orando, años sirviendo aquí, sirviendo allá, pero ahora veo. Ahora lo

tengo, ahora Cristo está en mí”. Eso lo hemos oído muchas veces. Yo también lo he dicho. ¿Es nuestra realidad? ¿Cristo es nuestra realidad?

¿Cuánto hemos tomado de Cristo? ¿Cuánto estamos disfrutando de Cristo? Amados, ¿Cuánto está ocupando Cristo en tu corazón? ¿Cuántos vericuetos de nuestra alma está poseyendo, teniendo él? ¿Cuántos rincones de nuestro corazón está ocupando el Espíritu de Cristo? En estos días esperamos que Cristo vaya siendo el todo. Vaya avanzando para que llegue a ser el todo en nuestro corazón, en nuestra vida. Porque comenzará por nosotros; mañana lo será en todo el mundo. Los reinos de este mundo, y después, el universo entero. Todo expresará a Cristo. Pero hoy, amados hermanos, es necesario que él sea el todo en nosotros. Que nuestros corazones se abran, se rindan y se inclinen, para que mañana Él pueda ocuparlo todo en el universo entero.

El propósito de Dios no es, por tanto, formar una denominación, una institución, una obra, establecer una misión, darle alas a un ministerio, levantar un hombre talentoso. El propósito de Dios es Cristo expresado, revelado, contenido en toda la creación. Cristo primeramente en el corazón del creyente, en el seno de la iglesia. Cristo en el seno de la iglesia tiene que también ocupar el señorío, la preeminencia, la supremacía. En estos días esperamos que el Señor nos hable acerca de esto también. ¿Cómo la iglesia en mi localidad puede expresar todo Cristo? Parece que la expresión que tenemos es tan débil. El propósito de Dios no es establecer una obra, aunque sea muy loable, sino en revelar a su Hijo.

Sin revelación de Jesucristo se pierde el norte

Hermanos, ¿podemos ver lo que significa Cristo para el Padre? Antes de la creación, se gozaba en el amor de su Hijo. Por él y para él hizo todas las cosas. Hermano, esto que existe, esto que tú ves no tiene sentido sin Cristo. No tenía existencia antes de él, no tiene ninguna razón de ser fuera de él. Lo que pasa, amados, cuando no hay esta revelación de Cristo en el corazón, entonces los hombres leen la Biblia, dicen ¿Cómo podemos agradar a Dios? Leen y dicen: ¡Ah, para agradar a Dios tenemos que hacer esto y lo otro. Esta

obra, aquélla iniciativa, tenemos que realizarla. Ah, consiste en tomar Éxodo 20 y cumplirlo, los diez mandamientos. No, Hechos capítulo 2, el bautismo en el Espíritu Santo, la obra de Dios consistirá entonces en que todos seamos llenos del Espíritu Santo y que todos hablemos en lenguas. No, Hechos capítulo 3, la sanidad del cojo, los milagros, las sanidades. Esa es la obra de Dios.

Amados hermanos, hay mucha obra humana realizándose hoy en el mundo cristiano. Énfasis diferentes. Se toma un versículo de la Escritura o un capítulo, y se hace de eso la verdad fundamental. Y comenzamos a trabajar, invertimos dinero, y lo llenamos todo con esta verdad. Uno dice: “Lo más importante de las Escrituras es la santidad. Predicaremos la santidad”. No hagas, no toques, no hables, tienes que ser santos, porque Dios es santo.” Un movimiento de la santidad. En estos últimos días, hay una nueva corriente por el mundo: “las iglesias por las casas” se llama. ¿El énfasis? Tener iglesias por las casas. El principal impulsor de esa corriente escribió lo siguiente a sus hermanos de las iglesias en las casas. “El movimiento de las iglesias en casas apenas habla alguna vez de Cristo. Menciones, sí, referencias hacia él, sí, pero revelarles, no he visto que eso ocurra. Caballeros, el movimiento de la iglesia en casas está metido en graves problemas. La razón es simplemente que no hay una revelación de Jesucristo entre nosotros.” (Gene Edwards.)

El gran problema que están teniendo los hermanos es que no está habiendo revelación de Jesucristo. Hermano amado, hagámonos por un momento un examen. ¿Estamos siguiendo una corriente religiosa? ¿Estamos aquí porque nos gustan las canciones? Hemos venido aquí porque este es un lugar amplio, los niños pueden jugar, lo pasan bien, está cerca del mar. Amados hermanos, ¿cuál es nuestra verdad fundamental? ¿Es la mesa del Señor cada primer día de la semana? ¿Es el bautismo por inmersión? ¿Es que las hermanas tienen que usar velo? ¿Es que tenemos que repetir muchas veces en la reunión “Jesucristo es el Señor”? Hermanos, si perdemos la revelación de Jesucristo, lo perdemos todo. Todo.

Si dejamos de predicarlo, si dejamos de mostrarlo, de enseñarlo ... Hermano, quiero decirte algo que infunda un

poco de temor en tu corazón. Joven, hermano nuevo, tal vez, has llegado a nosotros, estás caminando estás participando de la mesa ¿crees que está todo bien, pero no has visto al Señor? ¿Te parece que todo está bien si no lo has visto? ¿Te parece que es suficiente con bendecir la mesa, con cantar estas canciones, o venir a Ruka-Cura, con tener la literatura, con ofrendar? Amados, tenemos que declarar nuestra nulidad, y decir: “Padre, revélanos a tu Hijo” Y si ya lo tengo revelado: “Padre, llénanos de él, que parece que lo conozco tan poco todavía, que lo amo tan poco todavía.” Si me conformo con la última revelación de Cristo que tuve hace tres años atrás. La palabra del Campamento pasado fue hermosa, aquí se ha dicho. Ayer lo recordábamos: “Vamos adelante a la perfección.” Hermanos, esa fue la palabra del año pasado. Nos habló, y nos llevó de la mano durante un año entero, pero todavía ese no es el centro. El centro es Cristo.

Hermano, desde aquí declaramos nuestra impotencia. Tú puedes decirme: “Hermano Eliseo, predícame a Cristo. Yo quiero tener a Cristo revelado. Revélame. Muéstramelo.” El hermano Eliseo podría hacer esfuerzos sobrehumanos. Podría predicarte todos los días y abrirte las Escrituras del Génesis al Apocalipsis, y podríamos hacer estudios bíblicos. Pero sabes? Si el Padre no te revela a Cristo, entonces, ese pobre hombre ha perdido su tiempo. (¡Oh Padre, es tu obra! ¡Padre, revela a tu Hijo!) La experiencia de Pablo no era única, no era exclusiva. Pablo no era un hombre especial. Bueno, era un vaso escogido, pero en este sentido, tú eres igual que Pablo. Tienes los mismos derechos que Pablo, como para decirle a Dios que te revele a su Hijo. El día que eso venga a tu corazón, que tú lo experimentes, entonces vas a darte cuenta que nada de aquello en lo cual has puesto tu confianza es válido, es suficiente.

Hermano, ¿te pasó a ti, cuando eras niño, que para que no tuvieras temor en la noche, te ponían la Biblia abierta en el salmo 91? A alguno tal vez le pasó. A mí me lo hacían. Hermanos, no es la Biblia en el Salmo 91, es Cristo. Cristo es nuestro refugio, nuestro escudo, Cristo es nuestro fundamento, nuestra roca. Hermanos amados, quisiera

invitarles esta noche a todos los que estamos aquí para que hagamos una oración antes de terminar.

Los que tienen dudas acerca de si Cristo está revelado o no en el corazón, vamos a orar pidiéndole al Padre que lo haga esta noche. Amado, esto no es sólo una enseñanza, no es un tema que estamos desarrollando, estamos ministrando a Cristo. Cristo tiene que ser impartido. Cristo tiene que venir al corazón de cada creyente y ser glorificado. Vamos a creer que eso ocurrirá esta noche cuando oremos en un rato más.

¿Hay algo en que tú te apoyes aparte de Cristo? Tal vez signifique que Cristo no es todoficiente para ti. Tal vez te apoyes en que hace muchos años que caminas en el evangelio, o te apoyes en que eres pastor, o en que estudiaste e un Seminario, te apoyas en tu buena conducta. Hermano, si no es Cristo, no es una base suficientemente sólida. ¿En qué se conoce que Cristo está revelado? En que todo lo demás cae. Todo lo demás, cae. Pone cualquier nombre, cualquier cosa. Cualquier énfasis, cae, porque Cristo es demasiado precioso para que algo se le compare. Amado hermano, Cristo está ahora aquí por su Espíritu, está hablando a mi corazón, está hablando a tu corazón.

Para que Cristo sea el todo en tu vida tiene que haber ocurrido primero este milagro: Cristo revelado por el Padre. Amén.

Vamos a asegurarnos en esta noche que esto ocurre con todos nosotros. Estemos de pie. Vamos a orar. Les ruego que, por un momento, se olvide de la persona que está a su lado.

La obra del Espíritu Santo es traer esta revelación al corazón del hombre. El Padre lo ha enviado para eso, para darlo a conocer, para revelarlo.

Padre, te damos gracias por tu palabra. Te damos gracias por tu amado Hijo Jesucristo. Nosotros reconocemos que él es el que agrada tu corazón. Nosotros no podemos agradarte a ti, pero Cristo en nosotros te agrada. Cristo revelado en nosotros es el fundamento de nuestra vida, es el fundamento de la iglesia. Cristo en nosotros, la esperanza de gloria. Padre en esta hora te rogamos que por el Espíritu Santo tú reveles a tu

Hijo. Revélalo en el corazón del que está dudando ahora. Del joven que ha llegado aquí tal vez con otra motivación, de la visita que por primera vez está en este lugar, y se encuentra con esta palabra sorprendente. Padre, revela a Jesucristo, revela, Padre a tu Hijo en cada corazón ahora. Sabemos que este es tu agrado, que {este es el deseo más íntimo de tu corazón. Sabemos que todo los demás palidece ante la gloria de tu Hijo. Padre, no queremos aparte de tu Hijo. Revélalo a mi corazón más y más. Dígalo usted, hermano, usted joven, dígalo anciano, dígalo hermano, hermano: revela, Padre a tu Hijo en mi corazón. Padre, abre mis ojos, Padre, abre mi entendimiento, yo quiero ver a Jesús, quiero verlo todosuficiente, quiero verlo perfecto, completo, cabal, quiero verlo en toda su gloria. Padre, Padre. Quiero que Cristo sea el todo en mi vida, para que mañana pueda ser el todo en el universo. Padre, Padre, Padre, Abba, Padre. Gracias, gracias. Por los milagros que están ocurriendo ahora. No milagros externos que se disipan, que se olvidan, que apenas tocan la epidermis. No, Padre, no esos milagros. El milagro de esa revelación interior, de ese descubrimiento en el espíritu nuestro acerca del Hijo de tu amor. Padre, sabemos que nada más te agrada. Nada más alegra tu corazón.

Te damos gracias, por revelarnos a tu Hijo. Todo lo demás es basura. Todo aquello en que yo confiaba no sirve. Toda mi gloria de otro tiempo se desvanece ante la gloria del Hijo de Dios. El Hijo de tu amor. Padre, padre. Mira cada uno de los que están aquí, de los niñitos en los cuales tú te agradaste en revelarles a tu Hijo. Padre, afirma esta revelación. Que el diablo no nos toque. Le prohibimos al diablo tocar a tus pequeños. A los amados de tu corazón. Defendemos esta asamblea. Guardamos la fe en todos los corazones aquí reunidos. Tomamos el escudo de la fe. Cristo está en mí, Cristo ha sido revelado en mí. Hermanos, nosotros no vivimos ya, Cristo vive en nosotros y lo que ahora vivimos, lo vivimos en la fe del Hijo de Dios.

Gracias, Padre, por revelarme a tu Hijo. Gracias. No importa lo que estés sintiendo. Si hay una duda en tu corazón, ordenamos a esa duda que se vaya. Hoy creemos, hoy creemos que el Padre nos ha revelado a su Hijo. Cristo es nuestra gloria, nuestro fundamento, nuestro todo. Gloria,

Padre, Gloria a tu Nombre. Abba, Padre. Jesús, el agrado de tu corazón. Jesús es el todo y en todos. ¡Gracias al Señor!

Lunes 28 de enero (mañana)

LA IMAGEN DE DIOS (I)

Roberto Sáez F.

Vamos a comenzar con Génesis 1:26-27: “Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.”

Vamos a compartir esta palabra esta mañana. Nos vamos a pasear un poco por varios pasajes de la Biblia. El tema que me ha tocado compartir es sobre la imagen de Dios. El texto que hemos leído tiene dos expresiones en plural: “Hagamos al hombre a nuestra imagen”. De esto se desprende que Dios no es un individuo; se desprende que Dios coexiste en una pluralidad de personas. La escritura nos dice que el Señor Jesucristo es la imagen de Dios. Y tal vez tenemos la tendencia de pensar que la imagen de Dios es Cristo solo. Pero vamos a ver a través de esta palabra, que siendo el Señor Jesucristo la imagen visible de Dios, el solo no es la imagen de Dios.

El es la imagen de Dios en tanto él nos revela a Dios, en tanto él nos muestra cómo él se relaciona con Dios en una multiplicidad de relaciones, de diversos tipos de relaciones. En una relación de amor, de vida, de sujeción, de autoridad,

de mutualidad, de compañerismo, de participación, de pertenencia, de recreación. Es una multiplicidad de relaciones. La vida del Señor Jesucristo aquí en la tierra se mostró siempre en relación con el Padre y con el Espíritu Santo. El evangelio de Juan tiene 21 capítulos, y de los 21 capítulos hay 18 caps. Que contienen la relación que existe entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Juan comienza su evangelio diciendo “En el principio era el Verbo, el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios ... y este verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.” Al final de ese capítulo también dice que a Dios nadie le vio jamás, pero que el unigénito Hijo, que estaba en el seno del Padre, él le ha dado a conocer. Y Juan termina diciendo: “Y yo le vi, y vi que el Espíritu Santo vino sobre él como paloma. Juan vio a Cristo, y vio también cómo el Espíritu Santo vino sobre él como paloma. Y oyó la voz del cielo que decía: Este es mi Hijo amado en quien tengo contentamiento.”

Aquí en el capítulo 1 están las tres personas. La voz de Dios, el Hijo en el bautismo, y el Espíritu Santo posándose sobre él como paloma. Parte en el capítulo 1 de Juan dándonos inmediatamente una visión de la trinidad. ¡Aleluya! Esto me conmueve, me llena de gozo. Saber que la trinidad ha coexistido eternamente, en una multiplicidad de relaciones que voy a intentar describir ahora. La imagen de Dios es un modelo de relaciones. Al hablar de la imagen de Dios voy a usar muchas figuras, muchas palabras sinónimas, frase sinónimas. Imagen de Dios es lo mismo que estilo de vida de Dios. La manera de vivir que tiene Dios. La imagen de Dios no es una silueta, aunque la imagen física de Dios lo es, en cuanto a la parte humana de Jesús, por cuanto él es hombre. Pero la imagen que Cristo vino a proyectar no es la imagen de una silueta humana, tal como decía la palabra anoche. “Si a Cristo conocimos según la carne, ya no le conocemos así.” No nos interesa descubrir cómo fue la imagen externa de Cristo. Aunque a lo mejor los primeros apóstoles se gloriaron que ellos habían estado con Jesús, y que le habían oído y que le habían conocido y habían andado con él, pero Pablo dice, en este contexto, como juzgando un poco, no a los apóstoles, porque no eran los apóstoles que se gloriaban de que habían estado con Jesús en esa dimensión, sino que la gente que oía a los apóstoles como que ¿pesaba? un poco más a los que

habían estado con Jesús, porque le habían visto y le habían conocido, pero Pablo dice: “Bueno, si a Cristo le conocimos así, ahora ya no le conocemos así.” Y está indicando que el conocimiento que ahora tenemos de Cristo es un conocimiento espiritual. Es una revelación espiritual. Gloria al Señor.

La imagen de Dios como familia

La imagen que Cristo nos trae de Dios es una imagen de un Dios que vive una vida familiar, en una mutualidad de dar y recibir. En una igualdad esencial de naturaleza, de poderes, de gracias, de virtudes, que las podemos reunir todas en una sola palabra: y es la palabra santidad, Dios es Santo. La santidad no es uno de los tantos atributos de Dios. La santidad es la suma de todas las virtudes de Dios. Dios es santo. Él no podría ser un Dios de amor y al mismo tiempo ser un Dios arrebatado, que reacciona con ira ante las debilidades de sus criaturas. No es así. Aunque también tiene ira, porque la ira de Dios tiene su lugar, pero su misericordia es más grande que la ira. La misericordia triunfa sobre el juicio. Dios es bueno y para siempre es su misericordia. Así entonces, la imagen de Dios es un modelo de relaciones. No quiero referirme a las virtudes de Dios, sino más bien a Dios, que teniendo virtudes, siendo perfecto, siendo santo, siendo omnisciente, omnipotente, siendo eterno, siendo espíritu, teniendo muchas cualidades; pero él tiene un estilo de vivir, tiene una manera de ser, una forma de conducirse, tiene una forma de comportarse, y esta es la que queremos ver en esta mañana.

Miremos un poco el libro de Proverbios. Cap. 8. Vers. 1: “¿No clama la sabiduría, y da su voz la inteligencia?”. “Con él estaba yo ordenándolo todo, y era su delicia de día en día, teniendo solaz delante de él en todo tiempo. Me regocijo en la parte habitable de su tierra; y mis delicias son con los hijos de los hombres” (v.30-31). Este capítulo 8 de Prov. Es una relación entre la Sabiduría y la Inteligencia, siendo el Padre personificado en la Sabiduría, y el Hijo, EL Señor Jesucristo, personificado en la Inteligencia. Y en estas breves palabras que hemos leído encontramos que esta relación entre la Sabiduría y la Inteligencia, en el tiempo eterno pasado, antes de la creación, cuando sólo existía Dios, cuando no existía

nada más, ahí estaba la Sabiduría dando voz a la Inteligencia, tomando consejo, clarificando, ordenándolo todo, recreándose en la multiplicidad de proyectos que se fueron generando.

De esto se desprende que Dios no es un individuo, que se regocijó eternamente en compartir el plan de su creación. El Padre y el Hijo se deleitaban en andar juntos, en hacerlo todo con el mismo poder, con la misma sabiduría, con la misma gracia. En una participación de obras, de trabajos, de cooperación conjunta de delicias, en una mutualidad de vida, de compartir de comunicación, de consejos, de acuerdos, de convenios entre ellos. Y echaron a andar toda la creación, de la cual nosotros los creyentes somos los más privilegiados de todos los seres que existen. Fuimos diseñados, fuimos creados en conformidad a esta imagen, a la imagen de Dios, por lo cual, no se concibe que seamos individuos con una vida individualista. Por eso la iglesia, por eso el cuerpo de Cristo, por eso la comunión, por eso el pueblo de Dios, el edificio de Dios, lo que nos indica que lo que Dios está haciendo con nosotros es plasmar su imagen en una pluralidad de hombres y mujeres que llevarán por los siglos de los siglos la imagen de este Dios maravilloso. ¡Gloria a Dios! ¡Bendito sea su Nombre! Porque estamos aprendiendo a compartir, a andar juntos, a pensar juntos, a planificar juntos, a relacionarnos, a amarnos, a soportarnos, a sobrellevarnos. Gloria a Dios.

Allí en el seno de la Deidad se ha vivido eternamente la más dulce, la más bella armonía, la más preciosa relación familiar. Allí, en esa primera familia eterna, en esa eternidad pasada, en esa primitiva “iglesia” (Iglesia son los llamados afuera, y Dios nunca estuvo afuera, nosotros somos llamados afuera del mundo, de los sistemas, de las tinieblas. Pero Dios siempre estuvo en luz inaccesible) Iglesia en el sentido de ser varios, porque nosotros, siendo muchos somos un cuerpo. Porque ellos siendo tres, son uno. Gloria a Dios.

Allí entonces nacieron las grandes y pequeñas obras de Dios. Las visibles e invisibles. Los tronos y las potestades. Entre las cuales, entre las obras de Dios está su magnífica obra, su obra maestra, y es que el Cristo sea el todo y en todos. Y es que el Hijo tenga la preeminencia, el todo y sobre todo, y que

la iglesia sea junto a él la ayuda idónea, en la cual se deleitará en la eternidad futura.

La imagen de Dios como autoridad

Así Dios es una familia, es el primer punto que hemos comentado. Es Padre, es Hijo, no por casualidad lleva este título Dios. Es el Padre, no por casualidad lleva este título: de ser Hijo. Es que entre ellos ha habido una relación familiar de Padre a Hijo, de Hijo a Padre, eterna, y siendo familia, ellos también han vivido en contextos de autoridad y de sujeción. Porque Dios es autoridad. Pero ninguno de los tres es autoridad absoluta por sí solo. Ninguno de los tres hace nada por sí mismo. Cada vez que Dios va a hacer algo, Dios ha tomado consejo. Aun la venida del Señor Jesucristo y su sacrificio fue acordado antes de la fundación del mundo en un anticipado y determinado consejo de Dios. Jesús no vino por las suyas. Fue enviado del Padre. Y cuando él entregó su vida, porque nadie se la quitó ni nadie lo empujó a entregar la vida. El de suyo tuvo poder para ponerla y tenía poder para volverla a tomar, pero no se levantó por sí mismo, sino que el Padre mediante el Espíritu eterno, levantó a Cristo de entre los muertos. Ni siquiera en ese detalle actuó por sí mismo. No vino por sí mismo, ni se levantó de entre los muertos por sí mismo. Lo hizo en una interdependencia con su padre y con el Espíritu Santo.

En el reino de los cielos, todas las criaturas obedecen voluntariamente. Y lo hacen con agrado. Todas las leyes del universo se someten a la autoridad de Dios. Antes que todo fuese creado sólo estaba Dios, en algún punto comenzó la creación y las cosas inanimadas fueron tomando forma y ubicándose según las leyes que fijaron sus fines. El ejercicio de la autoridad requiere que haya subordinados, pero en la pluralidad de personas de la trinidad, la autoridad no es verticalidad en el mano, la autoridad, la forma en que se vive la autoridad en la trinidad es esta forma: sujetos unos a otros.

Una expresión que yo dije alguna una vez que se encontraba 25 veces en el Nuevo Testamento, pero aparece más de 50 veces: Amaos unos a otros, soportaos unos por otros, orad unos por otros, perdonándoos unos a otros, sobrellevándoos

unos a otros. “Unos a otros”. La expresión unos a otros es la imagen de Dios en la Iglesia. La expresión “unos a otros” es la imagen de Dios en el cielo, el estilo de vida del cielo, es la forma de conducirse en el cielo. Y esa imagen es la imagen que Cristo trajo para implantar en medio de la iglesia. El Padre sujetó todo el juicio al Hijo, y el Hijo dio testimonio que el Padre que le envió era mayor que él. Sin embargo, el Padre hace descansar toda su obra en el Hijo. Sobre los hombres del Hijo coloca toda la responsabilidad del destino de toda la vida, de toda la existencia de todos los mundos y todo el universo. Al Hijo le concede todo los juicios, y el a nadie juzga, todo el juicio ha dado al Hijo. El Padre ha dado toda potestad al Hijo en el cielo y en la tierra. El Hijo se humilló hasta lo sumo obedeciendo al Padre, sujetándose al Padre, pero el Padre lo levantó, y lo levantó tan arriba, que no existe un lugar más alto en los cielos donde pueda haber alguien más encumbrado, más levantado, más exaltado que Jesús. El Padre ha levantado al Hijo. El Hijo lo honró en la tierra levantando a su Padre, exaltando a su Padre, pero el Padre ha levantado al Hijo y ha ordenado que todos los ángeles le adoren.

El Hijo de Dios demostró una total sujeción a su Padre en los días de su carne. Leyendo el evangelio de Juan podemos darnos cuenta cuán perfecta era esa relación que Jesús nos mostró con su Padre. Dijo: “No he venido para hacer mi voluntad. Yo hago lo que escucho de mi Padre. Las palabras que yo hablo no son más, son de mi Padre que me envió.” La doctrina que yo enseño no es mía, es de mi Padre que me envió. Y yo hago siempre lo que a él le agrada. Nunca el Señor Jesús hizo nada en los días de su carne, nunca jamás hizo nada de sí mismo. Y en eso nos mostró una total sujeción a su Padre. El Hijo se regocijó eternamente en obedecer al Padre, pero como hombre tenía que aprender a obedecer, por lo cual fue sometido a padecimientos, por lo cual fue perfeccionado en esta virtud que es propia en el estilo de vida de Dios, propia del estilo de vida de la deidad. Y el Espíritu Santo actualmente está cumpliendo una misión en el mundo, está glorificando al Hijo en la tierra. No está centrando las cosas en él, sino en Cristo. Está bajo sujeción y bajo autoridad. El Espíritu Santo no es el Señor en la tierra en este momento. El reino le pertenece a Cristo; la

administración le pertenece al Espíritu Santo en esta dispensación. El papel del Espíritu Santo es glorificar a Cristo; el Espíritu Santo está sufriendo en la cruz, el Espíritu no está centrando las cosas en él, sino en Cristo. Así Dios, por Jesucristo, por su palabra, por su testimonio, por la manera que se comporta, nos revela la imagen de Dios y de esto se desprende entonces que los modelos piramidales de la relación de autoridad-sujeción están fuera de la imagen de Dios. Como dijimos, la enseñanza del Nuevo Testamento nos permite apreciar esta expresión de “unos a otros”: “Someteos unos a otros”. Amaos unos a otros. La imagen que Cristo nos ha proyectado respecto de la relación autoridad-sujeción en el estilo de vida de Dios es la de un sometimiento de unos a otros. Por lo tanto, en la vida de la iglesia no puede ser de otro modo la aplicación de la imagen de Dios.

La sujeción jamás es de “todos a uno”. Nunca. En Dios no es así. La sujeción es de “unos a otros”. El Padre nos ha enseñado que él tiene la capacidad de anonadarse, al desplegar y al depositar todo su poder y autoridad en el Hijo. Siendo el Padre mayor que el Hijo, el Padre se hace nada para levantar a su Hijo, y el Hijo actúa de la misma manera con el Padre.

La autoridad no es sólo para gobernar, sino para proteger, para cuidar, para proveer, para guardar, para velar. Extiende un manto de cobertura a todos los que están bajo nuestro cuidado. Las jerarquías de mando son propias de las instituciones humanas, y tienen el carácter de ser “oficiales”, en tanto que la autoridad espiritual no es oficial, porque la autoridad espiritual viene de Dios. En tanto que la oficial viene de un cargo. Hay tantos que están en una posición de autoridad porque les asignaron un cargo. Permítanos el Señor no funcionar por un cargo, sino funcionar por la autoridad espiritual que Dios delega. El Padre nos ha mostrado que aunque es mayor, tiene esta capacidad de entregarle a otro el gobierno, el reino, la autoridad y el señorío. Pero el Hijo vendrá en humildad un día, y habiendo cumplido con todo el plan de Dios y habiendo suprimido todo dominio en la consumación de los tiempos, le devolverá el reino al que le sujetó a él todas las cosas. Es maravilloso Dios, es maravilloso el Padre, el maravilloso el Hijo.

Esto es lo que no hubo en Satanás. El Padre le confió autoridad a esta criatura. Era la cabeza de la hueste angelical, era el que estaba por sobre todo el reino, era el querubín precioso y protector que se movía entre las piedras de fuego en el altar de Dios. En los cielos, allí donde se le adora, él adoraba, él ministraba la alabanza, la adoración, convocaba en santa convocación a las huestes, a los millares y millares de ángeles para adorar a Dios. Era el músico principal en los cielos. Hasta el día en que se halló maldad en él. Qué bendito es Jesús, que en él no hay maldad, que a él no se le va a ocurrir nunca ser superior a su Padre, que no caerá jamás en la tentación porque ya ha vencido. Porque la tentación más grande que tenía que enfrentar ya la enfrentó. Enfrentó al tentador con cuarenta días de ayuno, sin comer y sin beber. Lo enfrentó en todas las formas de tentación que existen y salió airoso. ¡Jesucristo es el gran Vencedor! ¡Aleluya! ¡Jesús ha vencido! Su victoria es segura. Y las batallas que faltan ya son de nuestro Señor, ya le pertenecen a Él. ¡Gloria a Dios!

La epístola a los filipenses nos enseña a incorporar en nosotros el sentir de Cristo. Es otra forma de decir “el estilo de vida de Dios”. Es otra forma de decir que lo que había en Cristo era la imagen de Dios. ¿En qué consiste esta frase de filipenses que aparece más de 12 veces? En la epístola a los filipenses aparece más de 12 veces la palabra “sentir”. “Haya en vosotros el sentir que hubo en Cristo Jesús: “Ruego a Evodia y a Síntique que sean de un mismo sentir en el Señor.” (4:2). “Así que en aquello a que hemos llegado sintamos lo mismo” Sintiendo entre vosotros un mismo amor, un mismo ánimo. Sintiendo lo mismo. Todas esas expresiones de la carta a los filipenses nos enseñan la imagen de Dios, cómo es el estilo de vida de Dios. Y entonces aprendemos que tenemos que estimar a los demás como superiores a nosotros. Que hemos de sentir una misma cosa, un mismo amor entre nosotros, y no hacer nada por contienda ni por vanagloria. ¿Qué está tratando de decirnos el Espíritu Santo a través de Pablo? Que esta es la forma de vivir de Dios. Que esta es la imagen de Dios.

El sentir de Cristo fue mostrado en la actitud de Cristo. El sentir de Cristo es una actitud que debemos asumir frente a

Dios y frente a la comunidad de creyentes. La actitud es que siendo Dios se hizo hombre. Es que siendo rico se hizo pobre. Y es que siendo pobre se hizo nada. Y siendo hombre se hizo esclavo. El sentir de sentir de Cristo está también en la cruz, en el dar y en el amor. Y entre la cruz y el amor no hay mucha diferencia, porque el amor es sufrido, porque no busca lo suyo, no se envanece, porque no se irrita. Todo lo soporta. Todo lo sufre. Amor y cruz son cosas muy parecidas.

Si todos sentimos lo mismo, habrá sujeción a la autoridad. Pues la autoridad entre nosotros está regulada por el sentir de Cristo. La autoridad no puede estar regulada por el cargo, o por una cúpula de hermanos, que por sus gracias, por las cantidades de talentos o donde pueden estar sobre nosotros. No. Pablo sufría para formar a Cristo en los creyentes. La formación de la imagen de Dios en nosotros conlleva la nota del dolor. ¿Estamos dispuestos a pagar el precio, hermanos? Sufrir por Cristo, soportar a los hermanos, a negarnos, a tomar la cruz, a humillarnos. ¡Aleluya!

La imagen de Dios como mutualidad

Y así entonces aprendemos un tercer tipo de relación que se encuentra en la familia eterna: la mutualidad. Es decir que lo que uno hace lo tiene que hacer también el otro. El Padre tiene poder para resucitar a los muertos. Pero el Hijo igualmente tiene el mismo poder. Han compartido eternamente el poder de crear, de ordenarlo todo, el Padre tiene ese poder, el Hijo también lo tiene. Y el Espíritu Santo también lo tiene. Ellos han vivido en una mutualidad eternamente. En una reciprocidad en la entrega, en el compartir, en los servicios, en la cooperación conjunta de creatividad y recreación.

Pablo hablaba siempre de la mutualidad entre las iglesias, precisamente en Filipenses 4 que dice a los hermanos de Macedonia participó con él en razón de dar y recibir, sino solamente ellos, los filipenses. Y los bendice y los alaba, porque ellos nunca se olvidaron de esa relación de iglesia-obra, iglesia-obreros, en que los obreros les dan la palabra, y las iglesias sostienen el ministerio. La mutualidad en el dar y recibir es algo que tiene aplicación práctica en todas las esferas de la vida. En el trabajo, ¿cuántas veces no ha habido

un compañero que te suplantó en el turno? Pero cuando te tocó a ti, hiciste lo mismo. En el hogar, ¿cuántas veces solamente la mamá hace la comida, pero no habrá días en que la mamá no lo puede hacer, porque estará enferma, porque tiene un jaqueca, no aparecen los hijos para reemplazarla? Mutualidad ...

Los vecinos, ¿cuántas veces nos cuidaron la casa cuando salimos? Nos prestaron una herramienta. Mutualidad. Y si, por último, ellos no saben compartir hemos de enseñarle a hacerlo. Los compañeros, los esposos. ¡Mutualidad! ¿Cómo está la gracia de dar y recibir en nuestra familia terrenal? Acaso todos los que estamos aquí y todas las familias humanas, ¿no anhelamos tener un hogar dulce, apacible, armonioso, sin iras, sin contiendas, sin gritos, sin escándalos, sin rabietas, un hogar donde haya mansedumbre, un hogar acogedor, delicioso, tierno? ¿Será posible? ¿Existe en nuestros hogares una falta de solidaridad?

Hay hogares en que sus miembros se parecen a esas sanguijuelas de proverbios. Dice así Proverbios: “La sanguijuela tiene dos hijas que dicen: Dame, dame.” A los padres también nos gusta que los hijos nos den, que nos den satisfacciones, que nos ayuden, que sean solidarios, sobre todo con la mamá, en el orden.

La mutualidad en la familia. La reciprocidad en el dar y recibir. Cualidades que estuvieron eternamente en Dios. Cualidades que se están formando en nosotros. Cualidades que queremos formar en nuestros hijos. Les estamos enseñando a dar, dándoles.

La imagen de Dios como honorabilidad

La honorabilidad. Es el dar honor. Es honrar. Reconocemos que las personas honorables son las que tienen dignidad, valor y a todos nos gusta relacionarnos con esas personas. Nos gusta buscar a las personas que tienen valor. Nos gusta ser amigos de ellos, nos gusta estar con ellos. No significa que vamos a buscar siempre ‘gente linda’ para relacionarnos con ellas.

Jesús se relacionó con tantas personas, y es que la valoración

que Cristo hace de las personas no es sobre la base de la cultura de la educación, el dinero o las cosas que tienen, sino tan sólo porque son personas. Jesús se acercó a una mujer de Samaria llena de pecados, y dignificó a todas las mujeres al relacionarse con ella. Lo importante es que cuando se acercó a los publicanos y a los pecadores y fue criticado por ello, lo importante es que él nunca se convirtió a ellos, pero ellos se convirtieron a él.

Hablando de honor, Dios es el único digno de toda gloria y honor. Y sólo él merece la alabanza y la adoración. Ahora, nosotros, siendo indignos, él nos hizo dignos, por su gracia, mediante la redención efectuada por la sangre preciosa de Cristo. Nos ha hecho dignos. Los hermanos son valiosos. Si lo es una mujer de Samaria, cuánto más lo es un redimido por la sangre de Jesús.

Pedro nos dice: “Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey.” Cuántas veces herimos a los que nos rodean. Los apocamos, los subestimamos, los menospreciamos. No estamos conforme con el papá que tenemos. No estamos conformes con la mamá. Y los padres no estamos conformes con los hijos. Nos cuesta aceptar que somos diferentes. Queremos cambiar a las personas para que sean como nosotros queremos que sean. Y nos olvidamos que es Dios quien hace la obra, es cierto, los papás tenemos una función rectora de los pasos de nuestros hijos, pero muchas veces en nuestro afán formativo nos olvidamos del amor. Padres, honremos a nuestros hijos. ¿Y qué significa honrar a nuestros hijos? Significa que ellos son valiosos tan sólo porque existen como personas. Tenemos la tendencia de honrar a los que sobresalen, a los que se destacan, a los que son hermosos, a los que son esbeltos, y tenemos la tendencia a menospreciar a los gordos, a los bajos, a los negros, a los feos. Pero Dios te ama con la cara que tienes, con la nariz y con la boca que tienes. ¡Aleluya!

Si todos valoramos la imagen de Dios. Valoramos lo que es el estilo de vida de Dios, todos estaremos poniendo de nuestra parte para plasmar la imagen de Dios en nuestra familia.

Así pues, el estilo de vida de Dios es un modelo de relaciones, la imagen de Dios es un modelo de vida, es un modelo de

compañerismo, es una relación de participación, de interdependencia, es recreación, es una relación deliciosa, es una relación de comunicación, de santidad, de mutualidad, de sujeción a la autoridad, es una multiplicidad de relaciones. ¿Te gusta? ¿Te agrada esto? ¿La imagen de Dios? ¿Quieres incorporarla a tu casa y a la iglesia local donde participas? ¿Quieres amar a los hermanos? ¿Quieres encontrar que tu hermano es valioso? Pero ¿sabes? Tienes que saber una cosa que es fundamental, que tú solo, que yo solo, no podemos traer la imagen de Dios a mi familia. La imagen de Dios no se va a incorporar a mí como individuo, la imagen de Dios es para vivirla en una pluralidad, como Dios la ha vivido eternamente en una pluralidad de personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. En la iglesia, los ministros, los pastores, los diáconos, los pequeñitos, los grandes, los de un talento y los de muchos talentos, relacionémonos, compartamos la mutualidad de servicios, en una cooperación conjunta de servicios, de tareas inconclusas, pongámonos de acuerdo, planifiquemos, hagamos cosas juntos, pero hagámoslo juntos, juntos, hagámoslo juntos, porque solos no podemos. Y diré a mi hermano: “te necesito”. Necesito del cuerpo de Cristo. Necesito de mi hermano, mi hermana. Necesito de ti. Nos necesitamos. Es la única forma de traer la imagen de Dios.

Hijos, yo como padre no puedo solo. Y hablo en nombre de todos los padres que aquí estamos. Yo no puedo solo. Hijo, te necesitamos. Los padres te hablan en esta hora: ¡Te necesitamos, para traer la imagen de Dios a la familia! Te necesitamos, necesitamos tu cooperación. Necesitamos que tú quieras lo que nosotros queremos. Nosotros queremos traer la imagen de Dios. Nosotros queremos incorporar esa imagen.

Lunes 28 de enero (noche)

EL VIVIR EN CRISTO

Gonzalo Sepúlveda H.

Señor, danos labios ungidos y corazón reposado para compartir y para recibir tu bendita palabra. Que venga tu palabra por tu Espíritu, que sea recibida también por tu Espíritu, porque en nosotros nada podemos ... todo lo esperamos de ti. En esta reunión, Señor, yo todo lo espero de ti. Todo lo esperamos de ti. ¡Bendito sea su Nombre!

Epístola del apóstol Pablo a los Filipenses. El Señor está en su trono, el Señor está en los cielos, pero también está aquí. Que el Señor encienda sus lámparas, por la fe digo esto, porque el Señor a unos les esconde las cosas, y a otros se las revela. Le pedimos al Señor que esta noche nos revele su palabra. Le pedimos al Señor que se muevan sus ángeles y colaboren en esta noche para que nada nos interrumpa, y el Señor pueda decirnos todo cuanto nos quiere hablar. ¡Gracias, Señor!

“Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos ...” Se les escribe a los santos en Cristo Jesús, que en esta ocasión están en Ruca-Cura. Acusamos recibo. Si está dirigida a todos los santos en Cristo Jesús, pongamos oídos, los que somos santos en Cristo Jesús, los que tenemos esa realidad. No es para nosotros una aspiración. Es una realidad. Somos santos en Cristo Jesús.... (Me salto para avanzar) ... “Doy gracias a mi

Dios siempre que me acuerdo de vosotros. Siempre en todas mis oraciones, rogando con gozo por todos vosotros.” Rogando con gozo por todos vosotros.

Recalquemos esto: Rogar, para Pablo, es un gozo. “Rogando con gozo”. Luego, sigo avanzando, versículo 7: “Como me es justo sentir esto de todos vosotros, por cuanto os tengo en el corazón, y en mis prisiones, y en la defensa y confirmación del evangelio, todos vosotros sois participantes conmigo de la gracia. Porque Dios me es testigo de cómo os amo a todos vosotros con el entrañable amor de Jesucristo. Y esto pido en oración que vuestro amor abunde aun más y más en ciencia y en todo conocimiento, para que aprobéis lo mejor a fin de que seáis sinceros e irreprochables para el día de Cristo, llenos de frutos de justicia, que son por medio de Jesucristo.” Digamos juntos esto ... “Llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo.” ¡Los frutos de justicia que son por medio de Jesucristo!.”

Luego dice: “Quiero que sepáis hermanos que las cosas que me han sucedido han redundado más bien para el progreso del evangelio, de tal manera que mis prisiones ... mis prisiones ... se han hecho patentes en Cristo”. Mis prisiones ... ¡en Cristo!... “Mis prisiones se han hecho patentes en Cristo en todo el pretorio, y a todos los demás, y la mayoría de los hermanos cobrando ánimo en el Señor ... (cobrando ánimo en el Señor) por mis prisiones, se atreven mucho más a hablar la palabra sin temor.”

Versículo 19: “Porque sé que por vuestra oración ... por vuestra oración ... y la ministración del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación conforme a mi anhelo y esperanza, de que en nada seré avergonzado”. Notemos también esto: “Conforme a mi anhelo y esperanza de que en nada seré avergonzado; antes bien con toda confianza, como siempre, ... ¿Pueden ver una hermosura en estas palabras? “En nada seré avergonzado”, en nada avergonzado ... “Antes bien, con toda confianza, como siempre.” Noten, esto: “Con toda confianza, como siempre ...” ¡Como siempre! “Ahora también, será magnificado Cristo ...” Ahora también será magnificado Cristo... “en mi cuerpo, o por vida o por muerte. Porque para mí el vivir es Cristo.” ¡Porque para mí el vivir es Cristo!

Tantas cosas que dice el apóstol: habla de su oración, habla de su amor, habla de su gozo, habla de su dolor, de sus tribulaciones, de sus prisiones. Habla de la liberación que vendrá sobre él en respuesta a la intercesión de los hermanos. Habla de la confianza que tiene, y del por qué tiene esa confianza. Al final lo resume todo en una frase: “Porque para mí el vivir es Cristo”.

¿Por qué me pasa este gozo que tengo? ¿Por qué este amor que tengo? ¿Por qué estas prisiones que tengo? ¿Por qué este clamor? ¿Por qué esta mi confianza como siempre? ¡Porque para mí el vivir es Cristo! ... Todo se resume con tanta confianza en esta frase que encierra tanto. ¿Por qué le pasa esto a Pablo? ¡Aquí está la respuesta! Pablo responde: ¡Porque para mí el vivir es Cristo! Y el morir es ganancia ...

“Mas si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger. Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor, pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros. Y confiado en esto, sé que quedaré, que aun permaneceré con todos vosotros, para vuestro provecho y gozo de la fe.... 26. ¡Ayúdenme a leer el 26! “¡Para que abunde vuestra gloria de mí en Cristo Jesús por mi presencia otra vez entre vosotros!”

Hermanos: la presencia de Pablo entre los hermanos era una gloria para ellos. ¡Qué gloria, qué gozo! ¡El apóstol viene y nos hablará del Señor! Pero inmediatamente el apóstol vindica a Dios, vindica al Señor, pone en alto al Señor! “No es por mí mismo que voy. No es por algo mío. Vuestra gloria de mí es en Cristo Jesús. Es decir, si voy a ustedes, voy en Cristo. Y si va a haber gozo en ustedes por mi presencia, en realidad es por la presencia de Cristo en mí. La gloria de ustedes, el gozo de ustedes, el gozo mío es en Cristo y por Cristo, y porque él es manifestado. ¡Por nada más! No porque busque gloria para sí. No está buscando enaltecerse a sí mismo. El busca enaltecer siempre a Otro, a Cristo siempre.

A Pablo le ocurrió lo que el profeta Isaías profetizó siglos antes. El Señor dijo por él: “Fui hallado de los que no me buscaban, me manifesté a los que no preguntaban por mí.” Si en alguien se cumplió esa palabra fue en Saulo de Tarso. No

andaba buscando al Señor: andaba persiguiendo a los que eran de Cristo. El no andaba preguntando por el Señor, dónde está Cristo. Él estaba respirando amenazas, buscando cartas entre los principales sacerdotes para ir de casa en casa, apresando y forzando a blasfemar a los creyentes. ¡Él era un enemigo de Cristo! Persiguió a la iglesia de Dios. No andaba buscando al Señor. Pero el Señor le salió al encuentro ... ¡Gloria al Señor por todos aquellos desde Pablo, y aun desde antes, y a través de los siglos hasta hoy, bienaventurados aquellos a quienes el Señor les salió al encuentro! Y el Señor se manifestó aun cuando ni preguntábamos por él. Aun cuando no lo queríamos, no lo deseábamos, y las cosas del Señor nos parecían algo que no eran para nosotros. Sin embargo, ¡él se nos manifestó! ¿Y cómo no voy a estar agradecido de que el Señor se me haya manifestado?

La revelación de Cristo

Entonces Pablo escribirá, como nos compartía Eliseo anoche: “Agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre ... por su gracia ... revelar a su Hijo en mí”. ¡Bendito sea su nombre! Cristo revelado en el corazón de Saulo de Tarso, vino a ser Pablo después, el apóstol. Cristo revelado en un instante, un descubrimiento glorioso, en unos pocos días. Él comenzó a ver lo que nunca había visto y empezó a entender lo que nunca había entendido. Empezó a descubrir ... hizo un descubrimiento inmensamente grande, le revolucionó la vida entera. Y enseguida comenzó a predicar que Jesús es el Cristo. Demostraba por las Escrituras que Jesús es el Hijo de Dios.

Aquí en Filipenses está el vivir de un creyente que tiene a Cristo revelado en su corazón. Anoche cantábamos con gozo, yo vi todas las manos levantadas y los vi a todos danzando y participé con gozo, y nosotros decimos: “Te alabo Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños. Sí Padre, porque así te agradó.” ¡Estamos cantando una verdad! ¡Al Padre nuestro que está en los cielos le agradó que tú, hermano, y yo, tuviésemos al Señor Jesucristo revelado en nuestros corazones! Y en esto no somos menores que Pedro, no somos menores que Simón, hijo de Jonás. Bien se nos

puede hoy día decir, mirándonos el Señor a los ojos y diciéndonos: “Bienaventurado eres, Pedro, Juan, María, José... tu nombre está ahí ... pon ahí tu nombre), porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos”. Porque nosotros confesamos y no negamos que Jesús es el Cristo el Hijo del Dios viviente. Amén, hermano. ¿Y lo quieres proclamar con tu corazón? Digámoselo, entonces, a él: “Señor Jesús, tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”.

¡Está vivo el Señor! ¡Está vivo! Tiene oídos. Él oye tu declaración, él oye tu confesión. Se lo quiero decir de nuevo contigo. ¡Digámoselo! “Señor Jesús, tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente! ¡Gloria al Señor! Hay otros que también tienen oídos: son los ángeles que anhelan mirar y anhelan oír las cosas que a nosotros se nos son administradas por el Espíritu Santo. ¡Está el Espíritu Santo en tu corazón y en el mío! ¡Está ahí! ¡Gloria al Señor! Hay millares de ángeles aquí, invisibles. Digamos algo que a ellos les gusta, les encanta ... se regocijan los ángeles cuando los redimidos proclaman el nombre de Jesús: “¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!”

Dígalo para gozo de toda la hueste angelical. Alégrese los ángeles, alégrese los ejércitos celestiales, alégrate sol y luna, alégrese relucientes estrellas. Jesús está revelado en estos corazones. Jesús está confesado por estas bocas. Estemos de pie por favor. Estemos de pie, porque hay muchas huestes invisibles que quieren oírlo, y que quieren mirar cómo tú te regocijas. Hermano, regocijémonos y digámoslo, a los principados y a las potestades en las regiones celestes, que ¡Jesús es el Cristo el Hijo del Dios viviente! Díganselo hermanos. ¡Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente! ¡Sepan las potestades superiores que Jesús es el Cristo el Hijo del Dios viviente! ¡Gloria al Señor Jesús! ¡Sepan las potestades superiores que Jesús es el Cristo el Hijo del Dios viviente! ¡Gloria al Señor Jesús!

Pero hay alguien más, ese que te susurra mentiras, el acusador de los hermanos, el derrotado en la cruz del Calvario, el exhibido públicamente, el vencido, el derrotado, aquél que la Iglesia lo pisotea con la poderosa declaración, ¡aleluya! ¡aleluya! Las puertas del Hades tiemblen ahora, porque Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Que lo

sepa el Hades, ¡que Jesús es el Cristo el Hijo del Dios viviente! ¡Gloria al Señor! ¡Gloria a Jesucristo el Señor!

No se nos apareció una luz por fuera, no fuimos derribados a tierra. No estuvimos ciegos tres días, no tenemos milagros físicos, externos, que exhibir, pero en algo no somos menos. Y el Señor no quiere ... no quiso que yo tuviese un encuentro así. El Señor no quiso que tú lo tuvieras ... para que yo no me envaneciera ... y tú no te envanecieras, contando cuentos, contando milagros, de los cuales tú serías el principal protagonista, y quizá el Señor llegara a ser secundario. ¡Cuántos hay que les encanta contar milagros donde ellos aparecen como los principales y el Señor parece que es el ayudante que tuvieron para que los usara para un milagro y ellos aparecieran grandes. Gracias, Señor, que me tuviste misericordia. Pero el Señor, hermanos, fue más lejos. No me dio esa experiencia externa, pero me dio la interna. ¡A mí me la dio! ¡A mí también me la dio! ¿A quién más? ...

Y Cristo está en mi corazón revelado. Está Cristo en mi corazón y en mis labios, confesado. Está, no porque me lo enseñaron en las reuniones de la iglesia. No porque lo oí de oídas aquí. ¿Por qué lo confiesa Ud.? (Voces: ¡Porque lo tengo revelado!) ¿Quién se lo reveló? (Voces: ¡el Padre que está en los cielos!) ¡Somos bienaventurados! ¡Somos bienaventurados! ¡Gracias, Señor! Dígale a su hermano que es un bienaventurado. ¡Somos bienaventurados! .. ¡Gracias, Señor!

El fruto de la revelación

Óiganme ahora. Oigamos ahora, oíd, bienaventurados. Hombres y mujeres que estamos aquí. Oigamos ahora el fruto en vida que tuvo este hombre que nos es ejemplo. El cual dijo: (y queremos tomarlo en el mejor sentido): “Sed imitadores de mí como yo de Cristo”, y que miremos a los que así como él se conducen. El fruto de esto es que nos encontramos a un hombre ahora rogando con gozo por todos los hermanos. Aquí hay un hombre que tiene a Cristo revelado en su corazón. El gozo de este hombre, hermano, no está en cosas externas. No está en la última canción, no está en la última película de Hollywood. No está en el último auto que se compró. El gozo no está en el éxito académico que haya obtenido. El se goza en cosas tan simples como

encerrarse en su pieza y orar con gozo. ¡Gloria al Señor! ¡Qué lindo es que alguien pueda llegar a eso! ¡Eso es posible para alguien que tiene a Cristo revelado en su corazón! Que cuando ora no le es una pesada carga, sino que ora con gozo. Gracias, Señor, que tengo el gozo de pronunciar el nombre de éste, del otro, y de aquél delante de ti. Es el fruto de un vivir. Su oración es en Cristo ... le produce gozo!

Tiene comunión con los hermanos. Tiene a Cristo revelado..., ¿cómo no va a tener comunión con los hermanos, que también tienen a Cristo revelado? El fruto de Cristo revelado se manifiesta en vida, de comunión con todos los santos. Amén, hermanos, ¿es así o no? A mí me pasa, ¿a Ud. le pasa? Amén.

El entrañable amor de Jesucristo

“Porque Dios me es testigo ...” ¡Tener a Dios por testigo de lo que hace, de lo que vive, de lo que experimenta en su vida cotidianamente! ¡Dios me es testigo! “... de cómo os amo a todos vosotros” ¡Qué amoroso Pablo! Ni una gloria para Pablo hay en este versículo, porque: Os amo a todos vosotros, no con mi amor, no con mi capacidad de amar. ¿Cómo ama? ¡Cíteme la Escritura, hermano! ¿Cómo dice? ¿Cómo dice la Biblia? “... con el entrañable amor de Jesucristo”. ¿Cómo es el amor de Cristo? Entrañable. ¿Dónde está ese amor de Cristo? Está en tu corazón. ¿Y por qué está en tu corazón? Porque el Señor está revelado adentro y el entrañable amor de Jesucristo te hace amar ...

¡Qué contradicción más grande, qué feo se ve, cuando un hermano no es capaz de amar a otro hermano! Eso demuestra en qué amor anda, en qué camino anda, con qué fuerza anda. Os amo, pero no con mi amor. Cristo revelado en mi corazón me produce un vivir en amor ... Con el entrañable amor de Jesucristo te amo ... Hermano, ¿está Cristo revelado en tu corazón? Ahora, hermano, que se ensanche el ducto, que se ensanche el conducto, los ríos de agua viva tienen que fluir por tu interior. Que se ensanche y que salgan todos los obstáculos, todo aquello que pueda oprimir el libre fluir de ese amor que no es tuyo, es de Otro. El libre fluir de esa vida que no es tuya. Es de Otro. Es otra vida. ¿O no?

Entonces, si amo -dice Pablo- amo en el entrañable amor de Jesucristo. La iglesia no puede tener esperanza en otro amor. No podemos decir que la iglesia en esta localidad es amorosa y que los hermanos de allá no son tan amorosos, y que los hermanos de la otra iglesia local no son tan amorosos ... Y esta familia es más amorosa, y esta es menos amorosa. Hermanos, no es por lo que Ud. y yo seamos en la carne. No es por lo que Ud. y yo seamos en nosotros mismos, sino porque se nos ha sido dado. Lo descubrimos, lo encontramos. Se nos dio el entrañable amor de Jesucristo. ¡Si te amo, te amo en Cristo!

Las prisiones en Cristo

Luego Pablo dice: “Mis prisiones se han hecho patentes en Cristo en todo el pretorio” ¡Qué extraño esto! Está bien que el amor de Cristo se manifieste. Que en la oración de Pablo se manifieste. Pero aquí también dice que sus prisiones se han hecho patentes en Cristo. “Patentes” significa “manifiestas” ¡Las prisiones! O sea que Pablo no solamente cuando estaba en una reunión donde se canta “Danza conmigo, amado de mi alma”, o “El amor de Dios ha sido derramado, y hoy puedo amarte, hermano santo”. No sólo en ese momento, en las reuniones lindas de los Campamentos, donde él vive a Cristo. ¡Está preso y todavía está viviendo a Cristo! ¿Entiende el mensaje? ¡Salió de la reunión, terminó el Retiro, se fue a la casa y todavía sigue viviendo a Cristo!

Estuvo con la iglesia en Filipos, se regocijó con ellos, después estuvo preso, pero siguió viviendo en Cristo ¡y es un preso en Cristo! ¡Un prisionero en Cristo! ¡Está con cadenas, pero está en Cristo! Está encadenado y casi convierte a un rey, porque está encadenado en Cristo. Porque para él el vivir es Cristo. ¿Entiende el mensaje, hermano? ¿Entiende que es poderoso el Señor para producir en un hombre y en una mujer, por lo deforme que sea, por lo débil que sea, y -como dice en Isaías 35- por torpe que sea, no se extraviará. ¿Por qué? Porque tiene un socorro poderoso adentro. Porque se puede orar con gozo en Cristo por todos los hermanos. Y se puede estar en la prisión más grande y todavía estar en Cristo. ¿Se puede? Amén, hermanos... ¿Vamos a servir al Señor solamente cuando todo esté bien. Y cuando llega el día de la enfermedad y estamos enfermos, estamos en Cristo. ¿Amén?

En nada avergonzado

Y estamos viviendo, como decía Roberto hoy día, tantas relaciones. Somos un vecino en Cristo, somos un médico en Cristo, somos un mecánico en Cristo, somos un esposo en Cristo. Usted., hermana, es una esposa en Cristo, y usted., hermano, es un soltero en Cristo, y usted hermana, es una doncella, una soltera en Cristo. ¿Cómo será eso? ¡En Cristo! Un hijo en Cristo, un padre en Cristo. Un administrador en Cristo. Uno que vive a Cristo en todas las áreas de su vida. ¿Por qué es esto? Pablo nos lo dice: “Porque para mí el vivir es Cristo”. Y por eso está confiado. “Sé que en nada seré avergonzado”. Gracias, Señor. Está alta la vara, hermano. ¡Está alta la vara! Pablo la dejó alta. Pero el potencial, lo que llevó a Pablo a esta altura que nos exhibe. Mira lo que dice: “Conforme a mi anhelo y esperanza de que en nada será avergonzado” (1:20) ¡Qué alta la vara, hermano! ¡De cuántas cosas tiene usted que avergonzarse o yo que avergonzarme hoy día! Que nos socorra el Señor. “Antes bien con toda confianza como siempre.” “Como siempre” -dice Pablo porque siempre está viviendo en Cristo.

Hermano, grábate esta palabra hoy día: ¡”Siempre!”. ¿Cuál? ¿La escuchó bien? Pablo dice: “Con toda confianza, como siempre”. Hermano, aquí Pablo me tiene muy superado. Mi vergüenza en esta noche es que yo no siempre estoy tan confiado. Mi drama, mi dolor es que yo no siempre puedo decir que no tengo nada de qué avergonzarme. Mi dolor es cuando Cristo de alguna manera no está siendo magnificado. ¡Qué tremendo!

Cristo magnificado en mí

“Como siempre ahora también ...” Por favor, miren la Biblia, los que la tienen abierta ... Porque siempre nosotros leemos el versículo 21. Muchos tal vez abrimos Filipenses 1, e inmediatamente nos vamos al versículo 21. “Para mí el vivir es Cristo”. Hasta lo contamos. La frase anterior. “Como siempre, ahora también ...” Ahora que estoy preso, ahora que estoy en la peor situación, ahora también ... “Ahora también será magnificado Cristo”. Oh, Señor, Señor ayúdanos. Señor, ayúdanos. Ayúdame a compartir esta palabra, ayúdanos a recibir esta palabra. “Ahora también será magnificado Cristo

en mí ... cuerpo dice ahí. Digamos esta frase: “Ahora también será magnificado Cristo en mí” en mi cuerpo, dice, pero es en él. ¡Como siempre, no seré avergonzado! Como en tantas oportunidades, ahora también será magnificado Cristo en mí...

Pablo tenía clarísima la película, tenía clarísima la razón de ser de su vida. Por qué estoy en este cuerpo. Para qué estoy en este cuerpo. “Ahora también, como siempre, será magnificado Cristo en mi cuerpo”. O por vida o por muerte. Entiéndalo, recíbalo. Porque el Padre que nos está mirando desde los cielos es el que está interesado en revelar esta palabra para que se quede siempre en tu corazón. Para que cuando se termine este Retiro y venga febrero y marzo y todo el año, y esta palabra lo persiga. Señor, que tu palabra actúe. Porque la palabra de Dios es así, actúa, queda trabajando. ¡Amén, hermano? Qué bueno es cuando la palabra queda grabada, queda de memoria. Ahora también será magnificado Cristo en mi cuerpo. Oh, hermano, porque para eso está usted aquí, en este planeta. Para esto usted nació en este país. Para eso está usted en esta tierra. Para eso estamos en este mundo. Para usted también corre, hermano James. ¡Para todos! No sólo para los de este país. Hermanos, no sé si lo entendió. Quiero asegurarme que lo haya entendido. Hermano, usted está metido dentro de ese cuerpo. Usted está ahí para que Cristo sea magnificado en usted. ¿Para qué estamos ahí? ¡¡Para que Cristo sea magnificado en mí!! ¡Qué simple! ¡Qué profundo! ¡Qué alcance! Planificado en la eternidad, como nos compartía el hermano Roberto. Esa imagen eterna, plasmada ahora aquí. Magnificado Cristo ...

Amado hermano: No sé que es usted, su profesión, su trabajo, su vida, su familia, su mundo. Cada cual tiene como su pequeño mundo, ¿cierto? Su campo, su terreno, su trabajo, su familia, su hogar, sus preocupaciones, sus desvelos... Lo bueno y lo malo que le ocurre a usted. Hermano, todo es secundario, todo viene después de esto. Usted está en el mundo para que Cristo sea magnificado en usted. No está por otra cosa. No, hermano, no. El éxito es secundario. Casarse o no casarse es secundario. Ser feliz o ser infeliz en la tierra es secundario. Que se cumpla en ti. Que se cumpla en mí, Señor. ¡Que se cumpla en mí, Señor!

¿Quiere hacer esa oración? ¿Quiere decir: Que se cumpla en mí, Señor? ¡Dígaselo con sus propias palabras! Si lo entendió dígallo. Si no lo entendió, dígallo igual. ¡Señor, que se cumpla en mí esto! ¡Que sea magnificado Cristo ahora también! Yo no sé con qué se va a enfrentar usted mañana. Pero mañana diga: “Ahora también sea magnificado Cristo en mí.” Amén, hermano. ¡Gloria al Señor!

El ejemplo de Cristo

Cómo el Padre miraba desde los cielos el caminar de su Hijo Jesucristo en la tierra, cómo lo observaba, como lo guió y lo defendió cuando huyó a Egipto. Cómo lo guardó cuando lo trajo de nuevo y lo observó desde los cielos. ¡Aleluya! Cuando fue al desierto y triunfó sobre el enemigo y luego en todo su caminar no lo dejaba solo, porque ahí estaba el Hijo glorificando al Padre, magnificando al Padre. En sus actos, en sus dichos, en sus pensamientos, en sus palabras, en todo su ser, en todos sus actos, en todo momento, siempre, sin ser avergonzado nunca, Cristo magnificó durante toda su existencia al Padre que observaba desde los cielos. ¡Y él es el vencedor! Bendito sea su santo nombre. ¡Glorioso es Jesús! Ahora es tu turno y mi turno. Ahora estamos nosotros en la tierra. Y el Padre quiere ver a Cristo formándose en nosotros. Y Cristo manifestado y Cristo magnificado en cada circunstancia, en cada situación, y en cada cosa que te pase, que me pase, que Cristo sea magnificado.

Vivir en Cristo

¿Qué es el vivir? ¿Qué es el vivir, amados? Qué simple, esto es vivir. Me levanto en la mañana, me lavo, oro, tomo el bus o tomo el auto, manejo, voy a la oficina, voy a ver los hermanos, paso aquí, paso allá, voy a comprar, voy a vender, vuelvo a la casa, almuerzo, me relaciono con mi familia, estoy con los hijos, estoy en la casa, veo lo que falta, voy y vuelvo, eso es vivir. ¿Qué es el vivir? Es todo lo que hago. ¡Tan simple! Usted compra, usted vende, usted maneja el vehículo. Hermano, todo lo que hacemos es el vivir. Nos relacionamos, los tratos que tenemos con toda la gente hasta que volvemos a la casa y nos acostamos y dormimos. El vivir es Cristo. Es decir, no soy un creyente de reuniones. No soy espiritual en

los Campamentos. No es magnificado Cristo en los grandes eventos, sino en todo mi vivir. Tan simple como esto.

Cuando Ud. va a comprar, compre en Cristo, hermano. Cuando usted va con la tarjeta de crédito y le ofrecen de todo, hermana, compre en Cristo. Parece una locura... Un hermano decía, en otro tiempo: "Cristo es mi respuesta" ... No está aquí el hermano Carlos. Hermano Carlos, ¿vamos a visitar una localidad? "Hermano, Cristo es mi respuesta! Se le reveló esto al hermano y él está siempre dispuesto. Que así sea con todos nosotros.

Hermanos ... ¡Ay, Señor, no me quiero enredar! ¡Señor, ayúdame! ... Tengo que manejar en la calle ... Esto me avergüenza a mí, hermanos. Cada vez que el carabinero ha hecho esto conmigo (alzar su mano para que me detenga) después he tenido que llorar en la presencia del Señor. He tenido que pedirle perdón al Señor y a los hermanos. El Señor tuvo que mandar a un carabinero que me parara, porque tal vez, si no me paraba el carabinero, en dos cuadras más, quizás qué me pasa. ¡Qué vergüenza, hermanos! O sea, viviendo en apuros, viviendo en sí mismo, viviendo con su nerviosismo, viviendo su estrés. Los que manejamos vehículos tenemos que aprender a conducir un vehículo en Cristo. ¿Amén, hermanos?

Viene febrero ahora. Generalmente nos tomamos una semana de vacaciones, o dos. Vamos a la playa a Licán. Hermano, descansemos en Cristo. Que no nos ocurra que, puesto que ya pasaron las alabanzas, ahora que venga el último CD del mejor cantante europeo o ... Hermanos ... ¡descansemos en Cristo! ¡descansemos en comunión con los santos! Descansemos con otras familias juntos, para que alabemos juntos al Señor. Porque a los que tenemos a Cristo revelado en nuestro corazón nos fastidia lo que es del mundo.

Hermanos, miremos televisión en Cristo. ¿Amén, hermanos? ¿Será posible eso? ¿Será una locura lo que estoy diciendo? Estoy seguro que si nos sentamos frente al televisor en Cristo sabremos perfectamente cuando hay que cambiar de canal o cuando hay que apagar la tele, porque estamos mirando en Cristo. Mírelo en la carne y cosechará los frutos de la carne... Que el Señor nos perdone. La vara es alta. Con toda

confianza, como siempre ahora también Cristo será magnificado por mí, hasta en las cosas más íntimas. ¿De qué cosas tendría que hablar? De todo, pues, hermano. ¿Qué cosas tendría que tocar? Hasta la más pequeña, hasta la más sutil. Pero, hermano, ¿será fanatismo eso? Esto es lo que quisiera Satanás susurrar a nuestro oído. Ah, los amigos, ah, la amiga, y esto, y lo otro, etc., mi mayor gozo es mirar a un hermano de frente y no tener de qué avergonzarme y amarlo en el Señor, y recibir su bendición en el Señor, y llorar juntos aquí. ¡Eso me gusta! ¿Te gusta eso?

Estamos hablando a los que tienen a Cristo revelado en el corazón. No estamos hablando con los que se conforman con una forma religiosa, externa, dominical, de reuniones, de cultos y nada más. Estamos hablando a los que tienen a Cristo revelado, confesado, a los que se glorían en Cristo y tienen sus fuentes allá arriba. No porque la ley me lo exija; no porque las demandas de la palabra santa de Dios me obliguen a hacerlo, sino porque tengo una vida poderosa por dentro, santa, preciosa, ¡aleluya!, que se manifiesta, gloriosa, en todas las áreas de mi vida. ¿Sabes cuál es mi dolor? ¿Sabes cuándo contristamos al Espíritu? ¿Sabes cuando traemos dolor y traemos muerte? Usted lo sabe, la respuesta la tiene: cuando no se ve a Cristo. Cuando no es Cristo magnificado. Cuando su carne o mi carne se levanta, entonces hay muerte, hay dolor, hay confusión, hay problemas en la casa, hay..., hay..., hay ... ¡qué digo, Señor!

Esposo en Cristo... Hermano, ¿cómo tratas a tu esposa? Hermano, las Escrituras tienen muchas demandas, pero las Escrituras por sí solas no pueden, aunque tú te sepas de memoria todas las charlas matrimoniales habidas y por haber y todos los encuentros matrimoniales habidos y por haber. Si la vida de Cristo no tiene una salida, una expresión por ti, estás perdido. Aunque vayas a los mejores asistentes, consejeros y siquiátras que te asistan, si no fluye la poderosa vida de Cristo, te quedarás con las recomendaciones y con un fajo así de charlas y de recomendaciones.

¡Para mí el vivir es Cristo! ¡Qué simple suena la frase, pero qué profundo el contenido! Hermano, ¿te das cuenta? Quiero darme cuenta, ayúdame. Amado hermano: ¿Te fijas que por aquí va la cosa? ¿Te fijas que por aquí está el rumbo que el

Señor te tiene trazado a ti y a mí ...? Porque, por último, hermano, yo no importo, tú no importas, nadie importa, el único que importa es Cristo. ¡Cristo! ¡Cristo! ¡Cristo! Si él no es magnificado, tú tendrás dolor, yo tendré dolor. Tendremos frustración, tendremos tristeza. Habrá muerte, habrá llanto en mi casa. Habrá dolor y habrá retroceso en la iglesia local. Y la obra del Señor se verá entorpecida y la gloria de Dios no se verá. Estaremos opacos. No habrá gloria.

Frutos de justicia

Amado hermano, entiéndelo. Si lo entiendes, tendrás ganancia. Tú mismo serás irreprochable en el día de Cristo. Estarás lleno de frutos de justicia, que son por medio de Cristo. (1:11). Lleno de frutos. ¡Qué terrible es cuando pasan los años, llevamos años en el Señor, y todavía la esposa no aprende a ser una esposa en Cristo. ¡Hasta cuándo ...! Y el esposo todavía no aprende a ser un esposo en Cristo. ¿Dónde están los frutos de justicia que son por medio de Jesucristo? ¿O no está Cristo?

Esta noche me quiero asegurar de ser libre de la sangre de todos. No sea que haya alguno aquí que en realidad no está en Cristo. Si no está en Cristo, usted hermano, está reprobado. ¿Por qué a veces hay tantos frutos de muerte? ¿Por qué de repente hay dolores, hay amargura, los años pasan y no hay fruto... Los frutos son por medio de Jesucristo.

El salmo 93 dice: “Poderoso eres Jehová. Jehová en las alturas es más poderoso que el estruendo de las muchas aguas.” A él están sujetos ángeles, principados y potestades. ¡Gloria al Señor! Podemos cantar cántico nuevo, hermanos, hablar en nuevas lenguas y exaltar con regocijo hasta quedar fatigados al Señor que está allá arriba en los cielos, sí, pero no se olvide nunca más de 2ª Corintios capítulo 13:3: “Pues buscáis una prueba de que habla Cristo en mí, el cual no es débil para con vosotros, sino que es poderoso en vosotros.” ¡Bendito sea el nombre del Señor! Es poderoso. El Señor Jesucristo no es débil. ¿Dónde? ¡Es poderoso en nosotros! Les ruego, hermano, que atienda esta palabra, porque es un

recurso. Dijimos que veníamos a este Retiro a llenar nuestros estanques. Lo dijimos el primer día: que veníamos a reabastecernos. ¿Hasta dónde está tu estanque, hermano?

¡Reabastécete! Mira esta palabra: “¡Cristo no es débil para con nosotros, sino que es poderoso en nosotros!” Ayúdenme a decirles para que despierten algunos, para que se afirmen todos. Hermanos: el Señor no es débil para con nosotros, sino que es poderoso en nosotros. ¿Puede decírselo a su hermano? ¡El Señor es poderoso en nosotros! ¡Cristo es poderoso! ¡Cristo en mí es poderoso! Cristo en mí... “Porque separados de mí nada podéis hacer” - dijo él.

Sin Cristo, nada

En mí mismo, nada puedo, hermanos. Mi cultura no me basta, mi educación no me basta, mi título no me basta. Todo lo aprendido no me basta, sólo Cristo me basta. ¡Sólo Cristo me basta! ¡Hay creyentes, Señor, aquí! (Voces: ¡Sólo Cristo me basta!)

¿Será posible un noviazgo en Cristo? Tenemos pocos ejemplos. Abundan los ejemplos malos. Abundan los ejemplos de las estrellas del cine y la televisión. ¡Qué horribles! Bellos rostros, pero sus corazones están llenos de maldición y de amargura. Preciosas figuras externas, pero por dentro no se sacian de pecar. Están llenos de adulterio. ¿Será posible un noviazgo en Cristo? ¿Será posible enamorarse y sentir algo por otra persona y que eso sea regulado por Cristo? ¡Es posible! ¿Por qué? Porque está Cristo dentro, y porque Él es poderoso para socorrer a un joven y a una señorita. Hermano, el verdadero noviazgo, ese acercamiento, (llamémosle como le llamemos) no puedes hacerlo porque sí no más. No puedes hacerlo porque los ojos, porque la figura, porque la voz, porque el tono, ni siquiera porque te guste... Porque se supone que para ti, joven, ya Cristo es tu vista. Si Cristo no es tu vida, vamos a tener que recogerte del suelo; si Cristo no es tu vida, vamos a tener que reunir a toda la iglesia para perdonarte, como a muchos les ha ocurrido. Vamos a tener que sufrir otro fracaso más, y otro dolor más, y otro matrimonio llorando. Y otra iglesia estancada y otro hermano o hermana ... ¡Hasta cuándo! ¿Se levantará una nueva generación de jóvenes para los cuales su vivir sea

Cristo? Eso quiere el Padre que está en los cielos. El está mirando desde arriba y los ángeles están expectantes a ver si alguno de estos jóvenes, si alguna de estas señoritas, está dispuestos a decir esta noche: "Yo quiero vivir en ti". Hay expectación en los cielos esta noche. Para que tú hermano, para que tú hermana puedas vivir esta etapa en Cristo. Pero no sólo esta etapa. Los que llevan un año de casado o muchos años, hermanos, basta de traer dolor, basta de traer amargura, ¡basta ya, basta ya! Has traído suficiente muerte, has cosechado suficiente muerte por andar en nosotros mismos, por andar en la carne, por satisfacer los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida. Oh, hermano mío, escucha lo que el Señor te habla, y no se endurezca tu corazón si hoy te habla Dios. Porque es posible ser un esposo en Cristo. Es posible ser una esposa en Cristo. Es posible vivir en Cristo. Es posible que la alegría la disfrutemos en Cristo. Que el descanso sea en Cristo, que el dolor sea en Cristo.

Oh, hermano, que estás siendo tentado, que te estás conduciendo, cómo te estás deslizando, cómo estás administrando tus bienes, ¿qué estás haciendo, hermano? Tú sabes que si no se manifiesta Cristo en ti, habrá muerte y dolor. Tú sabes, hermano mío, ya terminé de compartir esta palabra.

Señor, ¿qué haremos ahora? No puedo dejar de hacer un llamado esta noche. ¡Que Cristo sea magnificado. Si no, no tengo razón para vivir!

Una iglesia que magnifique a Cristo

¿Aparecerá una iglesia así en estos últimos tiempos, antes de la venida del Señor? ¿Aparecerá una iglesia que magnifica a Cristo, aparecerán familias, aparecerán hombres y mujeres? Hermanos, en el Señor hay perdón. En el Señor hay misericordia. El día de ayer se acabó, lo que pasó ayer se terminó, ahora hay otro día, mañana hay una nueva misericordia para ti. Tus fracasos y los míos van quedando atrás. El Señor está perfeccionando la obra que él mismo comenzó. Hermano, hay una obra de Dios en ti. ¿Hay o no hay? ¿Hay una obra en ti? Entonces, cooperemos hoy día con el Espíritu Santo para que nos persuada. Persuádeme Señor.

Toca mi corazón que se está como endureciendo otra vez, y me cuesta llorar, me cuesta doblar mi rodilla, me cuesta clamar, me cuesta orar, pero escucho tu palabra y algo me pasa. Señor, ayúdame, quiero vivir en ti. Que se cumpla en mí tu palabra. Que para mí el vivir sea Cristo.

Que lo sepa mi esposa, mis hijos. Que lo sepa el vecindario. Que lo sepa la iglesia entera. Que lo sepan los demonios. Aquí hay un hombre que vive en Cristo. Aquí hay una mujer que vive en Cristo. ¿Lo quieres, hermana? ¡Sal de la lista de los carnales. ¡Ven a Cristo! ¡Sal de la lista que, por contraste se dice en este mismo libro.

Filipenses cap.3:17: “Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo, (no quieren morir, no quieren la cruz de Cristo, no quieren negarse a sí mismos) ... el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre...” Hermano, ¿será que también tenemos que comer en Cristo? ¡Que me ayude el Señor! ¡Que nos ayude a todos! ¿Será que hasta eso? ¿Y por qué no? Si es nuestro vivir ... Después andamos con dolores por todos lados, y gastos por todos lados, porque no hemos sido disciplinados en el comer.

“Y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo, el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza, que sólo piensan en lo terrenal.” Porque aun nuestros pensamientos han de ser en Cristo. Hermanos, que no estés tú en esta lista, que hace llorar al apóstol, esta lista que entristece al cielo. Alegremos, mejor, alegremos a Aquel que está a su diestra intercediendo por todos nosotros. Que nos ha visto en lo más profundo, hermano, te ha visto ... te ha visto ... que no puedes esconder nada, porque no hay nada oculto que no haya de ser manifestado. El Señor te ha visto y me ha visto. Te ha visto, Gonzalo, cómo hablas, cómo actúas, cómo vas, dónde vas, qué haces, cómo lo haces, qué piensas, cómo lo piensas, qué actúas ... Hermanos, no es que el Señor nos persiga, es que la vida de Cristo está adentro. Porque Cristo está revelado adentro, y la vida de Cristo quiere salir, quiere salir, quiere salir por ti, quiere salir por mí. Hermano amado, que el Señor esta noche nos socorra a todos. Yo necesito que el Señor me socorra. Es tan grande lo que está en juego ...

Les voy a pedir algo que pienso que para un creyente no debiera ser ningún problema pedírselo: si usted quiere lo hace, si usted no quiere, no lo haga. Pero yo quiero vivir en Cristo ... Yo quiero vivir en Cristo ... Hermano ¿sabe cuál es mi dolor, y de qué le quiero pedir perdón al Señor? De todas las veces que he aparecido yo, y no Cristo. Le quiero pedir perdón al Señor delante de todos ustedes, porque muchas veces no he agradado el corazón de mi Señor. Porque muchas veces le he ofendido, porque muchas veces no pretendo haber alcanzado. Quiero proseguir hoy día, quiero extenderme a lo que está adelante. Ahora veo más clara la meta: ¡Que Cristo se magnificado! Hermano, así te quiero ver. Así te quiere ver el Señor.

Entonces, ¿pidámosle ayuda? Pidámosle al único que es poderoso para socorrernos, al único que es poderoso para librarnos. Hermanos, ¿será mucho pedir que estas rodillas paralizadas, se doblen ...? ¿será demasiado pedir?

Martes 29 de enero (mañana)

CAÍDA Y RECUPERACIÓN

Roberto Sáez F.

Hoy día hablaremos de la caída, y al mismo tiempo, de la recuperación. La caída que fue ocasionada por el pecado, y que trajo la ruina de la imagen de Dios. La pérdida de la imagen de Dios. En Adán caímos todos; en Adán quedamos afectados, arruinados, el pecado todo lo arruinó. De un solo acto de desobediencia -tan sólo uno- causó la ruina, la desgracia de toda la humanidad, de todos los tiempos. Es impresionante ver cómo tan sólo un pecado, tan sólo un acto de desobediencia, que ni siquiera fue un acto de inmoralidad, sino que fue un acto de desobediencia a la Palabra de Dios. Y digo “Ni siquiera ...” pensando humanamente, porque pensando divinamente, la falta más grave no es contra la santidad de Dios, sino contra la autoridad de Dios. Y pecar contra la autoridad de Dios es el pecado más grave que hay. Y este pecado. Acarreó la ruina de Adán y de todos sus hijos, y de toda su descendencia.

Adán y Cristo

El apóstol Pablo expone, explica esta palabra del pecado de Adán en Romanos capítulo 5: versículos 12 al 21: “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres,

por cuanto todos pecaron. Pues antes de la ley, había pecado en el mundo; pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado. No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán, el cual es figura del que había de venir. Pero el don no fue como la transgresión; porque si por la transgresión de aquel uno murieron los muchos, abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo. Y con el don no sucede como en el caso de aquel uno que pecó; porque ciertamente el juicio vino a causa de un solo pecado para condenación, pero el don vino a causa de muchas transgresiones para justificación. Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia. Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos. Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia, para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro.”

Esta es una palabra muy conocida por todos nosotros. La hemos expuesto muchas veces. Yo no pretendo explicar cada detalle de esta palabra. Sería muy largo. Pero aquí en estas dos columnas, Adán y Cristo, está toda nuestra historia, está la historia de la caída, pero está también la historia de la solución de la caída, de la reparación de la caída. En Adán todos pecaron y todos fueron constituidos pecadores, y a causa del pecado, todos mueren. La muerte se introdujo por el pecado de un solo hombre. Pero en contraposición a esta acción de un solo individuo aparece nuestro Señor Jesucristo para revertir la desgracia del pecado y de la muerte, y traernos la justificación de vida.

Nada hicimos para ser pecadores, nacimos en pecado. El pecado es un asunto de herencia. El pecado venía con nosotros cuando nacimos. Nosotros no escogimos ser

pecadores. El pecado venía con nosotros. Hay muchas discusiones teológicas al respecto. Nosotros queremos decir que no llegamos a ser pecadores cometiendo pecados, sino que los pecados que hemos cometido, los hemos cometido porque nuestra naturaleza es pecadora. Porque heredamos el pecado de nuestro primer padre Adán. El pecado está en nosotros. Pero gracias al Señor Jesucristo ahora nosotros no estamos ahora en el pecado, sino que estamos en Cristo. Y aunque el pecado está en nosotros, no vivimos en el pecado, sino que vivimos en Cristo.

Aquí hay una serie de contrastes. En Adán está el pecado y la muerte. En Cristo está la vida y la resurrección. En Adán está la condenación a causa de su pecado. En Cristo está la justificación del pecado, y de los pecados. En Adán está la desobediencia; en Cristo está la obediencia. En Adán está la ruina; en Cristo está la restauración. En Adán están las sombras, las tinieblas, la ruina total, la desgracia; en Cristo está todo lo contrario; en Adán, constituidos pecadores, en Cristo, hechos justos. ¡Gloria a Dios! Está la desgracia, está el pecado y su ruina, y está la solución de Dios para este problema. ¡Gloria a Dios!

El pecado y la salvación

El problema de la herencia del pecado que aparece muchas veces en la Escritura, mencionado de muchas maneras. La herencia, la herencia del pecado se menciona con este término. Dice que nosotros recibimos “una vana manera de vivir, heredada de nuestros padres”. Y que fuimos rescatados de esa vana manera de vivir. ¡La solución, al tiro! Siempre que la Escritura denuncia un pecado, una desgracia, el estigma de alguna maldición, siempre coloca inmediatamente al lado la cita de la reparación de ese pecado. Ocurrió esto en el huerto, cuando el hombre pecó y se encontró desnudo, e inmediatamente trató de hacer algo por sí mismo para solucionar su pecado. Vino inmediatamente de parte de Dios la reacción, y Dios mató un animal, y con la piel del animal, vistió al hombre y la mujer, indicando con esto que el delantal de hojas de higuera que el hombre se había hecho, representando el acto de la autorredención y de la autojustificación, a Dios no le agradó.

Pero Dios se las arregló para salvar él al hombre. Porque si hay una salvación, ésta tiene que venir de Dios. Así el acto de haber vestido con las pieles de animal al hombre indica que la salvación pertenece a nuestro Dios. Y el hombre, nada que haga por sí mismo, podrá restituirlo, podrá salvarlo, podrá justificarlo de los pecados que haya cometido. Que si hay una justificación, ésta viene por la gracia de Dios, y no por las obras del hombre. La lección queda impresa instantáneamente, inmediatamente en los albores de la creación. Tan pronto como hubo la caída, hubo la reparación de la caída. Tan pronto como el hombre cae en desgracia y pierde la imagen de Dios, Dios lo levanta y lo restituye, lo salva, lo eleva.

La herencia de nuestros padres

La Escritura nos dice ahí en Pedro que la solución para esa vana manera de vivir que heredamos de nuestros padres está en la sangre del Cordero, que fue destinado para nuestra redención desde antes que el mundo fuera. Así que en esto también Dios tenía contemplado que en la caída del hombre vendría el Hijo de Dios a redimirnos de esta desgracia. Y nos dice la Escritura que la solución para esta vana manera de vivir heredada es la sangre del Cordero.

Todos nosotros a diario nos encontramos con el estigma de esta vana manera de vivir heredada de nuestros padres. Nos encontramos con la marca de un abuelo, con el carácter del papá o de la mamá. Y aun los familiares dicen: “Pero si este niño salió igual a su abuelo o a su abuela”. Y todos los días nos encontramos con alguna característica de algún antepasado, que es la herencia que recibimos de nuestros antepasados. Y la Escritura nos dirán que para cada una de esas actitudes o de nuestros rasgos de nuestra forma de ser, de nuestra personalidad. La sangre de Cristo nos puede limpiar, nos puede restaurar.

Qué desgracia sería la nuestra si no tuviéramos la siempre eficaz sangre de Cristo para limpiarnos de los pecados que a diario cometemos con nuestras actitudes, con nuestras reacciones, con nuestra manera de ser. Cuántos de nosotros hemos aprendido a aborrecer el carácter que tenemos. ¡Cuántos de nosotros hemos aprendido que el carácter

nuestro no nos sirve! Que lo que heredamos en forma natural de nuestros antepasados no nos sirve, y aquí entonces cobra importancia la palabra de anoche. La palabra que será el énfasis en estos días, que es en Cristo como tenemos la solución a todas estas cosas. Que es viviendo en él y no en nosotros mismos. ¡Gloria al Señor!

La Escritura nos hablará también de “la herencia pecaminosa carnal”, en Colosenses 2:11. “En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo”. Aquí habla de un hecho divino, de una obra de Dios. Dios tomó nuestro cuerpo pecaminoso carnal y lo puso en la circuncisión de Cristo. La circuncisión de Cristo es la cruz de Cristo. Tenemos que aceptar que nuestro cuerpo pecaminoso carnal tiene un lugar donde Dios lo colocó. Nuestro cuerpo pecaminoso carnal fue confinado a la cruz. Nuestro cuerpo pecaminoso carnal Dios lo puso en la cruz, lo crucificó juntamente con Cristo. Entonces, para el problema de la herencia pecaminosa carnal, tenemos la cruz, y para la vana manera vivir heredada de nuestros padres tenemos la sangre de Jesús.

El libro de Romanos se divide en esas dos partes, por lo menos, de los capítulos 1 al 8. La primera parte nos habla de los pecados cometidos. Y la solución para eso es la sangre de Jesús. Para todos los actos pecaminosos, para los pensamientos pecaminosos., para las actitudes pecaminosas, está la sangre de Cristo. Pero para la raíz del pecado, para la naturaleza del pecado, para el cuerpo del pecado está la cruz de Cristo. La cruz acaba con la fábrica de pecados, pero la sangre de Cristo limpia los efectos de aquella producción de pecado. ¡Gloria a Dios!

El viejo hombre

Romanos 6:6 también señala la misma verdad. Nos dice: “Sabiedo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado.” Hay una diferencia entre “viejo hombre” y “cuerpo de pecado” El viejo hombre fue algo que se fue originando en el tiempo. Dios no nos creó con “viejo hombre”, pero el viejo hombre se fue

haciendo viejo en la medida que el tiempo fue avanzando, en la medida que fue acumulando pecados, se fue convirtiendo. Se adhirió al ser humano algo que no es producto de la creación de Dios, sino que es un producto de la conducta del hombre, del pecado que el hombre heredó. Y así entonces aparece el cuerpo del pecado, la naturaleza del pecado. El cuerpo del pecado origina al viejo hombre. Y el cuerpo del pecado, como el viejo hombre, ambos juntamente, están destruidos en la cruz de Cristo. Allí encuentran su fin. La solución de Dios para este mal, para esta desgracia es la cruz de Cristo. ¡Aleluya!

La ley del pecado

Encontramos también “la ley del pecado y de la muerte”. Romanos 8:2: “Porque la ley del espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.” La solución para la ley del pecado es la vida de Cristo en nosotros. Así que tenemos tres problemas y tres soluciones: el problema de los pecados, el problema de la vana manera de vivir que heredamos de nuestros padres, el problema de todos los defectos que tenemos de carácter, de formas de ser, de personalidad, de actos pecaminosos, para eso, la sangre de Jesús es la solución. Para el problema de nuestra naturaleza pecadora, la cruz de Cristo es nuestra solución. Pero para el problema de la ley del pecado, de esa ley que está en nosotros ... porque nosotros queremos hacer lo bueno, pero no podemos. Nosotros queremos sujetarnos a la ley de Dios, pero no podemos. Tenemos una naturaleza contraria a la ley de Dios. Entonces, la ley del pecado es una constante en nosotros, que nos conduce a pecar, que nos insta a pecar, que nos mueve a pecar, y para esta tendencia, para esta desgraciada tendencia que está en todos nosotros, la solución es la vida de Cristo en nosotros.

La sangre, la cruz y la vida. ¡Gloria a Dios! ¡Aleluya!

Cómo se aplica esta palabra

Veamos ahora cómo se aplica esta palabra. Porque todo esto todavía podría ser teoría de la fe. Pero aquí vamos a encontrar cómo aterrizamos. Todo lo que he dicho hasta aquí han sido ingredientes de un guiso que ahora nos vamos a comer.

Capítulo 3 de Colosenses. El viejo hombre vs. el nuevo hombre. La vida antigua y la vida nueva.

Leeremos desde el versículo 5 en adelante: “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría; cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia, en las cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo cuando vivíais en ellas. Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno, donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos. Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales. Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.”

¡Qué preciosa palabra! Aquí está la parte práctica. Lo anterior es la obra de Cristo; es la obra de Dios en Cristo Jesús. Lo que vamos a ver ahora es la parte que nos toca vivir a nosotros en base a la obra de Jesús. Lo que relata este párrafo que hemos leído es el contraste que existe entre el viejo hombre y el nuevo hombre.

El nuevo hombre es Cristo y la Iglesia

Y tal vez en una forma equivocada hemos pensado, que la acción de despojarse del viejo hombre y vestirse del nuevo

hombre es una acción individual, personal, y que cada uno se las tiene que arreglar para ver cómo se saca el traje viejo y se pone el nuevo. Pero de acuerdo al contexto de la palabra que hemos leído, vemos que esta acción es una acción corporativa, ya que el nuevo hombre no es un individuo, el nuevo hombre es Cristo y la Iglesia. De acuerdo a lo que dice Efesios, que de ambos pueblos, y derribando la pared intermedia de separación de ambos pueblos, de judíos y gentiles, hizo un solo nuevo hombre, ¡Aleluya!

El hombre nuevo no soy yo en particular ni eres tú en particular. El hombre nuevo es Cristo y la Iglesia. Nosotros, hermanos, tenemos la mente de Cristo, tenemos el Espíritu de Cristo, tenemos la vida de Cristo, tenemos el sentir de Cristo, la iglesia es Cristo en otra forma. Y aquí Cristo alcanza entre nosotros, tiene que alcanzar esta medida de llenarlo todo, de ser el todo. ¡Cristo es el todo!, y viene a ser la cabeza de la iglesia, viene a ser el punto de encuentro entre todos nosotros, en Cristo nos encontramos, en Cristo nos amamos, en Cristo nos soportamos, en Cristo tenemos comunión. ¿Dónde aparece el problema? Cuando nosotros queremos introducir en la Iglesia nuestra naturaleza, nuestro pensamiento, nuestras cosas, y no sabemos relacionarnos unos con otros en Cristo. Esta es la parte más práctica de todo este mensaje.

Así como la imagen de Dios es una multiplicidad de relaciones, que se caracteriza por las virtudes de Dios, sobre la base de una naturaleza, una esencia que es santa, que es justa, que es pura, que es perfecta. Así como Cristo está en la Iglesia y la Iglesia tiene la vida de Cristo, la naturaleza de Cristo, el sentir de Cristo, la mente de Cristo, así entonces el estilo de vida de la Iglesia, la vida de la Iglesia tiene que tener la imagen de Dios. En esto estamos, estamos incorporando la imagen de Dios en nosotros. ¿Queremos parecernos a Dios?, ¿Queremos parecernos a Cristo?, ¿Queremos ser como El es?, ¿Queremos tener el carácter de Cristo?, ¿Queremos tener su imagen, su vida morando en nosotros? Tenemos que creer que Cristo está en nosotros, tenemos que aceptar la obra de Cristo a favor de nosotros, tenemos que llenarnos de toda esta palabra, y tomar por la fe, apropiar por la fe, todo lo que Dios en Cristo nos proveyó. Toda abundancia de gracia, todos

los tesoros de su riqueza. Todo nos fue dado en Cristo Jesús. Tenemos que tomarlo por la fe y aplicarlo ahora a esta multiplicidad de relaciones que existen entre nosotros. Cuando como Iglesia tenemos que soportar a un hermano, cuando tú me tienes que soportar a mí, y yo te tengo que sobrellevar a ti.

Una vida de mutualidad

Ayer hablábamos de la autoridad que existe en la trinidad, en la deidad. De cómo ellos han compartido eternamente una vida mutua, una mutualidad en el servicio, en la cooperación, en el trabajo. Una mutualidad en cuanto a la igualdad de dar y recibir, así tiene que ser la vida en la Iglesia. Una mutualidad en la que damos y recibimos, en la que nos toca muchas veces ser probados en nuestras reacciones, cuando alguien nos ofende, cuando alguien nos hiere, cuando alguien nos critica, cuando alguien nos juzga. Y el asunto está ¿cómo reaccionamos nosotros cuando somos juzgados?

Si a mí me toca enfrentar un juicio de la Iglesia, y la Iglesia me pone en disciplina y tenemos casos en que hemos juzgado a un hermano, porque en la casa de Dios están las sillas del juicio, y en la casa de Dios hay amor, y todo está, el vínculo perfecto de todas nuestras relaciones es el amor. Pero no significa esto que, el amor significa que, por amor no vamos a tocar nunca a nadie, porque Dios siendo amor también es justo. Para que sea santo no tiene que faltar ninguna de las virtudes que hay en Dios. Y la vida de Dios que está en la Iglesia es santa, y por lo tanto hay amor, pero también. Hay justicia, hay verdad y justicia, hay misericordia y justicia. De tal manera que, cuando tocamos a un hermano, hablamos con él y en amor le hacemos notar su defecto, le guardamos su pecado, no se lo contamos a nadie, recibimos su confesión, vemos su corazón arrepentido. Tenemos la actitud de Cristo para recibirlo y lo perdonamos de la manera que Cristo nos perdonó a nosotros, lo perdonamos a él. Y puede ser que el hermano vuelva a caer y volvemos a perdonar.

La voluntad del Señor es que no pequemos más, la voluntad del Señor es que no pequemos en ninguna manera. La voluntad del Señor es que aprendamos cómo es posible no pecar en ninguna manera. Y la palabra de Dios nos dice cómo

se las arregló Dios para que nosotros no pequemos en ninguna manera. Nos dice que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Cristo, y nos pregunta la Palabra ¿acaso no sabemos que fuimos sepultado juntamente con Cristo para muerte por el bautismo? Y la respuesta nuestra es que sí sabemos. ¿Lo sabía usted?, ¿Sabe que está muerto?, ¿Sabe que fue sepultado?, ¿Sabe que el viejo hombre murió juntamente con Cristo?, ¿Y sabe que la vida que ahora tenemos como Iglesia es la vida resurrecta de Cristo que está en nosotros? Sí lo sabemos, ¡gloria a Dios!

Juzgando juntos los pecados

No obstante saberlo, muchas veces la tentación viene, y la debilidad permite que el pecado encuentre un vientre materno en alguna parte de nuestro ser, tal vez en la mente, en los pensamientos. Me parece que la mente es como un vientre materno que admite embarazarse y preñarse de malos pensamientos, de sucios pensamientos, de inmundos pensamientos que dan como fruto, dan a luz el pecado. ¿Así es?, ¿Conoce usted eso?. Y la solución de eso es que no pensemos en nada malo sino que pensemos en lo noble, en lo justo, en lo que es de buen nombre. La Escritura nos obliga a pensar en lo que es bueno. Y nos obliga a traer nuestros pensamientos, y a juzgar nuestros pensamientos y traerlos a los pies de la cruz de Cristo. Y juzgar todas aquellas imágenes en nuestra mente que se levantan contra el conocimiento de Dios, y traerlas cautivas a los pies de Cristo.

Ahí hay un ejercicio individual, pero cuando individualmente yo no soy capaz de juzgarlo, entonces necesito tu consejo, tu crítica, tu juicio, tu palabra. Necesito que me salgas al camino y me pares y me detengas, necesito que me reprendas, necesito que me lo digas en la cara, necesito que me agarres del brazo y me lleves para allá y me digas: “Estoy molesto contigo porque he visto una actitud que no corresponde a Cristo”. Porque la comunión es en Cristo, porque la comunión no es sobre la base de una amistad carnal, ni sobre la base de un compadrazgo, no es así. ¡La amistad, la comunión es en Cristo!

Cuando tú quieres la simpatía de los hermanos, la amistad de los hermanos, la comunión de los hermanos, el abrazo de los hermanos, pero tú no juzgas tu corazón, nos obligas a tomar consejo entre varios, a llamarte y a decirte en tu cara que no está bien tu comportamiento. Y cuando hay un tribunal en la Iglesia que se pone de acuerdo y están todos unánimes para juzgar un pecado, una actitud que no es de Cristo, es imposible que la Iglesia se equivoque. Mujer, no le creas a tu marido. Cuando tu marido te tira a los hermanos en contra y te dice: “Fueron injustos conmigo”. Cuando la iglesia a disciplinado a un varón, y este varón va a la familia y le dice mira me llevaron a una reunión y me dijeron esto, y esto ,y esto. ¿Qué ha hecho ese varón? No se ha juzgado a sí mismo. Ha levantado a su familia en contra de la Iglesia y finalmente se han ido de la Iglesia.

Juzgamos en una ocasión a un hermano, le dijimos: “Hermano, antes de salir a predicar, antes de ir a predicar, ¿por qué no arreglas tu matrimonio? ¿por qué no callas? ¿por qué no guardas silencio mejor antes de ir a predicar?”. Se lo dijimos todos los ancianos: “Nosotros apreciamos tu servicio, apreciamos que tú colabores, apreciamos los dones que tienes. Pero tenemos que entender que los dones no justifican las falencias que tenemos como obreros, como siervos de Dios”. El hermano fue y le contó a su familia lo que le habíamos dicho y la esposa fue y nos llamó después, y nos dijo: “Ustedes por qué se meten en la intimidad del matrimonio, ¿acaso todos los matrimonios no tienen problemas?”. Hasta el día de hoy ella piensa que los matrimonios tienen una vida íntima que nadie debe tocar, pero hemos de saber que cuando estamos en la iglesia, la vida nuestra no es privada, que tú no te perteneces a ti mismo, que tú no te mandas solo. Que la vida corporativa del nuevo hombre no es la vida de un solitario, no es la vida de un individuo, la vida del nuevo hombre, la realidad del ser de un nuevo hombre, es la realidad de un hombre colectivo, corporativo. Tu problema me importa, tu defecto me daña, mi defecto te daña a ti, necesito que me corrijas, necesito que me hables, necesito que me confrontes.

El viejo vs. el nuevo hombre

El viejo hombre es un solitario, el nuevo hombre es corporativo. El viejo hombre es un independiente, es suficiente. El nuevo hombre es dependiente, tiene una interdependencia, es de unos a otros, es una mutualidad, es una reciprocidad. Estamos amasados, entretnejidos, relacionados. El viejo hombre está crucificado, el nuevo hombre tiene la vida resurrecta de Cristo. El viejo hombre está perdido. El nuevo hombre está recuperado. El viejo hombre es egoísta. El nuevo hombre es generoso. El viejo hombre es ensimismado. El nuevo hombre es solidario. El viejo hombre es terrenal. El nuevo hombre es celestial. El viejo hombre está excomulgado y condenado, pero el nuevo hombre está en comunión.

No debiera hablar nada más. Aunque seguramente mis hermanos pueden añadir más a esta palabra, voy a dejar el micrófono abierto para que los obreros, principalmente, vengan aquí adelante y hagan una aplicación de esta palabra.

RODRIGO ABARCA:

Esta es una palabra, hermanos, que nos conmueve profundamente. La necesidad más importante de la Iglesia en la actualidad es comprender estas cosas. Y cuando hablo de la Iglesia, no sólo me refiero a los que estamos reunidos aquí. Lo que está en el corazón de Dios es mucho más que lo que somos nosotros. Si pudiésemos mirar el corazón de Cristo, veríamos a la Iglesia. Esa Iglesia que está tan dominada, tan atrapada, tan estructurada. Y quienes han sido más responsables de esa actitud individualista dentro de la Iglesia no han sido los hermanos, por supuesto. El responsable es el viejo hombre. Pero es el viejo hombre dentro de los obreros. ¿Saben qué produce eso? Que los obreros trabajan separados, y cada uno tiene su propia parcela, su propio territorio y eso divide a la Iglesia. Porque no sabemos trabajar juntos. No sabemos actuar corporativamente. No sabemos ministrar el cuerpo corporativamente. Y si nosotros no sabemos hacer eso ¿Cómo van a saber los hermanos hacerlo? Si la obra que hacemos es individual, ¿Cómo la Iglesia va a saber vivir corporativamente?

El Señor nos está hablando en estos días, en estos años, acerca de vivir y realizar un ministerio corporativo, donde la

característica predominante sea la mutualidad, la interdependencia. Nos corregimos unos a otros, nos ayudamos unos a otros, nos transmitimos a Cristo los unos a los otros. Nos escuchamos, nos atendemos. Y sobre todas las cosas nos amamos unos a otros. Yo creo que el corazón del Señor está cansado de hombres, grandes en Dios. El no necesita grandes hombres en Dios, porque El ya tiene un hombre, ¡Bendito sea el Señor! ¡Bendito sea el Señor! ¡Y ese hombre es Cristo con la Iglesia. ¡Bendito sea el Señor!

Oh, que el Señor levante a su Iglesia, que el Señor levante a su Iglesia llena de Cristo, llena de la gloria de Cristo. Tan pura, tan gloriosa, tan sencilla, tan llena de Cristo como al principio, y más que al principio. Porque está escrito la gloria de esta casa, la gloria postrera será mayor que la primera, nosotros veremos días de mayor gloria, ¡Aleluya! Lo mejor está por venir, ¡Aleluya!

Y esto que vemos hoy es sólo el principio, a lo mejor es el día de las pequeñeces, pero a Dios le gusta empezar así, sin fanfarrias, sin tambores, sin trompetas. Le gusta comenzar, por ejemplo, en un establo, en una cosa pequeña sin ninguna apariencia. Pero Dios es así. ¡Bendito es el Señor!

ELISEO APABLAZA:

Roberto ha guardado silencio en el momento preciso para que ustedes en esta mañana, amados hermanos, pudieran recibir el testimonio, no sólo de un hombre, sino de todos estos que están aquí al frente. Creo que si hay algo que podemos mostrar, por la gracia de Dios, es que nosotros, amados hermanos, no somos autosuficientes, sino que nos necesitamos unos a otros. Esto es algo que el Señor ha ido labrando, produciendo lentamente, pese a nosotros, pese a nuestra dureza, a nuestros extravíos, a nuestras soberbias. Amados hermanos, somos muy débiles -ustedes nos conocen-conocen nuestros defectos. Si hay algo que hoy podemos mostrar es que no podemos funcionar solos cada uno de nosotros. Nos necesitamos, nos amamos. Nos sujetamos unos a otros. Esta es una lección práctica, es un mensaje casi sin palabras. El hecho de que estemos aquí todos nosotros.

Hay dos cosas grandes de las cuales somos testigos en este tiempo. Una la ha hecho Dios soberanamente, y es revelarnos a su Hijo y revelarnos la Iglesia. La segunda gran cosa es una en la cual nosotros tenemos más participación, y es la operación de la cruz a nuestras vidas. En estas dos cosas está centrada toda la obra presente de Dios. Sin la revelación de Cristo no hay nada y sin la operación de la cruz en los creyentes tampoco hay nada.

Amados hermanos, el fin del mensaje de Roberto hoy día no son muchas palabras. Son estos hombres que están frente a ustedes, débiles, necesitados, quebrantados, necesitándose el uno al otro. Gracias a Dios por el mensaje de hoy. ¡Bendito sea su santo nombre!

CESAR ALBINO:

Cómo el Señor nos ha ido hablando desde el día que llegamos, hermanos. La verdad de las cosas es que estoy emocionado en esta mañana. Quizá me va a costar decir algunas palabras. Me siento tan pequeño. Me siento un hombre tan frágil, en medio de todos ustedes. El hecho de estar aquí, tengo que dar gloria a Dios, gloria al Señor, por la dicha, por el privilegio que nos concede a todos nosotros de escuchar de esta manera al Señor. De poderle ver así. De poder ver la iglesia tan preciosa así. Viviendo una vida de hermanos.

Pensaba mientras caminaba hacia este lugar, qué tremendo sería si nosotros viviéramos en puras reuniones. Nunca nos trastocaríamos, conoceríamos las debilidades de los hermanos, nunca conocerían mis debilidades. Pero viviendo como hermanos, como Iglesia, corporativamente -como se nos está diciendo- hemos de aprender a perdonar y amarnos de verdad. ¡Qué gloriosa realidad a la cual el Señor nos ha arribado en estos días!

Yo también, como mi hermano Rodrigo, veo que la gloria última está empezando a dar sus primeros destellos. Creo que va a ser así como Dios lo ha dicho, que la gloria postrera será mayor que la primera. Doy gracias al Señor por esta gracia que nos ha concedido el Señor. Deseo que el Señor nos bendiga, deseo que el Señor nos cautive por dentro, deseo

que esto de estar aquí al frente, como decía mi hermano Eliseo también, le hable a todos los hermanos, y mayormente a los pastores, mayormente a los que están en diferentes localidades. Somos frágiles, somos débiles, nos necesitamos unos a otros. Individualmente, ¿qué podríamos hacer? Ya lo hemos comprobado. Y hemos fracasado tantas veces. Ya se nos nota por todas partes. Ya no queremos hablar ... Que el Señor nos ayude a todos nosotros. ¡Bendito es el Señor!

RUBEN CHACÓN:

Bueno, quisiera confirmar la palabra que se ha compartido. Creo que todos sabemos -y por mucho tiempo hemos enfatizado- que nosotros no podemos, que sólo Cristo puede en nosotros, y quizás ustedes son esa fracción de la iglesia que más ha enfatizado esto, y han tenido esta verdad latente, viviente, entre ustedes. Pero aun cuando hemos sabido esa verdad, nos ha sido revelada, todavía hemos tratado de vivirla en un plano individual. No yo, sino Cristo en mí, pero tratado de vivir individualmente.

Y yo creo que todos, si somos honestos, hemos tenido que reconocer que no ha sido suficiente. Nos hemos preguntado qué falta. Por qué no ha funcionado como debiera funcionar. Por qué si tengo la revelación - como nos compartía Gonzalo anoche - no se ha podido traducir en una vida, en una manifestación de vida plena. Yo creo que el paso que nos falta dar y al que el Señor nos está llamando es que no es vivirla individualmente, sino vivirlo corporativamente. Y el Señor nos está mostrando eso, y nos está llevando a vivir eso. Y nos ha permitido encontrarnos en el camino con estos hermanos, con ustedes, y nosotros hemos sido tan bendecidos.

Dejemos, como dice Eliseo, que la cruz opere en nosotros. Nos esperemos, nos soportemos, nos amemos, nos reconozcamos, y el Señor va a manifestarse más plenamente. Gracias.

CARLOS CANTOS:

Este no es un tiempo de caudillos. Los caudillos de la fe han ido cayendo uno tras otro. Este es un tiempo de seguir el modelo de Cristo. No significa que ninguno de los que

estamos acá no tengamos obra .. no haya algo detrás de nosotros, No significa eso. Y ahí está el secreto de todo esto. Porque Cristo en toda su gloria, dice en Filipenses, en ese pasaje tan conocido, no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo. Entonces, el tema no es necesariamente que ninguno de nosotros tenga algo que mostrar, y venimos aquí como tristemente derrotados por todo lo que nos ha pasado.

Porque la historia nos ha tratado, es cierto; el Señor nos ha tratado, es cierto; hemos sido humillados, es cierto, pero por otro lado, voluntariamente, nos humillamos. Ese es el secreto. Si no, yo no estaría con estos hombres, si voluntariamente no quisiera ponerme bajo, y ese ha sido el pecado más grande que hemos cometido cuando hemos pensado que somos depositarios de la verdad exclusiva, y ahora hemos entendido que no es así, que somos parte de algo glorioso que Dios está levantando. ¿Qué más glorioso que ver una sola iglesia unida en una localidad?

Quiero decir algo más, este es un avance profético de lo que Dios va a hacer. ¡Vienen otros más! ¿Estamos dispuestos a recibir a los hermanos con sus distintas formas, con sus distintas expresiones, con el mismo corazón, con el mismo Cristo, con el mismo espíritu?. Para eso es necesario humillarnos voluntariamente. Reconocer en otros voluntariamente, ponernos bajo ... La expresión de Juan el Bautista, teniendo tanta gracia él, siendo primo de Jesús, eran amigos, conocían todas sus cosas, y me impresiona la actitud de él. Cuando ve a Jesús él dice: “Es necesario que yo mengüe, para que él crezca”. Si todos tuviéramos esa actitud, ¿se imaginan lo glorioso que sería?

Yo no quiero hablar, no ... Y estoy seguro, y ustedes lo van a confirmar, que todos nosotros tenemos algo que decir. ¿No es cierto? Lo que menos nos falta es palabra (y no es chiste). Entonces decir: “No quiero hablar, que hable mi hermano”. Y hacerlo con gracia, va a ser beneficioso y rico para la iglesia en esta tiempo, porque va a perfeccionar el ejercicio de la gracia. Porque sin duda cada uno de nosotros tiene un matiz, porque el Señor es tan creativo, ¿no es cierto? Porque cuando habla uno, uno recibe de la gracia de Cristo, recibe algo en su corazón ... y habla otro, y uno recibe de otra forma, y habla

otro, y uno recibe de otra forma, y todo el pueblo, toda la iglesia es ministrada ... Entonces, la riqueza está en eso.

Confirmando que viene un tiempo muy distinto, un tiempo rico, un tiempo tremendo de mucha gloria. Está habiendo un testimonio grande de que Dios va a levantar desde este país ... de, en alguna medida, muchos van a ser enviados a otros lugares. Y este es un tiempo de preparación, de deponer las posiciones, de ubicarnos en el lugar que nos corresponde y constituir una sola iglesia, un solo cuerpo, el cuerpo hermoso, maravilloso de Cristo. ¡Amén!

PEDRO ALARCÓN:

Mientras escuchaba a los hermanos le preguntaba al Señor: ¿Qué es lo que yo tengo que decir?” No es mucho, ¿pero sabe? pensaba en el apóstol Pablo, que nosotros siempre lo hemos tomado como un ejemplo, hemos querido emular al apóstol Pablo, pero nos equivocamos y se han equivocado muchos siervos de Dios también al ver a Pablo como un individuo. Pablo no fue nunca un hombre individual. Pablo siempre estuvo rodeado de otros colaboradores que llegaron a ser tan apreciados para él, tan queridos, que en un momento, si le faltaba uno de ellos, le faltaba una parte a Pablo, y no podía funcionar bien.

El apóstol Pablo al principio, cuando el Señor lo derribó, con su gloria, con su luz, y cayó, y vino la experiencia externa de conocer al Señor, como se nos decía estos días atrás, lo glorioso de la Iglesia, lo glorioso de la revelación, no lo recibió Pablo en ese mismo instante, sino que, fue cuando el Señor le dijo: “ Entra a la ciudad y allí se te dirá lo que tienes que hacer”, y Dios no envió a un gran hombre, no envió a un siervo, no envió (aunque sí era un siervo), no envió a un profeta, no envió un apóstol, sino que escogió a un hermanito que se llamaba Ananías y le dijo a Ananías: “Anda y vé a este lugar” y el le dice: “Señor, como voy a ir allá, si este hombre perseguía a la Iglesia” , “Anda, porque instrumento escogido me es este, para llevar mi nombre a los gentiles, pero yo le voy a mostrar a este, a este instrumento escogido, cuánto tiene que padecer por causa de mi nombre” y fue Ananías y le impuso las manos y Pablo recibió la vista. ¿Qué aprendió Pablo allí? Pablo aprendió desde el primer momento, a

reconocer el cuerpo, hermanos, a reconocer la Iglesia, gloria al Señor. A esto nos ha traído el Señor.

CLAUDIO RAMÍREZ:

Lo que esta palabra hoy día nos ha dicho, es que sobre este hombre terrenal, tiene que haber puesta una lápida y no resucitar nunca más, ni la ira, ni el enojo, ni las contiendas, ni la fornicación, ni la idolatría, ni la avaricia. Hermanos, hay una lápida sobre eso, Cristo la puso para siempre, y por esa razón es que, si nuestro hermano nos ha pedido que nosotros aportemos algo, es esto: decir que nosotros sentimos ese peso, y que no estamos aquí sueltos de cuerpo, y que cada vez que nos encontramos con estos siervos, nos abrazamos y muchas veces lloramos, y muchas veces nos bendecimos, y muchas veces nos recomfortamos unos a los otros.

Después de la palabra de ayer, me estreché llorando con el hermano Roberto. Muchas de las cosas que él compartía, las hemos vivido juntos, las hemos sufrido juntos. Nuestras lágrimas no son un efecto escénico, sino son un dolor que hay por dentro, tenemos una gran nube de testigos, como los testigos del capítulo 11 de Hebreos. Frente a esa gran nube de testigos que hoy están en gloria con el Señor, nosotros hoy corremos una carrera, en medio de un mundo fanatizado, un mundo idólatra, un mundo materialista y se nos pide ¡oh, paradoja! que vivamos la vida espiritual en medio de este mundo así, frío y materialista.

Pero bendigo a Dios que aquí, ha recogido Dios aquí en este pequeño lugar del planeta, en este rincón de nuestro país, nos ha recogido para hablarnos como nos ha hablado estos días, porque si en este punto se terminara este Retiro, creo que todos volveríamos con el corazón conmovido, se han removido nuestras entrañas espirituales. Y creo que ninguna Iglesia local, podrá ser la misma este año, a partir de este Campamento. ¡Así sea! ¡Señor, ayúdanos para esto!

GONZALO SEPÚLVEDA:

Hermanos, los hermanos nuevos que está aquí, están recibiendo un impacto de vida, de aliento, de claridad en el Señor. Le damos gracias al Señor por eso, pero me gustaría

que aquellos hermanos antiguos, lo entendiéramos, lo entendieran todos de una vez por todas. Gracias, Señor, por la palabra que nos saca de nuestro individualismo, que nos lleva a esta mutualidad, donde la imagen de Dios es verdaderamente recuperada.

Hermanos, qué terrible sería para nosotros que esto fuese sólo una teoría. Hermanos, seamos sinceros, seamos muy honestos, entre nosotros, por años, fue teoría. Es verdad que hubo mucho movimiento, que hubo mucha obra, que hubo mucha prosperidad, que hubo mucho trabajo y palabras como estas se compartieron en otro tiempo, pero en la práctica fallamos. Fallamos en llevar esto a la práctica. Hablábamos del cuerpo, pero también, en la práctica, era el individuo el que quedaba exaltado. Hoy día por la bendita misericordia del Señor, podemos hablar con entera propiedad.

En Villarrica estuvimos de paso el otro día los obreros cuando íbamos a Caburga, (porque no quisimos enfrentar este retiro, sin que viniera Rodrigo y que viniera Rubén y viniera Roberto y Claudio y estuviésemos ahí de rodillas delante del Señor. En Villarrica nos reunimos con los varones y les dijimos: “Hermanos, ustedes se necesitan, usted necesita al otro, que el otro lo regule, y así mutuamente”. Qué bueno que no es una teoría, hermano. Yo prediqué anoche porque uno de ellos me dijo: “Hermano, por qué no predicas tú esta palabra, esto lo tienes, tu tienes que compartirlo”. Me sujeté y salió esa palabra. No fue que la impuse yo, diciendo: “Yo tengo revelación hoy día, yo tengo que predicar”. Yo quería que otro predicara anoche, y otro me dijo: “No, tú tienes que predicar”. Así es, yo bendigo al Señor.

Yo bendigo al Señor también por los ancianos de la Iglesia en Temuco. Yo bendigo al Señor por Atelio. Cuántas veces nos ha bendecido Atelio. A veces Atelio se opone firmemente a algo (generalmente tiene la razón), otras veces Rolando dice no a esto. José Scheuermann dice no a esto; a veces el hermano San Juan dice que no. Otras veces yo no quiero hacer algo, y ellos dicen: “Tú tienes que hacerlo”. Qué bueno es estar en el cuerpo, qué bueno es estar regulados. Qué bueno es que los montes bajen y que los valles suban.

Entre nosotros el desubicado más grande, de aquí para delante, será el que se levanta solo, en la carne, a hacer su obra, sin sujetarse a los demás. Y la iglesia lo va a regular. La iglesia no va a tener un amén, la iglesia no va a tener un testimonio para nadie en adelante que se quiera levantar en sí mismo, en su carne. Pero, hermanos, vivamos la sujeción. En los sectores, en las cosas pequeñas, entre los diáconos, unos con otros, sometiéndonos unos a otros en el temor, en el amor del Señor.

Martes 29 de enero (noche)

EL MISTERIO DE CRISTO

Rodrigo Abarca B.

¡Cuán precioso es el Señor Jesucristo para nosotros! ¡Cuán precioso es Cristo para el Padre! ¿Puedes decir: Cristo es precioso para mí? ¡Precioso es el Señor Jesús! No nos cansamos de apreciar su belleza. Cada día lo descubrimos más hermoso. Es más hermoso hoy que ayer para nosotros y será más hermoso por las edades sin fin. ¡Bendito sea el nombre del Señor Jesús!

Hermanos, quiero compartir una palabra que continúa con la palabra que hemos venido escuchando en estos días, acerca del propósito supremo de Dios, el misterio de la voluntad de Dios, de llenarlo todo de Cristo. Desde lo más grande hasta lo más pequeño, Dios el Padre quiere llenarlo todo de Jesucristo, su Hijo.

Vamos a leer en Colosenses, en el capítulo 1, versículo 15 hasta el versículo 19: “Él es - dice la Escritura- la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado

por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en Él subsisten; y Él es la cabeza del cuerpo que es la Iglesia, Él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo ... para que en todo ... tenga la preeminencia; por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud ... , por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud.” Efesios, capítulo 1, versículos 9 y 10: “Dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos como las que están en la tierra.”

El apóstol Pablo, como nos decía Eliseo hace unos días atrás, es quien nos habla acerca del misterio de Dios. Esa es una expresión que es propia del apóstol Pablo. En Colosenses, en Efesios, y un versículo al final de Romanos, nos habla del misterio de Dios, y nos dice que ese misterio ha estado escondido desde los siglos, desde las edades ... había estado escondido el misterio de Dios ... el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos. ¿Y en qué consiste ese misterio de Dios? ¿Por qué el apóstol lo llama misterio? ¿Qué es un misterio? Un misterio es algo secreto, es algo desconocido, algo que no se ha manifestado, algo que está oculto. Y dice la Escritura que Dios ha tenido desde la eternidad un misterio, un secreto guardado, en lo más profundo de su corazón, y que ese misterio de Dios tiene que ver con la razón, la causa, el por qué Dios ha creado todas las cosas.

Cuando tú miras la obra que Dios hizo, cuando contemplamos lo que Dios ha hecho, nuestro corazón se maravilla ¿verdad?. El espacio, las galaxias, las estrellas innumerables en el cielo; el sol, la luna, los planetas que giran en sus órbitas; las cosas grandes y las cosas pequeñas, la vida sobre el planeta tierra, esa multiforme manifestación de vidas, de formas de vida, todas diferentes, todas distintas, cada una expresando una sabiduría, una inteligencia propia, distinta. Qué decir de las cosas más ínfimas que son invisibles a los ojos, el misterio del átomo, los electrones y todas esas cosas de que nos hablan los científicos, y de las

que poco podemos entender, pero los científicos sólo descubren algo que Dios hizo. Y lo que no se ve, los mundos invisibles, cantábamos alrededor del trono hay serafines, unas criaturas que ni siquiera nuestra mente puede imaginar y concebir.

Cuando los escritores del Antiguo Testamento quieren describirla no encuentran palabras apropiadas para definirlas, porque están por encima de nuestra capacidad de comprensión. Tienen 6 alas están llenas de ojos, para expresar que están totalmente absorbidas por el conocimiento de la gloria de Dios y no les bastan todos esos ojos para contemplar a Dios, arcángeles, ángeles, miríadas de ángeles, incontables en número.

No sabemos mucho de esas cosas, pero son creación de Dios. Pero he aquí que todo lo que Dios hizo, todo lo que Dios creó tiene un propósito, tiene un sentido, tiene una dirección, tiene una meta, tiene una razón, y la Escritura dice que ese propósito, esa razón, permaneció oculta desde las edades y las edades sin fin. Porque Dios quiso contar ese secreto, y no le fue revelado a los ángeles el secreto de la creación de Dios; no le fue revelado a las criaturas celestiales, permaneció escondido. Los ángeles no sabían por qué fueron creados, ni para qué fueron creados. Esperaron ... esperaron ... hasta que Dios decidió dar a conocer el secreto, el misterio que estuvo oculto. ¿Y en qué consiste ese misterio, en qué consiste ese secreto?

Colosenses capítulo 1 versículos 15 en adelante, nos van a hablar acerca del secreto de Dios, de lo que está escondido en el corazón de Dios, y que es la razón por la cual El hizo, hace y hará por siempre todas las cosas. Y está resumido en el versículo 15 al versículo 19, se nos habla de ese secreto. ¿Y de qué trata ese secreto, el misterio de Dios? Y ese misterio, dice el apóstol, trata acerca del Hijo de Dios. Mira lo que dice en el capítulo 1. Antes, para entender ... Aquí hay un subtítulo en algunas Biblias, la Reina Valera por lo menos tiene un subtítulo, ese subtítulo podemos sacarlo, porque corta el sentido del pasaje. El pasaje debiera continuar sin el subtítulo, porque no se entiende de qué está hablando. Pero mira el versículo 13: “El cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo”. En la

Escritura esa palabra, esa frase, “el reino de su amado Hijo”, bien se puede traducir como “el reino del Hijo de su amor”. El Padre, el Padre, ha querido desde la eternidad exaltar a su Hijo, dar la gloria a su Hijo, darle la preeminencia a su Hijo, llenar a su Hijo con toda la gloria que El posee, dar a su Hijo el lugar preeminente, y para eso el Padre creó todas las cosas, para que todas esas cosas que él ha hecho puedan glorificar, exaltar, y elevar a Cristo. Darle la preeminencia absoluta sobre todas las cosas que El ha creado. ¡Bendito sea el Padre que quiso exaltar a su Hijo! Y para exaltarlo El creó. En todas las cosas que el Padre creó, fue poniendo la imagen de su Hijo, pero la fue ocultando, no lo hizo abiertamente, no lo hizo expresamente, pero cada cosa que El hizo llevaba la impronta de su Hijo, ¿comprendes?

El lugar de la iglesia en el plan de Dios

Esto es algo que el Espíritu de Dios tiene que revelar en tu corazón. Todo lo que tú tocas, todo lo que tú ves, todo, todo, todo fue concebido a partir de Cristo. Lleva en la estructura más íntima de Su ser el sello de Cristo. Pero está escondido ¡no se sabe! Los ángeles no lo sabían, el universo no lo sabía. Porque Dios tenía algo más en mente, algo que El concibió en su corazón, para dar a su Hijo esa preeminencia. Dios tenía algo más, algo que fue también concebido en el seno de la deidad, y fue escondido en el Hijo, se ocultó dentro del Hijo. ¿Y en qué consiste eso? ¿De qué modo Dios el Padre hará a su Hijo preeminente sobre todas las cosas? Esa es la pregunta que responde en Colosenses, el apóstol, de esto trata el libro. ¿Cómo Dios el Padre va a hacer a su Hijo preeminente? Dice Efesios que Dios, el misterio de la voluntad de Dios, el misterio de la voluntad de Dios que ahora ha sido revelado, es reunir todas las cosas en Cristo. ¿Que significa reunir? Reunir significa traer bajo el gobierno de Cristo la totalidad de las cosas para que Cristo pueda llenarlo todo! Aleluya! Poner todo bajo su Hijo para que su Hijo pueda llenarlo todo, llenarlo todo, henchirlo todo de El mismo, desde lo más grande hasta lo más pequeño, todo, todo, absolutamente todo. El Padre quiso crearlo y traerlo a los pies de su Hijo Jesucristo y entregárselo a su Hijo, para que su Hijo lo llene todo. ¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea Dios!

“Todo”, y cuando dice todo ¡es todo! Hermano, es todo. Desde los arcángeles, desde los querubines, hasta las más pequeñas criaturas invisibles y microscópicas. Todo, todo fue creado para dárselo a su Hijo, ¡Oh, aleluya! Es el Hijo de su amor, es lo que ama el Padre con más intensidad, todo su amor está volcado en el Hijo. El Padre dijo: “Quiero honrar a mi Hijo”, ¡Aleluya!, quiero que todos conozcan el amor con que amo a mi Hijo. ¿Cómo voy a hacerlo? Voy a crear, va a crear seres, miríadas de seres, voy a crear un universo y le voy a dar a mi Hijo la gloria, para que todos lo honren y lo amen, y se postren a sus pies. Yo quiero -dijo el Padre- darle todo a mi Hijo”.

Y ese misterio estuvo escondido desde los siglos en Dios. Pero hicimos una pregunta, ¿Cómo el Padre va a hacer que Cristo su Hijo tenga la preeminencia en todo?, ¿Cómo lo va a hacer el Padre? ¿Cómo lo ha hecho el Padre? ¿Y de qué manera El se ha propuesto llevar a cabo este misterio suyo? Entonces, mire lo que dice Colosenses. Capítulo 1 versículo 18: “Y Él es ...” ¿Quién es? ¿De quién está hablando? ¿De quién habla? ¡De Cristo! “Y él es la cabeza del cuerpo que es la Iglesia”. ¡Ah, hermano, subraye eso! ¡Esto es tremendo! Aleluya! ¡Esto es tremendo! Porque lo que está diciendo aquí es algo glorioso, es una revelación, es la revelación del misterio de Dios. Él, Cristo, que es el principio, ¡ese mismo! el primogénito de entre los muertos. Ahora, liga la primera frase “y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia”, lígala con la última frase ¿Cómo quedaría?, porque lo otro es un paréntesis explicativo, pero mire, léalo así: “Y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, para que en todo tenga la preeminencia”, ¿ve?

Cristo es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, para que en todo tenga la preeminencia. Entonces el misterio de Dios empieza a aclararse, lo que Dios se propone es hacer que su Hijo sea preeminente, ¿de qué manera? Haciéndolo cabeza de la iglesia, ¡Aleluya! ¡Bendito sea Dios! Mire lo que dice Efesios, capítulo 1, versículo 20 al 23 ... lo mismo. Habla de la operación de la fuerza de Dios, dice “la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos, y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad, y poder y señorío, y sobre todo nombre que se

nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero, y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas” ¿A quién? ¿A quién? “¡a la iglesia!”, lo mismo que Colosenses ¿verdad? “y lo dio por cabeza a la iglesia para que en todo tenga la preeminencia.” Y acá dice “Y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de aquel que todo lo llena en todo”. Amén.

¿Qué quiere decir esto?, ¿Cómo Dios se ha propuesto dar a Cristo la preeminencia?, Dios se propuso hacerlo así: Él quiso crear para Cristo un cuerpo, un vaso, donde Cristo pudiese ser contenido y revelado, y expresado en toda su plenitud. Él no quiso dar a conocer a su Hijo directamente, sino que quiso que su Hijo viniese a ser revelado, expresado, manifestado en toda su gloria, a través de la iglesia. ¿Qué significa esto? Tal vez tú cuando piensas en la iglesia no la ves así. Pero necesitamos ahora ver las cosas desde la perspectiva de Dios. Entender como Dios entiende. La iglesia, hermanos amados, no es un proyecto humano. No es algo que se nos ocurrió a los hombres. No, hermano, no lo pensamos nosotros, no es la obra de ningún hombre, no es el diseño, ni la inteligencia, ni la habilidad humana lo que pensó, ni creó a la iglesia. La iglesia existe antes de que todo existiera, ¿dónde? En Cristo, está escondida en Cristo desde la eternidad, porque ella es parte de Cristo, en el propósito de Dios. Ella está unida a Cristo y forma una sola cosa con Cristo desde toda la eternidad.

Pero esto fue ocultado, fue escondido, no se dio a conocer. ¡No se dio a conocer! ... Dios quiso crear para su Hijo un cuerpo, y ese cuerpo habría de ser la expresión perfecta de su Hijo en el mundo creado. Él habría de revelar a su Hijo a través de ese cuerpo en el mundo. Él habría de dar a conocer el misterio que estaba escondido desde los siglos a través de ese cuerpo. Ese cuerpo fue creado exclusivamente para Cristo. No tiene otra finalidad, otra razón de ser que Cristo. No existe sino por causa de Jesucristo. Él es su razón de ser, todo lo que él puso en ese cuerpo, todo el diseño de Dios involucrado en Él al crear ese cuerpo, tiene que ver con Cristo, y solamente con Jesucristo. Y tú te preguntarás ahora, ¿y qué es ese cuerpo? ¿quién es ese cuerpo? Entonces

cuando tú comienzas a leer en el capítulo 1 de Génesis, empiezas a ver la creación del hombre, tú encuentras lo siguiente. Dios dice: “Hagamos al hombre a nuestra imagen”. Pero eso está velado. Pasaron muchos siglos, pasaron miles de años, antes de que nosotros pudiésemos entender qué quería decir el Génesis cuando decía: “Hagamos al hombre a nuestra imagen”.

La figura de Adán y Eva

Hoy en la mañana, el hermano Roberto nos compartió acerca de esto, que cuando Dios decía: “Hagamos al hombre a nuestra imagen”, no se estaba refiriendo a individuos, sino que se refería algo mucho más amplio, se refería a un organismo, a una realidad corporativa, a un hombre corporativo, ¿comprendes? Y la imagen de Dios es Cristo. Colosenses dice: “Él es la imagen del Dios invisible”, entonces el hombre fue creado para Cristo. Fue creado para que Cristo pudiese entrar en el hombre y pudiese expresarse a través del hombre, a sí mismo, revelarse, manifestarse a sí mismo, a través del hombre. ¡Oh hermanos qué gloria es esta!

Hermano piense, ¿sabe quién es Cristo? ¿cuántos saben quién es Cristo? ¿Lo sabes? ¿Te ha revelado el Padre quién es el Hijo? ¡Aleluya! Esto tiene que llenar tu corazón. El Hijo es la plenitud del Padre. ¡Aleluya! Todo, todo lo que es de Dios. Ah, tú y yo no podemos concebir a Dios. Nosotros no estamos tratando de hacer a Cristo más grande de lo que es. No; él es más grande de todo lo que nosotros podamos pensar y concebir siquiera. Lo que tú y yo conocemos hasta hoy de Cristo es así de chiquito comparado con lo que Él es en realidad. Sí; es un principio, es un comienzo, pero la gloria de Cristo es la gloria del Padre, y él es más grande de todo lo que tú y yo podamos pensar, imaginar y concebir jamás, y no bastará toda la eternidad para seguir conociéndolo. Él todavía va a ser más grande, es el Hijo. Toda la plenitud del Padre está en Él. Toda la gloria del Padre está en Él. Toda la potencia del Padre ha sido depositada en Él. Toda la vida del Padre ha sido volcada en Él. El Padre ha puesto en él toda plenitud ¡aleluya!, toda plenitud, toda sabiduría, toda gracia, todo poder, todas las riquezas de su gloria, todo, todo lo puso en su hijo Jesucristo, y el Padre ha puesto en Él toda su voluntad, todo su propósito, toda su autoridad, todo lo que el

Padre es, todo se lo dio al Hijo, él lo hizo habitar en su Hijo. Eso es mucho, hermanos, eso es mucho, eso es mucho, ¡aleluya! es riqueza, por eso Pablo usa tantas veces la expresión “las riquezas”, ¿qué es las riquezas? Es como un tesoro, abres un cofre que está llena de riquezas, pero este cofre es inagotable, todas las riquezas de Cristo. Las que tú y yo hemos experimentado es sólo una porción de esas riquezas, pero el propósito de Dios va más allá, ¡va más allá!

Colosenses, capítulo 1, versículo 24 en adelante: “Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia.” La Escritura, para mostrarnos la relación de la iglesia con Cristo, nos da una figura. Para mostrar la íntima dependencia de la iglesia y Cristo. Esa es la figura, que también tiene que ver con este misterio del que venimos hablando, esa figura está en Efesios, capítulo 5, ver. 30 al 32 ¡Y mira cómo dice!: “Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio”. ¿Qué misterio? No el misterio del hombre y la mujer, eso no es lo grande - dice Pablo. ¿Qué es lo grande? “Mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia”. El misterio, y lo grande, no es la relación hombre-mujer en el matrimonio, sino lo que eso prefigura, lo que eso representa, lo que eso revela. Lo que revela es el misterio de Cristo y de la iglesia. ¿Cómo lo revela?

Cuando Dios hizo a Adán, ¿se acuerdan? él hizo a Adán, hizo primero a Adán, formó a Adán del polvo de la tierra y luego dice que Adán estuvo vivo, y la Escritura, como leíamos hoy en la mañana, nos dice que Adán es figura del que había de venir. Adán no solamente es Adán, sino que también representa a Cristo, porque es figura de Cristo -dice la Escritura- así que Adán es una figura, es un tipo, es Adán pero también es un tipo, ¿tipo de quién? ¡De Cristo! Así que en Adán encontramos también a Cristo, prefigurado en la vida de Adán, en lo que Dios hizo en Adán. ¿Y qué hizo Dios en Adán? Dice que luego que lo había formado, lo puso en el huerto y trajo a él a todos los seres vivientes para que viniesen a Adán, para que Adán les pudiese nombre.

Entonces vinieron todos los seres vivientes, los elefantes, los canguros, cada animal ... los conejos, las águilas, todos vinieron y Adán les puso nombre a cada uno. Pero luego que terminó Adán de poner nombres, (y debe haber tardado un buen tiempo en poner nombres), pasó el tiempo y terminó, y mire, dice: “Mas para Adán no se halló ayuda idónea”. Mire lo que dice: “Para Adán no se halló ayuda idónea”, ¿en quién? Entre los animales, ¿por qué no se halló ayuda idónea para Adán? ¿Por qué los animales no podían ser ayuda idónea para Adán? ¿Por qué? Porque no estaban hechos de la misma sustancia que Adán, no podían sentir como Adán, no podían entender como Adán, no podían pensar como Adán, no podían experimentar las cosas como las experimentaba Adán, no eran como Adán. El perro podía entender el cariño de Adán, pero él no podía hablarle al corazón de ese perro, no lo entendía. Adán no tenía uno igual a él entre todos esos animales, no había uno que fuera como él ¡ninguno! Entonces dice, y Dios está aquí revelando el misterio escondido, luego cuando venga Cristo va a ser revelado, pero ya está aquí, está prefigurado, el misterio eterno, ¿y qué está haciendo Dios? Está prefigurado el misterio que una vez va a ser revelado en la plenitud del tiempo, cuando llegue el tiempo que Dios determinó para revelar su misterio.

Entonces, cuando no se halló ayuda idónea para Adán, Él tomó a Adán y lo hizo caer en un profundo sueño. En las Escrituras, el sueño es una figura de la muerte. Por ejemplo, cuando un creyente muere se dice: “Durmió en el Señor”. Y mientras dormía Adán, Dios metió su mano en el costado de Adán, y de lo profundo, del corazón, del centro, de adentro de Adán, ¿qué sacó? Sacó la carne de Adán, sacó los huesos de Adán, sacó la misma sustancia de Adán y de esa sustancia de Adán hizo una mujer, y se la trajo a Adán, y cuando Adán despertó y se levantó, ¿qué dijo? “Esta es ahora carne de mi carne, es hueso de mis huesos”. Está hecha de lo mismo que estoy hecho yo, esta es igual a mí, pero de otra manera. Yo soy varón, ella es varona. Es como yo, pero de otra forma. Soy yo mismo, pero de otra manera. Esta es ayuda idónea para mí. Y se unió a su mujer y fueron una sola carne.

Algo dentro de Cristo

Amados, pero esto -dice Pablo- esto prefigura el misterio de Cristo y de la iglesia. Desde la eternidad, Dios escondió algo dentro de Cristo. No, hermanos, la iglesia no comenzó hace 2000 años. Simplemente apareció en la tierra hace 2000 años, pero la iglesia está escondida desde la eternidad en el seno de Cristo, el Hijo de Dios. La iglesia es más antigua que el universo, es más antigua que los ángeles y los arcángeles, está oculta desde la eternidad en el Hijo de Dios. Y un día, en el tiempo y en la historia humana, el Hijo de Dios entró en el mundo y se hizo carne. Y fue llevado a la cruz, y fue clavado en la cruz. Y cuando Cristo murió en la cruz -dice Juan el apóstol- vino un soldado y clavó en su costado una lanza. ¿Se acuerdan de eso? ¿y qué salió del costado de Jesús? ¡Sangre! y que más salió? ¡Agua! ¿Y qué es la sangre? ¿qué es el agua? La sangre y el agua son la vida de Cristo.

¡Aleluya! Y ese día, invisible a los ojos humanos, pero visible ante Dios, Dios el Padre metió su mano dentro de Cristo y sacó a la iglesia, y la trajo a la vida. ¡Aleluya! Sacó a la iglesia y la trajo a la vida!

Ella había estado oculta desde los siglos, pero ahora vino a la vida, hecha de la misma sustancia de Cristo, sacada de Cristo, de los huesos de Cristo, de la carne de Cristo, sangre de su sangre, vida de su vida, carne de su carne, hueso de sus huesos. Cada partícula de ella fue sacada de Cristo. Cada célula de ella fue tomada de Cristo: Ella es como Cristo, está hecha de Cristo, todo en ella es Cristo. ¡Nada en ella está fuera de Cristo, ella desde la cabeza hasta los pies es Cristo! Pero de otra forma, aleluya ... de otra forma. ¡Cristo! ¡Bendito sea el Señor! ¡Bendito sea el Señor Jesucristo!

El misterio que había estado escondido desde los siglos ... Ella fue sacada de Cristo para que fuese la ayuda idónea de Cristo. ¿Y ayudarlo a qué?, ¿para qué? Para que por medio de ella, y a través de ella, Cristo fuese exaltado, glorificado, expresado, revelado, manifestado, y tenga la preeminencia sobre todas las cosas. ¡Oh hermanos!, lo voy a repetir, para que tú y yo podamos captar esto.

La gloria de la Iglesia

La iglesia es la ayuda idónea de Cristo. Por medio de ella Dios se ha propuesto llevar a cabo su plan. ¡Mira! ¿Cómo es esto?, nosotros ya sabemos que Cristo el Señor fue exaltado. ¿Cuántos lo saben? Yo lo sé. ¡Aleluya! ¿Cómo lo sé? Porque el Espíritu Santo me ha revelado a Cristo, ¿verdad? El nos reveló a Cristo en el corazón, y nos ha dicho ¡Está exaltado, y es el Señor! ¿Amén? También sabemos que el Padre sujetó bajo Cristo todas las cosas, ¿dices amén? También sabemos que Él puso a Satanás bajo los pies de Jesucristo, y que no solamente puso a Satanás, sino que puso a todas las huestes espirituales de maldad bajo los pies de Jesucristo. Y no solamente eso, Él puso los reinos de este mundo bajo los pies de Cristo. ¿Ah sí? ¿Esos reinos que se enorgullecen y se levantan? ¡También están puestos bajo los pies de Jesucristo! Pero no sólo eso, El también puso el universo entero a los pies de Jesucristo, él también puso las huestes celestiales bajo los pies de Jesucristo. Todo lo sujetó bajo sus pies.

Y cuando dice que “todo lo sujetó”, no se exceptúa nada. Nada dejó que no esté sujeto a los pies de Cristo. ¿Y cómo Hebreos dice: “Sin embargo, al presente no vemos que todas las cosas le sean sujetas?”. ¿Cómo? ¿O está todo sujeto a Cristo o no está todo sujeto a Cristo? ¿Qué dices tú? “Todo”, y entonces ¿cómo no vemos que todas las cosas estén sujetas a Cristo? Sal a la calle y mira, no todo está sujeto a Cristo. Todavía hay hombres que viven sus vidas sin reconocer al Señor Jesucristo. Todavía demonios siguen actuando en el mundo. Todavía Satanás parece que hace y deshace. Todavía parece que las cosas no están sujetas a Cristo. Todavía hay muerte, hay enfermedad, hay dolor, y entonces ¿por qué dice que todo está sujeto a Cristo, y parece que no todo está sujeto a Cristo? ¿Hay una contradicción? ¿Qué creen ustedes? ¡No, no, porque el Señor no se contradice! Entonces, ¿por qué?

Porque Dios quiere que todo lo que ha sido hecho en Cristo, que ha sido obrado en Cristo, y ha sido ganado en Cristo, recuperado, establecido, para siempre, sea manifestado a través de la iglesia, que es el cuerpo de Cristo. ¡Sí, hermano querido, créeme que es así! Es a través de la iglesia que Dios va finalmente a someter, realmente, todo bajo los pies de Cristo. ¡Oh hermanos, qué responsabilidad tenemos! A través de las edades de esta dispensación, desde el momento en que

Cristo ascendió al cielo, y se sentó a la diestra de Dios, Dios está trabajando, el Padre está obrando, el Espíritu Santo está obrando para traer todo lo de Cristo a la tierra y encarnarlo en la iglesia. Todo lo que Cristo consiguió, todo él lo quiere vaciar en la iglesia aquí en la tierra. Por eso Pablo le escribe a los Colosenses: “El misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”. Todo esto - dice el apóstol - tiene su comienzo, su punto de partida, cuando tú y yo, o más bien, cuando Cristo viene a morar en el corazón del creyente. Así comienza. Todas las riquezas de la gloria en Cristo, todo lo que la iglesia es está en Cristo. No hay nada que añadir, no hay nada agregar. Nada. Todo está completo, todo está terminado, todo se hizo perfecto en Cristo. Todo lo que la iglesia debe vivir y experimentar, todo está en Cristo. No hay nada que agregar a eso, pero ahora todo eso que está en Cristo debe ser traído a la tierra, y ser vivido y experimentado por la iglesia, ¡todo!

La tragedia presente de la Iglesia

¿Sabes cuál es la tragedia de la iglesia, hermano? ¿Sabes en qué ha fallado la iglesia? ¿En qué hemos fallado los hijos de Dios? ... En que otras cosas a lo largo de los siglos han usurpado lo de Cristo en la iglesia. Se han introducido las cosas del hombre, la imaginación humana, la inteligencia humana, las buenas intenciones humanas, los ministerios humanos. Hay mucho que no es de Cristo que se introdujo en la Iglesia. Y corrompió a la iglesia, y la contaminó. “Os he desposado como a una virgen pura, para presentaros sin mancha”, dice Pablo. Ustedes son de Cristo, son su novia, son carne de su carne, hueso de sus huesos, ustedes existen para que Él pueda ser manifestado, glorificado, vaciado completamente en ustedes, para que Él pueda llenarlo todo en todos.

Pero, hermanos queridos, otras cosas entraron en la iglesia, cosas buenas, loables, inteligentes, sabias, pero que son menos que Cristo ... Sí, no estamos hablando del pecado, estamos hablando de la habilidad humana, de la capacidad humana. Todas cosas que son buenas pero son menos que

Cristo, y son inútiles, y no sólo son inútiles, sino que no sirven, no sólo no sirven, sino que echan a perder, no sólo echan a perder, sino que traen la muerte al cuerpo de Cristo. Porque la vida de la iglesia es Cristo.

Nosotros necesitamos que nuestra mente sea cambiada por el Señor, y ver las cosas desde la perspectiva de Él. La iglesia le pertenece a Cristo, no le pertenece a los hombres. Fue creada para Cristo, existe para Cristo, salió de Cristo, y volverá un día a Cristo. ¡Aleluya! Cuando ese día llegue nada del hombre va a quedar allí, todo lo del hombre va a ser excluido de la iglesia. Sólo va a quedar lo de Cristo. Hasta la más pequeña piedra de la nueva Jerusalén va a proceder de Cristo.

La Iglesia es de Cristo

No hay lugar para lo del hombre en la iglesia, no hay lugar para la carne en la iglesia, no hay lugar, no hay lugar para nada que proceda del corazón humano en la iglesia. Todo en ella, todo en ella, todo, absolutamente todo ha de venir, ha de proceder, ha de salir, ha de emerger, ha de venir, ha de llegar, de Jesucristo, su Cabeza. Todo, todo lo demás tiene que ser excluido.

Y ¿qué cosas han entrado en la iglesia que deben ser excluidas? ¿Saben, hermanos? La iglesia tiene una sola cabeza, ¿cómo se llama esa cabeza? ¡Cristo! ¿Cuántas cabezas tiene la iglesia? Una ¿Cómo se llama? ¡Cristo!

Y Pablo dice: “Yo fui hecho ministro en la iglesia”, ya esta palabra perdió el significado. ¿Sabe? ahora cuando uno dice “ministro” suena como “eminencia”. ¡Ah, un ministro! Alguien importante, alguien destacable. ¡Cómo hemos echado a perder los términos que usan las Escrituras, ¿verdad? Les hemos dado connotaciones que no tienen. Yo fui hecho ministro de la iglesia, ¿sabes qué quiere decir con eso Pablo? “Yo soy un siervo de la iglesia. La iglesia es más importante que yo.” ¡Oh hermanos! Los que somos ancianos, los que son obreros, tienen que saber que la iglesia es más importante, es más importante que tu ministerio. Es más, tu ministerio no tiene ningún valor aparte de la iglesia. Tú existes para la iglesia, tú fuiste hecho para la iglesia, pero la iglesia es para Cristo. La iglesia no es para los hombres. Los hombres han

hecho de la iglesia una cuestión de plataforma y desarrollo personal.

Hay hombres que han dividido a la iglesia, y cada uno se ha repartido un pedazo de la Iglesia, y llaman a eso la obra de Dios en la tierra, pero la obra de Dios no es la obra de ningún hombre: es la obra de Cristo, y la obra de Cristo es la iglesia, suya, solamente suya. Nada más que suya. Hermanos, no queremos criticar a nadie, amamos a todos los hijos de Dios, pero alguien dice “la iglesia del hermano tanto”, ¡Cómo va a haber la iglesia del hermano tanto!, ¿el hermano tanto murió por la iglesia?, ¿el hermano tanto derramó su sangre por la iglesia?, ¿acaso del hermano tanto sacó Dios a la iglesia?, ¡no puede ser! ¿verdad? ¡La iglesia es de Cristo! La iglesia es de Cristo y nosotros necesitamos modificar radicalmente nuestro concepto.

La dignidad de la Iglesia

Pablo, siervo de Jesucristo, nos ha declarado el misterio, y saben, yo vivo para esto. Para decirle a la iglesia lo que ella es en Cristo. ¿Cuántos le dicen a la iglesia de su gloria, de su herencia, de su posición celestial? ¿Te han dicho que Cristo y tú, iglesia querida, son una sola cosa? ¿Que tú tienes en ti la vida de Cristo, la gloria de Cristo, el poder de Cristo? ¿Que todos los recursos de Cristo son tuyos, Iglesia, que todo lo que Cristo es, te ha sido dado y es tu herencia, es tu patrimonio y es tu propiedad? Para eso existen apóstoles, para eso hay profetas y evangelistas, hay pastores, hay maestros: para decirles a los santos cuánta gloria han recibido, cuánta herencia han recibido en Cristo, cuánta gracia se les ha dado en Cristo, qué posición celestial se le ha dado en Cristo, cómo Dios los exaltó y los sentó con Cristo en lugares celestiales. Y qué ministerio recibió la iglesia de Cristo, para que la multiforme sabiduría de Dios -dice Pablo- sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia ¿a quién? A los principados y potestades en los lugares celestiales.

Ah hermano querido, la iglesia no sólo tiene un lugar en la tierra, tiene un lugar en el universo. Aún los ángeles aprenderán de la iglesia, el misterio eterno de Dios. ¿Lo comprendes? Los ángeles aprenderán de la iglesia por qué fueron creados. ¡Aleluya, Gloria a Dios! ¡Oh hermanos, qué

grande, qué preciosa es la iglesia! Pero no es grande porque tenga grandeza propia, sino porque tiene la grandeza de Cristo.

“Yo vi descender a la ciudad de Jerusalén” - dice Juan. Al final de todo, cuando todo se terminó y se consumó. Yo Juan vi descender del cielo a la desposada del Cordero, y tenía la gloria de Dios. ¡Aleluya! Estaba vestida de la gloria de Dios. Toda ella era gloria de Dios. ¡A él sea la gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades! Amén. ¿Dónde, dónde se expresará la gloria de Dios? ¡En la iglesia! “Cristo en vosotros” ... ¿qué cosas es? “¡La esperanza de gloria!” La gloria de Dios algún día estará totalmente revelada en la iglesia. El universo entero podrá contemplar la gloria de Dios, admirarla, revelada, manifestada, en la iglesia por todas las edades por los siglos sin fin. Amén.

Ese es nuestro destino, hermanos. Nosotros que somos menos que el polvo de la tierra, que no tenemos ningún mérito en nosotros mismos. Él quiso - el más alto, el más sublime - quiso tomar el cuerpo y levantarlo, y elevarlo, y llevarlo a la estatura de la gloria, y a la posición de su Hijo. Y nosotros somos ese polvo, hermanos, los más pequeños, sentados con Cristo, en lo más alto. Para expresar que sólo él salva, que sólo él tiene gloria, que no hay mérito en nosotros, que toda la gloria y todo el mérito le pertenecen a él, y solamente a él, por los siglos de los siglos. Amén. ¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea el Señor Jesús! ¡Oh, aleluya!

Padre celestial. Te bendecimos. ¡Oh, que este misterio captive nuestro corazón! ¡Que lo podamos ver, Padre, que lo podamos ver! Abre nuestros ojos para ver, para ver, para contemplar lo que tú contemplas. Lo que tú estás queriendo hacer en esta edad, en este tiempo. Vestir a la iglesia de Cristo, traerla a Cristo, llenarla de Cristo, borrar de ella toda mancha, sacar de ella toda la impureza, quitar todo lo antiguo, todo lo viejo, y llenarla desde el centro hasta la circunferencia, de Cristo. ¡Aleluya! ¡Gracias, Padre celestial, por este propósito de tu amor! Por habernos dado a Jesucristo para que sea la vida, el centro, la Cabeza, el fundamento, la razón entera de nuestra vida en el tiempo presente y por toda la eternidad. Amén.

Miércoles 30 de enero (mañana)

EL PRIMER AMOR

Rubén Chacón V.

Aleluya. El temor y el temblor que siento son por la gran responsabilidad de saber interpretar correctamente el corazón del Señor. No es decir lo que uno quiera decir, sino decir lo que el Señor quiere decir. Alabado sea el Señor. Amén, bendito sea el Señor.

¿Cuántos de ustedes creen que ya han terminado de conocer al Señor? Levanten la mano los que creen que ya terminaron de conocer al Señor. Amén, qué bueno que no hay manos alzadas. Apenas hemos comenzado a conocer al Señor. ¡Aleluya! Lo mayor está por venir hermanos. Amén, bendito sea el Señor.

Yo me siento como el río Toltén. Ayer fui a conocer la desembocadura del río, y mientras íbamos hacia la desembocadura, me pareció tan majestuoso el río, especialmente ahí en la parte donde lo cruza el puente. Imponente, majestuoso, hermoso, un gran río con un tremendo caudal, pero cuando llegamos a la desembocadura, parecía un simple hilito entrando a la inmensidad del mar.

Yo quisiera invitarles a que ustedes tengan esa figura en esta mañana. Cuando miramos para atrás es como el Toltén antes de la desembocadura, tanto que Dios nos ha dado, tanta gloria, tanta revelación, tanta bendición, pero comparado con lo que está por delante hermanos... Aleluya! Yo quiero profetizar esta mañana que estamos en los albores de una experiencia que jamás hemos tenido, de una dimensión de una gloria que todavía no nos imaginamos, como habrá de ser, yo percibo en mi espíritu que estamos adentrándonos, estamos en el borde, en la orilla, estamos metiendo los pies a algo que muy pronto el Señor ha de manifestar en nosotros.

La verdad final

Precisamente, hermanos, quisiera reflexionar con ustedes, y vislumbrar lo siguiente. ¿Cuál creen ustedes que habrá de ser la verdad que va a cautivar a la Iglesia en los días previos a la venida del Señor? ¿Qué verdad escatológica, qué verdad final, es la que va a manifestarse a su Iglesia que hará que la Iglesia esté cautivada por esa verdad, esté efervescente de esa verdad, apasionada por esa verdad, en los días previos al inminente regreso del Señor? Yo tengo una pequeña percepción de lo que creo que será esa verdad. ¿Ira a ser la verdad de la unidad, de la unidad del cuerpo de Cristo, de la unidad de la Iglesia? Sin lugar a dudas, a la venida del Señor la iglesia ha de estar unida, ha de ser una, manifestadamente, como Jesús oró por ella en Juan 17. La unidad por la cual el Señor oró en Juan 17 es una unidad visible y aquí en la tierra, porque El dijo que esa unidad debía darse para que el mundo crea, así que si es para que el mundo crea tiene que ser visible y aquí.

Pero yo creo que la verdad que va a cautivar a la Iglesia en estos días finales es una verdad mayor que la unidad, que contiene la unidad, que implica la unidad, pero que es mayor que la unidad. ¿Habrá de ser la santidad?, sin lugar a duda ... sin santidad nadie verá a Dios. Así que la Iglesia a la venida del Señor habrá de ser santa, ha de ser santa, experimentalmente, vivencialmente, no sólo en posición sino también en experiencia ... Pero creo que hay una verdad que es mayor que la santidad. Que es fruto de esta verdad mayor, que está contenida en esta verdad.

Éfeso y Laodicea

Voy a invitarles a que leamos juntos y trataré de compartirles lo que está en mi corazón. Apocalipsis capítulo 2. Lo que voy a compartirles es lo que, es por donde el Señor me ha estado llevando en este último tiempo. Así que, que más que una teoría, compartiré mi experiencia con el Señor en este último tiempo. Apocalipsis capítulo 2. Ustedes conocen los mensajes del Señor Jesucristo a las siete iglesias que estaban en Asia, y el primer mensaje es a la iglesia en Efeso. Dice así Apocalipsis capítulo 2: “Escribe al ángel de la Iglesia en Efeso: El que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro, dice esto: Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado, pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor”. ¿Digamos juntos el versículo 4? “Pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor”.

Quisiera llamar la atención sobre dos cosas que me parece importante aquí destacar. ¿Ustedes creen en la inspiración divina de las Escrituras? ¿Amén? ¡Amén! La inspiración bendita de las Escrituras por el soplo de Dios quiso que de estos siete mensajes a las iglesias el de Efeso fuese puesto en primer lugar, y yo creo que eso también tiene un sentido. Así como también tiene un sentido que el mensaje a Laodicea esté puesto en el último lugar.

En Asia existían más iglesias que siete, por ejemplo Colosas, y Colosas no está aquí. Habían más de siete iglesias en Asia, pero el Espíritu Santo quiso, por decir así, seleccionar siete realidades espirituales, que yo creo que representan la espiritualidad posible de toda la Iglesia en cualquier tiempo y en cualquier lugar. Yo creo que aquí está el espectro de la espiritualidad de la Iglesia de cualquier época y de cualquier lugar. Quiere decir que de alguna manera nosotros estamos interpretados en alguna de estas siete iglesias. Y el Señor quiso poner como primer mensaje el mensaje a la iglesia en Efeso. ¿Por qué? ¿Para qué? Creo yo que la razón es porque la Iglesia finales del primer siglo, que es cuando se escriben

estas cartas, la Iglesia lamentablemente había comenzado a decaer ... aunque parezca asombroso, hermanos. Cuando uno ve el libro de los Hechos y ve toda la gloria de esa Iglesia, de la iglesia del primer siglo -una iglesia que todos hasta el día de hoy añoramos, admiramos-, esa iglesia, asombrosamente, a los finales del primer siglo comenzó a decaer, y a Juan, el único de los apóstoles vivos, sobrevivientes de los doce le tocó presenciar esa decadencia. Dios quiso dejarlo vivo, uno de los poquitos que no murió mártir, quiso preservarlo hasta este tiempo, para que él contemplara esa decadencia, se diera cuenta de ella. Pero no sólo para que la contemplara, sino que por sobre todo para que nos mostrara el camino de cómo salir de ahí, de cómo recuperarnos, de como levantarnos. Alabado sea el Señor.

Y entonces para mí, el hecho de que Efeso esté en primer lugar, una iglesia a la cual se le reprocha haber abandonado su primer amor, está puesto en primer lugar para que nos quedase claro a todos nosotros que la decadencia de la iglesia comenzó el día en que la iglesia comenzó a abandonar su primer amor. Ustedes ven que si no estuviera el versículo 4, donde está este reproche, esta es una carta fantástica, llena de elogios, una iglesia extraordinaria. Y ustedes leen la carta a los efesios, escrita por el apóstol Pablo, y también es una carta extraordinaria, una iglesia a la cual se le podía hablar de las profundidades del Señor, de las riquezas de pleno entendimiento.

Los elogios del Señor a esta iglesia son extraordinarios. El Señor dice: "Yo conozco tus obras". Cuántos de nosotros temblaríamos si el Señor partiese una carta de nosotros diciendo yo conozco tus obras, qué vendría después de eso para ti y para mí. Lo que viene para esta iglesia es glorioso: "Conozco tu arduo trabajo, tu paciencia y que no puedes soportar a los malos, que has probado a los que se dicen ser apóstoles y no lo son, los has hallado mentirosos, y has sufrido, has tenido paciencia, has trabajado arduamente por amor de mi nombre y no has desmayado. Cuántos quisiéramos ser esa iglesia. Yo quisiera ser esa iglesia. Yo creo que de la iglesia de Efeso ..., fíjense estamos aproximadamente a unos 40 años después que Pablo lo escribió la carta a los efesios. ¡Cuidado con el tiempo,

hermanos, cuidado con el tiempo! La renovación de la iglesia es día a día, de gloria en gloria. La renovación no puede parar, la restauración no puede detenerse, no podemos decir hemos alcanzado la cima y aquí nos vamos a establecer.

Pero 40 años después Dios usa a Juan para hablarle a esta Iglesia y yo creo que ni la misma iglesia de Efeso podía examinarse a sí misma y notar esta deficiencia, porque todo parecía tan bien, todo está tan glorioso, todo se ve tan perfecto, hay tanta aprobación del Señor a todo lo que se hace. Pero el ojo de Dios que puede ver lo que nosotros no vemos, pero Dios que ve lo íntimo, pero Dios que ve el corazón, Dios detectó que había una falla, había comenzado algo a perderse, algo había comenzado a declinar, algo había comenzado a desaparecer, que todavía no tiene grandes efectos, pero el día que comienza a perderse eso, comenzamos a caer, el día que comienza a perderse eso, comenzamos a declinar. Esa es la importancia que tiene para mí que esté Éfeso en primer lugar. Que el Señor nos está diciendo ... “por aquí comienza la decadencia, por aquí comienza la ruina de la iglesia”. Cuando comenzamos a abandonar el primer amor. Cuando la iglesia comienza a perder el primer amor.

¿Y qué significa que Laodicea esté al final? Significa que por donde comienza la caída (Éfeso) puede llevarnos a una ruina tan grande que tiene su clímax en Laodicea. Porque si a la iglesia en Éfeso se le reprocha que ha perdido su primer amor, a Laodicea ¿qué se le reprocha? Mira hasta donde puede llegar el estado de la iglesia, mira hasta dónde puede llegar la ruina de la iglesia. En Laodicea no tenemos una iglesia con problemas de que ha abandonado el primer amor, ¡el problema de la iglesia de Laodicea es que tiene a Cristo afuera! ¡Oh, qué tremendo! Que puede seguir todo el aparataje, puede seguir toda la estructura, ¡pero ya el Señor no está! Y el Señor que es amoroso y que es paciente y que sigue llamando incesantemente, incansablemente, aún a esa iglesia, le dice: “he aquí, yo estoy a la puerta y llamo; todavía si hay alguno allí que abre la puerta de su corazón yo voy a entrar, yo voy a morar y voy a cenar con ellos”.

Pero es trágico ... Esta iglesia tiene ni más ni menos que a Cristo fuera. Nosotros usamos este pasaje para evangelizar ¿no es cierto?, pero está dicho a la iglesia. ¿Cómo la iglesia

puede llegar a ser Laodicea? ¿Cómo la iglesia puede llegar a estar en esa condición? Como se nos decía anoche, la iglesia es un vaso para contener a Cristo, y como la iglesia puede llegar a ser un vaso sin Cristo. ¿Cómo comienza todo? Porque ese es el extremo, ese es el extremo final, esa es la decadencia más grande, esa es la ruina total a la que se puede llegar. ¿Pero cómo comienza esa decadencia, como comienza uno a caer? ¿Como una iglesia como comienza a declinar poco a poco? Éfeso, Éfeso ... allí comienza. “Tengo contra ti que has abandonado tu primer amor ... Que has dejado tu primer amor”

El primer amor

Piensen en Juan casi con 100 años de edad, mandando este mensaje a la iglesia, él sabe perfectamente qué es lo que quiere decir el Señor cuando le está diciendo a esta iglesia “has dejado tu primer amor”, si hay que lo sabe es Juan, y por eso creo yo que Dios preservó a Juan; no a Pablo ni a Pedro, ni a Jacobo, su hermano. A Juan, creo que no podría ser otro que Juan. ¿Qué querrá decir esto de que has abandonado tu primer amor? Yo siempre entendí y escuché de otros que el primer amor se refería a ese fervor, a esa pasión que todos nosotros hemos experimentado en el momento de la conversión o de la salvación, pero que luego con los años ese fervor, esa pasión decae y desaparece.

Y de hecho en nuestro lenguaje decimos este hermanito está en el primer amor -decimos- cuando anda muy fanático, cuando anda hablando puro de Cristo y anda evangelizando a todo el que encuentra, y ora por las mañanas y por las noches, y anda con la Biblia y la lee. Y los demás aunque no lo decimos parece que cuando decimos eso, este hermano anda en el primer amor, parece que dijéramos para callado: “ya se le va a pasar”. “Ya se le va a pasar y se va a volver como uno de nosotros, frío”.

Siempre pensé que esa era la interpretación del pasaje, pero ustedes notan que por los elogios que el Señor le hizo a esta iglesia, o sea esta iglesia con todos esos elogios había perdido su primer amor, no es la interpretación correcta. Así como entendía yo lo que era el primer amor entonces cuando el Señor le habló de que conozco tus obras lo que habría dicho a

continuación habría sido otra cosa, conozco tu mundanalidad, conozco que te has enfriado, le habría dicho un montón de cosas porque has dejado tu primer amor, pero no es eso. Lo que usted encontró antes fueron elogios, una iglesia gloriosa, virtudes a las cuales todos quisiésemos aspirar. Y no obstante, había perdido su primer amor, así que esto del primer amor es algo más sutil, más profundo.

Creo que la clave está en la palabra primer amor. Tu primer amor. ¿Cuál es tu primer amor? ¡El primer amor es Cristo!. El primer amor es el amor que le debemos al Primero. Y ese amor el Señor lo especificó muy bien. El Señor dijo: “El que ama a padre o a madre, o a hijo o a hija más que a Mí, más que a Mí, el que ama su vida más que a Mí, el que ama a cualquier otro más que a Mí no es digno de Mí, no puede ser mi discípulo, ahí estaba diciendo Yo soy el primer amor de tu vida, Yo soy el primer amor de la Iglesia! Aleluya! Has dejado tu primer amor, has dejado de amar al Primero, lo has dejado de amar como lo primero, al Primero lo has dejado de amar como tu prioridad. Otras cosas han cautivado tus afectos, tu amor; y el Señor ya no es tu primero. Creo que es la expresión “el primer amor”, quiere decir también “el amor que sólo puede producir el primero”. Como nos decía Gonzalo, no estamos hablando de un amor producido por una naturaleza humana, no estamos hablando de un amor producido por nuestro esfuerzo, estamos hablando de un amor que sólo lo puede producir el primero que es el Señor, el amor del Primero, no es sólo el amor al Primero sino también es el amor del Primero. Un amor entrañable, un amor celestial, un amor divino.

La experiencia de la Iglesia del primer siglo

Hermanos queridos, la Iglesia del primer siglo vivía una experiencia. Con la expresión “primer amor” Juan estaba refiriéndose - y el Señor estaba refiriéndose a través de Juan - a la experiencia de la Iglesia, a la experiencia de vida de la Iglesia del primer siglo. Una experiencia espiritual profunda, que a mi modo de ver Juan y el Señor Jesucristo la llaman aquí “primer amor”. “Primer amor”, la experiencia de vida de la Iglesia que la Iglesia experimentó durante el primer siglo. Un amor que es sólo fruto de la vida divina en nosotros, sólo la

vida de Dios en nosotros, sólo estando Cristo en nosotros puede hacernos experimentar esta clase de amor.

Así vivió la iglesia durante el primer siglo. Y la iglesia comenzó a decaer cuando el Señor, que tiene ojos como llama de fuego y que ve profundamente en el corazón de la iglesia, aunque todo lo demás marchaba perfectamente bien ... el Señor dijo: "Cuidado, cuidado, se ha comenzado a perder esta experiencia, se está comenzando a perder esta experiencia llamada "primer amor", "primer amor", la experiencia de vida de la Iglesia, una experiencia de vida donde Cristo era el centro, donde Cristo era la vida de la Iglesia, donde Cristo era el todo de la Iglesia. Pero dicho ahora en términos subjetivos, dicho ahora en términos de la experiencia, una Iglesia que vivía apasionadamente por Cristo, una Iglesia que tenía a Cristo como su primer amor, donde los afectos estaban puestos en su debido lugar y donde en esa escala de valores y de amores y afectos Cristo era el mayor afecto, el mayor valor en el corazón de los hermanos. Bendito sea el Señor. Alabado sea el Señor.

Hermano mire, escuche esto, cuando el Señor le dice a Efeso: "Recuerda por tanto de donde has caído y arrepiéntete y vuelve a las primeras obras, vuelve al primer amor", para ellos significó volver a algo que tuvieron y que habían perdido ¿no es cierto?, porque la iglesia del primer siglo si lo tuvo. Así que para ellos "vuelvan al primer amor" es "vuelvan a algo que ustedes tuvieron y que perdieron".

Pero yo tengo la sospecha de que para nosotros este mensaje de volver al primer amor no es volver a algo que tuvimos nosotros en nuestra experiencia, es algo que tuvo la iglesia sí, el soplo que tuvo la iglesia en el primer siglo. Pero creo que para nosotros el llamado de Dios a volver al primer amor es volver a una experiencia que nosotros no hemos tenido, que tuvo la iglesia pero que nosotros no hemos tenido, por lo menos no plenamente. Por lo tanto, para ellos fue lo primero que perdieron y que implicó que la iglesia comenzara a decaer, en cambio eso primero que ellos perdieron para nosotros se convierte ahora en la meta a la cual tenemos que llegar.

Las verdades y la Verdad

Y gloria a Dios por Lutero, por la justificación por la fe, y gloria a Dios por los que han ido restaurando en la iglesia las verdades, verdades en plural. Gloria a Dios por este transitar en que Dios ha ido recuperando las verdades de Cristo en la iglesia.

Pero mi pregunta es cuál es finalmente la verdad, la verdad a la cual tenemos que llegar, que hará que la iglesia este gloriosa y preparada cautivada plenamente, lista para el regreso inminente del Señor. Yo digo que no son las verdades en plural, porque podemos seguir recuperando verdades, verdades, pero creo que finalmente tenemos que llegar a la Verdad. Cuando el lunes viajaba como a las 5 de la mañana, veníamos en el vehículo viajando, la familia venía durmiendo en el vehículo, yo venía hacia el sur y a mi izquierda tenía la cordillera, y pude tener mi devocional con el Señor mientras viajaba, y me tocó presenciar un amanecer. El día estaba despejado y lo pude presenciar completo. Cuando salimos estaba oscuro, pero en medio de toda la oscuridad a mi izquierda, detrás de la cordillera, comenzó a asomarse un resplandor, muy tenue, muy débil, incipiente, que solo se veía a la distancia una luz, la luz de la aurora que comenzó a crecer. Así es la revelación, hermanos, como empezó a crecer. Había luz, había claridad, comenzaron a verse unos rayos, y poco a poco mientras eso crecía, mientras eso iba en aumento, las tinieblas comenzaron a desaparecer, la noche empezó a pasar, todo se empezó a aclarar, y en mi conversación con el Señor mientras presenciaba eso, entendía que el Señor me decía “así es la revelación”. Es progresiva y va en aumento, pero el punto es éste, que llegó un momento en que la luz dio paso, la claridad dio paso, los rayos dieron paso a un hermoso sol, lo que amaneció finalmente fue sol, lo que vi finalmente fue sol, ¡aleluya! La claridad, los rayos, el destello son las verdades, pero finalmente tras esas verdades, que de alguna manera lo que hacen es irnos anunciando, para que finalmente aparezca Cristo, ¡sólo Cristo!

La verdad final a la cual tenemos que ir, hermanos, es Cristo, no las doctrinas, no las verdades, sino Cristo. Cristo como la gran doctrina, Cristo como la gran verdad, Cristo como la verdad suficiente, alabado sea el Señor.

La búsqueda del Señor

Hace algún tiempo atrás comencé una búsqueda del Señor, una búsqueda personal del Señor, porque me sentía cansado. Notaba que me esforzaba mucho, pero había poco fruto, notaba que compartía la palabra pero como que no llegaba. Así que empecé a buscar al Señor e inicialmente mi oración era sólo esta: “Señor, si tú no edificas la casa, en vano trabajamos los que la edificamos”. “Señor, si tú no edificas la casa, en vano velamos, Por demás es que nos levantemos de madrugada y vayamos y nos esforcemos; Señor, si tú no estás en esto, si no eres tu el que está edificando, todo esfuerzo es vano”. Y esa es la única oración que había en mi corazón, pero mientras oraba, mientras hacía esta oración todos los días, en mi búsqueda del Señor, me sentía como ir atravesando un bosque, como ir corriendo las ramas para un lado, y hacerme camino y avanzar. Hasta que en un momento sentí que había cruzado ese bosque y ya no habían más ramas ni árboles que apartar, que ya había cruzado, por decir así, lo que de alguna manera no me dejaba ver, no me dejaba avanzar. Y al otro lado del bosque estaba sólo el Señor.

Él, ni siquiera “lo de Él”, sino simplemente Él, Él mismo. Y frente a Él escuché su voz decirme: “Sabes, tú me has estado buscando para que yo te use, has estado buscándome por mi poder, por mi unción, porque yo trate con los hermanos, porque yo obre en ellos, porque la palabra, porque tu ministerio, por aquí y allá y yo solo frente a Él, y Él me dice: pero yo te quiero a ti, y quiero que tú me quieras a mí. Hemos estado de esto compartiendo con los hermanos en Santiago y un pastor decía un día: “Saben, lo que mas me ha llegado a quebrantar mi corazón es saber que por muchos años yo he querido usar a Dios, yo he querido usar al Señor, porque hasta nuestra búsqueda de Él es interesada, hasta nuestra búsqueda de Él es para nuestra conveniencia. ¿Cómo se siente usted cuando se siente usado? Yo lo entendí por primera vez también allí.

El Señor me decía: “No quiero que estés interesado por lo que Yo te puedo dar, por lo que puedes sacar de mí”, que es tanto ¿no es cierto?, es tanto. Yo sentí como eso, ¿ah? aquí te quería tener, hasta aquí te quería traer, quiero que seas para mí y yo quiero ser para ti. Cristo el todo. Digámoslo juntos:

“¡Cristo, el todo!”. Cristo el todo en tu vida, y para mí esta vez este encuentro con el Señor significó: “Yo quiero ser tu doctrina de aquí en adelante. No quiero que tengas más doctrinas. Yo voy a ser tu doctrina. No quiero que tengas más teologías: ¡Yo voy a ser tu teología! Cristo mi doctrina, Cristo mi teología, eso fue para mí, no sé para usted, pero creo que si vamos a avanzar, hermanos, si vamos a llegar al cenit de la revelación, se nos tiene que aparecer Cristo, y Cristo ser todosuficiente para nosotros.

Y entonces yo decía: “¿Qué hay ahora?” Si Cristo es todo, si Cristo es la doctrina, ¿qué es? ¿cómo funciona la vida?, ¿en qué va a consistir la vida? En algo tan simple y tan glorioso, ¡aleluya!, vamos a amar a Cristo con todo el corazón, vamos a amarle con toda la mente, con todo el alma y vamos a amarle con todas las fuerzas, y vamos a amar al prójimo como a nosotros mismos. Y el Señor dijo: ¿saben? de estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas, por eso es que decía denantes en esta verdad está implicada la santidad y la unidad, y la humildad, y la misericordia. Porque el Señor lo dijo claramente de estos dos mandamientos depende todo lo demás.

Si no tenemos pasión para orar ¿sabe por qué no la tenemos?, por falta de amor al Señor. Cuando uno ama a alguien quiere estar con él, no es cierto, y los que hemos estado enamorados alguna vez sabemos que no hay clima, ni frío, ni lluvia, ¿hay algo que lo para a uno cuando está enamorado? Nada. (“Cuesta más que atajar un río”, dice Roberto). ¿Tenemos problemas de santidad?, ¿Sabe que en el fondo es falta de amor?, pues si uno ama al Señor profundamente se va a apartar para El, no va a querer ofenderlo, no va a querer insultarlo, blasfemar su Nombre, ¡bendito sea el Señor!

¿En qué más va a consistir la vida?, en que vamos a creerle al Señor, vamos a amarle, vamos a seguirle, vamos a vivirlo, ¿y qué mas? ¡Nada más! Esto es plenitud, esto es la vida eterna que lo conozcamos a Él y a Jesucristo su Hijo que nos fue enviado. Esta es la vida eterna, aquí está la plenitud. Un corazón cautivado por Él, una vida completa al servicio de Él, amándole. Hermanos, creo que aquí está el motor, aquí está el motor práctico, aquí está lo que despierta la pasión, la

fuerza y el fervor, amor, amor. Y yo le dije al Señor: “Señor, no se amar, no puedo amarte como dice el primer mandamiento, ¿Qué será amarte con todo el corazón, con toda la mente, con todo el alma, con todas las fuerzas? ¿Qué será? No sé”. Y por primera vez el Señor me llevó al Cantar de los cantares, nunca había estado ahí, para mí era un libro tan enigmático como el Apocalipsis. Parece un “Romeo y Julieta” evangélico ¿no es cierto? Una versión evangélica de “Romeo y Julieta”.

El Señor me llevó al Cantar de los Cantares, y me dio esta orientación: “Vas a leerlo, vas a orarlo, vas a meditarlo, como si fuera un Manual donde yo te voy a enseñar cómo amarme y cómo tú puedes experimentar mi amor, cómo puedes entender cómo yo te he amado, vivir, experimentar cómo yo te he amado, y cómo tú puedes amarme como yo soy digno de ser amado, como merezco ser amado.” Ahora tengo mi propia versión del Cantar de los Cantares, que es como lo viví, como mi relación con el Señor; él me lo fue mostrando, no digo que sea la interpretación, a lo mejor es para mí no más, y estoy ahí recorriendo ese camino, de estar con Él y hacerlo a Él mi todo, en que el Señor captive mi corazón.

El discípulo al que Jesús amaba

¿Porque tenía que ser, hermanos, Juan y no otro el que al Señor usara para advertir a la iglesia sobre esta verdad? Porque fíjense, hermanos queridos, que el Señor dentro de los doce, uno mirando los evangelios descubre que el Señor tenía un círculo más íntimo compuesto de tres, ¿recuerdan ustedes? Pedro, Juan y Jacobo. Con ellos el Señor vivió algunas cosas que no vivió con los demás, para algunas cosas que realizó el Señor sólo fue con ellos. Pero aun dentro de estos tres, Juan tuvo una relación con Cristo que no la tuvo ninguno de los otros dos.

Veamos en el evangelio de Juan capítulo 13. Esto para mí es tremendo hermanos. En el 13:21, para que entendamos el contexto, dice que el Señor, (ustedes recuerdan que en esa última noche antes de el Señor ser entregado, desde Juan 13 hasta Juan 17 está el último discurso del Señor, la última enseñanza que le entregó a sus discípulos en esa noche antes de salir a morir, antes de ser entregado, así que aquí tenemos

las palabras finales del Señor. Después en Juan 18 usted lee y el Señor ya salió camino a la cruz. Así que aquí usted tiene las últimas palabras del Señor), en el versículo 21 él dice: “De cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar. Entonces los discípulos se miraban unos a otros, dudando de quién hablaba. Y uno de sus discípulos ... fíjense “y uno de sus discípulos” ¿cómo se identificaba a este discípulo? “al cual Jesús amaba”, yo leo este pasaje y me da un poco de rabia, como que yo digo ¿y yo qué? Me imagino que así se sentían los otros. ¿No? Todos eran discípulos pero de entre los discípulos hay uno al cual Jesús amaba, ¿qué quiere decir eso? ¿Que a los otros no los amaba? ¿Que sólo amaba a Juan? Esta expresión está cuatro veces en los evangelios: “Juan, el discípulo al cual Jesús amaba”, ¡oh, qué tremendo! Ser conocido como el discípulo al que Jesús amó, al que Jesús amaba. No quiere decir que a los demás no los amaba, pero quiere decir que Juan había abierto su corazón de tal manera, había sido un recipiente tan abierto que había sido alcanzado por el amor de Cristo más profundamente que los demás. Nos es que el Señor haga diferencia y que quiera amar a uno más que otro, la diferencia la hacemos nosotros, usted hace la diferencia. Si su disposición es como la de Juan, si su corazón es como el de Juan, si la abertura de su vasija es como la de Juan, usted va a experimentar el mismo amor que experimentó Juan, el mismo amor de Jesús.

Entonces dice el relato “Y uno de sus discípulos, al cual Jesús amaba, estaba recostado al lado de Jesús”. Esto parece simplemente un detalle no más del relato, pero tiene significado, vamos a decir así, era el que estaba más cerca de Jesús, parecen detalles, pero no son detalles. Era el que estaba más cerca, el que estaba recostado al lado del Señor, y esto tiene una importancia porque en seguida dice “A éste, pues, hizo señas Simón Pedro, para que preguntase quién era aquel de quien hablaba”. El Señor acababa de decir “Alguien de ustedes aquí me va a entregar”, y Pedro que estaba más lejos ..., ¿van entendiendo la figura? Pedro que estaba más lejos le dice al que estaba más cerca, ¿por qué no le preguntas tú, por favor? Tú que estás más cerca ... Pedro no estaba lo suficientemente cerca de Él, como para preguntarle a Él directamente, sino que lo hizo a través de Juan, el que estaba más cerca.

Y mira el versículo 25, aquí está el clímax: “Él entonces ...” El discípulo al que Jesús amaba, “recostado cerca del pecho de Jesús, le dijo: Señor, ¿quién es?”. Estaba recostado al lado, pero cuando le dijeron: “Juan pregúntale tú”, ¿saben lo que hizo Juan? Se acercó más y se acurrucó en el pecho del Señor (en otra versión dice “sobre el pecho de Jesús”), ¿eso fue una improvisación, hermanos? ¿Eso fue algo que se le ocurrió a Juan hacer en ese momento, se salió del libreto y del protocolo y de todo?, aquí estamos al final del ministerio del Señor, de aquí sale a la cruz, entonces aquí está reflejada la experiencia de Juan con Jesús durante esos tres años y medio. Juan sabía lo que era ser amado por Jesús y Juan sabía lo que era amar a Jesús. ¿Saben, hermanos? Juan escuchó los latidos del corazón de Jesús. Se recostó sobre su pecho y él sabía lo que era sentir latir el corazón de Jesús. Probablemente no lo supo ninguno de los demás. “Juan, el discípulo al cual Jesús amaba”, suena un poco escandalizante para nosotros. Pero no es escandalizante, ¡es desafiante! Si hacemos de Cristo nuestro todo, hermanos queridos, y dejamos que él cautive nuestro corazón, nosotros también seremos Juan, también se dirá de nosotros “al que ama a Jesús”, “este discípulo amado por Jesús”. Y Juan cuando escribe sus cartas dice: “Nosotros amamos a Dios, pero porque él nos amo primero.”

Si hay algo que resume lo que vivió Juan durante esos tres años y medio, y que lo marcó y lo transformó para el resto de sus días, fue que Jesús lo amó. Fue que Jesús lo amó. Y el Señor me decía: “No me vas a poder amar, como dice el primer mandamiento, hasta que experimentes mi amor primero, porque uno no puede dar lo que no tiene, nosotros le amamos porque El nos amo primero, pero a veces para nosotros esto es información bíblica pero el que lo está diciendo es Juan y cuando él está diciendo nosotros le amamos porque el nos amo primero, él está remitiéndose a esa experiencia gloriosa, no a teoría, no a conceptos, ¡a experiencia! Yo sé lo que es ser amado por Jesús, dice Juan, yo era su regalón, yo me recosté sobre su pecho, yo oí latir su corazón.

La necesidad de una experiencia con Cristo

Ahí hay una experiencia reflejada, profunda, el primer amor que embargó a la iglesia, que cautivó a la iglesia del primer siglo. Bendito sea el Señor. Nosotros con los hermanos venimos, (y estoy terminando), venimos con varias experiencias fracasadas de unidad. Y cuando hoy examinamos, decimos ¿y dónde estuvo el error? El error ha estado en querer unirnos a través de las doctrinas. Y ese es un camino imposible, si para unirnos tu condición es que yo tengo que tener tu doctrina, o que tú tienes que tener mi doctrina, estamos fritos. ¡Porque tanta doctrina, pues hermanos! ... Supongan ustedes que nos ponemos de acuerdo en el 99% lo cual ya sería un remilagro, pero por ese 1% no vamos a poder ir juntos. ¡Y yo tengo unas doctrinas hermanos ...! ¡Para qué les cuento! ¡Se escandalizan hasta mis más amigos con eso ...!

Pero hay una verdad que nos puede congrega a todos, que nos puede acoger a todos, sin negar la diversidad, y es el amor entrañable de Cristo, ¡aleluya! Y lo que estamos aprendiendo con los pastores en esta comunión gloriosa es que una vez que nos unimos en el amor, que nos unimos en Cristo, una vez que nos amamos, nos comenzamos a oír. Porque hasta antes de eso cuando uno tiene su doctrina, no nos oímos, ni siquiera nos oímos, sino que uno está esperando que el otro termine de hablar para luego ir con su doctrina, y muchas veces estamos hablando lo mismo. ¡Pero como no nos oímos, peleamos hasta por fe! ... Y en esta comunión gloriosa donde nos amamos, donde nos hemos recibido primero, porque el Señor nos recibió, entonces nos comenzamos ... y ya no hablamos dogmáticamente, sino que hablamos como una opinión, como una opinión. En Licán-Ray estuvimos juntos, y nos asombrábamos después porque durante el almuerzo conversamos del divorcio, ¡fue milagro ese! ¡Y pudimos conversar sobre el divorcio, una cosa de miles!

Uno puede hablar con humildad y decir a mí me parece, yo creo, yo veo por las Escrituras, ¿qué te parece a ti? Uno puede oír al otro, lo puede oír, y si hay algo de Cristo en el otro, yo lo voy a recibir, y quizás comenzamos a ponernos de acuerdo y empieza a haber unanimidad, pero yo creo que no es necesario que tengamos que estar unánimes y tengamos

que pensar lo mismo en todas las cosas. Yo creo que la gloria de Dios está en la diversidad. Y la diversidad sólo puede ser acogida en el amor. Yo no exijo que pienses como yo, espero que tú no me exijas que yo piense como tú, excepto en que Cristo sea nuestra verdad y Él sea el todo en nosotros. Yo digo que esto lo podemos aprender intelectualmente, pero tiene que haber una experiencia de Cristo, tiene que haber un momento en que se le aparezca a uno Él, Él sólo, ni siquiera lo de Él, Él solito, Él vale por si mismo, Él es el tesoro. Y que Él nos sea suficiente. ¡Bendito sea el Señor!

Hermanos queridos yo veo que el Señor nos va llevando en esta verdad, en la verdad de conocer el amor de Cristo, en la verdad de conocernos y amarnos en Cristo, y yo creo que este es el camino que va a producir verdadera unidad, y que va a producir santidad, ¡alabado sea el Señor!. Abramos el corazón para amar, recibamos a los que el Señor ha recibido, y si usted me dice: “Sí, ¿y después que hacemos?”, no importa, no sabemos, no tenemos que saber que vamos a hacer después. Vamos a amarnos, vamos a recibirnos y el Señor se va a manifestar, el amor del Señor es tan entrañable, tan glorioso, ¡alabado sea el Señor!

Póngase en pie, hermano, demos gracias al Señor, ¡Oh aleluya! Abre tu corazón ahora hermano, abre tu corazón al Señor. ¡Aleluya! Yo quiero ser, Señor, uno de tus discípulos al cual tú amas. ¡Oh Señor!, ¡Oh Dios! ¡Bendito sea tu nombre!. Amado Jesús, el que nos amaste desde siempre! ¡Aleluya! Hermanos, siento que el resumen de lo oído o de lo dicho es esto: Renunciemos a nuestras doctrinas, es fuerte lo que estoy diciendo, si usted está entendiendo lo que estoy diciendo tiene que entender que esto es fuerte, para que sea Cristo nuestra doctrina. Renunciemos a nuestras teologías, para que Cristo sea nuestra teología. Sí, Señor. Amén.

Miércoles 30 de enero (noche)

ARTICULACIÓN Y EDIFICACIÓN DE LA IGLESIA

Eliseo Apablaza F.

Estamos llenos de gozo, llenos de consolación, porque tenemos a Cristo, porque somos de Cristo. Él es nuestro, y somos suyos. Porque Él nos está, en este tiempo, hablando, edificando, apacentando, enriqueciendo. Porque El Espíritu Santo nos está abriendo los ojos del entendimiento, porque el Señor nos está promoviendo, porque sus bondades se han aumentado, su misericordia se renueva, su gracia sobreabunda, y de su plenitud tomamos todos.

De lo eterno a lo inmediato

En el día de ayer, Rodrigo, nos hablaba acerca del propósito eterno de Dios, hecho en Cristo, para la gloria suya, para su preeminencia, y cómo ese propósito de Dios también nos involucra a nosotros, a la Iglesia. Cómo Dios constituyó a Cristo por cabeza de la iglesia; no de otra clase de seres, no por cabeza de un cuerpo de ángeles, sino de hombres y mujeres. Constituido por hombres y mujeres. No por cabeza

de principados, sino por cabeza de la Iglesia. El propósito eterno, que va a tener pronto una culminación en lo que respecta a esta era, a esta edad; propósito que vemos cómo avanza en nosotros y a través de nosotros, para que Cristo sea el todo y en todos.

Ayer Rodrigo nos llevaba a la eternidad pasada y de allá nos traía hacia la eternidad futura, para ver la Iglesia en la eternidad, surgida de Cristo, como ayuda idónea para Cristo, como complemento de Cristo, y con un destino glorioso, según se nos hacía ver en el libro de Apocalipsis.

Sin embargo, en esta noche quisiéramos mirar brevemente, algo muchísimo más práctico, más inmediato a nosotros, que es la realidad de la iglesia local, de la asamblea. Los santos que se reúnen en una misma ciudad, en una misma localidad.

¿Cuál es la naturaleza de la Iglesia? ¿Cómo se edifica la Iglesia? Quisiéramos, de alguna forma, traer al plano práctico y cotidiano esas realidades eternas, amplias, magníficas, de que Rodrigo nos hablaba ayer: la Iglesia local. ¿Cómo es? ¿Cómo funciona?. Hermanos amados, para entrar en esta materia, necesitamos mucho del Espíritu Santo. Necesitamos ser aclarados por Él. Necesitamos que el Padre nos conceda una nueva porción de su gracia. Les invito para que oremos:

“Padre, Padre Bueno, Padre Fiel, te damos gracias por Jesucristo. Gracias por tu amado Hijo que nos diste. Es nuestro tesoro, es nuestra gloria. Padre, pero también entendemos que la Iglesia ocupa un lugar preferente en el corazón de tu Hijo y quisiéramos que en esta noche tu nos socorrieras, nos aclararas, por el Espíritu Santo, acerca de la naturaleza y la edificación de la Iglesia en la localidad. Quisiéramos que en la Iglesia local, Padre, tu Hijo amado fuera muy glorificado, que tuviera la preeminencia, que en la Iglesia Él tenga el primer lugar, que lo abarque todo. Concédenos la gracia de mirar cómo eso puede ser posible. Te lo pedimos en el nombre de nuestro amado Señor Jesús. Amén.

Veremos, entonces, con la ayuda del Señor, dos cosas: ¿Cómo es la iglesia? y ¿Cómo es edificada la Iglesia para que Cristo tenga en ella la preeminencia? Primera de Corintios cap. 12 versículo 14 en adelante.

I. ¿CÓMO SE ARTICULA?

Muchos miembros en el Cuerpo

De todas las figuras que la Biblia usa para describir lo que es la Iglesia, para mostrar su naturaleza, para explicar también su funcionamiento, la figura más acabada, lo más perfecta es la del cuerpo, el cuerpo humano, nuestro cuerpo. Lo primero que nosotros encontramos aquí en el versículo 14, es que en el cuerpo no hay sólo un sólo miembro, sino muchos. “Además el cuerpo - dice - no es un solo miembro, sino muchos”.

Nosotros sabemos que la Iglesia no es una institución, no es un acuerdo humano o una organización humana, sino que es un cuerpo, es el cuerpo de Cristo, la Iglesia es el cuerpo de Cristo, y en un cuerpo no hay un solo miembro, sino muchos. Lo primero que se nos advierte, entonces, a partir de este versículo, es que en el cuerpo que es la Iglesia, no puede haber uno o dos o tres miembros que lo hagan todo, porque eso sería una monstruosidad. ¡Cuidado con un cuerpo monstruoso, en que un miembro está hiperdesarrollado y los demás están atrofiados!

Uno de los problemas de la cristiandad, históricamente, es que unos pocos han tratado de hacer lo que Dios ha demandado a los muchos. Unos pocos tratan de hacer lo que Dios quiere que hagan los muchos, por lo tanto, la primera cosa que tenemos que dejar establecida, es que una iglesia normal, una iglesia conforme al modelo, una iglesia sana, una iglesia que agrada el corazón de Cristo, es una Iglesia local donde hay muchos miembros, no uno sólo, ¡Cuidado con la monstruosidad!. El problema no es que haya pocos hermanos, el problema es de que son uno, dos o tres, los que constituyen, o los que creen constituir este cuerpo. ¡Damos gracias a Dios, porque el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos! ¡Gloria al Señor!

La ubicación fue determinada por Dios

Una segunda cosa, versículo: 18: “Mas ahora Dios ha colocado a los miembros cada uno de ellos en el cuerpo como él quiso”. ¿Quién te ha puesto a ti, amado hermano, en la Iglesia en tu localidad? ¡Dios! ¿Puedes decirlo: “Dios me puso en la Iglesia”? ¿Alguien te podrá sacar? ¿Se podrá atrever el diablo? ¡No! ... más vale que no se atreva. ¡Dios, amado hermano te puso a ti y me puso a mi en la Iglesia! Él nos bautizó en el cuerpo de Cristo ¿Hay alguna autoridad mayor que la de Dios? ¡No! Él es la máxima autoridad en ¡Todo el universo! En el corazón de Dios estuviste tú, y él te bautizó en el cuerpo, que es la Iglesia ¡Aleluya! ¡Aleluya! Dice también que él nos puso, nos colocó como él quiso, no se trata sólo de que él lo haya hecho, sino que él lo hizo como él quiso. Amado hermano, ¿reconoces tu lugar en el cuerpo? ¿sabes tú donde él te puso? ¿dónde Dios quiso ponerte? Este uno de los graves problemas que tenemos que solucionar todavía, amados hermanos, todavía es posible que haya hermanos entre nosotros que no saben dónde Dios quiso ponerlos, en qué ubicación del cuerpo.

Si eso es así en tu caso, yo te aconsejaría dos cosas: Primero pregúntale a Dios: ¿Dónde me bautizaste?, ¿En qué lugar me pusiste en este cuerpo? Pareciera que no encajo en ninguna parte, pareciera que soy tan pobre, tan débil, tan inútil; hay hermanos tan dotados en la Iglesia, tan sabios, tan diligentes, pareciera que no tengo lugar allí, ¡Dios Mío!, ¿cuál es el lugar que tú me diste?”. Y lo segundo; pregúntale a los hermanos, ellos también tiene que saber, alguna luz te van a dar, porque Dios también nos habla a través de los hermanos. Es preciso que tú sepas, amado, porque si no tu vida va ser una vida de frustración, vas a desear servir, pero no vas a saber cómo ni dónde.

¡¡La Iglesia no se va a restaurar, a menos que todos los miembros del cuerpo conozcan dónde Dios quiso ponerlos, y cómo allí pueden servir!! ¡¡Cristo no va ser el todo en la Iglesia a menos que el miembro más pequeño esté sirviendo, esté aportando vida, esté reproduciendo el fruto que Dios quiere que dé!!. Dios ordenó el cuerpo como él quiso, dispuso los miembros en su respectivo lugar ...

Cada miembro tiene una gracia específica

Y según lo que nos dice Romanos cap. 12:6, cada uno de los miembros que Dios ubicó en su respectivo lugar los dotó de una gracia. Dice así: “De manera que teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada ...” Hermanos, los invito para que digamos esto en voz alta: “Dios nos dio su gracia”, Dios me dio su gracia. “¿Hermana, te sientes desgraciada? Dilo ¡¡Dios me dio su gracia !! No hay ningún miembro que Dios haya querido poner en la Iglesia al cual no haya dotado de una gracia específica.

Una de las cosas más tristes de ver y una de las cosas que conmueve nuestro corazón y que nos preocupa mucho, es ver que las iglesias locales miembros a los cuales pareciera que se les ha convencido de que ellos no sirven para nada, y que Dios parece que se equivocó con ellos.

Valorando lo que Dios nos hizo ser

Amados hermanos, volvamos a Corintios 12. En los versículos 15 y 16 dice: “Si dijere el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo?. Y si dijere la oreja: porque no soy ojo, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo?” Aquí tenemos un problema con el pie, él dice: “Yo no soy mano, así que ¿para qué sirvo?”. Y la oreja dice: “Yo no soy ojo, así que ¿para qué sirvo?”. Tanto el pie como la oreja tienen un problema. Ellos miran la gracia del otro miembro, y dicen: “¡Quién como la mano, quién como el ojo!” ... yo sólo soy un pie, soy sólo una oreja ... ¡parece que no soy del cuerpo!

Esto significa que tú, amado hermano, tienes que valorar, tienes que valorar, apreciar, lo que Dios te ha hecho ser en Cristo. Apreciar la gracia que Dios te ha dado, apreciar el lugar que Dios te ha dado en el cuerpo; debe haber una autovaloración, no un menosprecio, no un complejo. Debes aceptar lo que Dios te hizo ser, no menospreciarlo ... y tampoco pasarte toda la vida diciendo: ¡Oh, cuánto me hubiese gustado ser ojo! ¡Oh, cuánto me hubiese gustado ser mano! ¡Cuánto me hubiese gustado tener el don de la Palabra! Sin embargo, si la iglesia consistiera solamente en

hermanos con el don de la palabra, entonces la iglesia no sería tal, no sería un cuerpo, ¡sería un monstruo!

Si la Iglesia no tuviera diferentes gracias, si el cuerpo no tuviera diferentes dones, esto que hoy vemos aquí, que tocamos, que apreciamos, no estaría aquí ... Si hubiese sólo ministros de la Palabra, esto no estaría aquí. El evangelio no estaría saliendo hacia fuera como está saliendo. Un hermano en estos días comentó algo así: “Ustedes en Temuco tienen de todo, de todo tipo de hermanos, con tantas habilidades. Todo lo que ustedes quieran lo tienen en Temuco”. Claro, se refería a que hay hermanos que hacen esto y lo otro, que pueden hacer todo lo que ustedes ven. Amado hermano, yo te pregunto: ¿No estarán también estos mismos dones en tu localidad, y que tal vez no los has visto? ¿No los has reconocido?...

Creemos que desde hace unos dos o tres años a esta parte, el Señor ha ido avanzando con nosotros en esto. Está permitiendo que día tras día haya más hermanos descubriendo su ubicación en el cuerpo, descubriendo la gracia específica que Dios les ha dado y también que están comenzando a servir, pero también estamos convencidos de que no es suficiente aún. Mientras haya un hermano que no sabe qué hacer, que no sabe cómo servir, entonces eso es motivo de preocupación; no sólo para los obreros, sino también debe serlo para los ancianos, en cada localidad.

Aceptando la diversidad

Versículo 17: “Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído?, si todo fuese oído ¿Dónde estaría el olfato?”. Significa que hay diversidad de miembros. Sin embargo, la diversidad, que es tan hermosa, no es suficientemente reconocida en el cuerpo, y hay ojos que quieren que todos los demás sean ojos. Hay manos que quieren que todos los miembros del cuerpo sean manos. Tal vez ocurra en tu localidad. Un hermano que es espiritual, que le gusta escudriñar las Escrituras, que le gusta predicar: él quiere que todos prediquen, que todos sean estudiosos de las Escrituras, que todos sean espirituales, y que oren mucho. En otra localidad

puede ser que haya otros hermanos tienen otra gracia, entonces como ellos tienen la posibilidad de hablar y de ejercer alguna influencia, quisieran que todos los demás tuvieran la misma característica de ellos.

Amados hermanos, en la iglesia hay diversidad. En la iglesia hay diversidad de miembros, de funciones, diversidad de dones, y eso es lo que hace que el cuerpo sea tan rico en expresión y tan multifacético, y eso hace y permite que el Señor Jesucristo pueda ser expresado en sus diferentes aspectos, virtudes, gracias y bellezas. En Cristo están encerradas todas las excelencias, las bellezas, la hermosura, pero para expresarlo tenemos que ver que el cuerpo posee diversidad de miembros y de dones.

Voy a poner como ejemplo a los hermanos músicos que están aquí. Hay diferentes instrumentos aquí, las guitarras suenan muy lindas, sin embargo si hubiera solamente guitarras aquí, no sería tan bueno. El teclado también suena bien. Hay dos teclados. Si hubiera veinte teclados y ningún otro instrumento, no sería tan bueno. El tecladista no puede pretender que todos toquen el teclado. El guitarrista no puede pretender que todos sean guitarristas. Aún el instrumento más pequeño, el que tiene una intervención fugaz tal vez en algún momento, también es necesario, y suena tan bien cuando suena en el momento preciso, es tan dulce, aunque sea un solo golpe de sonido al final.

Oh hermanos amados, en la Iglesia hay hermanos que pasan casi inadvertidos. Sin embargo, ocurren cosas como estas: un hermano va al banco a hacer un trámite. Tuvo un problema, se devolvió. Casualmente se encontró con ese hermano más pequeño, el que parece que no sirve para nada, y lo encontró en la calle: “ Hermano, Hola “ y casi lo iba a pasar de largo cuando, le cuenta su problema, y ese hermano le solucionó el problema. Justo la pana del auto ... quedó tirado ... ¡apareció un hermano! ...

Hermanos amados, ¿podemos ver nosotros que en la Iglesia no sólo son útiles los espirituales entre comillas? Todos somos necesarios, todos somos útiles, ¡¡Gracias al Señor porque no nos ha despreciado!! No ha incluido sólo a los

buenos, a los mejores, también nos ha incluido a nosotros, desechados, tan porfiados a veces, tan inútiles.

No prescindencia

Versículo 21-22: “Ni el ojo puede decir a la mano no te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies no tengo necesidad de vosotros, antes bien los miembros del cuerpo que parecen más débiles son los más necesarios.” Hermanos, podría ser que se dé entre nosotros, alguien que diga a su hermano: “No te necesito, yo me las sé arreglar solo”. “Tú eres tan pequeño, eres tan débil, no conoces las Escrituras, si yo te digo donde está el libro de Corintios y tú tal vez lo buscas en el Antiguo Testamento”. Aquí está el ojo diciéndole a la mano: “No te necesito”. La cabeza le está diciendo a los pies: “Yo no tengo necesidad de ustedes”. Hermanos, qué doloroso es ver cuando un miembro del cuerpo menosprecia a otro. Hermanos, no menospreciamos a los más pequeños, a los débiles, no menospreciamos a los carnales, nunca. “Ni siquiera lo pensemos: no te necesito”. Porque pudiera ser que el Señor, en un momento crucial de desesperación, en un momento de vida o muerte, Él haga que tú necesites del pequeño, y que te salve a través de él.

Hay hermanos que han llegado a nosotros y han llegado a la Iglesia y que vienen del mundo, de haber pasado mil y una cosas, vienen heridos, vienen con una situación matrimonial anormal, una familia destruida, llegan a la Iglesia apenas ... tal vez con la persona que ellos viven no es su legítima esposa, eso pertenece a una historia larga del pasado... Cuántas lágrimas, cuántos dolores, cuántos fracasos se han amontonado sobre esa persona que llegó. Sin embargo, Cristo lo perdonó, lo restauró, el Padre lo trajo, lo bautizó en el cuerpo. Y nosotros que tenemos un corazón tan legalista, tan inmisericorde, a ese hermano lo marcamos para siempre: “No, este no puede servir”, si trata de ayudar en algo, aunque sea en una cosa secundaria, “Hermano, yo tengo un auto, yo te puedo trasladar, yo te puedo acompañar, yo puedo conducir el vehículo, quisiera...” No, hermano, no te preocupes ... En el fondo estamos diciendo: “Yo no necesito de ti. Tú no sirves”.

Cuando nosotros miramos en el libro de Timoteo encontramos los requisitos para los obispos y para los diáconos, pero qué bueno que allí no aparezcan requisitos para los profetas, no hay requisitos para los evangelistas, no hay requisitos para los apóstoles, no hay requisitos para los maestros, no hay requisitos para los que sirven, no hay requisitos para los que llevan un vaso de agua, para los que ayudan a sostener, a cargar la maleta, no, no hay requisitos para ellos ¡¡porque Dios los recibió!!, y si Dios los recibió ¿quién soy yo para cerrarles el corazón, cerrarles la puerta?

Amados hermanos, es cierto que ellos no podrán ser ancianos ni diáconos. Tenemos que obedecer la Palabra. Pero la Palabra no dice nada de otras funciones que ellos pueden desempeñar en el cuerpo. ¡No le cerremos la puerta a nadie que Dios traiga para Cristo! No podemos prescindir de nadie. Esto es una advertencia para los miembros más visibles, para los que tienen una mayor figuración: no menospreciar a los otros, a los más pequeños, a los más torpes.

Más al que tiene menos

Versículos 23 y 24: “Y a aquellos del cuerpo que nos parecen menos dignos, a estos vestimos más dignamente, y lo que en nosotros son menos decorosos se tratan con más decoro, porque los que en nosotros son más decorosos no tienen necesidad, pero Dios ordenó el cuerpo, Dios ordenó el cuerpo, dando más abundante honor al que le faltaba”. ¿Cómo se llama eso de dar más al que tiene menos ... para que no sea menospreciado?, Parece que eso es la equidad. Dios da más abundante honor al que le faltaba. Hermanos, hermanos amados, yo sé que para ustedes es una especie de honor que un obrero vaya a su mesa y que coma con ustedes, o que un obrero se quiera hospedar en su casa. ¿Sabe? El Señor quiere que sean honrados los de menor estima. Invita a ese hermano que parece que nadie toma en cuenta, invítalo a tu casa, prepara la mesa, atiéndelo, a esa hermana anciana, esa hermana viuda ... estarás agradando al Señor. ¡Estarás agradando al Señor!

¿Queremos conocer cómo piensa Dios? ¿Cómo es el corazón de Dios? El honra más al que necesita más. Para que no haya desavenencia en el cuerpo, para que no haya desavenencia ..

Para que no tengan unos pocos mucho y otros muchos tengan muy poco. Hermanos, ¿podemos ver que si esto no lo estamos viviendo nosotros en la Iglesia local Cristo no será el todo? Cristo no será visto allí, en las relaciones, en esas múltiples relaciones de las que hablaba el Hermano Roberto. Cristo expresado ... la Deidad, expresada, la mutua honra ... reconocimiento ... preocupación, los unos por los otros.

Interafectación

Por último, el versículo 26 dice: “De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan”. ¿Cómo podemos llamar a esto?, esto de que lo que ocurre con uno ocurre con todos, sea bueno, sea malo, sea doloroso o feliz, esto de la interdependencia, de interafectación, lo que le pasa a uno le afecta a los otros, podríamos decir también como una especie de ley del eco, uno habla y se escucha el reverberar, o resonancia ... no sé, como queremos llamarlo... pero, lo que pasa con uno le afecta al cuerpo, si un miembro padece todos se duelen, si uno recibe honra, todos se gozan.

Podemos decir también, bajo este mismo principio, si uno peca, la muerte de ese pecado afecta a todos, si uno se consagra, se santifica, la vida de ese miembro también alcanza a todos. La bendición que sale por la boca de un miembro, bendice al miembro más lejano, la bendición que pronuncia la boca alcanza hasta el dedo más chico del pie. Amados hermanos, no hay tal cosa como una desconexión. Todo nos afecta, todo nos llega, todo nos duele, todo nos alegra.

Es posible que tú hayas pecado durante la semana, y que no te hayas arrepentido a tiempo. Llegas a la reunión del viernes a la iglesia. ¿Sabes? ¡tu pecado ha producido un peso! ¿Ves que la alabanza no fluye, ves que la oración como que se detiene, ves que la Gloria como que se va? Amados, nadie puede pecar impunemente en la casa de Dios, aunque lo haga en el lugar más escondido, más secreto. ¡Para Dios no hay secretos!. Y el cuerpo que es la iglesia es un cuerpo que funciona, que se mueve, según los designios del Espíritu, porque en la iglesia está el Espíritu, el Espíritu Santo. En la iglesia está el Espíritu Santo. ¿Cómo es el Espíritu? ... ¡Santo!

¡Es el Espíritu Santo! Una iglesia sin mancha y sin arruga, una iglesia santa. Hermanos, esto tiene que ver con cosas prácticas, con la realidad cotidiana en cada localidad. Así es la iglesia, esa es su naturaleza. ¡Es un cuerpo!

Ahora piensa por un momento, en tu realidad, en tu localidad ¿estamos viviendo la realidad de la iglesia como cuerpo?, ¿O sólo lo estamos proclamando? ¿Ocurre en la iglesia que sólo unos pocos lo hacen todo?, ¿Ocurre en la iglesia que hay hermanos a los cuales no se les deja servir? ¿Ocurre en tu localidad algo así como lo que hemos descrito?. Permita el Señor que su palabra nos lave de todo eso, nos limpie.

II. ¿CÓMO SE EDIFICA?

Efesios cap.4. Lo primero que tenemos que decir ... que recordar, son esas palabras del Señor Jesucristo a Pedro después que Pedro hizo la confesión por inspiración, por revelación del Padre: “Tú eres es el Cristo el Hijo del Dios viviente”. Entonces el Señor le dice: “Sobre esta roca edificaré mi iglesia”. Nota la expresión “edificaré”..., el que edifica la iglesia es Cristo, sólo Él sabe hacerlo, los siervos ... ellos sólo son instrumentos en las manos del Señor Jesucristo. Unos son arquitectos, peritos, unos plantan otros riegan, etc., etc., son diferentes las funciones, sin embargo, en definitiva, el que edifica es el Señor Jesucristo.

Los ministros equipan a los santos

Aquí en el cap.4 de Efesios encontramos de qué manera Cristo edifica su iglesia. Versículo 11 en adelante dice: “Y él mismo constituyó a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas y a otros pastores y maestros”. Aquí tenemos cuatro tipos de servicios que tienen que ver con la ministración de la palabra. Primero los apóstoles luego los profetas después los evangelistas y por último los pastores y maestros, que conforman una sola unidad. Él los constituyó. Él los estableció, los ordenó, los dio, “a fin de perfeccionar de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio”. La palabra “perfeccionar” puede también traducirse como “equipar” o como “proveer las funciones” correspondientes. El objetivo es “perfeccionar” a los santos para la obra del ministerio.

Hermanos ¿cuál es la función de éstos cuatro servicios espirituales que aparecen allí?, “Perfeccionar” a los santos, “equipar” a los santos, para que ellos realicen la obra del ministerio. Mira, esto es sumamente importante, porque podría pensarse que la obra del ministerio es la obra de los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros, pero si leemos atentamente el versículo, nos damos cuenta que la “coma” no está después de “santos”: la “coma” está después de “ministerio”.

Los santos edifican el Cuerpo

Leamos de nuevo: “a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio”. Los santos son perfeccionados para que ellos realicen la obra del ministerio, y luego dice “para la edificación del cuerpo de Cristo”. O sea, la edificación del cuerpo de Cristo no es el fruto del ministerio de la palabra, sino de todos los santos. ¡Es la obra de todos los santos! ¡oh, amados hermanos, eso debería hacernos saltar de gozo!

¿Qué es lo que hacen los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros? Están equipando a los santos, están proveyéndolos de las armas, de los instrumentos, los están capacitando, para que ellos realicen la obra del ministerio. ¡La gloria de la edificación de la iglesia no recae sobre los apóstoles! ¡La gloria de la edificación de la iglesia recae sobre cada miembro del cuerpo, sobre todos los santos! ¡Es la iglesia y no los apóstoles! ¡Son ustedes, no los ancianos! ¡Son ustedes, y no los profetas! Eres tú, pequeño, y no el que habla más ... Hermano, ¿puedes entenderlo? Tú hermano, tú hermana, no te menosprecies más. Si no entendemos esto, no hay restauración de la iglesia, y Cristo no será el todo en la iglesia.

Los montes bajen; los valles suban

Le ruego al Señor ... en este punto necesitamos pedirle al Señor que él socorra a los hermanos que por años han estado en eminencia en la casa de Dios, porque vamos a tener que bajar. Hermano anciano: tú vas a tener que bajar. Profeta: vas a tener que bajar. Apóstol: vas a tener que bajar. Para que todos los miembros, los pequeños especialmente, suban. Para que suban. Los valles tienen que subir, los montes

tienen que bajar. Hermano, hermana, los valles tienen que subir.

La cristiandad ha cometido un pecado; lo hemos cometido por años, sea cual sea la raíz o la procedencia que tengamos. Hemos tenido un clero, hemos tenido una jerarquía, una clase dotada, en desmedro de la Iglesia. Esa distorsión de siglos que la cristiandad ha mostrado tristemente, está empezando a ser corregida entre nosotros, pero todavía no lo hemos corregido todo. Todavía es común ver en las reuniones de la Iglesia que son dos o tres los que oran, que son dos o tres los que proclaman, y pareciera que son dos o tres los que hacen las reuniones y aún lo que es peor que son dos o tres los que a veces ocupan un lugar privilegiado en el salón de reuniones.

El otro día en Temuco decíamos esto: los que hablan mucho tienen que callar, para que hable la iglesia. Es cierto que todos somos de la Iglesia, también los que hablan mucho. Pero no podemos olvidar que los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros, fueron dados a la Iglesia, en cierto modo ellos no son de la Iglesia ... En cierto modo... Ellos no pueden pensar más en sí mismos, tienen que pensar en la Iglesia, tienen que servir a la Iglesia. “Ministro”, como aquí se ha dicho, significa servidor, no significa “reverendo”, no significa “su santidad”, significa “siervo”. En las Escrituras dice “esclavo”, eres un esclavo de Cristo y de la Iglesia. Amado apóstol, amados profeta, amado evangelista y maestro, si no estuviera la Iglesia, Dios tendría que cerrarte la boca, no tendrías nada más que decir.

Edificando en amor

Reiteramos esto, amados hermanos, esto es fundamental. Por los ministros de la palabra, los santos son equipados, son perfeccionados, y por la obra del ministerio de todos los santos, se edifica el cuerpo. ¿Está claro? Los ministros equipan, y la iglesia hace la obra. ¿Sí? ¡Gracias, Señor! “Hasta que todos ... qué preciosa es esa palabra “todos” ... hasta que todos ... falta alguien ahí? ... ahí están todos ... hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.

Los ministros, por tanto, equipan a la Iglesia, y lo hacen con amor. En este mismo capítulo dice “Siguiendo la verdad en amor” en el versículo 16, al final dice: “ ... para ir edificándose en amor”. ¿Sabe lo que suele ocurrir en las iglesias locales?, Que los miembros más pequeños, o más torpes o los más carnales, entre comillas, hacen perder la paciencia de los más espirituales, o a los ancianos. “¡Este hermano nunca hace las cosas bien!”, “¡Le dije que lo hiciera así y lo hizo asá ...!” “¡Le he dicho tres veces, ¿cómo lo hago entender?!”.

Hermanos, los ministros de la palabra necesitan tener también (voy a usar una palabra extraña a las Escrituras, pero ... perdónenme ustedes) ..., necesitan tener pedagogía, ¿Cuál es la pedagogía? Es el arte de conducir a los niños. ¿Qué hace un pedagogo? Conduce, guía, o enseña a los niños. ¡Los miembros espirituales son tan agradables ...! Uno les dice una cosa, una frase, y entendieron al tiro, y lo hicieron pero ... perfecto!, ¿Pero sabe dónde se prueba la paciencia, el amor, dónde se prueba la humildad, la mansedumbre, y esta pedagogía de la que estamos hablando? es con esos miembros más pequeños, más difíciles, que todavía no han sido ‘amansados’ por el Señor. Pero eso tiene que ser en amor.

La iglesia no crecerá sin que el amor se manifieste, y el amor tiene que comenzar a manifestarse desde los que tienen mayor responsabilidad hacia abajo. Desde estos hermanos de los que estamos hablando aquí, apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros. Pastores, ancianos u obispos ... ¡Amor! ... se puede corregir con amor, se puede hablar con amor, se puede enseñar con amor.

Hermano anciano, hermano que está a cargo de otros hermanos, antes de reprender, ponga la palanca de cambio en neutro, póngala en neutro. Cuando vamos en primera, tenemos tanta fuerza, hermanos, que ¡ay del que se nos ponga por delante! No podemos “agarrar” a nadie en primera, hermanos, para que el impulso que recibamos sea el del espíritu. Si él quiere hacernos decir algo ... que Él lo haga ... él lo sabe hacer, y si no, ahí en neutro nos quedamos, ahí mismo no más.

Hermanos amados, esto es la Iglesia local, así es, así funciona y así se edifica.

Lavando los vasos

Quisiera agregar algo más. Ustedes saben que la palabra, según Efesios 5, la Palabra sirve para lavar. También, de acuerdo a Timoteo, cada uno de nosotros somos vasos. El agua sirve para lavar los vasos. Dios no usa vasos sucios. Usted tampoco los usaría ¿no es cierto?, ¿podría tomar agua en un vaso sucio? Hermanos, ¿saben cuál es una importante tarea que realizan también los ministros de la palabra? Ellos usan la Palabra para lavar los vasos, para que los vasos sirvan al Señor. Hermano, el agua limpia, el agua lava, y los vasos quedan en condiciones de ser usados.

Hermano profeta, hermano maestro, mire la casa de Dios, mire la iglesia en su localidad, tenla aquí (en tu mente). ¿Hay hermanos que no están sirviendo? ¿Qué está impidiendo que ellos sirvan? Amado, tu deber es lavar esos vasos, es quitar los escollos, alentar. Tal vez sea necesario sólo una conversación, o puede ser también un mensaje. Tú detectas el problema, le pides al Señor la palabra, esa palabra lavará, limpiará y quitará el impedimento, y esos vasos estarán disponibles para que el Señor los use.

Que el Señor edifique su Iglesia

Hermanos, eso significa ser un ministro de la Palabra. Que el Señor nos ayude, que el Señor nos socorra a todos nosotros, a todos los que estamos aquí, a cada uno según la gracia que ha recibido, según la ubicación que tiene en el cuerpo, según las demandas que el Señor pone en su corazón, para que todos podamos ser usados por el Señor en esta obra magna, que es la edificación de su Iglesia.

Cristo dijo: “Yo edificaré mi Iglesia”, nosotros digámosle ¡Señor Amén!, Edifica tu Iglesia, pero si necesitas un vaso para hacerlo, ¡¡ Heme aquí!!.. Estemos de pie.

Inclinémonos delante del Señor: “Examina, Señor, nuestro corazón, por tu espíritu. Mírame Señor, míranos. Mira la Iglesia en mi localidad. ¿Qué pasa conmigo, Señor? Quiero

ser un vaso útil. Señor, lávame, límpiame. Quita, Señor, toda impureza, toda cadena, todo impedimento. Señor Jesús, tú eres digno de tener una iglesia gloriosa, sin mancha y sin arruga. Eres digno de que tu cuerpo funcione a la orden tuya, según tus dictados y tus designios. Señor Jesús, henos aquí esta noche. Nos has honrado tanto, somos tu cuerpo. Somos miembros de tu cuerpo. Señor Jesús, haz que este cuerpo funcione como tú quieres, que funcione, que funcione ...

¡Oh! Espíritu Santo, revive tú los miembros anquilosados, marchitos. ¡Oh, que tu vida y tu poder fluya por cada uno de tus miembros de este cuerpo precioso. Espíritu Santo, sana tú, como aceite, inúndalo todo, restáuralo todo. Así como cuando llega la primavera, el sol, las hojas y las flores. Oh, que reviva este cuerpo, que cumpla su ministerio. Que cumpla la función para la cual Dios nos llamó.

Señor Jesús, tú eres precioso para nosotros. Tú eres el Amado de nuestro corazón. No quisiéramos deshonorarte en nuestras localidades. No quisiéramos que esta realidad tan gloriosa de la Iglesia en la eternidad pasada y en la eternidad futura, encuentre una mancha en la vida de la iglesia en cada localidad. Sana tú, Señor, los miembros heridos, sana tú los miembros adoloridos, anquilosados, marchitos. Señor, levanta los valles, da ánimo al que no lo tiene. Señor, pon una autovaloración en aquellos que la han perdido. Señor, también baja tú los montes, a los que están en eminencia. Señor, dales la gracia para bajar, para descender, para que todos juntos, Señor, expresemos tu gloria. Para que todos juntos expresemos tu centralidad, tu soberanía, tu supereminencia. Jesús, para que tú seas el todo en todos.

Señor te amamos a ti, ¡Oh! Estamos tan agradecidos, valoramos tanto lo que tú nos has hecho ser, la revelación con la que nos has enriquecido. Señor, ten expresión, ten expresión, que el mundo vea, que te vea a ti en la Iglesia, que vea tu dulzura, tu mansedumbre, tu humildad, que vea tu gloria. ¡Señor Jesús! Para que el mundo crea que el Padre te envió. Que así sea, Señor, en tu nombre lo pedimos.

Te adoramos, ponemos nuestro corazón en esto, abrimos el corazón para ser persuadidos, aclarados, convencidos, atraídos hacia esta bendita realidad de Cristo y su Iglesia.

¡Amén! Gracias, Señor. Gracias por no haber renunciado a nosotros. Gracias, Gracias, por no dejarnos tendidos en el camino. Gracias, gracias, Señor. Si estamos aquí es por ti no más, por tu pura gracia. A ti la honra, y la gloria, a ti la alabanza, Jesús, Amado nuestro, Amado nuestro, amado nuestro Tú eres el todo, tú eres el todo. Gracias, Señor.”

La paz del Señor sea con todos vosotros. Amén.

Jueves 31 de enero (mañana)

HALLADOS EN CRISTO

Claudio Ramírez L.

Amada Iglesia, benditos de Dios, bendita asamblea, hemos venido viajando por medio de la palabra, compartida en estos días, desde las más insondables y gloriosas alturas, donde Dios tiene perfilada su Iglesia, donde Dios tiene constituido el cuerpo de Cristo, allá immaculada, perfecta, pura, intocable, sólo agradable a sus ojos, y hemos venido como aterrizando lentamente a esta realidad a lo que es la Iglesia local. Anoche tuvimos una palabra que hablaba puntualmente de que esta Iglesia tan gloriosa y perfecta tiene una expresión aquí en la tierra, tiene una expresión en tu ciudad en tu pueblo, en tu aldea o aún en estos campos en Ruca-Cura.

La Iglesia es viva, es real, es tangible, es vista, es tocable, es tú y yo, somos parte y miembros del cuerpo de Cristo, nos relacionamos en una comunión que está hecha no de una

fibra sintética sino en una fibra espiritual hecha en los cielos para nosotros, bendito sea Dios. Nos ha traído aquí.

Quisiéramos ver una palabra que apunta a la vida personal, individual, a cómo es el creyente, a cómo debe ser, a cómo debe ser hallado cada creyente delante de Dios. Libro de Filipenses, capítulo 3, dice la Escritura: “Por lo demás, hermanos, gozaos en el Señor (nos gozamos en el Señor) a mí no me es molesto el escribiros las mismas cosas, y para vosotros es seguro, guardaos de los perros, guardaos de los malos obreros, guardaos de los mutiladores del cuerpo, porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne, aunque yo tengo también de qué confiar en la carne, si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al 8º día del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos, en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la Iglesia, en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable; pero cuantas cosas eran para mí ganancia las he estimado como pérdida, por amor de Cristo, y ciertamente, aún estimo todas las cosas como pérdida, por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual, (por amor de Cristo) lo he perdido todo y lo tengo por basura, para ganar a Cristo y ser hallado en Él”.

El hilo conductor que hay aquí es el amor de Cristo, el conocimiento de Cristo, el ser hallado en Cristo, por la fe ... ¡Cristo! Cristo que ha sido exaltado hasta lo sumo y todavía queda mucho más, Cristo que ha sido puesto en el más alto pináculo, de todo los montes que pudieran existir aquí o más allá de las galaxias, Cristo; Cristo, su amor; Cristo, su conocimiento; Cristo, su fe, en ese Cristo quisiera ser hallado, y quiero que tú también seas hallado, ser hallado en Cristo. Creo que ser hallado en Cristo es la mayor bienaventuranza que puede tener un creyente. Que cuando nos relacionamos unos a otros no es en base a una profesión, a un cargo, a un título. No es en base a una tradición, que tú y yo nos podemos relacionar en Cristo, donde desaparecen todas las diferencias, porque en Cristo no hay acepción de personas. Cada miembro del cuerpo de Cristo, cuando se halla en Él goza de esta bendición.

Estamos en Cristo y queremos ser hallados en Cristo. Este era como un suspirar del apóstol Pablo, para él tenía sentido ser de Cristo y ser hallado en Cristo, su vida anterior tenía una militancia religiosa, en extremo. Él podía jactarse, él podía jactarse cuando algunos pensaban que eran superiores a él, él se confrontó un poco con gloria propia contra aquellos que se gloriaban en sí mismos. Aquí pone una nota de cierta arrogancia, no porque ya era arrogante (ya había dejado de serlo), sino que pone una nota de arrogancia contra los arrogantes cuando les dice: “Nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne, aunque yo tengo de qué gloriarme”.

El currículum de la carne

Nuestro hermano Pablo tiene de qué gloriarse en la carne. Si alguno está pensando que tiene algo de qué gloriarse yo les puedo exhibir mi currículum, este es mi historial, de aquí procedo, de aquí vengo yo, “circuncidado al 8º día” hecho sumamente relevante para entrar en ese pueblo elegido de Dios. Señal física de que se pertenecía a una nación, a una raza, a una descendencia, acariciada y querida por Dios (se podía jactar de eso). Más todavía “del linaje de Israel” el orgullo de ser israelita, y más orgullo todavía “y soy de la tribu de Benjamín” como diciendo: “Perdonen, no soy de cualquier tribu”, “hebreo de hebreos”. Cuántas veces nosotros con cierto orgullo decimos es que yo soy chileno, puede ser uno orgulloso porque es chileno, él era hebreo de hebreos, y en cuanto a la ley practicaba el fariseísmo.

Ahora el fariseísmo ha caído en descrédito, porque ya sabemos cómo el Señor trató a los fariseos de hipócritas y de mentirosos, pero él era un fariseo consecuente. Un fariseo era un hombre apartado, santo, uno que no se contaminaba. Podía exhibir una calidad moral sin ningún reproche. En cuanto a la ley, fariseo, y en cuanto a celo, si ustedes piensan que tienen algún tipo de celo, yo era un perseguidor de la iglesia. Y después se transformó en campeón y defensor de la iglesia, y murió defendiéndola. Su celo, ese celo que podríamos compararlo sólo con ese fanatismo musulmán

contra los cristianos. Un celo. Hebreo de hebreos, de la tribu de Benjamín, circuncidado al octavo día, del linaje de Israel. ¡Qué pergaminos!

Él podía pararse en cualquier ambiente de todo el imperio romano y exhibir su calidad humana. ¡Qué tremendo que él está hablando con arrogancia contra los que con arrogancia lo descalificaban, y advertía: “Guardaos de los perros, guardaos de los malos obreros, guardaos de los mutiladores del cuerpo, los que todavía insistían en la circuncisión de los nuevos creyentes en Cristo.

Relacionándonos en Cristo

Yo tengo razones para confiar en la carne - dijo Pablo. Y en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable. Humanamente, le pondríamos un siete. Capacitado, con una trayectoria notable. Y aquí hay un “pero”. Eso lo está mirando desde lejos, eso era yo. “Pero cuantas cosas eran para mí ganancia las he estimado como pérdida por amor de Cristo”. Aquí estamos relacionados no por currículum, no por jerarquía, no por jinetas, no por títulos. Si hubiera que presentar la calidad humana que hay aquí sacaríamos excelentes calificaciones. Personas notables, valiosísimas dentro del cuerpo social del mundo. Pero dentro del cuerpo de Cristo ¡son de Cristo y nada más! Tú eres de Cristo y yo soy de Cristo.

Cuando veo tu rostro yo no veo al profesional. No veo al carpintero, no veo al chofer, no veo a la dueña de casa. No veo ni al hermano más humilde ni al hermano más grande ni desarrollado. Veo a Cristo. Y cuando tú que tienes a Cristo y yo que tengo a Cristo nos encontramos, hablamos el mismo idioma, y podemos bajar ese lenguaje académico al lenguaje más sencillo, hasta que los niños puedan entender. Porque predicar a Cristo no es asunto de filosofía o conocimiento humano. Es que este Cristo revelado en nosotros, este Cristo puede hablar y tomar en brazos a un niño y bendecirlo, y puede tomar al hombre más sabio y tocar su corazón, y bendecirte y salvarte. ¡Viva Cristo, hermanos! ¡Viva el que venció a la muerte! ¡Viva el que nos hace relacionarnos en amor!

¿Qué haríamos con un hermano que tiene razones suficientes en su carne para gloriarse? ¿Qué haríamos con un hermano así en el Cuerpo de Cristo? ¿Qué haríamos con una iglesia donde cada uno puede llegar presentando su calidad externa o intelectual, humana y social? ¿Qué haríamos? Y pensar que hay comunidades cristianas que se relacionan según la profesión, según los gustos estéticos, según las artes que practican, según la raza. Y así, el hombre ha ido en el tiempo elaborando un tipo de comunión en que los hermanos se van relacionando de acuerdo a sus status. ¿Quién se atreve a relacionarse con un arrogante así en el cuerpo de Cristo? ¿Uno que busque sólo a sus pares en rangos sociales, culturales? ¿Podemos encontrarnos con un hablantín, un sabelotodo, un sobrado, un soberbio que da consejos y emite opiniones. ¡Qué fastidio!

Hermanos, lo que tenemos es sólo Cristo, y en ese idioma nos entendemos. Es el todo que comienza a transformar este carácter irascible, esta cosa sobrada y soberbia que hay en nosotros, o esta falta de humildad que hay. Cuando yo quiero relacionarme contigo, hermano, no quiero encontrarme con el gerente, si eres gerente, no quiero encontrarme con el jefe si eres jefe. No quiero encontrarme con el patrón, si eres patrón. Tampoco quiero encontrarme con el simple obrero, porque es obrero. Quiero encontrarme con Cristo.

Medio en broma medio en serio a veces he llamado a un hermano que está aquí presente, por teléfono. Y nos reímos cada vez que nos encontramos. Entonces él -claro- está en su oficina y me saluda como saluda una persona que está ocupada en sus tareas profesionales. Le ha pasado el teléfono una secretaria, y dice: “¡Buenas tardes!”. Entonces yo le digo: “¿Hablo con el profesional, con el gerente, o hablo con mi hermano?” y se larga a reír. “Ah, Claudito”, me dice. Quiero encontrarme contigo y que tú me encuentres a mí de esa manera acogedora, cariñosa. Hermano, no te cuesta nada descender de la gerencia para atender al pequeño. Digo “gerencia” por dar un cargo que es relevante del común de las empresas, pero a veces hasta un chofer de taxi se siente dueño del mundo porque va en su taxi. ¿No es cierto? ¿Le ha tocado?

¿Qué haríamos con un cuerpo de Cristo donde cada uno hablara como habla en sus relaciones profesionales? ¡Nos parecería hasta pedante! Años atrás, yo trabajaba en una oficina bancaria. Atendía público. Atendía lo que se llamaba mercado de corredores, donde vendíamos dólares. Y llegaban unas ancianitas a cambiar un cheque-dólar, de 50 ó 25 dólares. Y eso es menos que un pelo para un Banco, entonces siempre las dejaban para el último. No quiero hablar de una gloria propia. Pero yo veía eso y me acercaba: “Señora, ¿qué le pasa?” “Es que no me quieren atender”. “Señora, pase para acá, siéntese. Mire todas estas luces que usted ve, todas estas columnas, todas esas personas que están ahí enjauladas que tienen la plata guardada, todo esto, no se asuste usted de esto, porque también son seres humanos. Yo quiero atenderla con el mayor cariño. Se sentaban y me miraban. “Este es un ser raro” dirían. El Banco no debe asustarlos. El Banco está para servirles. Bueno. Terminábamos el trámite y se iba contenta.

Días después esa misma persona pasaba frente al Banco. Compraba el diario afuera y entraba. Me decía: “Caballero, sabe que le traje el diario”. “¿Y por qué?”. “Es que usted me atendió tan bien”. ¡La gloria sea para el Señor! ¿Sabe hermano? En este mundo tan frío e impersonal, cuando encuentras una palabra acogedora, alguien que te atrae, alguien que te invita, alguien que es cálido, tú no te encuentras con el hombre natural, te encuentras con algo profundo que hay dentro. Te encuentras con Cristo, porque Cristo es acogedor. Es cálido. ¿Cuántas veces han venido a nuestras ceremonias de matrimonio personas que nunca han visto ni compartido con personas de la iglesia y se quedan tan como ensimismados, contentos. “¿Por qué ustedes lo hacen así?” Hermano, porque la ceremonia nupcial no es un hecho casual dentro de la iglesia, es una fiesta cariñosa, es una fiesta de amor, es una fiesta donde se profundizan los afectos, donde se exalta a Cristo y dónde sólo él acoge y atrae.

¿Qué haríamos con una iglesia donde entra el fariseo y el publicano y como dijo el Señor. El fariseo se para adelante exhibiendo toda su justicia, y miraba para atrás de reojo, y ese pobre publicano que estaba allá atrás era un metiche que

no tiene idea de lo que es la vida espiritual. ¡Ay hermanos, Saulo de Tarso como doctor de la ley era terrible, era intransigente, un perseguidor, era insoportable! Cuando nosotros lo queremos saber todo, lo conocemos todo y damos cátedra de todo, somos insoportables! Pero lo que quiere el Señor es que de ti salga una palabra cariñosa, que sea Cristo, que sea Cristo.

Si yo tuviera que decirte algo personal, me duele cuando un hermano me da una cátedra como si quisiera convencerme de que tengo que convertirme. Hermano, muchas veces hemos leído ahí la Escritura, al mismo apóstol, “el que sabe, como si no supiera; el que tiene, como si no tuviera; el que sufre, como si no sufriera”. No dar esa apariencia de grandeza cuando en el fondo todos en verdad somos pequeños. ¡Bendito sea Dios, aleluya, gloria a él!

Perder para ganar a Cristo

¡Ay, Pablo, querido siervo de Dios! En esta misma carta de Filipenses llega a decir, recordando lo que él era en su soberbia anterior, pero en el capítulo siguiente dice: “Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros”. (4:9). Mira cómo descendió, de la categoría del que dominaba todo a la pequeñez del que dice: “Lo que vieron”. ¿Qué vieron? Consagración, entrega, humildad, servicio. Lo que no podría haber dicho el fariseo, el hebreo de hebreos, lo que no pudo decir aquel que se jactaba de ser de la tribu de Benjamín, lo puede decir ahora, en un Dios de paz. “Y el Dios de paz estará con vosotros.”

Alguien hablaba, no sé si lo oí o me lo contaron, que cuando nos bendecíamos unos a otros, hermano, de tu boca está saliendo Cristo. Dicen que san Francisco de Asís, uno de los santos de la iglesia católica, cuando nombraba el nombre de Cristo, se chupaba los labios, encontraba un gustito a miel. ¡Le gustaba Cristo, aleluya! ¿Te gusta Cristo?, ¡A mí me encanta, estoy enamorado de él! ¡Nos encanta Cristo, estamos enamorados de él!

Una infidencia. La vergüenza más grande que he pasado en mi vida la pasé con los hermanos en Lautaro. ¿Hay algunos

hermanos de Lautaro aquí? Hacía dos meses que había llegado a la comunión en Santiago, y había viajado a vivir a Temuco. Había una Campaña de Evangelización en Lautaro, y me mandaron a compartir. “¿Tú puedes compartir?”. Pero claro, estoy preparado para eso. Tantos años de Teología en el Seminario, como no iba a saber yo. Hice el ridículo más grande, hermanos. Deben acordarse mis amados hermanos de Lautaro. Una de esa noches se me quería caer la cara de vergüenza. Creo que alcancé a predicar dos noches, y no pude seguir. Estaba exhibiendo mente, conocimiento, sabiduría, teología, doctrina. Si Pablo hubiese exhibido todo eso, jamás Dios lo habría usado, pero Dios lo tuvo que derribar a tierra, y de la tierra levantarlo como un siervo. ¡Bendito sea Jesús!

¡Ay !, perder para ganar! Hermano, qué paradoja más grande, que cuando perdemos ganamos. Que cuando tomamos la cruz encontramos la vida. La filosofía humana encontrará esto como ridículo (claro que lo encuentra ridículo), pero yo he perdido para ganar a Cristo, dijo Pablo. Y tú has perdido para ganar a Cristo. ¡Hermanos, hemos perdido para ganar a Cristo!

Porque si todavía estuviéramos enteritos o nos quedan algunas partecitas, de este Retiro te vas a ir completamente podado. ¡Nos vamos a ir podados! Que sepamos esta la única victoria y ganancia que se logra cuando perdemos lo nuestro. Qué virtud hay aquí. En una sociedad competitiva, donde el fin es alcanzar cierto renombre, eficacia, popularidad, amasar bienes que prestigian, todo esto que estamos diciendo resulta una falacia. Nadie está predicando la pobreza, ni que tú no estudies, ni que tú dejes tu profesión, pero todo aquello bajo los pies del Señor Jesús. ¡Para que él gane!

Unos apetecen el poder. Mira cómo luchan los políticos por el poder, otros las riquezas. Mira cómo las buscan algunos. Otros el placer sin freno. Viven para sí. Huyen de la cruz. Les incomoda la cruz. “Cuántas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo”. ¡Aleluya! Todas las cosas las he estimado como pérdida por amor a él, por amor a él, por amor a él. Ese amor que viene de arriba, que me lo ha dado a mí, como decía nuestro amado Rubén

Chacón, cuando descubrió que ese amor venía de Dios para él. ¿Sabes Rubén?, te confidencio. El Cantar de los Cantares, antes de llegar a la comunión de los santos aquí, era un libro cerrado para mí. Nunca pude predicar sobre él, pero el día que la iglesia me reveló esto, entonces el Cantar de los Cantares es para saborearlo. ¿Ustedes lo saborean también? ¡Aleluya!

La más perfecta relación

“Ser hallado en Cristo ...” Que cuando me busques para un servicio grande o pequeño, cuando Dios me busque ... Porque ser hallado en Cristo, Dios quiere hallarme en Cristo, porque él me puso en Cristo. Que cuando venga Dios a pedirme algo me halle en su Hijo, pero también, cuando el diablo me busque, me halle en Cristo. Y también tú hermano, cuando me busques, me halles en Cristo. Que Dios, que Satanás nuestro enemigo y aún que los hermanos nos hallen en Cristo. Entonces encontrará obediencia, encontrará mansedumbre, encontrará humildad, encontrará espíritu de sacrificio, encontrará esa buena disposición, eso que veíamos anoche con el hermano Eliseo, en que todos en el cuerpo tenemos una ubicación correcta.

¿Cómo vamos a considerar un ojo que quiere ser bocón? ¡No! ¿O una oreja que quiere ser un tremendo ojo? ¿te imaginas? Dice: “Porque si todo el cuerpo fuera ojo ...” ¿Te imaginas un ojo de setenta kilos? Sería ridículo. ¿Cómo se las ingeniaría para andar ese ojo o esa oreja? Hermanos, tenemos una relación en Cristo y en Cristo estás bien donde estás. Ahora, si tú dices: “Yo soy apenas una cejita”, bendito sea Dios que te puso como ceja, porque estás mirando todas las cosas. ¡Gloria a Dios!

No te minimices. Humíllate al Señor para servir, pero cuando él te pida un servicio, sé como el boy scout, siempre listo. ¡Siempre listo! Quiero ser hallado en Cristo si mi hermano viene a mí. Yo les he hablado mucho a este pléyade de hermosas niñas y jóvenes que hay aquí. Yo estoy orgulloso por mis hermanos que están aquí, de Peñalolén. Benditos sean ustedes, hijos. Y siempre les he dicho: “Sean cálidos”. Atrayentes, de por sí son atractivos, atractivas, pero sean atrayentes. Que no se encuentren con la niña orgullosa de sí

misma ... ¡y que pasa la mano para que se la besen! ... Quiero la calidez de Cristo junto con su conocimiento, quiero la ternura de Cristo junto con el amor de Cristo, quiero la justicia de Dios junto con haber ganado a Cristo en mi corazón. El que nos hallemos mutuamente en Cristo es la más perfecta relación. Vuelvo decir, no quiero encontrarme, si tú eres militar, con el militar, “Es que yo fui formado así”, hermano, fuiste formado así por tu profesión, por tu realidad de trabajo, pero dentro del Cuerpo de Cristo dejaste de ser médico, profesional, abogado, qué se yo, científico, aquí eres uno con el Señor ¡esto es lo que importa! ¡Aleluya!

Conviene que los montes bajen decía anoche la palabra, y los valles suban. Hermanos, Dios empareja lo que el mundo descompone. Dios iguala, Dios hace homogéneo lo que el mundo descalifica. Oh, Señor. Las sopaipillas más ricas que he comido las he comido aquí en las rucas de Curaco, de Pichingual. ¡En una ruca!

Hermanos ¿saben? no se rían tanto, porque después me da una vergüenza ver el video. Parece que estamos contentos... ¿están contentos? Porque este Campamento es una victoria. Este Campamento no es un éxito no es un éxito porque haya lumbreras predicando, es porque Cristo está en medio nuestro. Este Campamento es un éxito porque la gloria de Dios está aquí. Una vez le dije a los hermanos de Peñalolén: “Ir al Campamento es un premio, es un premio, porque si durante los 50 domingos del año usted no se ha congregado y aparece los dos últimos, para decir aquí estoy, qué gracia tiene, quiere decir que los otros 50 domingos estuvo haciendo lo que decía el apóstol Pablo “se creía”. ¡Oh, Señor!, pero los que han pasado los 52 domingos en la comunión con los hermanos vienen con el corazón pletórico de gozo. Y esto no es un aburrimiento aunque haya lluvia, aunque haya viento, aunque haya polvo, no importa. A mí me duelen harto los huesos, hermanos, tuve que conseguirme con los hermanos de Toltén un catrecito, pero estoy aquí, y eso es lo que importa.

Cuando nos hallemos en Cristo cae lo superfluo, cae lo accesorio, cae lo removible, cae lo transitorio y queda lo incommovible, lo verdadero, lo que es de buen nombre, lo honesto, lo puro, lo amable, es decir, queda Cristo solamente.

¿Qué es lo puro, sino Cristo? ¿Y qué es lo amable, como dice Pablo por ahí?, Cristo. ¿Y qué es lo que de buen nombre? ¡Cristo! ¡Cristo!

Lo que no tenemos que hallar

Cuando me busques, hermano, o yo te busque a ti, que no encontremos al fariseo, con lo cual suele disfrazarse nuestra carne. Tener una apariencia ... hermanos, seamos auténticos. Auténticos, reales. Yo me puedo poner una careta de creyente. Pero eso no me sirve. Dios que me conoce al final me va a descubrir. No sirve un tinte de piedad, y que muchas veces maquilla la molestia que nos causa la lentitud de los más pequeños. Cuando me busques, que no encuentres en mí al moralista. Uhh, lo que cometió, el escándalo, cómo pudo ser eso. ¿Viste que alguna vez el Señor Jesús se escandalizó? Se escandalizaba de ver una hipocresía, eso sí que le revolvía el corazón. Pero cuando vio al débil, al enfermo, al abatido, al descalificado, a la prostituida, al publicano, ¿qué encontraron en el corazón del Señor? Una cuna, un acogimiento y desde ahí comenzar la obra de restauración. La obra de restauración de la iglesia comenzó en el corazón de Dios, un corazón generoso, amoroso, lleno de misericordia con nosotros. O si no, nunca habríamos sido recogidos ninguno de nosotros. ¿Tú fuiste recogido? Una hermana que pasó aquí el otro día aquí llorando cuando se hizo el llamado, dijo: “Usted leyó un pasaje en que se habla de la descarriada, y eso era yo, y cuando escuchó la palabra solamente se le confirmó. Para que ella corriera de nuevo a los brazos de Cristo. ¿Qué escuchó? Un discurso teológico acerca de cómo se produce este fenómeno de la regeneración. Hizo un montón de triquiñuelas el Señor para explicar eso. No. Abre los brazos y dice: “Ven si estás cansado”. Ven, si tienes frío él te da abrigo. Si tienes hambre él te da de comer. Si estás desamparado, yo te recojo. Eso es Cristo. Todo lo tengo por basura para ganar a Cristo. Por amor, para el conocimiento de Cristo.

Bendito nuestro Dios. Que cuando me busques, hermano, no halles al dogmático, no halles tampoco al tradicionalista. Oh cuánto nos costó romper las tradiciones. Hemos llegado a patentar esto: “Mejor que venga del mundo, porque cuando viene de un sistema religioso trae un montón de cosas. De

mañas y de actitudes. Pero el Señor nos llamó igual a todos, de la corriente doctrinal, de una religión, de una teología, de un pensamiento, y te llamó también de la calle, vamos a decir. Tú ibas pasando por ahí, y el Señor te salió al encuentro: “Ven para acá tú.” Y aquí estás. ¡Gracias, Señor!

Tampoco quisiera que tú encontraras en mí al doctor en religión, sino a Cristo. Que no halles al técnico en doctrina, sino a Cristo. Que no encuentres en mí (esta palabra ... hemos escuchado mucho en este último tiempo hablar de esa palabra) al fundamentalista. Lo digo de nuevo: Que no encuentren en ti al fundamentalista. El que todavía cree que la traducción de la Biblia del año 1909 es la auténtica. Hermano, Dios es un Dios coherente, y lo que permanece en pie no es ni la doctrina, ni la religión, ni el fundamentalismo, ni ningún sistema. Permanece Cristo hasta hoy. Y nos hemos encontrado con hermanos que no saben leer ni escribir, pero pueden pronunciar que Jesucristo es el Señor. Igual que tú, que tienes cultura y eres ilustrado, puedes pronunciar eso. Ese es el único fundamento. Él lo es. ¡Cristo es el Señor!

Que no encuentres en mí al impaciente, sino a Cristo. Que no encuentres en mí al intolerante: “Es que no lo soporto”, sino a Cristo. Que los valles suban, y los montes bajen. Que las verdades nos conduzcan a la única verdad -como se decía ayer- que es Cristo. Porque no es la teología, sino Cristo es el todo y en todos.

La vida del Cuerpo

Cuantas cosas eran para mí ganancia las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Hermanos, qué cuesta pasar. Aún hay muchos hermanos aquí a quienes no he saludado, y les voy a pedir perdón, y de rodillas, porque he tenido que ser yo el que me acerque para saludarlos a todos. Me he preocupado a lo mejor de los que están lejos en la distancia geográfica, de saludarlos y abrazarlos. Pero cuantas veces nos encontremos aquí, si nos abrazamos y nos bendecimos, será poco todavía. Porque si llevas a Cristo adentro y yo lo llevo, ¿cómo vamos a pasar cada uno mirando para su lado? ¿te imaginas a Cristo así, con la nariz respingada sin tomarte en cuenta a ti? O tú le das un aspecto de hermano demasiado serio, entonces me repliego. O de un hermano demasiado

insignificante ... Hermano, los dos extremos son pésimos, porque el hermano grande, importante tiene a Cristo igual que tú, y el hermano pequeño igual que tú. Si somos una familia. ¡Somos un cuerpo! Esta es la gracia de ser creyentes. ¡Oh Señor, líbranos de estos complejos! Yo anoche disfrutaba hasta las lágrimas cuando escuchaba a nuestra hermana Guillermina en mapudungun hablándonos del Señor. Y la hermana Mercedes ... ¿dónde está nuestra hermana Mercedes? Yo cada vez que la veo le pido que me diga algo en mapudungun. Encuentro que es la lengua más preciosa que tenemos,. Hermanos: Dios les dio esta lengua para hablar de Cristo, y ustedes son portadores de Cristo para aquellos lugares donde otros - los huincas - no podemos llegar.

Llevas a Cristo. Son las doce cinco. ¿terminamos? Cómo quisiera el diablo, hermanos, hacer prevalecer rango y jerarquía. Pero cuando me halle contigo no quiero hallar al profesional, sino a Cristo, ya lo dijimos, no al militar, sino a Cristo, no al mecánico, sino a Cristo, no a la asesora del hogar, sino a Cristo. Jóvenes, a ustedes me dirijo, que cuando les halle, no halle en ustedes al rebelde, no halle de ti al sobrado, no halle de ti al superhombre (porque se creen súper). Halle en ti a la muchacha y al joven creyente, dócil, amoroso, que atrae. Oh Señor, no menosprecies las canas de los viejos porque los amamos entrañablemente, no quisiéramos vuestro fracaso, no quisiéramos vuestras caídas, no quisiéramos eso. Por eso no quisiéramos hallar en ti al soberbio, al porfiado, al rebelde.

Quiero hallar en Cristo a todos, cuando así nos hallemos ambos seremos bendecidos, todo el cuerpo tenemos necesidad de hablarnos en Cristo, y hallarnos en El, porque sólo en Cristo nuestro todo y en todos nosotros será posible que la vida del cuerpo sea más preciosa, más profunda y más íntima. Y ciertamente aun estimo todas las cosas como pérdida, por la excelencia del conocimiento de Cristo. ¿Hay algo más excelente que el conocimiento de Cristo? Se han devanado los sesos muchos escritores escribiendo cosas grandes y elocuentes, y nosotros que no hacemos ese ejercicio hemos encontrado al más excelente, al más grande poeta y al más grande poema, al más grande, al más grande, al más sublime, al perfecto, al que atrae, al que busca, al que

se regocija con nosotros y que se entristece cuando estamos tristes, a aquel , a aquel lo hemos hallado. Y todo lo tengo por basura para ganar a Cristo y ser hallado en Él. ¿Dónde quieres ser hallado tú? En Cristo. Señor escucha a tu asamblea, la iglesia quiere ser hallada en Cristo, cada creyente quiere ser hallado en Cristo, ¡que todos seamos hallados en Cristo! Estemos en pie.

Oh Señor, todo lo que tú quieras tomar de esta palabra asíntalo en el corazón de cada uno de mis hermanos, tal vez, hemos tenido muchos ripios, pero tu también eso lo pasas por alto, por lo que importa es que Tú seas dignificado, que tu Nombre haya sido exhibido, y que Tú hayas quedado en pie. Señor Jesús, yo amo a mi hermano. (Hermano: tócalo, tú lo amas a él porque tiene a Cristo y porque Cristo está en uno y en otro. Pueden hablarse, pueden bendecirse, pueden completar el amor). Oh Señor, toda esta gracia tuya derramada en toda esta asamblea. ¡Cristo, te hemos hallado! ¡Jesús, te hemos hallado! Y lo hemos perdido todo, porque te hemos hallado a Ti. ¡Sí, Señor! ¡Aleluya, bendito sea tu nombre!

Jueves 31 de enero (noche)

EL LUGAR DEL AMOR

Rodrigo Abarca B.

En estos días, hermanos, el Señor nos ha dado el privilegio de oír su voz. Es un privilegio. Es un privilegio oír la voz de Dios ..., escuchar esa voz divina hablando a nuestro corazón. Y la voz de Dios no sólo nos habla, no sólo es un privilegio, sino que también nos hace responsables por lo que oímos. Nos encarga lo que oímos. Hemos oído su voz y somos responsables de lo que hemos oído.

Somos una parte de la historia

Los propósitos de Dios nunca se nos revelan por completo. Somos parte de algo que Dios ha estado gestando desde la eternidad, y que ha venido a traer a través del tiempo, a manifestar a través del tiempo y de la historia. La Iglesia no comenzó con nosotros, otros vinieron antes que nosotros, y cuando nos hayamos ido de este mundo, si es que el Señor no regresa -como es nuestra esperanza- otros vendrán después de nosotros. ¿Amén? Somos parte ... sólo una parte

del misterio eterno de Dios que se está desarrollando en el tiempo y en la historia. Y a nosotros nos toca una parte de esa historia. Nos toca experimentar y vivir una parte de esa historia.

La iglesia comenzó hace dos mil años en la tierra. Y esa es una historia (para los que la conocen), una historia terrible, dramática, llena de fracasos, de equivocaciones, de errores. Pero también ha habido victorias, ha habido triunfos. Cristo ha estado obrando a través de la iglesia, y Dios el Padre ha estado trayendo la revelación de Jesucristo a la iglesia. Nosotros estamos aquí, y somos parte de eso, de eso que Dios está haciendo. ¡Quiera el Señor darnos la gracia para cumplir la parte que nos toca a nosotros!

Una distorsión histórica

En el pasado, la Iglesia, la cristiandad, ha tenido una perspectiva individualista de la vida cristiana. Ha pensado que la vida cristiana es algo que se vive individualmente. Ha pensado que todas las riquezas que están allí expresadas en las cartas de Pablo, por ejemplo, tienen una aplicación meramente individual. Ha creído que la vida de Cristo es algo que se tiene que desarrollar individualmente. Y entonces hemos estado tratando de vivir la vida cristiana como individuos, queriendo meter dentro de esta vasija de barro toda esa gloria de Cristo que se nos revela en la Escritura, y tratando de meter eso aquí dentro, en tu propio vaso de barro. Pero no puedes hacer eso, hermano. Porque el vaso que Dios diseñó para contener a Cristo no es el individuo, sino que es algo mucho más amplio: es la Iglesia, que es su cuerpo. ¿Amén?

No sólo una experiencia individual

De esto hemos estado hablando. Yo estoy tratando de recapitular y de resumir. Dios desea que vivamos a Cristo no meramente como individuos. Cuando digo “no meramente” quiero decir también en una experiencia individual. Rubén nos habló de una experiencia individual con Cristo. No

estamos diciendo que ahora no debemos tener una experiencia individual con Cristo. No.

Estamos diciendo que la experiencia individual con Cristo queda superada, rebasada, en la experiencia corporativa de la iglesia con Cristo. Y que lo que hay en ti de Cristo queda superado por lo que hay de Cristo en la iglesia. Y que si tú estás lleno de Cristo, ¡aleluya! ¡Que la iglesia esté llena de Cristo es mucho más! ¡Es mucho más! Y que el propósito de Dios no se detiene con llenarte a ti de Cristo, ni llenarme a mí de Cristo, sino que termina cuando todo el cuerpo está lleno de Cristo. ¡Aleluya! Hasta ese día Cristo está edificando su iglesia. ¡Hasta ese día, hasta que ese día se cumpla, todavía él está edificando su iglesia aquí en la tierra! ¿Amén?

Podemos preguntarnos entonces, ¿cómo podemos nosotros llegar a vivir a Cristo de una manera corporativa? Repito: se nos ha hablado mucho de vivir a Cristo individualmente. Hay muchos libros escritos acerca de cómo vivir la vida cristiana individualmente. Se nos habla de la vida victoriosa en Cristo, se nos ha enseñado ... (y son verdades gloriosas, son cosas verdaderas que hay que conocerlas, hay que vivirlas), de la vida canjeada: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí.” ¿Para cuántos ha sido esa una verdad gloriosa? ¿Descubrir que la vida cristiana no es el esfuerzo del hombre, sino que es la operación de la vida divina dentro de nosotros por medio del Espíritu Santo? ¿Cuántos han descansado al descubrir que vivir la vida cristiana es vivir a Cristo? ... ¿Hemos descansado? ¡Es una verdad maravillosa! “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”. ¡Amén! ¡Amén!

Pero Dios quiere que nuestra experiencia vaya más allá de ese vivir individual. Quiere rebasarlo, quiere ir más lejos. El propósito de Dios no se termina con nuestra experiencia individual en Cristo. Va más allá. ¿Cómo, entonces, podemos vivir a Cristo en una experiencia de cuerpo? Estoy hablando de algo práctico. Ayer Eliseo nos habló del funcionamiento del cuerpo de Cristo. Nos habló el hermano Eliseo acerca de cómo Dios hizo que el cuerpo de Cristo fuese una concertación de muchos miembros que se conciertan y funcionan y dependen, y cómo ninguno de esos miembros

tiene preeminencia sobre los otros miembros, sino que el único que tiene preeminencia es Cristo, la cabeza de la iglesia. Los demás, todos, estamos bajo Cristo y nos servimos y nos ayudamos, y dependemos los unos de los otros.

Todavía no tocamos lo esencial

¡Muy bien! Sin embargo, a pesar de toda la gloria que hay en esta revelación de la iglesia como el cuerpo de Cristo en términos de su funcionamiento aquí en la tierra, en la iglesia que está en cada localidad, en cada ciudad, todavía, en esa metáfora, y en esa comprensión, y en ese símil del cuerpo, que no es sólo una metáfora y un símil ... es una realidad, no hemos tocado la esencia de la iglesia. ¿Saben, hermanos? Cuando vemos a la iglesia como un cuerpo y la consideramos como un cuerpo funcionando, cuando hay funciones y miembros que desempeñan diferentes funciones, todavía no hemos tocado lo que es la iglesia esencialmente.

Tenemos que ir más allá para comprender qué es esencialmente la iglesia, cómo se expresa, cómo se edifica la iglesia en la práctica. Y la verdad del Cuerpo se levanta o se afirma sobre una verdad que es previa, que es anterior, es más fundamental, es más básica y que nosotros necesitamos entender para crecer y para ser edificados como cuerpo de Cristo.

Cuando tú viniste a Cristo, no solamente fuiste hecho salvo, no solamente fuiste regenerado en espíritu, no solamente viniste a ser la morada de Dios como individuo, no sólo vino a morar en ti el Espíritu de Cristo, sino que también fuiste hecho parte del cuerpo de Cristo. Y no solamente eso, sino que inmediatamente te fue dada una posición en el cuerpo de Cristo. Cada uno de nosotros, hermanos, tiene una posición dada por Dios en el cuerpo de Cristo. Eso lo hizo Dios. Hermanos, esto es tremendo. Dios diseñó a la Iglesia, y la diseñó en Cristo.

Una figura

Imagínate que ... es una figura lo que voy a emplear ahora. Es una figura que no puede expresar bien lo que estamos tratando de entender, pero que nos ayuda. Es una figura.

Imagínate a Cristo. Y el Padre, entonces, pensó que ese Cristo, glorioso, maravilloso, que es la expresión perfecta de él mismo. La imagen misma de su sustancia ... Dios pensó, imaginó a Cristo, por decirlo así, partido, separado, en infinidad de pequeñas fracciones. Y cada parte de Cristo fue puesta en una de esas pequeñas fracciones de Cristo. ¿Comprendes? Como un rompecabezas. Eso lo hizo Dios. ¡Lo hizo Dios! ¿Y lo hizo cuándo? En la eternidad pasada. Y tú también fuiste puesto allí. Cuando tú viniste a Cristo, entonces te fue dada esa porción de Cristo que te correspondía dentro del cuerpo de Cristo. Y estás allí, tienes esa parte ...

Vivir la vida del Cuerpo

Sin embargo, todavía es posible que siendo un cuerpo -y lo somos- y siendo miembros cada uno en particular de ese cuerpo -y lo somos- todavía es posible no ser capaces ni estar viviendo como cuerpo de Cristo. Porque no es automático. Y la prueba está en que tú puedes mirar a la cristiandad, y, siendo todos cuerpo de Cristo y teniendo cada uno una función dada por Dios en el cuerpo, no está funcionando, no está viviendo la vida del cuerpo.

Podemos cada uno ser todos pequeñas fracciones y no estar viviendo la vida del cuerpo de Cristo. ¿Comprendes? Podemos todos nosotros ser y somos el cuerpo, pero otra cosa es vivir la vida del cuerpo de Cristo. Y lo que Dios quiere no es solamente que seamos el cuerpo, que seamos miembros cada uno en particular de ese cuerpo, sino que quiere que aprendamos a vivir como cuerpo de Cristo. ¿Y cómo se vive como cuerpo de Cristo? ¿Cómo se vive la vida del cuerpo? ¿Saben, hermanos? Empezamos a entrar aquí en un territorio complicado, es un territorio difícil. ¿Por qué es difícil? Porque en los últimos 1800 ó 1700 años la cristiandad ha sabido prácticamente nada acerca de esto. Esto es algo que los cristianos no han sabido durante casi 1700 años de historia, salvo contadas excepciones. En general, los creyentes no saben qué significa vivir corporativamente a Cristo.

No lo sabemos. No lo hemos sabido. Es una experiencia que se perdió en el tiempo. Los primeros creyentes vivían esa vida. Luego vino una segunda generación desde el año 100 en adelante. Y luego una tercera. Y lo que fue surgiendo en el paso de los siglos fue algo tan completamente distinto de lo que Dios tuvo al principio. Como nos decía Rubén, en un principio, había ahí en el corazón de la Iglesia una experiencia que era la fuente de todo lo que la Iglesia era. Esa experiencia era una experiencia de vivir completamente centrados en Cristo, y dependiendo de Cristo y amando a Cristo, y conociendo a Cristo, y experimentando a Cristo. Pero todo eso no de una manera individual, sino de una manera corporativa.

Una mirada histórica

Es muy distinto experimentar a Cristo individualmente que aprender a conocerlo corporativamente. Es muy diferente. No es que sea muy diferente totalmente, pero es otra cosa. Y los primeros creyentes aprendieron a conocer, y a vivir y a experimentar a Cristo de una manera corporativa. Como cuerpo. Pero luego esa experiencia se perdió. Y la iglesia se transformó en una institución. Entró la organización en la iglesia. Los hombres pensaron que era mejor organizar la iglesia. Les pareció que esa iglesia primera era demasiado simple, demasiado sencilla, demasiado poco organizada. Le faltaba eficiencia. Y empezaron a introducir en la iglesia sus propios conceptos acerca de cómo deben hacerse las cosas. Y aun en la vida del apóstol Juan, al final de sus días, ya había hombres que habían comenzado a institucionalizar la iglesia y a transformarla en una eficiente maquinaria, una eficiente organización hecha a imagen y semejanza del Imperio Romano. El Imperio Romano tenía un César, tenía una cabeza suprema que gobernaba al Imperio, y bajo el César había una eficiente estructura administrativa y organizativa que le daba eficiencia al Imperio. Entonces vinieron hombres y entraron en la Iglesia y dijeron: “Esto es demasiado sencillo, demasiado simple, demasiado poco organizado, demasiado poco eficiente, tenemos que darle la eficiencia, tenemos que organizarla, tenemos que transformarla en algo más poderoso”. E introdujeron el sistema del mundo en la Iglesia.

En el año 100 después de Cristo (y esto es una tragedia terrible, hermanos), un hombre llamado Ignacio de Antioquía, empezó a enseñar y empezó a decir que la cabeza visible de la Iglesia era un hombre llamado “el Obispo”. Un hombre llamado “el Obispo” gobernando a la Iglesia, y de allí empezó a surgir toda una estructura y un aparataje, finalmente la Iglesia desvirtuó totalmente su camino. Apareció esa estructura de la que nos hablaba ayer Eliseo, esa estructura sacerdotal, esa casta especial distinta de hermanos, separado del resto de sus hermanos, el clérigo, el clericalismo, y la Iglesia perdió totalmente su esencia, su forma, su manera de vivir y se extravió, se extravió. Se perdió.

¿Qué es lo que extravió y lo que Dios precisa que nosotros recuperemos ahora? ¿Quieres recuperar? ¿queremos recuperar? ¿queremos volver? ¿queremos regresar? Necesitamos regresar. Necesitamos volver al principio. Cuando un hombre ha equivocado el camino, la única forma de deshacer el entuerto, es regresando al principio, donde se extravió el camino ¿verdad? No es suficiente regresar un trecho, ni siquiera regresar mucho trecho. Si no vuelves al punto de partida, donde extraviaste el camino, no será suficiente. Nosotros necesitamos volver al principio. Necesitamos regresar a la fuente original. Tenemos que volver al punto donde todo comenzó, y empezar de allí. ¿Amén?

Si queremos recuperar a la Iglesia -como decía el hermano- tal como ella fue y tal como ella debe ser y tal como ella será por siempre, debemos desandar, debemos destejer, debemos demoler, debemos quitar, debemos sacar, debemos desprendernos de todo lo que se nos fue agregando en el camino, de todo lo que se nos fue pegando en el camino y que no era ... que era simplemente invención humana, agregado humano. Hay que desprenderse de todo y regresar a ese principio original. ¿Amén? ¿Están dispuestos? ... Estamos regresando, estamos volviendo ... el Señor nos está trayendo de vuelta. No es que nos estamos acá, muy lejos ... ¡estamos regresando!. Pero el camino es largo, y durante miles de años muy pocos han transitado ese camino, y muy pocos nos pueden decir cómo volver, ¿comprendes? Pero el camino está allí.

Pedro, Pablo y Juan

Rubén nos hablaba acerca del apóstol Juan. Dios nos ha estado hablando este último tiempo acerca del ministerio del apóstol Juan. Hace poco tiempo leí un Comentario Bíblico del Nuevo Testamento, donde había una especie de interpretación del Nuevo Testamento, y el escritor (no recuerdo su nombre), hablaba de Pablo y de la gloria y de la revelación que Dios le había dado a Pablo, y después, bueno ... después (decía él) viene Juan, y no sabía muy bien qué decir de Juan. Bueno, es un hermano espiritual, habla cosas muy espirituales, muy profundas ... es como un místico, bueno ... ¡qué lindo!, gracias al Señor por Juan, nos habla del amor, nos habla de estas cosas tan ... y nos escribió más encima un libro del que no entendemos mucho. Pero bueno, está ahí ... el Apocalipsis. Y uno como que ... ¿sabe? la historia y esto es extraño, pero quiero que por favor fijemos la atención en esto, es muy extraño, pero la Iglesia a través de los siglos no ha entendido el lugar que Juan ocupa.

Casi todos nos asombramos con Pablo. ¿O no? Pablo es ... hace poco mi hija más grande, Manuela ... no sé qué estaba hablando yo acerca del apóstol Pablo, y ella me dice: "Papá, ¿no hay nadie más que Pablo en la Biblia?" ¿Acaso no hay otro que Pablo en la Biblia? Claro, ella dirá: "Mi papá habla de Pablo y de Pablo, y parece que el único que escribió en la Biblia es Pablo". Y casi siempre, hermanos, cuando nosotros queremos volver a la sustancia y a la esencia de la Iglesia, tomamos a Pablo y decimos: ¡Aquí está! lo que Pablo nos dice; ¡esto es! y damos gracias a Dios por la revelación que Dios le dio al apóstol Pablo, porque en Pablo la revelación alcanza una cúspide y no hay más que eso. Allí termina, allí se completa. Y entonces ¿por qué luego aparece este otro hombre, Juan? ¿Por qué aparece un Juan en la historia de la Iglesia? ¿Qué aporte tiene que hacernos Juan? ¿Qué nos tiene que decir Juan a nosotros? ¿Por qué no es suficiente con un Pablo? ¿Por qué, luego que Pablo se marcha, tiene que venir un Juan? ¿te has preguntado eso?

Y la Biblia termina con los escritos de Juan. Y cuando Pablo había muerto en el año 67 después de Cristo y Pedro murió en el año 67 después de Cristo, pasaron 30 años más, y en 30 años más pasaron muchas cosas en la historia de la Iglesia primera, y 30 años después Juan se levanta y escribe

a la Iglesia. 30 años después Juan se levanta y escribe a la Iglesia. Y, hermanos amados, Juan no tiene nada nuevo que decirnos. Esto parece extraño: no tiene nada nuevo que agregar. No tiene una revelación nueva que aportar a la Iglesia. Juan no tiene nada nuevo que decir a la Iglesia. Juan no está tratando de decirnos: “Hermanos, además de lo que dijo el apóstol Pablo, miren, está todo esto más”. No nada de eso. No hay más revelación. La revelación del propósito y del misterio de Dios quedó completa a través del apóstol Pablo. Entonces, ¿por qué Juan? ¿por qué Juan?

Cuando Pablo estaba a punto de morir, ¿se acuerdan ustedes? al final de su ministerio, y cuando Pedro estaba al final de su ministerio y cuando los apóstoles en general estaban al final de su carrera aquí en la tierra, ellos empiezan a escribir cosas muy tristes. Por ejemplo Pablo dice: “Me han abandonado todos los que están en Asia”, la segunda carta de Timoteo: “Porque me han abandonado todos los que están en Asia. Todas las Iglesias de Asia me abandonaron. Las Iglesias que Pablo plantó, ¿saben cuáles son las iglesia de Asia? Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Laodicea, Colosas, lo abandonaron ... y “Yo sé”, dice Pablo, “que después de mi partida entrarán lobos rapaces que no perdonarán al rebaño, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado”. Y Pedro dice: “Habrá falsos maestros y burladores y yo aunque no esté presente, voy a tratar de dejarles presentes estas cosas para que no las olviden, para que no se olviden de lo que recibieron, porque va a haber peligro”. Pablo muere y Pedro muere, y ya ven las nubes negras en el horizonte de la Iglesia que presagian la tormenta. Pablo sabe en su corazón que mucho de lo que él ha hecho y ha entregado, va a ser tergiversado, desvirtuado, transformado. Y también lo sabe Pedro. Él sabe lo que le espera a la Iglesia en el futuro, y muere.

Y pasan 30 años, y entonces se levanta Juan. Ustedes saben que Juan aparece en el Nuevo Testamento en el libro de los Hechos, pero nunca aparece figurando mucho, siempre aparece en un segundo lugar, está detrás de Pedro, acompaña a Pedro, pero es Pedro el hombre a quién Dios usa al principio para establecer a la Iglesia. Después viene Pablo. Pablo es el hombre a quien Dios utiliza para llevar el

evangelio a los gentiles y traer la revelación de Cristo y la Iglesia, y del misterio eterno escondido en Dios, y de la unión de los gentiles y los judíos en un solo y nuevo hombre, y toda esa gloria y toda esa revelación y de Cristo viviendo en nosotros y de la justicia de Dios en Cristo en nosotros, y de andar en la vida de Cristo y del morir al pecado y el estar vivos en Cristo. Todas esas cosas las trae Dios a través de Pablo a la iglesia, ¿verdad? Y Pablo viaja por todas las naciones gentiles del mundo conocido y en cada ciudad va plantando una iglesia, y va poniendo el fundamento de Cristo en esa iglesia ... Pablo es el hombre a quien Dios usa para llevar el evangelio y la revelación de Jesucristo a los gentiles.

Pero luego Pablo se va. Y pasan 30 años y la Iglesia comienza a perder lo que recibió en el principio. Y la obra de Pablo empieza a desvirtuarse. Y la obra de Pedro empieza a desvirtuarse. Entonces surge Juan. Y Juan, como decía, no tiene nada nuevo que decir, porque cuando la iglesia ha perdido y se ha desvirtuado y ha perdido su rumbo y su esencia, entonces no se necesita nada nuevo. Cuando el Señor le escribe a la iglesia que está en Efeso, le dice: “Recuerda, por tanto, de dónde has caído”, tu problema, iglesia, no es lo que necesitas saber de nuevo, lo novedoso. No es una nueva revelación, no es una nueva moda. Tu problema es lo que sabías y has olvidado. ¡Es lo que sabías en el principio y ahora olvidaste! ¡Es lo que fuiste al principio y ahora ya no lo eres! ¡Es el amor que tenías en un principio y ahora ya no tienes! Tu problema es que has perdido tu principio, tu esencia, tu fundamento, tu razón de ser. ¡Ve que has olvidado...! El problema de la iglesia, hermanos amados, es que ha olvidado, es que ya no sabe, es que no recuerda, es que no entiende cómo fue al principio. Porque nadie le ha hablado de su principio. ¡De dónde saliste, de dónde surgió la iglesia, cómo nació, qué había en el principio! ¿Comprendes?

Juan nos lleva al principio

Entonces Dios levanta a Juan. ¿Y qué dice Juan a la Iglesia? ¿Cómo comienza su carta? “Lo que era desde el principio”. ¡Aleluya! Juan es el hombre que nos muestra el camino de regreso. Él nos muestra cómo volver al principio. Él nos viene a decir cómo regresar allí, cuando todo comenzó a perderse. Entonces cuando tú lees a Juan ... algunos dicen ... ¡pero no

se entiende a Juan! ¡Juan no habla del cuerpo de Cristo!
¡Porque, hermanos, la iglesia no comenzó en el cuerpo de Cristo, en el funcionamiento de los dones! ¡No había apóstoles en el principio, no había profetas, no había evangelistas, no había maestros, no había hombres que hablaran en lenguas, no había nada de eso! ¡Eso no estaba en el principio! Eso vino después. Todo eso vino después. Como consecuencia de lo que hubo en el principio. Pero el principio está más allá. ¿Comprendes?

Para recuperar a la iglesia en su esencia tenemos que ir más allá del ministerio de Pablo. Porque la iglesia no comenzó con Pablo. Pablo de Tarso llegó a la iglesia y recibió la herencia de los hombres que comenzaron al principio con Cristo la iglesia. Cuando tú ves descender a la nueva Jerusalén del cielo de Dios. ¿Has visto eso en Apocalipsis? Dice: “La ciudad tiene doce cimientos, y en cada uno de ellos está escrito los nombres de los doce apóstoles del Cordero”. Esa es una enseñanza preciosa ... Es Juan el que escribe a la iglesia. ¿Cómo comenzó la iglesia?

1ª de Juan capítulo 1, versículos 1 al 4. “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó).” Hermanos, ¡mire cómo dice Juan! ¡Mire! todo comenzó así. ¿Quién era Juan? ¿Qué éramos, dice Juan? Ah, yo creo que él era un anciano cuando estaba escribiendo estas palabras. Era un anciano experimentado, pero él podía recordar el principio de todo. Él tenía aquí en su mente y en su corazón. Y él sabía cómo había empezado todo.

Juan era un pescador en el mar de Galilea, y había otros pescadores con él. Y un día dice (yo estoy pensando en la historia), un día Jesús cruzó por el camino de Juan, y le dijo: “Sígueme”. ¿Y qué hizo Juan? Al instante, dice, dejándolo todo, lo siguió. Se fue con Jesús. Y junto a Juan otros más se fueron con Jesús. Y ellos no sabían a dónde iban. No vino Jesús y le dijo: “Juan sígueme. Mira, yo tengo el propósito de fundar mi iglesia, y yo voy a necesitar a doce apóstoles para esto. Así que, yo te he considerado, Juan, como uno de esos

doce. ¿Qué te parece, Juan? Vente conmigo, vas a ser un apóstol de la iglesia. Y mira, yo pienso llevar mi iglesia y establecerla en cada ciudad, y yo pienso ...”. No dijo nada. Simplemente, Juan miró a Jesús, se quedó prendado de Jesús. Y algo traspasó el corazón de Juan. Y ya no pudo separarse nunca más de Jesús. Y le siguió. ¿Comprendes?

La experiencia de contemplar a Jesús

No había promesas. No había expectativas. Era sólo Jesucristo. Era sólo seguir a Jesucristo, para conocerle, para oírle, para estar con él. Y así, a lo largo de los próximos tres años y medio, Juan y los doce vivieron para conocer a Jesús. De día y de noche, Jesús y los doce, los doce y Jesús. En toda circunstancia humana posible, Jesús y los doce, los doce y Jesús. ¡Ah, hermano, tú no sabes lo que es eso! ¿Te imaginas viviendo durante tres años y medio día y noche con Jesucristo? ¿Te lo imaginas siquiera?

Día y noche ellos vivieron para conocer a Jesús. ¡A Jesucristo! Entonces Juan dice: “Lo que hemos visto”. ¡Lo vimos! Yo me acuerdo, lo vimos Y luego “lo que hemos oído”. Esto es experiencia, hermanos, esto no es teología. ¿Comprendes? ¡Esto es experiencia!

Después, ¿qué más hicieron? “Lo que hemos contemplado”. Esto es progresivo. Yo me imagino a Juan ... “contemplado”, ¡qué palabra preciosa! “Contemplado”. ¿Qué es contemplar? Cuando tú entras en una galería de arte, y ves un cuadro hermoso, ¿qué haces? (hay unos cuadros ahora que uno no entiende de qué se tratan), pero supongamos que es un bonito cuadro, tú te quedas contemplando el cuadro, ¿qué es contemplar?. Te pones a mirar los detalles, ¿verdad? Mira qué lindo ese árbol allá, y qué precioso este detalle acá, y te pasas un rato, y si te gusta el arte te vas a quedar un buen rato mirando el cuadro y apreciando los detalles del cuadro ¿verdad?. O a lo mejor tú eres un amante de la naturaleza y te gusta ir a ver la puesta de sol, entonces tú te quedas largo rato allí mirando cómo el sol ... y viendo y observando y contemplando. “Contemplar” es mirar algo con atención detenida, prolongada. ¿Comprendes? Y eso es lo que Juan hizo con Jesús. Él no solamente vio a Jesús pasar por allí, lo miró un poquito ... ¡él contempló a Jesús durante tres años y

medio! ¡vivió para contemplar a Jesús! Yo me imagino a Juan: se quedaba mirando a Jesús, lo miraba y veía cómo Jesús hacía las cosas, cómo amaba a los hombres, a las mujeres desvalidos, cómo los acogía, cómo perdonaba, cómo se entregaba, cómo se daba, cómo hacía todo lo que hacía.

Él vio la vida divina, manifestada en la tierra, y, lentamente, él y los doce fueron siendo traspasados por esa vida, hasta que finalmente fueron llevados a una experiencia de tal intimidad con Jesús, que vinieron a ser una sola cosa con Jesús. Allí nació la Iglesia. ¿Comprendes? ... Así comenzó la Iglesia en la tierra, con doce hombres viviendo día y noche juntos alrededor de Cristo, con Cristo, escuchando a Cristo, oyendo a Cristo, contemplando a Cristo, amando a Cristo, y siendo amados por Cristo.

Y Jesús traspasó a ellos y puso en ellos algo que venía de más allá de este mundo. Jesús puso en los apóstoles la vida que él había vivido desde toda la eternidad en comunión con su Padre. Y ellos fueron metidos dentro de esa vida. Ellos se adentraron en la tierra sagrada de la trinidad. Allí donde el Padre eternamente ama al Hijo y se entrega al Hijo. Y allí donde el Hijo eternamente ama al Padre, y se da a sí mismo al Padre. Y en ese territorio, y en esa esfera celestial ... y todo el peso de esa gloria celestial descendió allí en medio de los doce, y vivió en los doce, y ellos fueron parte de eso. Y entraron a experimentar esa vida tal como se la vive en Dios. Allí los introdujo el Señor. Y el rasgo predominante de esa vida, la cualidad esencial de esa vida que ellos recibieron de Cristo, y por medio de Cristo del Padre y que les fue conferida, y que les fue dado vivir y experimentar y conocer y tocar, el rasgo predominante de esa vida, dice Juan, es el amor.

El pegamento del edificio

Hermanos amados, cuando Pablo termina de escribir el capítulo 12 de Corintios y habla acerca del funcionamiento de los dones y de los miembros del cuerpo, él dice: “Pero yo les muestro un camino aun más excelente.” Ese camino más

excelente no es un camino alternativo, no es una opción, sino que es el único camino posible. ¿Cuál es ese camino?

Imagínense ustedes que la iglesia es como un edificio. Entonces, cada uno de nosotros es un ladrillo de ese edificio. Cuando tú vas a hacer una edificación vas y compras los ladrillos, y eliges los mejores ladrillos, los más bonitos, ¿verdad?. Quiero hacer una casa bonita, voy a comprar los mejores ladrillos, y vas y eliges los mejores ladrillos. Todos cortados, pulidos, hermosos, bien diseñados, y cuando empiezas a edificar la casa, te das cuenta que no es suficiente con los ladrillos. Necesitas algo más, ¡y se te olvidó! Necesitas algo con qué pegar los ladrillos. ¡Sí! Entonces, el cuerpo de Cristo no funciona simplemente porque somos miembros y tenemos funciones y dones cada uno de nosotros. Necesitas algo que amalgame a los miembros del cuerpo, y los una unos con otros y les permita funcionar como cuerpo. Y ese pegamento, esa amalgama, ese cemento que une una piedra con una piedra en el edificio de Dios, es el amor.

La vida está impregnada de amor

El amor no es un ingrediente más de la vida cristiana. No es un agregado más de la vida cristiana. No es un agregado más de la vida de la iglesia. ¿Sabes por qué a los creyentes nos cuesta tanto entender el amor? Porque tenemos una perspectiva demasiado individualista. ¡El amor es el ingrediente de la vida de la iglesia! El amor es lo que permite la edificación del cuerpo de Cristo. Pablo dice: “De quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor”. En otras palabras, lo que permite que los miembros se concierten, se unan, se ligen unos con otros y comiencen a funcionar como Cuerpo es el amor. Si no hay amor, no hay funcionamiento del Cuerpo, porque el Cuerpo no tiene otro principio de vida que no sea el amor. ¿Y qué es el amor?

El amor es la esencia de la naturaleza de Dios, de la vida de Dios. El apóstol Juan dice entonces: “Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida... (en ¿qué? En el poder ... qué poder hay entre nosotros ... Sabemos que tenemos vida

por la revelación que tenemos ... ¡Cuánta revelación, cuánta palabra de Dios tenemos entre nosotros, esa es la prueba de que hay vida de Dios en nosotros, no, tenemos la prueba en que hay tanta unción ...) nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida en que amamos a los hermanos". ¿Quieres saber si hay vida?

Una iglesia ... o la iglesia ... tiene vida ... se prueba que hay vida cuando hay amor entre los hermanos, nada más. Eso es la prueba. ¡Nada más! Porque la vida de Dios se manifiesta como amor. Hermanos, esto es esencial. Esto es lo que Juan quiere decirle a la iglesia. Esto es lo que Juan quiere transmitirle a la iglesia. La vida que nosotros recibimos de él, la vida que contemplamos en él, la vida que aprendimos de él, la vida que él puso en nosotros, es una vida que se expresa como amor. Se expresa en que nos apega los unos con los otros. En que nos liga los unos con los otros. En que nos hace interdependientes los unos de los otros. En que nos une, nos aglutina, nos reúne, nos convoca, nos atrae a los unos hacia los otros. En eso se muestra la vida. La vida de Dios tiene esa vocación, de unir, de ligar, de entrelazar, de entretejer. ¡Oh, ese es el poder de la vida divina, hermanos! Ese poder tiene la vida de Cristo en nosotros.

Si la vida de Cristo está expresándose en nosotros sin impedimento, ¿sabes lo que hace? Nos empieza a atraer a los unos hacia los otros. Ella lo hace por sí misma; tiene ese poder de hacerlo, porque es así Dios. Porque Dios es amor. No es un atributo más de Dios. Es su naturaleza, es su esencia. "Yo te amé con amor eterno, te busqué, te atraje con cuerdas humanas yo te atraje, con cuerdas de amor te atraje a mí." ¿Amén? ¡Eso es amor! ¿Dios es ...? ¡Amor! Y el que permanece en amor, permanece en Dios.

Un testimonio

Hace un tiempo atrás, hermanos amados, Dios nos concedió, en su gracia, el encontrarnos. Yo sé que para algunos de ustedes, nosotros somos desconocidos. Yo estuve el año pasado con ustedes aquí en Ruca-Cura. Y la verdad, luego de ese encuentro en Ruca-Cura... Yo conocí primero a Gonzalo y a Eliseo. Los hermanos (y esto es una cosa muy extraña) nos pusimos en contacto a través de Internet. Dios usa lo que él

quiere, ¿amén? Y él usó Internet. Y nos empezamos a conocer y a estar juntos. ¿Y saben ustedes qué ocurrió? Mientras estábamos juntos, algo pasó. Algo que nos desbordó y nos superó. Nosotros no elegimos lo que ocurrió. No lo pensamos. Pero veníamos con corazones quebrados. Veníamos después de largas y hondas experiencias de fracasos.

Hace muchos años atrás nosotros quisimos hacer una obra para Dios que reflejara las verdades que están allí en la Escritura, y que para nosotros eran tan gloriosas. Y fracasamos. Y no pudimos. Y en ese camino, nos encontramos, nos encontramos con Roberto. Nos encontramos con Eliseo. Quiero contarles esto, hermanos, porque de alguna manera eso explica el que nosotros estemos aquí. ¿Y saben qué ocurrió? Ocurrió algo que nos sobrepasó. Yo no sé por qué, o quizá sé por qué. De alguna manera inexplicable, algo me atrajo hacia ellos, y algo los atrajo a ellos hacia nosotros. Y de pronto nos vimos unidos, pegados, vinculados. Por algo que no era conceptos. Nunca nos sentamos a discutir sobre teología con los hermanos. Nunca nos pusimos a hablar de nuestros credos, nuestras doctrinas. Ni siquiera de nuestras prácticas... Permitimos que la vida de Cristo estuviera entre nosotros. Y esa vida nos pegó ... Es un pegamento fuerte, poderoso. ¡Nos pegó! ¿Saben, hermanos? Yo no me puedo ver separado de ellos. Pero eso fue antes de considerar nada de obras, de ministerios.

Jesucristo, en medio de los doce, los pegó, y los hizo uno. Y después, de esa unidad esencial de amor, surgió el apostolado, surgió el ministerio, el servicio. Pero primero los pegó uno con otro en amor. Creó entre ellos lazos indestructibles. La vida de Cristo se irradió entre ellos y los amasó, los entretejió y los hizo uno. ¿Saben? Muchas dificultades vinieron sobre la historia de la iglesia en el principio, pero ellos nunca pudieron ser separados ni divididos, porque Cristo los había pegado en su propia vida. ¡Aleluya! Eso es el amor. Eso es el amor. Es la esencia de Dios. Donde está Dios, hay amor. Donde no hay amor, no está Dios. Donde hay amor, está la vida de Dios. Donde no hay amor, no está la vida de Dios.

Dejemos libre la vida

Nosotros hemos levantado tantas barreras para impedirle al Señor. Nuestras doctrinas son nuestras barreras. Nuestras costumbres son nuestras barreras. Nuestra historia son nuestras barreras. Nuestra forma de hacer las cosas son nuestras barreras. Esas cosas estorban a Cristo. Si nosotros le dejáramos a la vida divina la libertad de hacer su voluntad - y debemos hacerlo porque él es el Señor de la iglesia - ¿saben lo que haría esa vida? Nos empezaría a atraer a los unos hacia los otros, y nos uniría, nos haría uno. Así es el amor. Amor es: “Perdonándoos unos a otros”, “Teniendo misericordia los unos de los otros”, “Soportándoos los unos a los otros”, “Teniendo paciencia los unos con los otros”. Eso es vestirse de Cristo, hermanos. Eso es ser el cuerpo de Cristo. No es simplemente que funcionemos bien como dones. Eso todavía no es algo esencial. ¡Es que todas nuestras relaciones estén teñidas de Cristo! ¡Todas nuestras relaciones estén sumergidas en Cristo! Cristo es el vaso comunicante que nos une a los unos con los otros. Y ese vaso comunicante se expresa como un apegarse de los unos a los otros. Una cosa sobrenatural. Algo que tú no puedes entender. Ni yo tampoco. Porque es la vida de Dios. ¡No la vida humana; es la vida de Dios en la tierra!

No hay nada como esto en el mundo. El mundo no puede producir algo así. El mundo puede producir eficiencia, organización, poder, ¡hasta milagros! Pero no puede producir amor, amor de Dios. No puede. No puede. No puede. ¡Sólo Cristo puede hacerlo en la iglesia! Nada nos habría unido con estos hombres, porque toda la historia de la iglesia nos separaba, pero Cristo sí puede. Él puede unir lo que el hombre ha dividido. ¡Él puede volver a juntar en uno a los hijos de Dios! ¡Él puede! ¡La vida de Cristo es poderosa para hacerlo! ¡Es suficiente! ¡Oh, aleluya, hermanos! Deja que esa vida que está en ti haga su voluntad. ¡No la impidas, no la restrinjas, no quieras construir un dique para detener el río de Dios! Porque el río de Dios no va a ser detenido. Él va a buscar otro cauce, hermano, tú vas a quedar afuera. Yo voy a quedar afuera. Pero Dios va a completar su obra en la tierra, y va a tener a la Iglesia que se propuso tener desde la eternidad. ¡Lo va a hacer, hermanos! Y si tú y yo no queremos ser parte de eso, él lo va a hacer igual. ¡Aleluya! ¡Lo va a hacer igual, hermano! Porque él es Dios y nosotros somos

hombres. ¡Lo va a hacer! Él va a tener esa Iglesia, que es como él, que ama como él ama. ¡Lo va a hacer! ¡Bendito sea el Señor! ¡Bendito sea el Señor!

¡Somos tan insuficientes! Cuando yo pienso en mi propio fracaso, en mi propia debilidad, digo, ¿cómo Dios va a hacer algo conmigo? Yo he fallado tanto, no veo esperanza. Yo vine el año pasado, y estuve con algunos de ustedes, y ustedes me preguntaron: “¿Crees que se puede?”. Y yo dije: “No creo”. Porque sentía tan profundamente nuestro fracaso. ¡Hermanos, nosotros hemos intentado en el pasado tantas veces unirnos con otros hermanos, y hemos fracasado! ¡Hemos fracasado! Porque hemos tratado de unirnos en doctrinas, en enseñanzas, en principios o en ministerios de grandes hombres de Dios, y todo eso es insuficiente. ¡No sirve! ¡Porque lo único que sirve es Cristo, y el amor de Cristo en la iglesia!

Una danza de amor

Roberto, cuando estábamos allá en Temuco, con los ancianos, ¿te acuerdas? Un día en la mañana en la iglesia en Temuco, empezamos a cantar una canción. No me acuerdo qué canción. Ojalá me pudiera acordar. A lo mejor alguno de ustedes se acuerda. Hermanos, yo nunca danzo. Me cuesta mucho danzar. No está dentro de mi capacidad de expresión natural el danzar. Y yo sé que para ustedes a lo mejor no significó mucho, porque ustedes no me conocían, y no saben que yo no danzo. Atelio, todavía lo recuerdo, hermano. Siempre lo recuerdo. En un momento determinado, Atelio se paró, y vino danzando hacia mí. Me tomó del brazo. Y empezamos a danzar juntos, ¿te acuerdas? Y luego vino Rolando, y vino Roberto, y vino Claudio, y vino Eliseo, y vino Gonzalo, y estaba David, y estaba Rubén, y estaba Marcelo, y empezamos a danzar.

¿Y sabes? El Señor me decía en ese momento al corazón: “Hay una danza eterna en los cielos. Es una danza de amor. El Padre, el Hijo y el Espíritu han danzado eternamente esa danza. Y hoy día ustedes han entrado en mi danza, han venido a danzar en mi danza, en la danza eterna de amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y nada es más grande que eso en todo el universo, en toda la creación.”

Era como una onda de amor que nos tomó de la mano y nos llevó a danzar en la danza de amor eterno, del Padre, del Hijo y del Espíritu. Y en un momento la danza descendió a la tierra y danzamos. Hermanos, la iglesia danzaba con Cristo al principio. Y va a danzar con Cristo al final. Y todos danzaremos juntos. Juntos, unidos unos a otros, en una trenza interminable, alrededor de Cristo, en Cristo. Esa es mi esperanza. Es la esperanza del Señor. Si fuera mi esperanza sería poco, no sería insuficiente. No importaría. Pero es lo que Cristo va a hacer. Que él captive tu corazón.

Yo pienso en todos los hijos de Dios que están esparcidos por el mundo. Tantos hermanos atados. Piensa en ellos por un momento. Están atados, hermanos. Están cautivos. Si alguna razón tenemos de existir es por causa de todos esos santos hermanos en Cristo. Es para que alguna vez Cristo también pueda ser la vida, la gloria y el todo de ellos. ¡Eso se llama amor! ¡Es el amor de Cristo! Amén. ¡Bendito sea el Señor! ¡Gracias, Señor!

Viernes 1º de febrero (mañana)

EL PRIMER AMOR: EL COMIENZO

Rubén Chacón V.

Quiero compartir una palabra que es continuación de lo que compartí la vez pasada. Y aunque es una palabra que es digna de ser oída por todos, creo que está especialmente dirigida a los hermanos que están recién iniciándose en la vida del Señor, en la vida de Cristo. A los nuevitos. ¿Hay aquí hermanos nuevitos, que están recién iniciándose en la senda del Señor? Creo que esta palabra está también especialmente dirigida a aquellos que en su autoevaluación consideran que están mal espiritualmente. Que no han podido alcanzar una estabilidad espiritual, una estabilidad en Cristo. Que su vida ha sido por montes y por valles. Si esa es tu condición, creo que esta palabra es especialmente para ti.

Y creo que también esta palabra es especialmente para los jóvenes. Algo que no dije la vez anterior, es que este Juan, el discípulo, que llegó a ser conocido como el discípulo al que Jesús amaba, tiene que haber tenido apenas unos veinte años cuando el Señor lo llamó. Era un joven. ¿Cuántos aquí tienen alrededor de veinte años? ... Un poquito más un poquito menos de veinte. Creo que especialmente para ustedes es también esta palabra. Un joven de veinte años, que si abre su corazón al amor del Señor puede ser cautivado como Juan lo fue. ¡Alabado sea el Señor!

La importancia de conocer el amor de Cristo

Muy bien, hermanos, quiero decir algunas cositas como para iniciar y seguir compartiéndoles mi experiencia con el Cantar de los cantares. Pero me gustaría que, previo a eso, leyésemos un pasaje en Efesios capítulo 3, para que captemos la importancia que tiene el conocer el amor de Cristo. Del 14 al 21. El apóstol Pablo hace dos oraciones aquí en esta carta, en los primeros tres capítulos. Y la oración que vamos a leer... con esta oración él concluye la parte revelacional de la carta, que son los capítulos 1,2 y 3. Y es una oración tan oración, que en el 21 termina hasta con un “Amén”. Y se cierra la parte revelacional, y a partir del capítulo 4 de Efesios empieza la parte práctica. Aparece el verbo “andar”, que quiere decir, “vivir”, “conducirse”. Aparece el efecto práctico de toda esta parte revelacional de los primeros tres capítulos.

Y esta oración, del 14 al 21, con que cierra el apóstol Pablo esta gloriosa revelación del misterio y del propósito de Dios en los primeros tres capítulos, es a la vez una cadena, una verdad que va permitiendo que se produzca la siguiente verdad y la siguiente verdad, hasta llegar a una plenitud. Es una oración que tiene un contenido muy tremendo. Dice así: “Por esta causa” dice Pablo “doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra para ... que el Padre os dé conforme a las riquezas de su gloria”... Esta es la primera petición que hace Pablo por los Efesios, ¿cuál es la primera? El ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu, esto es lo primero que Pablo pide al Padre, “Padre, concédele a mis hermanos de Éfeso, conforme a tus riquezas de gloria concédele el que sean fortalecidos con poder en el

hombre interior por tu Espíritu”. Pero fíjense que eso es para... o sea concédeme esto primero para que pueda venir lo segundo. ¿Y qué es lo segundo? ¿Cuál es el resultado del ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu? “Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones”. Y acto seguido aparece otro para, puesto con un sinónimo “ a fin de que”, o sea, que el que habite Cristo en nosotros, no es todavía todo, sino que es para que se produzca otra cosa: “A fin de que arraigados y cimentados en amor” para eso tiene que habitar Cristo en nuestros corazones ... “seáis plenamente capaces ...” de dos cosas: lo primero, “de comprender con todos los santos cual sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura” comprender, primer objetivo, que seáis plenamente capaces de comprender. Pero fíjense en lo segundo: “y ...” no sólo de comprender sino también “y de conocer el amor de Cristo”.

Fíjense que no dice “comprender el amor de Cristo”, pero sí de “conocer el amor de Cristo”. El amor de Cristo que excede a todo conocimiento. El verbo “conocer” quiere decir que nosotros no podemos comprenderlo, pero podemos experimentarlo, podemos vivirlo, pero no podemos dimensionarlo, es como el cántico que decía “es más alto que los cielos, es más profundo que el mar”. ¿Cuál es la medida? ... es inmensurable, “puedan comprender”, dice el apóstol Pablo, “plenamente capaces de comprender y de conocer el amor de Cristo”, y eso todavía no es el final. Tiene otro “para” ... el último “para”. Y entonces, dice “para que seáis llenos de toda plenitud de Dios”. ¿Se fijan el lugar que ocupa el amor de Cristo, conocer el amor de Cristo? Es lo inmediatamente antes de ser finalmente llenos de toda la plenitud de Dios.

Hay aquí una cadena, donde cada petición, es un eslabón de esa cadena, que permite que pueda venir el otro eslabón y el otro. Repito, primero, ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su espíritu, eso posibilita que habite Cristo por la fe en nuestros corazones, y Cristo habitando por la fe en nuestros corazones, hace que podamos, arraigados y cimentados en amor, ser plenamente capaces de comprender y de conocer el amor de Cristo que excede a toda otra experiencia, a todo otro conocimiento. Y entonces ser llenos “de toda la plenitud de Dios”. ¿Hacia dónde caminamos?

Hacia la plenitud de Dios, ¿amén? ¡Hacia la plenitud de Dios! Entonces, conocer el amor de Cristo ..., como les dije la última vez, el Señor me dio como clave, para mí, pero creo que también puede servirles a ustedes, que si yo quería conocer su amor, que yo me metiera en Cantares, que Cantares lo tomara como un manual de amor, como un manual de enamoramiento, un manual de cómo ir, paso a paso, transitar un camino, donde uno pudiera ir conociendo el amor de Cristo y finalmente ser llenos de toda la plenitud de Dios.

Algunas pinceladas

Entonces te invito: vamos a Cantares, en el capítulo 1, para dar algunas pinceladas que pudieran quizás motivarnos, despertarnos, animarnos. Jóvenes, hermanos nuevos, y aquellos que hasta aquí, repito como dije denantes, se autoevalúan como personas que no han podido entrar en una estabilidad con el Señor.

“El Cantar de los cantares” no comienza con nosotros amando al Señor. Eso es algo fundamental: tú y yo no podemos amar al Señor, sino sólo en respuesta a su amor. Es sólo cuando conocemos su amor; es sólo cuando conocemos el amor de Cristo, es que ese mismo amor que experimentamos y que conocemos, nos posibilita y nos faculta para responder con ese mismo amor, con amor, al que nos amó. Y no hay otra alternativa. Y no hay otra posibilidad. No hay en nosotros la posibilidad de generar un amor que pueda corresponder al amor de Cristo ... Una posibilidad de generarlo por nosotros mismos. Dios mismo con su amor lo produce. Así que, repito: nosotros no podemos amar al Señor, sino sólo en respuesta a su amor.

Nuestro amor hacia él es una respuesta a su amor, como lo dijo Juan: “Amamos a Dios, pero porque él nos amó primero.” Y Juan lo dice claramente: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, (lo dice así literalmente). El amor no consiste en tú o yo hayamos amado a Dios, sino que consiste en esto: en que él nos amó a nosotros, y nos dio a su Hijo en propiciación por nuestros pecados”.

La historia de una mujer común

El Cantar de los cantares comienza con la historia de una mujer. Pero esto es lo que me bendice a mí: Una mujer común y corriente. Una mujer que no comienza amando a su amado. Así comienza el “Cantar de los cantares”. Es una mujer común y corriente como tú y como yo. El “Cantar de los cantares” comienza en un punto donde todos podemos comenzar. No parte con una medida por allá arriba, donde el 99%, por no decir todos, quedamos excluidos. Parte en un punto allí tan bajito, porque no hay otra alternativa. Dios mismo tiene que venir a tomarnos allá abajo y levantarnos.

El anhelo

“El Cantar de los cantares” comienza con la historia de una mujer, y esa mujer eres tú y soy yo. Esta mujer es la Iglesia, ¡ella es la Iglesia! ¡La Iglesia es ella! ¡tú eres ella! ¡ella eres tú! ¿Y con qué comienza? Versículo 2: “¡Oh, ... (comienza con un Oh!). “¡Oh, si él me besara con besos de su boca!”. ¿Qué es ese “¡oh!”?. Ese “¡oh!” es un anhelo, ese “¡oh!” es un deseo, ese “¡oh!” es una aspiración. ¿A qué cosa está aspirando? ¿qué cosa está anhelando está mujer?, “los besos de su boca” ¿qué es eso? ¿A que está aspirando entonces, si está aspirando y anhelando los besos de su boca? ¡Su amor, quiere experimentar su amor! ¡oh, si pudiera conocer su amor!, ¡oh, si pudiera sentir su amor! ¡oh, si pudiera experimentar su amor!

“¡Oh, si él me besara con besos de su boca!”, y esto es todo lo que necesitamos para partir. ¿Cuántos creen que pueden partir?, ¿pueden anhelar?. No parte diciendo: “Partan orando 24 horas, ayunen 7 días a la semana.” Parte diciendo: ¿Puedes comenzar con un anhelo? ¿cuántos tienen este anhelo? ¿Cuántos, como ella, decimos: “¡Oh, si él me besara con besos de su boca! ¡Oh, si pudiera conocer su amor!”? A mí el Señor me agarró bien abajo y me dijo: “¿Puedes anhelarme? ¿puedes partir con este anhelo?” ... ¿A cuántos de ustedes les cuesta orar? ¡Ah, estamos en confianza! ¡aleluya!. A los que les cuesta orar, podrían a lo menos, disponerse a comenzar a anhelar, no a orar ... ¡a anhelar! Así comenzó conmigo el Señor, como un niño. No me dijo: “Anda a orar”; me dijo: “Comienza a anhelar, y yo comencé a

anhelar". Y durante el día, le decía: "Señor, quiero conocer tu amor. Señor, quiero experimentar ... no quiero tener tu amor como información bíblica, no quiero saber de tu amor como un concepto, como un versículo aprendido de memoria ... "¡Quiero experimentar tu amor!". Y él me dijo: "Parte anhelando ..., anhela, anhela los besos de mi boca, anhela el experimentar mi amor".

¿Por qué tiene este anhelo ella? Porque ella dice: (y eso es lo que dices tú y dice la Iglesia, y dijo yo): "Porque tus amores son mejores que el vino" ¿Sí o no, hermanos?, ¿Sus amores son mejores que el vino? Eso nos hace anhelar, conocer su amor. Porque su amor, sus amores, son mejores que el vino. ¿Y qué es el vino? Podríamos decir que el vino es el vino del mundo, los amores del Señor, es mejor, son mejores, que lo mejor que el mundo nos pueda ofrecer. Pero también he pensado que el vino puede ser el vino del Espíritu, y en este sentido también digo que es mejor el amor de Cristo, que es mejor que las manifestaciones carismáticas. Que mejor que los dones es el dador de los dones. Que mejor que los carismas es el dador de los carismas. Así que sea que el vino represente el vino del mundo o el vino del espíritu, ella es capaz de decir: "Yo anhelo conocer tu amor, porque tus amores son mejores, mejores que el vino".

Ella dice: "Y delicioso es el aroma de tus perfumes". El Señor siempre es tan fragante, usa una colonia tan exquisita. "Y tu propio nombre - dice ella -, tu propio nombre, es un perfume derramado. Por eso las doncellas te aman, por eso las que te ven te anhelan, y te desean.

Pero, punto número uno: todo comienza con un anhelo, todo comienza con un "¡oh!". Oremos ese "¡oh!", digámoslo en la mañana, al mediodía, en la noche. "¡Oh, Señor, quiero conocer tu amor!" Noten ella no partió amándolo, partió anhelándolo.

El ruego

Segunda cosa, ella rogó, ¿puedes anhelar? ¿Podrías al anhelo agregarle un ruego? Un ruego que tiene una sola oración bien cortita, una sola palabra, le agregó el ruego: "Atráeme, atráeme" esa es una palabra tan importante, porque ella

reconoce con esa palabra “atráeme”, reconoce que ella no tiene la capacidad para ir ella tras Él. Ella está reconociendo en esta frase “atráeme” su impotencia, su incapacidad. “A menos que tú me atraigas, Señor, yo no podré ir tras ti”. Así que, junto con anhelar, comenzó a rogar, “¡Atráeme, atráeme, hazlo tú, Señor, manifiéstate a mí, aparécete a mí, revélate a mí, tómame tú, Señor, y condúceme”. “Atráeme, y en pos de ti correremos”. Si tú lo haces, Señor ...

Noten que el “correremos” está en plural, porque ella está diciendo: “Si tú logras atraerme a mí, voy a ser parte del séquito, voy a ser parte del cortejo de aquellos muchos que corren tras de ti”. Hay muchos que ya corren. Hay muchos que ya en la historia han ido tras el Señor. Antes de nosotros, muchos han amado al Señor, pero ahora hoy yo, Señor, quiero ser parte del grupo que corre tras de ti. Si tú me atraes, yo voy a correr y me voy a unir a los muchos que en la historia han corrido tras de ti, anhelar y rogar. ¡Es todo lo que necesitamos para partir!

Qué bueno, quedamos todos incluidos, no hay nadie que haya quedado fuera, todos podemos empezar, bastó esas dos cosas, el anhelo y el ruego y yo lo fui haciendo así literalmente, como un bebé, como un niño, como un aprendiz, anhelé ... Y después, cuando entendí lo del ruego, le agregué el ruego, y anhelé y rogué, y anhelaba y rogaba y no he dejado de anhelar y de rogar. Bastaron esas dos cosas y el Señor comenzó a hacerlo.

Las demandas del Rey

¿Cuál es la frase que sigue? Dice ella: “El rey me ha metido en sus cámaras”. Esta es la primera acción que toma él. Quiere decir que al Señor le bastó para comenzar a obrar el que ella anhelara y rogara. Y cuando el Señor vio el anhelo y el ruego, él también comenzó a actuar en ella y a obrar en ella, y a manifestarse a ella. “El rey” -dice ella- “me ha metido en sus cámaras”. ¿Qué es esto? ¿Qué experiencia es esta? Noten que ella no había dicho nada de quién era él. Había dicho que anhelaba los besos de su boca, había dicho que sus amores eran mejores que el vino, había dicho que era delicioso el aroma de sus perfumes, que su nombre era como perfume derramado, pero no había dicho el nombre, no había

dicho nada, no había dicho quién era. ¿Es un campesino? ¿es un soldado? ¿es un príncipe? ¿Quién es? Esta es la primera indicación que nos da de él, él es rey ¡Él es rey! ¡Él es rey! ¡Aleluya! Así que, ¿qué es esta experiencia de que el Rey me ha metido en sus cámaras? Ella compareció ante su autoridad. Uno anhela su amor y ruega por su amor, y lo que ve antes de gustar su amor, es su autoridad ... es su majestad.

Y en esta cámara hermanos, frente al Rey, se escucha esto: “Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu mente y con toda tu alma y con todas tus fuerzas”. Y es en esta cámara donde se escucha al rey decir: “Y el que amare padre o madre más que a mí, no es digno de mí, y el que ama a hijo o a hija más que a mí no es digno de mí y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí, y el que procura salvar su vida la pierde, pero el que la pierde por causa de mí, por amor a mí, la halla.” En esta cámara se escucha decir al Rey: “No améis al mundo ni a las cosas que están en el mundo, porque si alguno ama al mundo y las cosas que están en el mundo el amor del Padre no está en Él”. En esta cámara se escucha al Rey decir: “¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios?, todo el que quiere ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios, o pensáis que la Escritura dice en vano que el Espíritu que el ha hecho morar en nosotros, nos anhela celosamente?”

¿Qué es este encuentro con el rey en su cámara? En definitiva ¿qué es, hermano?, es esto: que si tú quieres experimentar a Cristo y su amor, plenamente, enteramente, tú tienes que entregarte a Él también plenamente y enteramente. Todo o nada, todo por todo, todo lo tuyo por todo lo de Él, porque uno está en el fondo ...

“Los besos de su boca” ... Hermanos, en esa época este es el beso nupcial, la gente en esa época no se besaba en la boca sino hasta que eran marido y mujer, es el beso nupcial, así que ella está diciendo, cuando anhela, está diciendo: “¡Yo lo quiero a Él como mi esposo! ¡yo lo quiero a Él como mi marido, como mi amado! ¡lo quiero para mí, yo quiero ser de Él y Él mío!”. Y el rey entonces le dice: “Muy bien el precio de eso es que yo también quiero que tú, tú completamente seas mío, ¿quieres que yo sea enteramente de ti, Iglesia de Cristo?”

Dice el Señor: “Entonces, yo quiero que tú seas enteramente de mí. Yo me doy todo a cambio de tu todo, todo mi todo, por todo tu todo.” Es como que el Señor sale y primero nos pone el precio, el precio de lo que estamos anhelando, el precio de lo que estamos rogando. Y cuando eso ocurre, cuando eso ocurre, nos ocurre lo que le ocurrió a Él, lo que te ocurrió a ti, lo que me ocurrió a mí.

Conscientes de nuestra negrura

En el versículo 5, ella hace una declaración terrible, dice: “Morena soy”. Es en la cámara del Rey, frente a estas demandas tan absolutas, frente a estas demandas donde no queda lugar para lo relativo, para lo parcial, donde aparece ¿qué cosa? nuestra negrura, ¿Sí o no, hermanos? Fue en esta cámara que ella descubrió su negrura, no se había... no había tomado conciencia de su negrura, sino hasta que el rey la metió en su cámara, entonces se miró a sí mismo. Frente a estas demandas tan completas y absolutas ¿quién es capaz?, ¿quién es capaz?, ¿quién es competente por sí mismo? ...

¿Amar a padre y madre más que a Cristo? ... ¿Amas a Cristo más que a tu papá y tu mamá?, ¿amas a Cristo más que a tu hijo o tu hija?, ¿amas a Cristo con todo tu corazón, con toda tu mente, con toda tu alma y con todas tus fuerzas? Aparece la negrura ..., “no soy tan espiritual”, quiero, quiero, ¡pero es todo! ... nos citaba Rodrigo anoche ese pasaje de Juan, donde dice que el Señor lo llamó, e inmediatamente, inmediatamente, lo siguieron, pero hay una frasecita ahí, e inmediatamente “dejándolo todo lo siguieron”. Eso no ha cambiado, hermanos, eso no ha cambiado. Al igual que ellos, nosotros dejándolo, le tenemos que seguir, ¡dejándolo todo!

En la cámara del Rey ella descubrió su negrura, y nosotros también en la cámara del rey hemos descubierto nuestra negrura. Pero no sólo descubrió su negrura, sino descubrió la causa de la negrura. Esto lo vio en la cámara del rey, entonces ella dice en el versículo 6: “No reparéis en que soy morena, porque el sol me miró, los hijos de mi madre se airaron contra mí; me pusieron a guardar las viñas; y mi viña, que era mía, no guardé.” No sólo descubrió la negrura en su alma, no sólo descubrió esa imposibilidad de responder a demandas tan absolutas, a un afecto, a un amor que lo

pide todo, lo demanda todo, y que aunque uno lo quiere hay otros afectos que luchan y se aferran y compiten, ¿no es cierto? ¡compiten! y hay que sacar la espada y cortar, pero eso es lágrimas eso es dolor, muchas veces ... “La negrura ...”

La causa de la negrura

Pero ella no sólo descubrió su negrura, sino que la causa y la causa es, es que lo que pasa, dice ella, es que yo tenía una viña que guardar y he estado ocupado en guardar tantas viñas, viñas en plural, pero la que era mía, no guardé. Ahí está mi error. He estado ocupado en tantas viñas, pero la que es mía, esa viña que me pertenece, que es mi propiedad, no guardé, y ¿cuál es esa viña? Esa viña es Cristo, esa viña es Cristo, Él es tu prioridad, el es lo primero, no sólo es tu viña, sino es tu primera viña, y está bien todo lo demás que hacemos y está bien trabajar, y está bien servir y está bien hacer todo lo que hacemos, pero cuando hacemos eso y descuidamos nuestra viña, la que es nuestra, la que es la prioridad, la que es la fuente de todo lo demás, la que es el motor que nos impulsa para hacer lo demás que hacemos, entonces, amados hermanos, hemos equivocado el camino, nos hemos desviado. “¡Éfeso, Éfeso, has dejado tu primer amor!”

Por eso ella quiere inmediatamente remediar su error, y dice: “Hazme saber ¡oh, tu, a quien ama mi alma! ¿dónde apacientas?” He entendido que la causa de mi negrura, es que te he descuidado a ti, que no he estado viviendo para ti, que no he estado centrado en ti, que no te he hecho a ti mi prioridad, que mi tiempo se va en tantas cosas y nunca tengo tiempo para ti. Que todo está primero que tú. A veces oramos hasta con el celular, estamos conversando con el Señor y el celular suena y entonces interrumpimos la conversación, ¡está primero la llamada del celular!, y en eso reflejamos, reflejamos qué valoración le damos a las cosas, y qué valoración le damos al Señor. Cuando estamos conversando con Él, que todo lo demás espere, que el mundo se caiga y reviente si quiere, pero estamos atendiendo a lo más importante en nuestras vidas, lo primero. ¡Que lo demás espere!

Así que ella dice inmediatamente, quiere corregir, oh ahora que lo entiendo hermano, aquí estamos ¿quieres conocer el amor de Cristo? ¿quieres conocer el amor de Cristo? Entonces tienes que decir como ella: “oh! hazme saber, tu a quién ama mi alma ¿dónde apacientas? ¿dónde te puedo hallar?, ¿dónde haces descansar el rebaño al mediodía?; pues ¿por qué yo había de estar como errante junto a los rebaños de tus compañeros” no quiero andar más equivocado, no quiero andar más errando, quiero ir y centrarme en el blanco correcto, ¿dónde estás tu, Señor? ¿dónde estás tú? ¿dónde te hallo, donde te encuentro?

Rey, pero también pastor

Y aquí está implícito algo tan hermoso: que además de rey, ella se da cuenta de que Él es Pastor, por eso dice: “¿dónde apacientas?”, y eso también me bendice tanto, bendice tanto mi alma. Él no es sólo rey, imponente, majestuoso, absoluto, que tiene toda autoridad y todo poder, y que lo demanda todo, y soberano, que puede hacer lo que le place: él también es pastor, y revelado aquí como pastor, es tan perfecto y tan exacto.

Porque después que uno lo ha visto como rey, que ha contemplado sus demandas absolutas, completas y perfectas, uno podría desanimarse y decir: “Esto no es para mí”. Pero entonces él aparece y dice “Yo mismo que demando, yo mismo que exijo, yo mismo que pido, yo mismo te voy a tomar de la mano y te voy a llevar, y lo que hoy no es posible para ti, yo mismo lo voy a hacer posible; si hoy día no quieres, yo pacientemente voy a hacer que quieras; si hoy no puedes, yo paso a paso, día a día, un poquito cada vez, voy a enseñarte a hacerlo posible”. Necesitamos ese Pastor. Sólo si él es Pastor además de Rey, esto será posible. Pero esta es la buena noticia: ¡Cristo es Rey, y Cristo también es Pastor! ¡Él es el Obispo y Pastor de nuestras almas! ¡Aleluya!

No es sólo un Rey implacable, es también un Pastor paciente. Dime si no, hermano, ¿cuánto te ha esperado Él? ¿ha tenido paciencia? ¿te ha esperado? ¡Oh, cuanto me ha esperado a mí, hermanos! ¡Cuánto hemos abusado de su gracia, cuánto hemos abusado literalmente de su gracia, y él ha tenido toda la paciencia, toda la paciencia! Le hemos dicho: “Ahora sí,

Señor” y le hemos dado vuelta la espalda. Y él ha seguido esperándonos: “¡Oh, dime tú, al que ama mi alma ¿dónde, dónde apacientas, Señor?” “Necesito este Pastor” - dice ella-, “necesito ser pastoreada por alguien así ...” Y sale buscándolo.

Siguiendo las huellas del rebaño

Entonces las doncellas le dicen: “Si tú no lo sabes ...” El pasaje que citaba el hermano Carlos anoche: “Si tú no lo sabes” - le dicen las doncellas - “oh, hermosa entre las mujeres, ven sigue las huellas del rebaño, y apacienta tus cabritas junto a las cabañas de los pastores”. Y ella salió siguiendo las huellas del rebaño ... ¿Qué es esto, hermano? ¿qué es esto, hermano querido? Lo que hemos estado hablando estos días, tú no puedes solo, no puedes solo, ¿qué tienes que hacer? sigue las huellas del rebaño, sigue a los que saben donde está Él, sigue a aquellos que te pueden ayudar, no es algo que tienes que buscar tú solo, sigue las huellas del rebaño, hay otros que van antes que tú, hay otros que van delante de ti.

Ella lo hizo, y salió siguiendo las huellas del rebaño, llevando detrás de ella sus propias cabritas ... A lo mejor tu familia, tus hijos, esa casa donde el Señor te ha puesto, los que son más pequeñitos que tú, a los cuales el Señor te ha puesto para ayudarles, toma tus cabritas, sigue las huellas del rebaño, hasta encontrarlo a él, siguiéndolo a él, hasta hallarlo a él. Y ella lo encontró, ella lo encontró ...

Es él quien sale al encuentro

Yo les digo: si uno es el que está buscando a alguien, y en algún momento uno lo encuentra ¿quién se supone que debiera hablar primero? ¿el que está buscando o el hallado? ¡El que está buscando! ¿no es cierto? Si soy yo el que salí a buscar y en algún momento encontré lo que buscaba, entonces se supone que soy yo en que voy a exclamar primero: “¡Oh, aquí estás, te encontré!”.

Ella lo salió a buscar y lo encontró, pero ¿sabe? no habló primero ella ... ¡Él le habló primero! Porque a nosotros nos parece que nosotros hemos tomado la iniciativa y es Él el que

tomó la iniciativa, a nosotros nos parece que “oh, le vamos a dar una sorpresa” porque lo encontramos, y no es así: Él nos estaba esperando hacía tiempo. En esto del amor no es uno el que toma la iniciativa. Es Él, a uno le parece que “Oh, fue una decisión mía, oh vino este sentir y yo decidí...” No, es Él, es Él que lo produjo, es Él que nos ha estado persuadiendo, es Él que nos ha estado llamando desde siempre.

En la parábola del hijo pródigo, me impresiona que el relato dice, que cuando Él dice: “He pecado contra el cielo, voy a volver a la casa de mi padre” y vuelve, cuando se produce el encuentro, el relato no dice que fue el hijo el que vio al padre. Dice que el padre vio de lejos venir al hijo, y no dice que fue el hijo el que corrió. Fue el padre el que corrió, y no fue el hijo el que abrazó, fue el padre el que abrazó al hijo, ¡aleluya! No es el hijo el que besó al padre, es el padre el que besó al hijo. En otras palabras, el padre lo estaba esperando. El padre estaba antes que el hijo.

Es hermoso el correr hacia Cristo

Así que lo encontró ella, y él le salió al encuentro, y él le habló primero, ¡con un piropo tan hermoso, hermanos..., que ustedes, hermanas, se van a gozar ahora si no conocen el piropo. Es un piropo tan extraordinario, él le dice a ella: “A yegua de los carros de Faraón te he comparado, amiga mía” ¿les gustó, hermanas? Léanlo, está en su Biblia. no me echen la culpa a mí, hermanos, ¿dice así o no?, versículo 9, ¡lindo piropo, hermanos!, que cosa más linda, lo leí en otra versión, lo busqué en otras versiones y en otras versión dice “potranca”, no sé si les gusta más ... ¡potranca!, No es un insulto hermanos, no, usted sabe, los caballos árabes son los caballos más hermosos, usted ha visto en alguna película, bueno ustedes aquí, quizá son más del campo los han visto personalmente, pero ver correr un caballo por la pradera ¿qué le está diciendo Él?, yo te vi cuando comenzaste a correr a mí, y tu correr hacia mí era como ver a un caballo corriendo en una pradera, tu correr hacia mí era hermoso. No pude hacer otra cosa que compararte a los mejores caballos que usa el Faraón.

Él la había visto desde el primer momento en que ella comenzó a correr hacia Él, recuerden que le había dicho.

“Atráeme y en pos de ti correremos”, y nuestros correr hacia Él es hermoso. Dios le dijo a Daniel: “Daniel desde el primer día que dispusiste tu corazón, desde el primer día que dispusiste tu corazón, a buscarme y a humillarte delante de mí, yo oí tu oración.” Ella no lo veía Él, pero Él la veía a ella, y él la vio venir, y al Señor le pareció tan hermoso ese venir. Es tan hermosa la disposición de tu corazón, Dios la ve, y para él es hermosa.

Un recibimiento inmerecido

“Amiga mía ...” y ella viene adornada, cuando llega a él viene adornada, con adornos que ella misma se fabricó, con sus propios méritos, con sus propias obras. Y el Señor dice algo extraño, porque cuando una mujer se pone bellos adornos, collares y aros, uno no dice “qué lindo es tu cuello”, ¿no es cierto?, uno dice “qué lindo es tu collar”, porque para eso se ponen el collar, para que resplandezca el collar y los aros. Pero como eran adornos que ella misma se había fabricado, me imagino yo esas joyas que uno compra en la feria, ¿no? collar y dos aros por mil pesos, él le dice: “Hermosas son tus mejillas entre los pendientes”, no los pendientes que tú traes, que no sirven, “tus mejillas me son hermosas”, no tus collares: “es tu cuello entre los collares”.

Tú has venido vestida con tus propios méritos, con tus propias obras, él le dice: “zarcillos de oro te haremos”, con incrustaciones de plata. Yo te voy a poner verdaderos adornos, yo te voy a vestir con verdadera gloria. Pero ella viene con toda su negrura, hermanos, ella quedó impactada con un recibimiento así. Díganme si uno no se deshace con un recibimiento así. “Le parezco hermosa sin serlo ... yo estoy tan consciente, tan consciente de mis debilidades, de mi negrura, y resulta que él igual me ve hermosa, igual así soy para él bella”.

Este recibimiento que le hizo él a ella, la derribó, la cautivó. Cuántas veces no hemos sentido que por nuestro pecado el Señor va a desecharnos, o lo vamos a encontrar enojado, o nos va a apuntar con el dedo y nos va a condenar, y el Señor una y mil veces nos ha impresionado, y no nos recibe como nosotros pensábamos que nos iba a recibir.

El nardo de la gratitud da su olor

“Así que -dice ella- mientras que el rey estaba en su reclinatorio, mi nardo dio su olor”. No el nardo de Él, está hablando ella ... Mientras Él estaba en su reclinatorio, con un recibimiento así, dice ella: ¿Qué nos queda a nosotros, dice ella? “Mi nardo dio su olor”. ¿Qué es nuestro nardo? ¡Nuestra gratitud” Frente a un recibimiento así ¿qué podemos hacer?, ¡dar gracias, alabar! Brotó de ella el nardo de la gratitud, brotó de ella el nardo de la acción de gracias, brotó de ella el nardo del gozo de la adoración, de la alabanza.

Y cuando yo estudié esa parte, inmediatamente me vino la figura del Nuevo Testamento, de una mujer, ¿recuerdan? Leámoslo ahí en Lucas capítulo 7, “Uno de los fariseos... (¿están conmigo, 7:36 de Lucas?) rogó a Jesús que comiese con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa. Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora...” qué bonito que diga así, esa expresión quiere decir que era prostituta, mujer de mala fama, ¿qué hizo esta mujer que era pecadora?, ... al saber que Jesús estaba en la mesa en casa del fariseo - la misma escena de Cantares, en la mesa - ¿qué hizo ella? ... Trajo un frasco de alabastro con perfume, un frasco de alabastro con nardo puro, y estando detrás de Él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies y los enjugaba con sus cabellos y besaba sus pies y los ungió con el perfume.”

¿Por qué una mujer pecadora hizo esto?, ¿Por qué esta mujer de mala fama, al escuchar que Jesús estaba en la casa, de otro, fue intrusamente y se metió a esa casa? No se encontró digna ni siquiera de ponerse delante de Él, sino que estando detrás de Él, se echó a sus pies, y comenzó a llorar sobre los pies de Jesús, y con sus lágrimas lavó sus pies y con sus cabellos los secó y sacó su perfume y ungió sus pies con el perfume.

Es la misma reacción de la mujer de Cantares. Las mujeres en la Biblia representan a la Iglesia. Esta mujer pecadora eres tu y soy yo, es la Iglesia de Cristo, porque ella siendo pecadora no vio en Jesús a alguien que la condenaba, siendo pecadora no vio en Jesús a alguien que le reprochaba su pecado, sino encontró en Jesús amor, alguien que la acogía.

Todos los hombres anteriores a Jesús la habían tomado para abusar de ella, y los más santos que no la tomaron, la despreciaron, la miraron en menos, la desecharon, y un día Jesús la miró y fue el primer hombre que la miró con amor. ¿Dónde hay otro como Jesús, hermanos? La miró con amor, y le dijo: “Yo no te condeno, yo he venido a dar vida a los muertos, he venido a salvar a los pecadores y cuando uno es recibido así ¿qué cosa hace? Lo que ella hizo. Nuestro nardo da su olor. ¿Qué hace uno sino llorar y tener gratitud?, ¡Bendito sea el Señor, bendito sea Dios!

¿Volvamos a Cantares? Voy tratar de terminar ... Ella dice, entonces, véanlo ahí, teniendo aferrado a sí los pies de Él, al Señor lo conquistamos y lo tomamos, hermanos, por los pies. ¿Recuerdan a Marta y María? María ¿dónde estaba? a los pies, ¿quieres conquistar al Señor? arrógate a sus pies, tómallo por los pies, ahí el Señor es conquistado y ganado.

Requiebros de amor

Entonces ella, teniéndolo para sí, dice: “Mi amado es para mí un manojito de mirra, que reposa entre mis pechos. Racimo de flores de alheña en las viñas de En-gadi” ahí no entiendo nada yo, pero lo único que sé que debe ser algo bonito, no conozco el lugar, ni las cosas que nombran aquí, pero por la fe ... Él le dice a ella: “He aquí que tú eres hermosa, amiga mía; he aquí eres bella tus ojos son como palomas.” Ella le dice: ¡No, señor, no!... “Tú eres hermoso Amado mío y dulce” ¿cómo? ¿cómo me dices esto, Señor? no soy yo el hermoso eres tú el hermoso, “Amado mío y dulce” ¿dónde va a encontrar palabras más dulces que las del Señor?, “Nuestro lecho es de flores. Las vigas de nuestra casa son de cedro, y de ciprés los artesonados”. Ella le dice, “¡Señor! ¿cómo puedes decir que yo soy bella, si yo soy apenas una rosa de Sarón y un lirio de los valles”. Yo soy una flor silvestre, una flor común, los montes están llenas de estas flores, Señor, ¿cómo puedes hallar hermosura en mí? El le dice: “Bueno, ya que eres tan humilde”, le dice el, “bueno, si eres solamente como un lirio, eres como un lirio entre los espinos”.

Mire cómo la piropea el Señor: “Bueno, está bien, si eres un lirio no más, entonces “eres un lirio entre los espinos, así es mi amiga entre las doncellas” ¡Como un lirio entre los

espinos! Todas las otras -le dice Él- son como espinos, y tú eres cómo un lirio entre esos espinos. Ella no se queda ¿no?, en esto no hay que quedarse, no hay que ser menos, así que ella le dice: “Como el manzano entre los árboles silvestres, así es mi amado entre los jóvenes.” “Bueno, si tú me has dicho que soy como un lirio entre los espinos, yo te digo que tú eres como un manzano entre árboles silvestres ...

Y se fueron de piropo en piropo, y la alabanza iba y venía (pongámosle la danza que decía Rodrigo); la danza iba y venía entre ellos. Son palabras que se dicen uno a otro, muy cortitas, porque no hay mucho conocimiento uno del otro todavía, pero si usted avanza en Cantares va a ver que el diálogo comienza a alargarse y a completarse, porque ya se conocen más, ya pueden decirse más cosas uno del otro, hasta que llegan a describirse completamente de pies a cabeza, porque la comunión y el conocimiento se profundizó, y así cómo Él la conoció a ella completamente, ella también lo conoció a Él completamente.

Pero aquí en este primer encuentro son frases cortas, pero tan hermosas. Para amar al Señor necesitamos conocerlo, ¿amén? Y para amarlo profundamente, necesitamos conocerlo profundamente, y para conocerlo, y para conocerlo profundamente necesitamos tener comunión con Él. Y usted puede empezar por aquí, anhelando ... rogando ... y sabiendo que Él tiene la iniciativa y te va a conducir y nos va a llevar de la mano, como un buen pastor y nos va a esperar, ¡bendito sea el Señor!

Es el momento de comenzar

Dije que esta palabra era para todos. Pero dije que podía ser especialmente para algunos. Yo quisiera que termináramos esta parte con un momento de oración aquí adelante. Especialmente de aquellos que dicen: “Me gustaría empezar”. “Necesito reempezar” “Necesito empezar”. Puede ser esto una palabra de sabiduría que te muestre un itinerario de cómo empezar ... desde donde estás. Del nivel en que estás ahora ... tal como estás. Si hay alguien aquí, puede pasar. Vamos a orar juntos un momento aquí adelante.

Aquí podemos participar los demás hermanos, pastores. Estemos en el Espíritu. Hagamos lo que el Señor nos va indicando.

Antes de orar, una última cosa: A mí lo que más me estorbaba para experimentar el amor del Señor eran mis pecados. Cuando yo me acercaba a él, pensaba: “¿Cómo él me va a amar si tengo esto ...? ¿Cómo él me va a recibir, con esto oculto que tengo?” Y esa era una barrera que me impedía aceptar que él me pudiera recibir, y que me pudiera amar a pesar de ... a pesar de la negrura.

Ustedes han escuchado: Dios les ama, a pesar de la negrura. El Señor no hace vista gorda del pecado ... pero él te va a tratar con amor, y te va a ayudar a salir. Y te va a dar victoria, pero a pesar de eso, te ama. A pesar de eso, te recibe. A pesar de eso, te acepta.

Estos días dijo un joven algo tan hermoso, que no se me va a olvidar más. Dijo: “... Y no hay que tratar de razonar el amor de Dios, ni tratar de entenderlo, porque entonces uno llega a la conclusión: ¡Dios no me puede amar! Si tú lo razones. Él dijo. “¡Hay que creer en su amor! ¡No razonar, sino creer en su amor! ¡Yo creo que él me ama! No razono: “¿Cómo es que me puede amar a pesar de ...” Yo creo que él me ama ... El justo por la fe vivirá. ¡Amén! ¿Oremos? Déjense amar por el Señor, déjense amar. ¡Aleluya!

Señor, ¿cómo no venir a ti, Señor? ... ¿Cómo no venir a ti? ... ¿A quién iremos, Señor? ... ¿Quién otro nos podría cobijar como tú? ... ¡Oh tú me amas con amor eterno! ... ¡Oh, tú me amas con amor eterno, Señor! ... ¡Aleluya! ...

No partas amando tú al Señor, ... deja que él te ame ... Nuestra fe tiene que empezar en un punto firme. Y ese punto firme es que él te ama. Él te ama ... Eso es firme. ¡Aleluya!... ¡Aleluya, Señor!

Viernes 1º de febrero (noche)

UN SERVICIO APROBADO

Gonzalo Sepúlveda H.

Filipenses cap. 3, versículo 3, leamos juntos hermanos, leamos unánimes la palabra del Señor: “Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios, y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne”.

Bendito Señor Dios nuestro, concédenos esta noche Tú gracia, para compartir Tú palabra, y para aprovecharla. Para que sea provecho para todos, para el que comparte como para los que la oyen, para toda la Iglesia, edifica Tu casa Señor, si Tú no la edificas en vano trabajaríamos los edificadores. Pero Tú estás aquí, has estado con nosotros todos estos días, edificándonos en amor, bendito sea Tu nombre. Nos encomendamos en tus manos, guardamos este ambiente, que Tu nombre sea en todo glorificado. Gracias Señor.

Lo que el Señor nos ha hablado

Hermanos, damos gracias al Señor, por todo lo que Él nos ha hablado en todos estos días. Hemos hecho memoria de las misericordias que el Señor ha tenido con nosotros, por todo lo que Él nos ha dado. Estamos agradecidos del Señor. Se nos ha hablado de la revelación de nuestro Señor Jesucristo en lo profundo de nuestros corazones. Y hemos dicho que el Señor nuestro Dios nos favoreció, no permitiéndonos tener una experiencia externa, como la de Saulo de Tarso camino a Damasco. No vimos la luz, no caímos en tierra, y no quedamos ciegos en algunos días. Sin embargo, la otra parte de la experiencia de Pablo ha venido a ser nuestra gloriosa realidad: Cristo revelado en lo profundo de nuestros corazones. Es nuestra riqueza, es nuestra gloria, es nuestra firmeza. Y hemos declarado con firmeza que si el Señor Jesucristo no ha sido revelado en nuestros corazones, o en algún corazón, no podemos esperar ninguna firmeza del tal hermano. Pero el más pequeño entre nosotros, si tiene al Señor revelado dentro de él, dentro de ella, hermano, hermana, es el tesoro más grande. ¿Así es hermano? Cristo está revelado en nuestro corazones, y esto es lo que al Padre le agradó hacer, a favor de todos nosotros.

Hemos estado escuchando también, que Dios nos hizo a nosotros a su imagen, hizo al hombre a su imagen, y cuando se trata de la imagen de Dios, no estamos hablando de la figura externa, no estamos diciendo que el hombre es a la imagen de Dios por tener los ojos en forma horizontal, la nariz al medio, la boca, las manos... No estamos pensando en la figura física, la imagen de Dios más bien tiene que ver con el carácter de Dios, con el estilo de vida, como la forma, como Dios es. Hemos sido instruidos que nuestro Dios internamente, la deidad, la divinidad, consisten del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en una eterna relación íntima, en una mutualidad, en una interdependencia, donde el uno depende del otro, comparte con el otro, se subordina al otro, y los tres - diciéndolo con reverencia - porque hay un solo Dios, pero este Dios se nos ha revelado como Padre, Hijo y Espíritu Santo, y esa gloriosa interdependencia al interior de la deidad es transmitida ahora a nosotros los hombres, y mas aun a los redimidos, porque el hombre caído perdió la imagen, mas el hombre redimido ha recuperado la imagen de Dios en Cristo Jesús nuestro Señor. Y en Cristo nosotros

vivimos esa mutualidad, esa interdependencia, donde yo no puedo solo expresar la imagen de Dios, sino siempre en relación con todos los hermanos. Y así aprendemos a valorar a cada hermano del cuerpo de Cristo, ¡Gloria al Señor!

Nos ha hablado el Señor del vivir en Cristo, que para nosotros el vivir es Cristo y que cada acción, por cotidiana que parezca, por sencilla que parezca, nosotros hemos de vivirla en Cristo. Nuestras relaciones diarias, personales, interpersonales, aún con los no creyentes hemos de vivirlas en Cristo. Toda nuestra vida hasta el fin ... hasta para dormir, es decir, para morir en Cristo. ¡Gloria al Señor!

También hemos aprendido estos días lo que es el cuerpo de Cristo, cómo todos los miembros tenemos una función, y que ni un miembro debe envidiar al otro miembro, sino que el Señor nos ha ubicado a cada uno de los miembros en su cuerpo como él quiso. Dios es el que ordenó el cuerpo. Gloria al Señor porque El es la cabeza y nosotros somos miembros cada uno en particular, ¿Está contento usted por ser miembro del cuerpo de Cristo? Gracias al Señor, porque somos miembros de su cuerpo.

Se nos ha hablado de la relación entre Cristo y la Iglesia, de esa relación eterna, de ese diseño eterno, en la eternidad misma. La iglesia no partió en el día de pentecostés, no partió hace dos mil años atrás, sino que la Iglesia estaba en el corazón de Dios antes de los tiempos de los siglos. ¡Qué grande es el propósito de Dios, hermanos! Y nosotros, siendo tan insignificantes, lo vil del mundo, lo menospreciado y lo que no era, ahora hemos descubierto que estábamos en el corazón del Señor antes de que todas las cosas fuesen hechas, y que en la eternidad futura la Iglesia un día mostrará la gloria de Dios y se habrá quitado lo opaco, se habrá quitado nuestra negrura, como decía el hermano. Todos los rastros del pecado, oh hermano, todos los rastros del pecado estarán borrados para siempre, y la iglesia eternamente manifestará la gloria de Dios. ¡Bendito sea el Señor! que nos ha llevado a las alturas y nos ha hablado de eternidad a eternidad, ¡Gracias Señor!, nos trae a la intimidad y nos habla cosas tan gloriosas.

Gracias por las palabras que hemos escuchado en estas mañanas, gracias por la palabra que hemos escuchado en este mañana, donde se nos hablaba del Cantar de los Cantares, del amor, cómo el Señor nos enamora, Él nos enamora y nos dejamos amar por el Señor y nosotros también le amamos a Él, el nos dice una palabra de amor y nosotros también le declaramos a Él nuestro amor ¡qué preciosos! ¿cuántos lloraron esta mañana? Yo lloré esta mañana, me abracé llorando, emocionado, con mi Señor. ¡Bendito sea su nombre!

El creyente y la Iglesia

Si ustedes se dan cuenta, hermanos, si ustedes meditan un poco, durante todo este retiro se partió primero hablando de la realidad del Señor Jesucristo en el creyente, es decir, mi relación personal con el Señor. Cristo en mí , yo en Cristo, es como el creyente individual. Luego, más adelante después de la tercera o cuarta enseñanza que hemos tenido de la palabra, hemos venido a conocer ya la Iglesia. No sólo el creyente individual, sino el creyente en el cuerpo. ¿Usted se ve en el cuerpo? Usted no tiene a Cristo solo, usted no está solo con el Señor, sino que compartimos al Señor junto con todos los hermanos, ¿lo entiende eso?

Pues estamos hablando ahora de la iglesia, se ha hablado del funcionamiento de la Iglesia, se ha hablado de la vida de la Iglesia, se ha hablado del pegamento de la Iglesia ¿cuál es el pegamento de la Iglesia? El amor, ¿quién es la vida de la Iglesia? ¡Cristo! ¡Bendito es el Señor, hermanos!

La palabra de hoy

La palabra que me toca compartir ahora, casi como concluyendo esta jornada gloriosa, tiene que ver, hermanos, con el servicio de la Iglesia, o del servicio en la Iglesia. El versículo que leímos habla del servicio al Señor, dice “nosotros en espíritu servimos a Dios”. ¿Usted quiere servir al Señor? Es inevitable, vamos a volver a nuestras localidades y vamos a tener que seguir sirviendo al Señor, hoy día, mañana, estamos sirviendo al Señor, estamos aquí presentes, estamos sirviendo al Señor. El resto de nuestra vida estaremos al servicio del Señor. Ahora es considerar lo que el

apóstol dice aquí en Filipenses, capítulo 3, versículo 3 dice: “Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios, y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne”. Cuatro declaraciones. Veremos brevemente estas cuatro declaraciones, que podemos decir que son las características de un servicio normal.

Indudablemente, el apóstol y quienes estaban con ellos, Pablo, fueron hombres muy fructíferos en la obra del Señor. Dios los usaba. El Señor los respaldaba. Ellos vieron la gloria del Señor. El Señor les abría puertas. Ellos podían contar una y otra vez cuán grandes cosas había hecho el Señor con ellos... Pues meditemos en estas palabras, porque esto representa la normalidad. Nosotros queremos avanzar hasta la normalidad, también en el servicio. ¿De qué tipo de siervos se agrada el Señor? ¿Cómo son los hombres y mujeres a quienes el Señor usa?

Nosotros somos la circuncisión

“Porque nosotros somos la circuncisión ...”. Esta palabra tan técnica, tan bíblica, tan teológica, tan del Antiguo Testamento, y que también aparece en el Nuevo Testamento, y tanta controversia ... no la vamos a explicar con tantos detalles, Sin embargo, la circuncisión fue una señal exigida por el Señor, por Dios, por nuestro Dios a Abraham su siervo. Esta iba a ser la señal del pacto de Dios con el pueblo suyo ... la circuncisión. Era una marca que llevarían en su cuerpo todos los varones de Israel, todos los varones hijos de la descendencia de Abraham, y eso continuó después con Isaac y con Jacob. Y los judíos hasta el día de hoy se glorían en su circuncisión ... Pero era una señal.

Ahora, ellos perdieron el lado espiritual de este pacto. A causa de esto también los judíos perdieron la comisión que tenían de ser bendición a todas las naciones. Ellos dejaron de ser bendición a todas las naciones. Nosotros en Cristo hemos venido a ser hijos de Abraham. Y en Cristo nosotros somos bendición para todas las naciones. Pablo dice que en Cristo los creyentes hemos sido circuncidados, no con circuncisión hecha con mano en el cuerpo carnal, sino en la circuncisión de Cristo, donde se terminó nuestra vida humana carnal y hemos recibido la vida de Dios, la vida nueva.

En el Antiguo Pacto se cortaba una pequeña parte del prepucio del varón, y eso volvía a la tierra, era sepultado. Pero los creyentes en Cristo hemos sido circuncidados en él, de tal manera que no sólo una parte del cuerpo, sino el cuerpo entero, fuimos bautizados juntamente con él para muerte por el bautismo, ¡gloria al Señor! Así que, en ese sentido, todos nosotros somos la verdadera circuncisión. Los que llevamos la señal de Dios estamos señalados por Dios. Señalados para ser sus siervos. ¿Amén, hermanos? Tenemos una señal. ¡Somos de Cristo! ¡Gracias, Señor!

Pero hay otro lado que tiene que ver con la circuncisión, que tiene que ver con el debilitamiento. La circuncisión tiene que ver con perder la fuerza carnal, humana. Ustedes se acuerdan ... cuando los judíos cruzaron el Jordán, antes de conquistar la tierra. Antes de que los muros de Jericó fuesen derribados, los varones fueron circuncidados en Gilgal. ¡Gilgal! Es un lugar donde ellos probaron la debilidad y se quedaron en Gilgal hasta que sanaron, porque fueron heridos. Qué tremendo es imaginarse hombres corpulentos, hombres de guerra, hombres que sacaban escudo y espada, que habían peleado batallas en el desierto. Ahora se aprestaban para derrotar al cananeo, al fereseo y al jebuseo, y estos hombres quedaron adoloridos no sé cuántos días hasta que sanaron ... detenidos, probaron la debilidad.

La lección espiritual de esto era ... para que ellos no se olvidaran que el poder era de Dios y no de ellos. Que quien los había traído por el desierto era el Señor, no su propia fuerza, y quien les iba a entregar la tierra era la misma mano poderosa del Señor, y no su propia fuerza. Quizá los judíos no entendieron lo que era Gilgal, pero para los que servimos al Señor, Gilgal es el lugar donde nosotros reconocemos que no somos nada, donde nos quedamos detenidos esperando que la salida venga del Señor. Nos quedamos detenidos esperando que el poder sea de Dios y no de nosotros. ¡Gloria al Señor! ¡Hay grandes lecciones en esto!

Pero esta palabra, si alguien no la entiende completamente, se explica un poco más adelante dentro de estas cuatro declaraciones. Hermanos, se nota cuando alguien conoce lo que es el lado espiritual de la circuncisión, porque al final es un asunto interno. El lado espiritual, al final, es un asunto

del corazón. Los judíos se gloriaban en la circuncisión externa, pero los creyentes en Cristo nos hemos rendido, ¿Amén? Nos hemos rendido de corazón al Señor. Nuestra sumisión, nuestra entrega, viene de adentro. ¡Aleluya! ¡Qué glorioso es todo esto! ¡Nosotros somos la circuncisión!

Sirviendo en espíritu

Segundo punto. “Los que en espíritu servimos a Dios”. ¿Cómo dice? ¡Los que en espíritu servimos a Dios! Aquí está “espíritu” con minúscula. Se está refiriendo, entonces, al espíritu nuestro. Al Señor hay que servirle en espíritu. ¿Qué será esto? Tal vez alguien piensa en el lado místico de esto. Tal vez alguien se está imaginando una medio efusiva, como una corriente eléctrica, tal vez se imagina un tiritón grande que le da, y entonces está listo para servir a Dios en espíritu. Y alguien dirá: “Yo no quiero ser intelectual, yo no quiero ser frío, hay que servir en espíritu, y hay que orar en lenguas, y hay que danzar y saltar, y quedar medio en trance, perder la conciencia ... tal vez eso sea servir en espíritu.

Pero, hermano ... ¡es otra cosa en realidad! Ya es tiempo, los que llevamos caminando en el Señor, que sepamos la diferencia de lo que es de la carne y lo que es del espíritu. Lo que es del alma y lo que es del espíritu. Todos tenemos cuerpo, por supuesto. Yo aquí tengo ojos para ver los cuerpos. Los ángeles no los veo ... Les veo su cuerpo, todos tenemos cuerpo. Tenemos alma y tenemos espíritu. Todo nuestro ser -dice la Escritura- espíritu, alma y cuerpo. Eso es de adentro hacia fuera. Lo más profundo: espíritu, luego lo de más afuera -el alma-, y finalmente el cuerpo, que es el siervo, que si yo le digo al cuerpo, “mueve la mano”, el cuerpo la mueve. Que si le digo al cuerpo “levanta los talones”, los levanta.

Hermano, el alma soy yo. El alma es usted, su personalidad, su fuerza, su energía natural, su cultura, su educación, su intelecto, su sabiduría, su inteligencia. Sus ideas, lo que usted piensa, lo que usted encuentra bueno, lo que usted encuentra malo, ¡esa es el alma! Y ya sabemos, los que llevamos un tiempo caminando en el Señor, que el alma es muy fuerte, que el alma es muy orgullosa, que al alma le gusta aparecer, que el alma es ..., ¡Ay cómo es el alma!... ¡qué

cuesta describirla!... Pero usted lo sabe, el alma es esa persona mañosa que somos nosotros. Es esa persona complicada, a veces tan blando, otras veces tan fuerte, esa persona que es impredecible, que a veces usted lo ve mansito: "Oh, qué humilde es este hermano", y de repente ese hermano tan humilde, resulta que no lo es tanto. ¿Entiende el mensaje? ¿Cómo no me lo va a entender, si estoy hablando, estoy hablando ... de mí, y a lo mejor estoy hablando de usted también. ¿me entiende un poco? ¿Nos parecemos un poco?

¿Usted conoce lo que es su alma? ¿Entiende que hay algo más que su alma? Porque el Señor ha hecho una obra más allá de nuestra alma. El Señor ha despertado nuestro espíritu, ¡Gloria al Señor! Y el espíritu del Dios vivo vino a hacerse uno con nuestro espíritu. ¿En cuántos esto es una realidad? El Espíritu del Señor despertó mi espíritu. Digámoslo: "El Espíritu de Dios despertó mi espíritu". Otra vez dígallo: "El Espíritu de Dios despertó mi espíritu". ¡Qué glorioso hermano, qué gloriosa realidad! Hay una diferencia. Esto es largo de explicar, hay libros enteros para esto. ¿Cómo es que se llama el libro este? ... "El hombre espiritual", y el otro de Nee, ¿como es? "El quebrantamiento del espíritu", "La liberación del espíritu". Hay libros enteros para esto, así que no pretendo ocupar toda la noche. Pero amados hermanos, los que en espíritu servimos a Dios ...

Un sentimiento de debilidad

¿Sabe, hermano? Hay un sentimiento de debilidad permanente, hay un sentimiento de inseguridad permanentemente. Hay un temor de hacer las cosas. Servir a Dios en espíritu es todo lo contrario de ir adelante a lo que salga, el que sirve a Dios en espíritu tiene temor de dar un paso, ¿lo entiende, hermano?

Servir a Dios en espíritu, hermano, es como estando consciente siempre, siempre, que ahí está el Señor. ¿Está consciente usted que el Señor siempre está? Es cierto, está en mi corazón, y en mi corazón me retiene a veces. Siento a veces que el Señor me dice: "No, no, Gonzalo, no es por aquí, es por acá"... Sensible por dentro, hay algo en lo más profundo. No es la carne. Lo de la carne a veces es lo que menos se entiende. No es mi alma. Es decir, no voy a servir a

Dios porque yo soy una persona que tengo estudios, porque he leído, porque me he relacionado, porque tengo historia, porque tengo años de experiencia. “Entonces yo voy, y sirvo” - esa es mi alma. A Dios se le sirve en espíritu. Mas allá de lo que primero a mí se me ocurre, me detengo a considerar si lo que pienso hacer es realmente Dios quien quiere que yo lo haga. Es como un sentimiento de debilidad continua ... En espíritu servimos a Dios.

Hay una palabra en 2ª de Corintios que la cité estos días, 2ª de Corintios 13, versículo 4, dice: “Porque aunque fue crucificado en debilidad, vive por el poder de Dios”. Aunque fue crucificado en debilidad, vive por el poder de Dios. “Pues también nosotros somos débiles en él”. Aquí habla un hombre que sabe lo que es servir en espíritu, “Nosotros somos débiles en él”, ¿Qué extraña declaración esta? Se supone que en el Señor nosotros somos poderosos. Se supone que en Cristo somos más que vencedores. Se supone que en Cristo todo lo podemos, como que hay un sentimiento de fuerza cuando hablamos del Señor. Sin embargo, un hombre quebrantado, un hombre de las características de Pablo, de la estatura de Pablo, un hombre con el respaldo de Dios que tenía este siervo, dice: “Nosotros somos débiles en él”. Nosotros somos también débiles en él, pero viviremos con él por el poder de Dios para con nosotros. Pablo está diciendo: “Yo voy a servir no en mis fuerzas. Yo prefiero estar con debilidad, y con mucho temor y temblor, para que la fe de los hermanos no esté basada en al sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios”. Eso es servir en espíritu. Un sentimiento permanente de debilidad. Somos débiles en él, pero viviremos con él por el poder Dios para con nosotros.

Servir en espíritu, en el fondo, hermanos ... es estar dependiendo siempre del poder del Señor. No del poder mío. ¿Amén?, ¿Lo comprendes? ¿Cómo lo vamos a servir? ¡En espíritu! Hermano ¿Y qué significa servir en espíritu? Que estamos conscientes de nuestra debilidad... ¿Amén? ¿Está consciente usted de su debilidad? ¿Está consciente usted que sin el socorro del Señor lo más probable es que usted se equivoque? Lo más probable es que diga lo que no tiene que decir, que vaya donde no tiene que ir, ¿lo sabe? Que si usted no depende del Señor en toda ocasión, lo más probable es

que haga lo contrario a lo que Dios quería que hiciera, ¿se ha dado cuenta ya de eso? Si no se ha dado cuenta es tiempo ya. Sirvamos a Dios en espíritu, hermano, no con la energía que mejor nos parece. ¡Oh Señor!

Gloriándose en Cristo

La otra declaración de Filipenses 3 dice: “... y nos gloriamos en Cristo Jesús”. ¡Qué precioso es esto, hermanos! Gloriarnos en Él. Cuando alguien está sirviendo a Dios en espíritu, sabe que dependió del Señor. Entonces se va a gloriarse, no en que “yo, hermano, tomé la mejor decisión”; “oh hermano, mire lo que hice, con la ayuda de Dios lo hice” (y parece que Dios fue su ayudante y el exaltado es él); “¡oh hermanos, es un milagro y el Señor usó a este siervo!”. No. La gloria tiene que ser toda para el Señor. “No a nosotros, no a nosotros, oh Señor, sino a tu nombre da gloria”. (Salmo 115).

A ver los que son rápidos con la Biblia, Salmo 44, versículo 1, 2 y 3, rapidito, leamos juntos: “Oh Dios, con nuestros oídos hemos oído, nuestros padres nos han contado la obra que hiciste en sus días, en los tiempos antiguos. Tú con tu mano echaste las naciones, y los plantaste a ellos. Afligiste a los pueblos y los arrojaste. Porque no se apoderaron de la tierra por su espada, ni su brazo los libró, sino tu diestra, y tu brazo, y la luz de tu rostro, porque te complaciste en ellos”. Oh hermanos, el versículo 3. “Porque no se apoderaron de la tierra por su espada”. ¡Hermanos!, no fue con su fuerza, ni su brazo los libró. Nada de ellos. “Sino tu diestra, y tu brazo y la luz de tu rostro, porque te complaciste en ellos”. ¡Gloria al Señor, hermanos! Podemos decir que al principio los hermanos, en aquellos días más gloriosos de la iglesia, al principio, en los días gloriosos de la iglesia, al principio ... Porque nosotros estamos hoy día llenos de fe que los días finales de la iglesia serán aún más preciosos. Porque estamos volviendo a tener toda nuestra esperanza en Él, toda nuestra confianza en Él, todos nuestros recursos en Él. Entonces si algo va a ocurrir ahora, hermanos, es lo que el Señor hará. Si algo hasta aquí hemos hecho, no lo hemos hecho nosotros, Él ha tenido de nosotros misericordia. ¡Gloria a su nombre!

“Nos gloriamos en Cristo Jesús”. Toda la gloria es de Él. Si algo nos ha resultado, ¿por qué es, hermano? ¿Porque

tenemos los hombres más hábiles? ¿Porque tenemos la gente más inteligente? ¿Porque lo hemos planificado y todo ordenado muy bien? Bastaría con echar un vistazo a este Campamento, y mirar cuánto orden y cuánta higiene, y cuántas cosas hay, hermano. ¡Tenemos tanta deficiencia en nosotros mismos! Sin embargo, el Señor ha sido tan misericordioso con nosotros. Nos ha guardado, hermanos. Nos ha bendecido, ¡Gloria al Señor! Tenemos esto, tenemos la comunión, tenemos el amor de todos los hermanos, ¿Quién te atrajo a ti, hermano? ¡Cristo te trajo! ¿Quién te unió? ¿Quién despertó tu corazón? ¿Quién te hizo valorar esto? ¡Cristo! ¿Quién te trajo de Estados Unidos, hermano? ¿Quién te trajo a ti de Argentina, hermano? ¿Quién te trajo de los campos? ¿Quién te trajo de Iquique? ¡Cristo, Cristo, Cristo! Él lo ha hecho. En él nos gloriamos enteramente. No hay un hombre inteligente, carismático, atractivo, aquí. El único es él. ¡Bendito sea el nombre del Señor! ¡Nos gloriamos en Cristo Jesús!

Lo que Cristo hace

Este versículo apréndanselo de memoria. Romanos 15:18. “Porque no osaría hablar sino de lo que Cristo ha hecho por medio de mí”. Oh hermano, mire lo que dice aquí. “Porque no osaría hablar sino de lo que Cristo ha hecho”, lo que Cristo ha hecho. ¿Usted quiere servir? Aquí está una de las claves de cómo se sirve. “No osaría hablar sino de lo que Cristo ha hecho por medio de mí para la obediencia de los gentiles, con la palabra y con las obras”. Luego dice: “Con potencia de señales y prodigios, en el poder del Espíritu”. Pero, hermano, al final no es tu obra ni la mía. ¿Se dan cuenta por esa palabra Porque si queremos servir al Señor tendremos que darnos cuenta, hermano, que al final el único servicio real, es cuando el Señor te ha ocupado. ¿Amén?, ¿al final quién hizo la obra? Yo quería servir, y al final el que sirvió fue Otro. ¡Aleluya! Porque ese Otro vive en mí.

¿Vive en ti? Entonces Él quiere que nosotros le prestemos las manos, ¡Gloria al Señor!. El Señor quiere que le prestemos los labios, la garganta, los pulmones, el corazón. Y quiere que le prestemos los pies, le prestemos las manos. Porque cuando tú abrazas a un hermano, Cristo abraza a ese hermano. Cuando tú vas de un lugar a otro y ayudas a una hermana a

llevar el tiesto con agua, tú, es el Señor el que está usando tus manos y está sirviendo a otro hermano. Cuando tú cocinas tan rico, hermana, o cuando usted, hermano Gamó, y los demás cocineros, todos cocinan, está el Señor cocinándonos, ¿o no, hermanos? Porque el Señor está en ellos. Y nosotros tendremos que decir al final: “Hermanos, nosotros nada hemos hecho”. Eso es gloriarse en el Señor. ¿Quién lo hecho? “No osaría hablar sino de lo que Cristo ha hecho por medio de mí”. Que el Señor te encuentre disponible entonces. Señor, que tú puedas obrar a través de mí. ¿Puedes hacer esa tu oración? Señor, que esta palabra se cumpla en mí. Yo quiero, Señor, que esta palabra se cumpla en mí. Díselo, díselo. Señor que se cumpla en mí esta palabra. “Lo que Cristo ha hecho por medio de mí”. Dígalo. “Lo que Cristo ha hecho por medio de mí”, eso quiero, eso quiero. Eso queremos. Lo que Cristo puede hacer por medio de ti. Eso será valioso. Porque si Cristo lo hace, la gloria será para El. Cuando usted se queda con un restito de gloria, es porque de alguna manera usted lo ha hecho. Ya esta buscando su propia gloria y el Señor no lo va respaldar a usted. ¡Nos gloriamos en Cristo Jesús!

No confiando en la carne

“No teniendo confianza en la carne”. Esta es la última frase. Y al decir esta última frase, parece que ya estuviera todo dicho, hermano... Pero recalquemos esto, Dios usa a hombres quebrantados, grábeselo, Dios usa a hombres quebrantados, Dios usa a hombres y mujeres quebrados primero, ¿por qué decimos esto?, ¿conoce la historia de Moisés?, Se ha predicado de Moisés en los Campamentos, se ha predicado en su localidad de Moisés, se han hecho estudios de Moisés, se han hecho estudios bíblicos, usted ha leído de Moisés.

Moisés entendió que Dios quería librar a Israel por su mano, eso entendió ¿cierto? Y en una oportunidad vio que un egipcio maltrataba a un hebreo, ¡ah ... dijo! Yo voy a servir a Dios, tomó su espada (no sé, soy mal actor) no sé si le cortó la cabeza, si le atravesó la espada, no tengo idea que resistencia opondría el egipcio, pero mató al egipcio. Hermanos, ¡lo hizo él! hay que hacer una cosa, una obra por el Señor, “ya, vamos y la hacemos no más”, ese fue un servicio en sí mismo. Una confianza en la carne. Fue una

confianza humana. Sirvió en su alma. Después tuvo que huir, tuvo que arrancar, no pudo esconder siquiera al muerto. Tuvo que arrancar, salió pillado, pensó que nadie lo había visto. Cuando se supo que había cometido un crimen, arrancó el libertador de Israel, el que quería servir. El que tenía tanta fuerza para matar a un egipcio, quería servir, no pudo, tuvo que huir.

Pasaron cuarenta años, en esos cuarenta años el hombre fue debilitado, y al final, cuando el Señor le dice te voy a enviar, ni siquiera quiere ir, perdió toda la confianza en la carne, perdió toda la fuerza, fue porque el Señor lo envió y como lo usó el Señor, después de haber sido quebrantado. Esto no significa hermanos que tenga que usted esperar cuarenta años, pero quizá esto deba entenderlo un hermano nuevo, y por eso los nuevos tienen que ir aprendiendo de los antiguos y los antiguos ya debemos saber, que no es con la fuerza humana, no es con la fuerza nuestra. El Señor no se complace en la agilidad del hombre, no se complace en la fuerza del caballo. Dice: “No se deleita en la fuerza del caballo, ni se complace en la agilidad del hombre”. De repente, somos tan rápidos para pensar, tenemos una carne diligente, somos buenos para decidir, somos buenos para organizar, tenemos la mente tan ágil, lo tenemos todo ya arreglado sin haberle consultado al Señor. Hermanos, tenemos que ser quebrantados. Tenemos que servir en el espíritu. Tenemos que perderle la confianza a la carne. ¡Así se sirve al Señor, hermanos!

Las personas que el Señor usa

Pienso que al ver estas cuatro declaraciones, aquí esta la definición de cómo el Señor se agrada, de que tipo de hombres el Señor se agrada, de qué tipo de personas el Señor usa, Dios usa a hombres y mujeres quebrantados, el trabajo del Señor con todos nosotros, cuando decimos: “Señor, trabaja en mí, quiero ser útil en tus manos, quiero servirte Señor”, tiene que haber una medida de quebrantamiento. Donde yo no me preocupo tanto de mí mismo, le doy de tal manera lugar al Señor que Cristo se manifiesta a través de mí, y soy un servidor de mis hermanos. ¡Gloria al Señor!

Hermano, en todas las Iglesias, en ninguna Iglesia local, nunca ni en la obra ni en ningún movimiento, nadie debiera levantarse en la carne, nadie tiene derecho a levantarse en sus fuerzas, en medio de la casa de Dios, sea para predicar, sea para dirigir, sea para criticar, sea para influir, sea para manipular. Nadie debe levantarse en las fuerzas de la carne. Nosotros en espíritu servimos al Señor.

Se nota, cuando un hombre está quebrantado se le nota, y cuando un hombre está entero, se le nota también. Está tan entero el hermano, está tan lleno de sí mismo, tan lleno de opiniones. Se le nota. Le gusta hacerse notar. Si él no habla en una reunión parece que esa no fue reunión y la reunión estuvo tan gloriosa según las intervenciones que él haya tenido. Mientras más intervenciones tuvo él, más gloriosa estuvo la iglesia, y si él estuvo callado, la reunión estuvo fome. Están tan conscientes de sí mismos que no dejan fluir el espíritu en medio de la casa de Dios, que quiere hablar por otro hermano, que quiere sacar un testimonio de un hermano débil tal vez. Nadie debe levantarse en la carne, hermanos. Se nota un hombre circuncidado. Se nota una persona que en su corazón está quebrantado, que en espíritu quiere servir al Señor, que no busca aparecer, sino busca que siempre Cristo sea glorificado, quiere gloriarse siempre en el Señor. ¡Oh, hermanos que nos socorra en todas estas cosas el Señor! No tenemos derecho de aparecer nosotros. La Iglesia es para el Señor. ¿Amén, hermano? La iglesia es para que el Señor sea glorificado, el Señor sea exhibido.

La Iglesia históricamente, históricamente, la Iglesia ha sufrido, cuando los hombres que sirven no son hombres circuncidados, no son hombres que sirven a Dios en espíritu, sino en las fuerzas propias, que buscan su propia gloria. No buscan exaltar al Señor, buscan exaltarse a sí mismos a través del servicio, y en medio de eso hay una gran confianza en sí mismo. Pero esto se acabó, hermanos. Hoy día esto se termina, y quisiéramos declararlo por la fe, quisiéramos que en la historia de la Iglesia, de aquí en adelante, esto se acabe, que nunca más la Iglesia de Dios, sea utilizada por hombres carnales, para beneficiar su propio ministerio. ¡Nunca más, nunca más, nunca más! ¡Gloria al Señor! se termina el tiempo, en que los hombres se engrandecen a costa de la

Iglesia. Parece que él y su ministerio tiene que renombrar y los demás sólo lo apoyan a él. ¡Esto se acaba! Nosotros los que servimos al Señor, hermanos, como se nos explicaba claramente estos días ... es para que todos los santos hagan la obra del ministerio.

Ayudar para que todos sirvan

Hermanos nosotros estamos para apoyarlos a ustedes, no estamos para hacer todas las cosas, sino para ayudarles, para que ustedes hagan todas las cosas. ¿Se fija que es un cambio de paradigma, es un cambio de enfoque? Es al revés la cosa. No es que ustedes están respaldando para que estos siervos sean levantados ... Si el Señor levanta a los hombres, que el Señor los levante ... Gracias al Señor por los predicadores. Me gusta como predica Rubén. Me alegro cuando el Señor usa a Rodrigo. Me gusta cuando Eliseo traza la palabra. Me gusta cuando Roberto llora predicando. Me gusta cuando Claudio disfruta compartiendo a Cristo. Me gusta cuando te escucho compartir, hermano. Pero no son los hombres, no somos los que aparecemos mucho, no somos nosotros las estrellas: es la Iglesia, es el cuerpo entero, es la novia la que se está preparando, ustedes son los que tienen que aparecer relucientes, ustedes tienen que estar llenos de frutos, ustedes ... Ustedes tienen que servir al Señor, ustedes ... ¿Se dan cuenta, hermanos?

Usted puede decir: “Oh, qué lindo siervo, mira cómo predica, cómo el Señor usa este siervo, oh qué lindo siervo, que el Señor levante a su siervo.” ¡Siervos, procuremos ahora que el Señor levante a la iglesia! ¡Aleluya! Que el Señor fortalezca a la iglesia, que la Iglesia esté mas fortalecida, que la iglesia esté más linda, que la Iglesia esté más llena de Cristo. ¿Amén, hermano? Que la Iglesia sirva en espíritu.

Valorando a los hombres quebrantados

Que los hermanos a medida que van creciendo ... Oh hermanos mire esto, a medida que usted va creciendo, a medida que la iglesia local va madurando, la iglesia va valorando a los que en espíritu sirven al Señor. Va valorando a los hombres quebrantados, donde se manifiesta la mansedumbre de Cristo, la ternura de Cristo, el carácter

precioso del Señor. ¡Inconfundible! ... Pero al mismo tiempo la Iglesia va discerniendo. ¡Cuidado carne mía! ¡Cuidado, hombre, hermana, hermano o hermana que quieres levantarte, que quieres buscar alguna gloria para ti! ¡La Iglesia no te va a oír a ti: la Iglesia escucha a Cristo! La Iglesia escucha el Espíritu de Dios, la Iglesia escucha a espíritus quebrantados, la Iglesia no escucha a hombres ensimismados. La Iglesia no sigue a los Diótrefes. La Iglesia no sigue a los que les gusta tener el primer lugar. La Iglesia no los va oír, no los va a seguir. Ellos van a quedar aislados, van a quedar hablando solos, van a quedar dando su propia opinión. Van a quedar exhibiendo su sabiduría, sus conocimientos, su elocuencia, pero van a tener que buscarse otra plataforma, porque en la Iglesia no tendrán lugar. ¡Bendito sea el nombre del Señor!

La Iglesia reconoce lo que es de Cristo

Hermano, traje por si acaso pudiera leer algo aquí, pero parece que está todo dicho ya ... ¡Señor! ... La Iglesia conoce a Cristo. La Iglesia vive para Cristo. La Iglesia reconoce lo que es de Cristo. ¿Amén, hermano?, ¿Ustedes conocen lo que es de Cristo?. Si saben valorar lo que es de Cristo, sabrán discernir lo que no es de Cristo, y nosotros de aquí en adelante vamos a oír a Cristo, vamos a discernir a Cristo, nos vamos a ir llenando de Cristo. Y cuando algún hermano que nos lleve a Cristo lo vamos a discernir: “¡Bienvenido, hermano! ... Pase, no más, ocupe el primer lugar, si es necesario. Predique todas las veces que sea necesario. Si Cristo está saliendo por ti, y si estamos llevando a la Iglesia a que Cristo sea el todo en todos.”

Hermano, estamos exaltando a Cristo. Es necesario que Él crezca y que los grandes siervos mengüen. Que los grandes siervos mengüemos ... seamos pequeños ... pero que se vea a Cristo grande. Hombres débiles en Él, pero que prueban el poder de Dios siempre. No tan seguros de sí mismos, no, no con sus propias fuerzas. Hermano, usted no tiene derecho a pararse con sus propias fuerzas. No tiene derecho a influir sobre la casa de Dios, sobre las decisiones de la Iglesia. No podemos hacerlo así, eso nos ha traído tanto dolor, nos ha

traído tanto fracaso, ¡es tiempo que aprendamos! Esto que le ha traído tanto dolor y fracaso a la Iglesia históricamente, es nuestro día para parar esto. Y no somos nosotros quien lo para, sino que es Cristo mismo que lo detiene. Es el espíritu del Señor quien detiene la carnalidad en medio de la casa de Dios, para que Cristo sea glorificado. Para que Cristo sea el todo en todos. ¡Gloria al nombre del Señor!

¡Qué grato ha sido estos días escuchar la palabra que nos lleva a Cristo! ¿Quieres ver al Señor exaltado? ¿Quieres servir al Señor? Entonces, con un espíritu quebrantado, dependiendo del Señor, dependiendo del cuerpo, considerando al hermano, viendo al hermano. Oh hermano amado, el Señor te usará a ti. El Señor me usará a mí. El Señor nos usará a todos. Y la obra del Señor prosperará. Te van a creer los vecinos. Te van a creer tus parientes. Nos van a creer. Porque van a ver que de verdad nos amamos. Oh hermanos, que el Señor nos socorra, y tiembles antes de pararte en medio de la asamblea, entonces verán a Cristo en ti. Y las visitas que vengan ... ¡ay! Discúlpeme este paréntesis. Si hay algo que nos desgarrar por dentro, es cuando hemos oído esto ...

Esto es algo íntimo, algo íntimo que lo hacemos público hoy día ... Cuando en alguna localidad alguien dice, nos llama por teléfono, o va a Temuco, o cuando vamos a la localidad y nos dice: “¿Hermanos, cómo voy a traer a alguien a la reunión? No me atrevo a traer una visita. Porque aquí hay un hermano u otro, o dos hermanos, que toman la palabra y no la sueltan más. Aquí hay hermanos que se levantan en sí mismos y no se oye a Cristo”. Entonces la Iglesia está fracasando. Si nosotros no tenemos confianza para traer a otro, y que ... “Mira, ven a una reunión, ahí vas a escuchar cómo los hermanos glorifican al Señor. Mira como los hermanos expresan libremente su fe y aman y adoran al Señor”. ¡Qué tremendo es que si vamos, y en la reunión no pasó nada! Un par de hermanos lo controlaron todo, lo manipularon todo, no interpretaron bien al Señor ... Cristo no tuvo salida, no tuvo expresión. La reunión fue un fracaso y ese hermano que quería servir al Señor trayendo a un compañero de curso, a un compañero de trabajo, se queda frustrado esperando meses ... años! ... Frustrado en su servicio.

Sirviendo en sujeción

Tenemos que madurar hermanos, ¿Amén, iglesias locales? ¿Amén, ancianos de las iglesias, hermanos servidores, consiervos, varones y hermanos de las iglesias? Tenemos que ir madurando. El Señor se agrada de hombres quebrantados, que han perdido la confianza en la carne y que toda su confianza la tienen en el Señor. No son sabios en su propia opinión ... consultan las cosas. ¡Qué triste es cuando un hermano lo tiene todo decidido, y después de que tiene ya todo decidido recién viene a comunicar! Yo he cometido ese error muchas veces, y me arrepiento y pido perdón por cada vez que he afectado a mis consiervos por eso.

Hermano, es el día de depender del otro miembro, ¿Amén, hermano?, depender el uno del otro. ¡Aleluya! Someternos unos a otros, sujetarnos unos a otros, de servirnos unos a otros. ¡De servirnos unos a otros! Ya voy a terminar ya. No se preocupe, ya voy a terminar. De servirnos unos a otros, me acordé de un pasaje hermano. No es otro mensaje, es un pasaje no más.

En cierta ocasión el Señor iba con sus discípulos, y cuando llegaron a cierto lugar los llamó: “Vengan”, y les hizo una pregunta. ¿Qué venían hablando ustedes en el camino? Y a los doce, no les salió el habla. Me imagino que el Señor les habló esa vez seriamente. “A ver, a ver ... ¿qué venían hablando en el camino? Y el escritor ahí ... creo que es Lucas, dice: “Porque en el camino venían disputando entre ellos cuál de ellos sería el mayor.”

Por lo menos estamos seguros que no era una conversación muy en el espíritu la que traían los hermanos ... Ya me imagino cómo se mirarían unos a otros y dirían: “¡Qué va a ser éste! ... ¡Yo sí! ... ¿Y este otro? Podría ser, pero ... con un poquito de esfuerzo yo se la voy a ganar a él ... ¡Yo voy a ser el primero!”. El Señor los llamó: “¿Qué vienen hablando?” ... No hay palabras ... Se avergonzaron ... el Señor les dijo: “Si alguno de ustedes quiere ser el primero, sea el último, y el servidor de sus hermanos.”

¿Quieres ser el primero? Conviértase en el sirviente de los demás. Nos gusta mandar, nos gusta que nos tomen en

cuenta, y no estamos dispuestos a barrer el local. Prestemos un servicio de amor a los hermanos ...

Sirviendo en el Cuerpo

Y una última cosa, hermanos, usted me dirá, ¿pero cómo es esto de servir al Señor? ¿Habrá que ir a predicar, habrá que ir a la obra, habrá que abandonar el trabajo como algunos lo han hecho? Hermano, usted se acerca en Cristo a otro hermano, lo atiende, lo escucha, y usted se acerca a otro hermano, y tiene una simple conversación con él en Cristo. ¡Qué simple! “¡Hola, hermano, ¿cómo estás?”. Después de ese “¿cómo estás?”, ya comienzas a servirlo ... Entonces nos damos cuenta si el hermano está padeciendo una necesidad, y si el hermano está necesitado de algo. Ahí ya estás comenzando a servir. Y tomas contacto con otro hermano, y dices: “Hermano, hay que ayudar a este hermano. Este hermano tiene una preocupación”. “¿Sabes, hermano? Cuenta con mi oración”. ¡Ya estás sirviendo! ... ¡Gloria al Señor! ¡Algo tan simple como eso!

Pero si usted es indiferente, va a la reunión el domingo, se sienta, confiesa “¡Jesucristo es el Señor!”, participa del partimiento del pan y se va a la casa ... y sigue su vida rutinaria ... ¡vive para sí! ¡Cada uno vive para sí, sólo piensa en lo suyo! Entonces no servimos al Señor. Mas si en espíritu vamos ... Vi a un hermano triste en la reunión, ¿qué le pasará? No pude acercarme después de la reunión ... pero me quedé preocupado ... lo voy a llamar por teléfono. ¡Comenzaste a servir, hermano! ... Te preocupaste por los hermanos! Así es la voluntad del Señor, que los miembros se preocupen los unos por los otros. ¿Amén, hermanos? Y así nos vamos sirviendo los unos a los otros.

Es sencillo ... al final comenzamos a servir en medio de la casa del Señor prestando una ayuda a otro hermano. ¿Amén? ¡Amén? Al final, el servicio es pura ayuda, puro socorro mutuo. Eso es Cristo en nosotros. Al final el Señor a través de ti hará grandes cosas. Tú estás orando para que el Señor haga grandes cosas a través de los obreros ... pero el Señor ya está haciendo grandes cosas ... Hoy día nosotros estamos trabajando, y vamos a trabajar todo este año para que el Señor haga grandes cosas a través de usted.

Sábado 2 de febrero (mañana)

LA IMAGEN DE DIOS (II)

Roberto Sáez F.

Esta mañana quiero terminar el mensaje que comencé el lunes pasado. Espero que el Señor me dé la gracia para hacerlo, porque no es nuestra intención dar una mera información bíblica, sino que Dios respalde su palabra con su Espíritu, y así podamos ser suplidos con la vida de Dios, y podamos practicar lo que estamos escuchando.

Rasgos distintivos de la imagen de Dios

El pasaje que ha leído el hermano Claudio reúne todo lo que quiero decir en esta mañana (1ª Pedro 4:1-11). Quiero decir que en la imagen de Dios hay rasgos distintivos. Mencioné cuatro de ellos el otro día. Esta mañana quiero destacar otro de los rasgos distintivos de la imagen de Dios, y es el amor, la cruz y la gracia de dar. Estas tres cosas vinculadas la una con la otra.

El amor

El amor es el rasgo más distintivo de Dios, de la imagen de Dios. Juan nos dice que Dios es amor. “Dios es amor”. ¿Digámoslo? “Dios es amor”. El hermano Rodrigo nos enseñaba que Juan insistió en su ministerio de la palabra, insistió en volver al principio. Y nos mostraba de una manera tan gráfica a través de esa palabra cómo el Señor Jesucristo vino a plasmar la imagen de Dios en los doce. Cuando no había ministerio, cuando no había apostolado, solamente había una relación entre Cristo y sus apóstoles. Y era una relación de amor. Ellos empezaron a palpar, a ver, de una manera muy objetiva y práctica y muy didáctica cómo el Señor Jesucristo revelaba la imagen de Dios con ternura, con amor, con mansedumbre.

Ellos vieron a Cristo amar intensamente a su Padre. Y escucharon uno de los últimos consejos, capítulo 15 de Juan, cuando Jesús se despide de ellos. Y dice: “Permanezcan en mi amor, así como yo he permanecido en el amor de mi Padre.” Y es que si había algo que sostuvo humanamente a Jesús en su paso por la tierra fue recordar aquel eterno amor con el Padre le había amado, y entonces, estando aquí, cómo olvidarse de ese amor. Cómo traicionar ese amor. Cómo ser infiel a ese amor, a ese eterno amor. Cristo había vivido en una relación de mutualidad con su Padre, y eternamente había gustado lo delicioso que era el amor de su Padre. Con su Padre habían hecho todas las cosas, habían planificado todas las cosas. Aun su muerte había sido planificada con el Padre y con el Espíritu Santo. Cristo murió no por casualidad, no porque lo obligaron a morir, su muerte obedeció a un anticipado y determinado consejo de Dios. Él dijo: “Nadie me quita la vida, yo la pongo, y tengo poder para volverla a tomar”. Pero no actuó por sí mismo en la resurrección habiendo podido hacerlo, esperó el tiempo señalado por el Padre: tres días. Al tercer día resucitó. El Hijo de Dios no se levantó por sí solo, sino que el Padre, mediante el Espíritu Eterno lo levantó de entre los muertos. ¡Aleluya!

A Jesús lo sostuvo el amor del Padre. Cómo no vivir por ese amor, cómo no recordarlo, cómo no ... en medio de las

tentaciones que tuvo y de las crisis de su alma ... porque el alma de Cristo pasó por muchas crisis. Porque él sintió la vida humana como todos nosotros. La única diferencia entre él y nosotros es que en él no había pecado. ¡Gloria a Dios! Pero él sintió la humanidad nuestra con todas sus contingencias, con el hambre y con el cansancio, con la soledad y con el dolor por la traición sufrida. Pero los discípulos vieron a Jesús relacionarse con su Padre. Depender de su Padre. Orar a su Padre. Escuchar a su Padre. Estar a solas con su Padre. Deleitarse en el tomar contacto con el cielo.

Un día Jesús llevó a tres de ellos a un monte. Y como si se hubiera abierto una ventana, una puerta entre el cielo y la tierra, Cristo fue transfigurado a la vista de esos discípulos. Ellos vieron la gloria de Dios. De eso daba testimonio Juan, que lo que contemplaron sus ojos, lo que palparon sus manos tocante al Verbo de vida, esto es lo que anunciamos. Ellos tuvieron una gran revelación de Jesucristo. La comunión que tenía el Señor Jesús con su Padre. En ese instante se oyó por segunda vez la voz del cielo que dijo: “Este es mi Hijo amado; en él tengo contentamiento, a él oíd.” Qué revelación más profunda de la imagen de Dios. Una revelación plena, llena, de la gloria de Dios, de la imagen de Dios.

La imagen de Dios que, según hemos dicho en estos días, no es una silueta, sino que es un estilo de vida. Se caracteriza por la interdependencia, por la mutualidad, se caracteriza por la sujeción del uno al otro. Pero toda esta multiplicidad de relaciones están vinculadas, están relacionadas por el amor. Y es esto lo que el Señor Jesucristo vino a traer. Y resumió toda su enseñanza y sus demandas, y toda la ley de Moisés en dos mandamientos, el amor a Dios y el amor al prójimo. Porque en esto se resume toda la ley y los profetas.

La cruz

El amor se relaciona con la cruz. Es por amor. Porque de tal manera amó Dios al mundo que envió a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna. Es por amor que Cristo descendió del cielo. Es por amor que el Padre nos dio a su Hijo. El amor lo movió a probar la cruz en el Gólgota, el amor movió al Padre a

entregar al Hijo por nosotros. Y el amor por nosotros movió al Hijo para dar su vida en rescate de los pecadores. El amor llevó la implicancia de la cruz, la entrega, el sacrificio, respaldado por la vida que genera el amor.

Dios es amor, y su amor permitió que él pudiera pagar este alto precio para rescatar nuestras vidas. Y entonces viene como fruto este otro rasgo distintivo de la imagen de Dios, que es el dar. Por amor sufre la cruz, por amor se niega, por amor lo entrega todo, y entonces ahí está el fruto del amor que es el dar. Detrás de todo acto de dar está la cruz, y detrás de la cruz está el amor.

El amor implica la cruz y la cruz implica el dar. Todo está muy interrelacionado. Es el rasgo distintivo de Dios. Es su estilo de vida, y de esto aprendemos que la cruz es algo que ha estado eternamente en el corazón de Dios. Que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo han vivido eternamente de esta forma. El Padre le ha dado al Hijo el poder, la autoridad. El Padre compartía primero con el Hijo, del Padre eran todas las cosas. De él procede toda buena dádiva, del Padre de las luces, viene de lo alto, del Padre. Toda buena dádiva y todo don perfecto procede del Padre de las luces, y cuando el Padre fue ofendido en su autoridad y en su gloria. Y el ángel principal se reveló contra Dios y ofendió la autoridad de Dios, y creó un caos en el reino de los cielos. El Padre, en una actitud ejemplar, no toma venganza por sí mismo, ni castiga al ofensor por las suyas, teniendo toda la autoridad para hacerlo, pero encarga al Hijo la obra de juzgar al diablo, y de juzgar el pecado de la humanidad. Y en la cruz el Señor Jesucristo hace un juicio, representando la voluntad del Padre ofendido en su autoridad y en su santidad. El Hijo de Dios reivindica la autoridad del Padre. El Padre no lo hace por sí solo. El Padre envía al Hijo. El Hijo obedece al Padre. El Hijo se somete al Padre, y la demostración más grande de la cruz en él, es que en el momento más importante, en que tenía que definirse la entrega de su vida, en la cruz más espantosa y dolorosa, y de la manera más vil, ignominiosa y vergonzosa.

El Señor Jesucristo dice: “Padre, si quieres (apelando a la voluntad del Padre) si quieres, pasa de mí esta copa, pero que no sea como yo quiero, sino como tú quieres.” Y el Padre

confirmó en el corazón del Hijo. El Hijo recordó aquel instante de la eternidad, antes que las cosas fueran creadas, cuando en esa reunión del consejo eterno de la deidad, se aprobó el acuerdo, y alguien preguntó: ¿Quién irá por mí? Y el Hijo dijo: “Heme aquí, heme aquí”. Y vino el Hijo de Dios. Pero esa obediencia, ese: “Sí, quiero”, esa expresión “Heme aquí” fue probada.

El Hijo nunca había tenido una humanidad, y en su humanidad estaba siendo probada la obediencia a través de padecimientos. Y llegó el momento culminante de demostrar su capacidad de obediencia, pero como hombre. ¡Aleluya! Porque Jesús obedeció hasta la muerte y muerte de cruz. El Hijo se inclinó ante la cruz. El Hijo vio los horrores, los espantos. Las profecías hablaban de los dolores, del varón de dolores, del experimentado en quebrantos del momento cuando le serían arrancados los pelos de la barba.

Cuando el Hijo enfrentó la cruz sufrió los dolores como sufriría cualquier ser humano, por la sensibilidad del Hijo de Dios, del bendito Hijo de Dios, por su sensibilidad, nos parece que murió anticipadamente. Fue crucificado al mediodía, y horas más tarde había entregado su vida, había expirado. No pudo soportar el dolor. No pudo soportar las burlas por más tiempo. Si lo midiéramos en términos científicos, y médicos, el corazón humano de Jesús, reventó de impresión, murió de un infarto en ese momento. Su sangre fue derramada, su costado herido por la lanza derramó aquella sangre, se vació de su sangre. Fue horrorosa la cruz. Fue por ti y fue por mí. ¡Bendita cruz! ¡bendita obediencia! ¡Bendito acto de amor, sublime amor! ¡No hay amor más grande que el de Aquel que descendió del cielo, dejando su trono de gloria descendió hasta nosotros y pagó este alto precio. ¡Oh qué precio! Derramó su vida por ti y por mí. En esa cruz quedaron solucionados todos los problemas. Toda la rebelión, toda la desobediencia, todas las consecuencias de la caída, toda la desgracia, toda la muerte quedó solucionada en la cruz. ¡Cristo venció! ¡Cristo ha vencido! ¡Aleluya!

Pero la cruz del Gólgota, cruz histórica, cruz real, palpable, que la vieron millares de ojos, es sólo una expresión de la imagen de Dios, del carácter de Dios. Del estilo de vida de la deidad. Eternamente ellos vivieron en la cruz. ¿Qué hubiera

pasado? ... A veces, cuando una de mis hijas me desobedece, yo le digo: ¿Qué hubiera pasado, hija, si Jesús no hubiera querido obedecer al Padre? ¿Qué hubiera pasado si el Señor Jesús, en algún momento de la eternidad pasada hubiera querido actuar por sí solo? ... Dios ya no sería uno. Dios estaría dividido. Pero lo que ha permitido que Dios sea uno es la cruz. Porque han tenido la capacidad de negarse a sí mismos, y el Padre lo ha demostrado de la manera más tremenda, de la manera más gráfica, de la manera más palpable. Hay un hecho histórico: la cruz del Gólgota es el hecho histórico en que Dios nos demostró su amor. Nos demostró la cruz. A través de la cruz histórica, la cruz visible, de madera, nos muestra la cruz espiritual, la cruz de su carácter, la cruz de su vida, la cruz de su imagen. Eternamente la cruz ha estado en él, y eternamente lo estará. Y por eso la cruz tiene que ser aplicada a nuestras vidas.

A través de estos 20 años de historia que tenemos podemos decir que todos los que llegamos hace 20 años atrás a esta comunión, ninguno de nosotros tenía idea de lo que era la cruz. En los primeros años predicamos de la cruz, dimos muchos mensajes de la cruz. Hablamos mucho de Romanos, compartíamos la palabra de la cruz, pero muchos de nosotros, hablando de este tema y conociendo de qué se trataba, conociendo la doctrina de la cruz, no la habíamos experimentado como la hemos experimentado en los últimos años.

¿Cuántos de nosotros al momento de enfrentar la cruz quisimos soslayarla? ¿Quisimos evitarla, quisimos hacernos a un lado? Y en eso no fuimos dignos. ¿Cuántos, enfrentándose a la cruz, llegó el momento en que se le ofreció una alternativa, el vaso de vinagre mezclado con hiel, que era un 'doping' para soportar el dolor, para calmar el dolor? ¿Cuántos de nosotros, al enfrentar la cruz nos hemos 'drogado' con alguna alternativa que nos dé alguna gratificación para que la cruz no sea tan dolorosa?

No sé si estamos tan conscientes de cuán necesaria es la cruz para nuestra vida natural, para nuestro viejo hombre, para la herencia pecaminosa carnal, para esa vana manera de vivir que recibimos de nuestros padres. Para toda esa naturaleza, esa ley de pecado. No sé qué tan conscientes estamos de lo

malos que somos por dentro, de lo perverso que somos, de la inclinación natural que tenemos a hacer lo malo. No sé cuántos de nosotros habremos llegado a decir: “¡Miserable de mí!” No sé cuántos de nosotros tendremos una buena opinión de nosotros todavía. Y diremos: “Yo no soy tan malo. Yo nací en un hogar cristiano”. Qué bueno los que nacieron en un hogar cristiano y nunca han pecado en esos pecados groseros, pero hay tantos que todavía teniendo esa vida formal en un hogar cristiano no conocen la cruz, están llenos de justicia propia. Piensan que porque no han probado el mundo ellos son mejores que otros. ¡Cuántos tendrán una justicia propia! ¡Oh, que nos libre el Señor! Que sepamos que de la mollera hasta la planta de los pies todo en nosotros es hinchazón y podrida llaga, que nuestra justicia, lo mejor de nuestros actos es como trapos inmundos en la presencia de Dios. Que no somos justos en nosotros mismos, que nada bueno hay en nosotros. Que el pecado, el mal, está en nosotros. Que del todo somos pecadores.

Pero gracias a Dios que nos ha justificado de nuestros pecados y ha puesto dentro de nosotros la santa vida de su Hijo, que nos mora, y ahora no tenemos ninguna gloria en nosotros mismos. Ahora sabemos de la circuncisión hecha en la carne. No en la carne humana, sino en la carne que es nuestra humanidad. Fuimos circuncidados. Dios echó nuestro cuerpo pecaminoso carnal en la circuncisión de Cristo. Hemos sido crucificados juntamente con Cristo. ¿Cuántos saben que el día que Cristo murió ellos también murieron? ¿Que están muertos como estuvo Cristo? Lo estuvimos nosotros en la muerte conjunta con Cristo, que fuimos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo. Y que ahora la vida que estamos gozando es la vida resurrección, es la vida del hombre nuevo, es la vida de Cristo en nosotros. Que no es una vida particular tuya y mía, sino que es una vida que está manifestada en el cuerpo de Cristo. ¿Nos damos cuenta de la falta que nos hacía la vida que estaba en estos otros miembros que no conocíamos? ¿La vida que estaba en Rubén, la vida que estaba en Rodrigo, que no los conocíamos, pero que ahora los hemos conocido? ¡Y nos hemos complementado! Ellos se sienten afirmados por nosotros, y nosotros con ellos. La vida están en el cuerpo. Amado, te necesitamos. Te necesitamos. Hermano James,

hermano Robert, les necesitamos. La vida que está en ustedes es de todos nosotros, la vida es para el cuerpo. ¡Aleluya!

La gracia de dar

El amor de Dios, la cruz de Cristo producen en nosotros la gracia de dar. Cuando hemos conocido el amor de Dios, y cuando hemos conocido la cruz no nos cuesta dar, porque una vez que pruebas la cruz, ya tu vida está entregada. Ya tu vida está rendida. Ya tu vida no te pertenece. Ahora eres de Cristo. Ahora Cristo está en ti. Ahora tú no te mandas solo. Ahora el reino de Dios está entre nosotros. Ahora la autoridad de Dios y de su Cristo ha venido a nosotros. Y el reino de Dios nos está regulando. Y entonces, es una tremenda contradicción quedarse con lo que es de Dios aquí en el bolsillo.

Cuando damos, por supuesto, duele, porque cuando damos de lo que es nuestro, o a lo menos de lo que se nos ha encargado, de lo que se ha puesto en nuestras manos y que sabemos que no es nuestro, que todo es de Dios, y que lo administramos para suplir las necesidades de nuestra familia, pero también Dios ha querido ... En esto, mira, Dios no necesita dinero. ¿Estamos de acuerdo? A Dios no lo vamos a hacer más rico con dar una parte de nuestro dinero. Él es inmensamente rico. Suyos son la plata y el oro. De él es el mundo y su plenitud y todo lo que en él habita. No lo vamos a impresionar con darle a él. Pero ¿sabes? Somos nosotros los que necesitamos ofrendar. Las ofrendas están en el Nuevo Testamento, y están en el Antiguo Testamento graficadas con el culto hebreo. Con el sistema de sacrificios de animales. Allí los oferentes traían un cordero o un ovillo o una paloma, según fuese la capacidad económica de cada cual.

Ofrendar en el Antiguo Testamento tenía un costo. Había que rendir un animal, había que sacar del rebaño no cualquier animal, sino el mejor, y ofrecerlo a Dios, sacrificarlo. En el acto de ofrendar, en el acto de dar estaba implícita la cruz. Había que sacrificar. Al mismo tiempo de dar, había que sacrificar. ¿Y quiénes aprovechaban, quiénes vivían de aquello? Lo tomaba la tribu de Leví, los sacerdotes, vivían ellos y sus familias de todo lo que el pueblo ofrendaba. Eran

doce tribus, así que, como la tribu de Leví no tuvo herencia en la tierra, Dios le ordenó a sus hermanos, a las 11 tribus restantes que ofrendaran el diezmo para sostener a la tribu de los levitas, y el pueblo aprendió a ofrendar, de la primicias, de todo lo que el pueblo cosechaba, de los animales, de las ovejas, del ganado, de los minerales, de los trabajos que hacían, de la artesanía que vendían, de las tierras que tenían, de todo ofrendaban. Así que esta tribu de los levitas, que sostenía el culto y la obra de Dios, vivía con un ciento diez por ciento. Entretanto sus hermanos, teniendo el cien, al dar el diez, se quedaban con el noventa. Así que la tribu de los levitas vivía con un ciento diez por ciento del total de las ganancias de todo Israel.

Cuando la gracia de ministrar se debilitaba en los obreros, en los levitas, en los predicadores, en los que sustentaban el culto, en los que ofrecían los sacrificios a Dios, y entraba la liviandad en los sacerdotes, la mano del pueblo se empezaba a apretar contra ellos. Al ver las liviandades de los hijos de los sacerdotes, entonces el pueblo empezaba a mermar en la gracia de dar, veía que dar era como en vano. Y seguramente entraba la suspicacia y la duda: ¿Por qué tenemos que sostener a estos flojos, a estos holgazanes? Y entonces el pueblo no ofrendaba. Y cuando el pueblo no ofrendaba, venía como consecuencia el castigo de Dios: venía la sequía, el pueblo no tenía cosechas, el ganado se moría, y todo era una ruina total. Entonces Dios levantaba un profeta, y el profeta venía a hacer volver al pueblo a la palabra de Dios. Y una de las cosas que el profeta siempre reclamaba era hacer cumplir la palabra de Dios. Y cuando el pueblo venía y se volvía a la palabra, se volvían también a la gracia de dar. Hay mucha enseñanza al respecto en Malaquías, respecto de cómo fue ese período de tanta decadencia, esa desgracia del cautiverio, y cómo, cuando volvieron del cautiverio, el pueblo pensó primero en restaurar sus casas, artesonar sus casas, amoblar sus casas, preocuparse de sus jardines, de sus cercos, de asegurar sus puertas, del bienestar de sus hijos, de sus familias, de sus campos, de los cercos del campo, pero la casa de Dios estaba llena de musgo, la casa de Dios estaba abandonada.

Y eso representaba lo que la generación de todos los tiempos ha hecho con Dios, que primero, antes que preocuparse de la obra de Dios, se han preocupado de ellos mismos. Pero venía la palabra de Dios exhortando al pueblo, y el pueblo se arrepentía. Y cuando el pueblo se arrepentía y comenzaba a dar para Dios, entonces la bendición de Dios venía y abundaba la palabra, el amor, la comunión, la gracia, el perdón de los pecados, la purificación. Todo se renovaba. Creo que nosotros estamos viviendo esos días. Días de renovación, días de purificación, días de restauración. Entonces estamos viendo que es fácil dar hoy día, que todos nos estamos rindiendo, que todos estamos tomando la cruz, que todos estamos aceptando que para venir a Dios, adorarlo hay que entregarlo todo, hay que rendirlo todo. Y a la hora de ofrendar dinero, o cosas, antes que ofrendar cosas, antes de ofrendar dinero, la Escritura nos enseña primero a ofrendarnos nosotros a Dios.

Ofrendándose primero a sí mismos

En Romanos aparece esa palabra que todos conocemos, que dice: “Así que, hermanos, os ruego que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.” (Romanos 12:1-2)

En esta palabra se nos invita a venir al altar de Dios, venir a la cruz, se nos invita a rendirlo todo en el altar, a ofrecer nuestros cuerpos en sacrificio vivo. Nos damos cuenta que no sirve mucho que un hermano que vive en pecado ofrende dinero, u ofrende cosas a Dios. Hemos tenido actitudes en el pasado que cuando hemos visto que un hermano no ha andado correctamente y trae dinero, se lo hemos devuelto, y hemos devuelto ofrendas grandes. Creo que nos hace falta ese celo. No sirve que un hombre traiga una ofrenda a Dios si primero su vida no está consagrada. Podría este hombre pensar que porque él está dándole algo a Dios está comprando un beneficio. Está comprando la paz, está comprando el perdón, está comprando la bondad de Dios para él, está comprando algún beneficio, Dios quedaría en deuda con él. Pero Dios no quiere quedar en deuda con nadie.

La característica de Dios, el rasgo distintivo de Dios es el amor, y toda acción que se haga tiene que ser por amor.

Para ofrendar, primeramente tenemos que darnos nosotros. Rendirnos en el altar. Rendir nuestra mente. ¡Oh, nuestra mente! Nuestra mente carnal, que saca cálculos, que maquina, que dice: “Si doy, me va a faltar”. Si doy, no voy a poder pagar la luz o el agua, no voy a poder pagar el arriendo. Nuestra mente que calcula, que saca cuentas. Rindámosle la mente al Señor. Rindámosle el corazón, rindámosle los ojos, rindámosle los oídos, rindámosle los pies, rindámosle las manos, rindámosle el sexo al Señor, traigamos nuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo y agradable a Dios. Este es nuestro culto: traerle a Dios nuestra vida. ¡Toda nuestra vida! Cuando tú te quedas con tus ojos y no se los rindes a Dios, caerás en la lascivia. Cuando tú te quedas con tus manos y no se las rindes a Dios, tocarás lo ajeno, lo que no te pertenece, lo que no te es dado tocar. Cuando tú no le entregas los pies a Dios, entonces tú caminarás por caminos que no son los caminos de Dios. Pero si traemos todo nuestro ser rendido al altar de Dios, entonces, entonces habrá una experiencia, la renovación de nuestro entendimiento, la comprensión de lo que es agradable y perfecto según Dios, y no según nuestra mente. Y entonces ya no viviremos conforme a la corriente de este mundo, sino que nos adaptaremos al reino de Dios, a sus principios, a su Palabra, y viviremos por la voluntad de Dios. ¡Aleluya! ¡Gloria a Dios!

Sin Jesucristo no hay imagen de Dios. Sin el Señor Jesús, sin su revelación, sin su obra en la cruz, sin su estilo de vida. Sin que él viniera a mostrarnos cómo es Dios, sin que él nos demostrara en forma visible, palpable, histórica, la obra de la cruz, nosotros no tendríamos cómo haber conocido a Dios. Pero ahora ninguno de nosotros puede decir que ignora cómo es Dios. Ninguno de nosotros puede decir que no conoce a Dios. De acuerdo a estas palabras que hemos oído esta semana, la imagen de nuestro Señor Jesucristo cobra la relevancia principal. Porque Dios nos envió a su Hijo, y en él nos reveló todas las cosas. Sin Cristo, la imagen de Dios habría quedado en el misterio, oculto. Sin la revelación de Jesucristo no habríamos entendido jamás la imagen de Dios. Nunca podríamos habernos adentrado en su misterio, y

haber conocido cómo el Padre ama, cómo vive, cómo es su forma de vivir. Hoy sabemos cómo es gracias a nuestro Señor Jesucristo. El Padre ha levantado al Hijo. El Padre lo ha hecho heredero de todo.

El Padre nos demuestra que una de las virtudes que tiene él es dar. Que su característica es dar. El Padre todo lo da. El Padre nos dio lo más precioso que tenía. No escatimó ... Cuando dice ... El Padre ... ¿Cómo es que dice la palabra ahí en Romanos 8? ¿No escatimó? El Padre no escatimó ni a su propio Hijo. ¿Cómo sería la palabra “escatimar”? ¿No lo regateó? No tuvo como que era demasiado darnos a su Hijo. ¡Mira el amor del Padre! ¡Mira la gracia de dar del Padre! El regalo que Dios nos envió. Cristo es el don de Dios. Dios nos ha enseñado con este regalo que uno de los rasgos distintivos de Dios es la gracia de dar. El nos dio a su Hijo, pero agrega: “Si nos dio a su Hijo ... Si no escatimó a su propio Hijo, si nos dio a su Hijo, ¿cómo no nos dará con él todas las cosas?”. Hermanos, no tengamos temor de dar. Aprendamos de Dios, que si él nos dio lo más precioso que tenía ¿cómo no podríamos nosotros dar también lo que Dios nos ha dado?

Por qué Dios nos pide que demos

La gracia de dar. Comprendemos que el amor implica la cruz, y que la cruz implica el dar. Que el uno sigue al otro. Están interrelacionados. Y que en todo acto de dar está detrás el amor y está la cruz, está la entrega. Que Dios nos bendiga, hermanos. Que Dios nos abra el entendimiento. Que Dios llene el corazón nuestro de bondad. Que nos haga crecer en la gracia de dar. Que todos nosotros este año podamos aumentar nuestras dádivas para la obra de Dios. En eso Dios no fue individualista. Dios nos elevó a la comunión con él y nos hace partícipes de sus obras. Tal vez ese sea el más grande sentido de que Dios nos pide a nosotros que demos. Nos quiere enseñar cómo vive él. Nos quiere plasmar su imagen, nos quiere reproducir su imagen. Quiere que seamos como él es.

¿Usted quiere ser como Dios es? ¿Quiere parecerse al Padre? ¿Quiere parecerse al Hijo? ¿Quieres ser como es Dios? Entonces tenemos que caminar por esta senda. Tenemos que caminar en amor. Toda esta multiplicidad de relaciones está

impregnada del amor. Dice que el amor es el vínculo perfecto. La palabra que leyó el hermano Claudio decía. “Y sobre todas estas cosas, (sobre esto de soportarnos, sobrellevarnos, de humillarnos, de dar la palabra de acuerdo a la gracia que Dios nos ha dado, sobre todas estas cosas, sobre esto de orar, de dejar el mundo, de dejar la carne, sobre todas estas cosas, sobre toda esta multiplicidad de relaciones, sobre toda esta gracia de dar, de servirnos, de esta mutualidad, de esta reciprocidad que tenemos que tener como familia de Dios, sobre todas estas cosas -dice- vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. ¿Qué es un vínculo? Un vínculo es un lazo, un cinturón, un lazo que aprieta, un cinturón que amarra, que sujeta, que afirma. El vínculo perfecto para esta multiplicidad de relaciones de dar, de recibir, de soportar, de sobrellevar, de todas estas relaciones, el vínculo perfecto es el amor. ¡Aleluya!

Sábado 2 de febrero (noche)

UNA VISIÓN APOSTÓLICA

Eliseo Apablaza F.

Estamos agradecidos del Señor. El Señor nos ha hablado abundantemente en estos días. Esta noche le pedimos al Señor que él complete la porción de la palabra que tenía guardada para nosotros. Queremos todo su consejo. Queremos llenarnos de Cristo, de su Espíritu, y llenarnos también del conocimiento de su voluntad para hacer lo que conviene a su gloria, lo que conviene al propósito eterno de Dios en estos días que vivimos.

Padre, henos aquí, inclinados delante de ti, pidiéndote la Palabra. Tú sabes lo que tu pueblo necesita. No sólo el pueblo que está aquí reunido, sino todos aquellos que escucharán o que leerán esta palabra más allá de aquí. Por todos te pedimos, Señor, que tú nos aclares, nos alumbres el entendimiento, para que, Padre, tu amado Hijo, sea glorificado. En el nombre de Jesús. Amén.

Tres esferas de oración

Colosenses capítulo 2, versículos 1 y 2: “Porque quiero que sepáis cuán gran lucha sostengo por vosotros, y por los que están en Laodicea, y por todos los que nunca han visto mi rostro; para que sean consolados sus corazones, unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el padre, y de Cristo....” Capítulo 3:11: “Donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo y en todos.”

En este versículo 1 del capítulo 2 de Colosenses encontramos una declaración de Pablo acerca de sus luchas en la oración a favor del pueblo de Dios. Aquí se nos revela lo que pasaba por el corazón del apóstol en los momentos de intimidad con Dios. Le dice a los hermanos de Colosas: “Quiero que sepan cuán gran lucha sostengo por vosotros”. Se refiere a esa batalla espiritual que él sostenía en la oración de rodillas delante de Dios a favor de ellos. “Por vosotros ...”. Pablo oraba por los hermanos de Colosas.

Pero luego dice, en la línea siguiente: “Y por los que están en Laodicea”. Aquí tenemos una segunda esfera de su preocupación, de su visión. En el corazón y en la mente de Pablo, y en la oración de Pablo, no estaban sólo los hermanos de Colosas. En su mirada apostólica, en su corazón tocado por el amor de Cristo, estaban también los hermanos de Laodicea. Seguramente Laodicea era una iglesia vecina a Colosas. Ambas estaban ubicadas en la provincia de Asia.

Pero más, el apóstol continúa diciendo: “Y por todos los que nunca han visto mi rostro”. Una tercera esfera de su oración, de su batalla espiritual, la constituían aquellos hermanos de los cuales él alguna vez había oído, había tenido alguna referencia, pero que nunca él había visto.

El corazón de Pablo sufría, batallaba, por los cercanos de Colosas, por los que estaban un poquito más allá en Laodicea, y también se extendía hacia todos aquellos a los cuales nunca había visto. La mirada de Pablo era una mirada apostólica que abarcaba no sólo una iglesia, no sólo un grupo de hermanos, sino que abarcaba todo el universo de creyentes diseminados por todas esas provincias en las cuales él había predicado el evangelio. Podemos decir que

Pablo refleja, representa aquí, el sentir de Dios. Un corazón amplio, generoso, que acoge y que alberga a todos los hijos de Dios. Esta es la oración de Pablo.

Éfeso no es todo el edificio

En el libro de Efesios 2:21 y 22 se nos muestra esta misma actitud cuando dice: “En quien todo el edificio (y “todo el edificio” es la Iglesia, toda la Iglesia) bien coordinado va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados ...” En el versículo 21 nos habla del edificio de toda la Iglesia. Y en el versículo 22, su mirada se dirige específicamente a los hermanos de Éfeso, y les dice: “En quien (en el templo del Señor) vosotros también sois juntamente edificados.”

La Iglesia era mucho más que Éfeso. El edificio abarcaba la totalidad de los creyentes, y por todos ellos Pablo tenía una carga muy fuerte en su corazón. Y les dice a los de Éfeso: “En quien vosotros también ...” Ustedes también tienen una parte en esa edificación global, pero ustedes, hermanos de Éfeso, no lo son todo, no son todo el edificio, no son toda la obra de Dios. “También ...”, esa palabra “también” tenemos que reforzarla.

Apliquémosla a nuestra realidad. Hermanos amados que estáis aquí reunidos en Ruca-Cura: El edificio de Dios está siendo edificado; la casa de Dios está siendo levantada; y el que lo está haciendo, el que está edificando su casa, es el mismo Señor Jesucristo. Y él luego nos dice (por medio de Pablo): “En quien vosotros (los que estáis en Ruca-Cura) también sois juntamente edificados.” Ustedes forman parte de este gran edificio, pero no lo son todo el edificio.

Hermanos de la iglesia en Maipú: Ustedes son juntamente edificados, pero no son todo el edificio. “También” implica que ustedes se agregan a la obra general, se incluyen en la obra general; y ese “juntamente” significa que hay otros aparte de ustedes. “...Juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu”. Hermanos de Éfeso: Ustedes no son todo el edificio. Hermanos de Villarrica: Ustedes no son todo el edificio. Ustedes son “juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu”.

¿Quieren conocer el corazón de Dios respecto de la Iglesia en esta generación? El corazón de Dios no late solamente por nosotros. No sufre solamente por nosotros. Las batallas del apóstol Pablo eran por todo el pueblo, por toda la iglesia, porque toda ella constituía el edificio que era morada de Dios en el Espíritu. Esta es la mirada que Dios tiene. Esta es la mirada que el apóstol tiene. Nosotros hemos estado tan encerrados en nuestra realidad local, en nuestros propios problemas, en levantar nuestro propio edificio, en solucionar los desacuerdos que hay entre los hermanos. Tratamos de funcionar de la mejor manera posible, y pareciera que toda la obra de Dios se reduce a nuestra realidad. Y a veces nos cuesta tener comunión con la iglesia que está al lado. Colosas y Laodicea están hermanadas en el corazón de Dios. Pitrufoquén y Gorbea están hermanadas en el corazón de Dios. Villarrica y Cunco están hermanadas en el corazón de Dios. San Bernardo y Cisterna están hermanadas en el corazón de Dios. Todos nosotros somos “juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu.”

Con todos los santos

Efesios capítulo 3:18: Este versículo forma parte de otra oración de Pablo. Aquí nos damos cuenta que las oraciones de Pablo eran tan amplias, que abarcaban más allá de una iglesia local. Dice: “Seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos, cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo.” El conocimiento, la comprensión, del amor ... de las dimensiones del amor, sólo se pueden conocer y comprender con todos los santos. No el creyente individual que se encierra en la pieza para contemplar a Dios. Eso es bueno, es necesario, pero no es la plenitud. No es tampoco la iglesia que se reúne en una ciudad o en una aldea ... no representa toda la plenitud.

Tenemos, amados hermanos, que tener una visión apostólica. Tenemos que tener una revelación acerca del cuerpo de Cristo que derribe nuestras estrecheces, nuestros muros, nuestros prejuicios. Tenemos que tener, amados hermanos, una visión apostólica para poder orar con una oración apostólica.

Tal vez usted esté pensando: “Hermano Eliseo, esa es su carga, es su encomienda; es la encomienda de Dios para los obreros.” Permítame decirle, amado hermano, que no es tan así. En la medida que todos nosotros abramos nuestro corazón, ampliemos el horizonte; en la medida que nosotros miremos un poco más allá la obra que Dios está haciendo, en esa medida alcanzaremos la plenitud de Dios. ¿Quieres alcanzar la plenitud de Dios? ... ¿Estás plenamente conforme con lo que tienes hoy? ... Yo no estoy conforme, hermano. Te abro mi corazón: no estoy conforme. ¿Sabes por qué? Porque creo que el Señor no está conforme.

En estos días nos hemos deleitado con la palabra de nuestros amados hermanos Rodrigo y Rubén. Yo les decía denantes a ellos: “Este campamento no hubiera sido lo mismo sin ustedes.” La palabra que ustedes trajeron no la podía decir ninguno de los obreros que estábamos aquí. Esa gracia, esa gloria, esa revelación, teníamos que recibirla de ustedes. ¡Hemos sido enriquecidos! ¡Yo he sido enriquecido con la palabra de ellos! Por la visión de Cristo que nos ha mostrado Rubén. Por la visión de la iglesia que nos ha mostrado Rodrigo. ¡Gloria al Señor por estos siervos! ¡Damos a Dios la gloria! Porque él es el que levanta obreros, es él el que capacita, es él el que entrega los recursos espirituales para que su iglesia sea edificada.

“Comprender con todos los santos ...” Amado hermano, cada uno de los santos que está afuera tiene potencialmente una porción de Cristo. Tal vez esté latente, no esté manifestada todavía, pero esta allí. Y esa porción de Cristo espera ser manifestada y ser reconocida por el resto del cuerpo. Espera ser agregada a la gloria del cuerpo hasta que la Iglesia esté llena de la gloria de Cristo. Hasta que la Iglesia tenga la plenitud de Cristo. Hasta que él sea el todo en todos.

Un cambio de paradigma

Por tanto, Pablo nos muestra en estas oraciones, tanto en la de Efesios como en la de Colosenses, una visión apostólica de la Iglesia. Y el mensaje de esta noche, amados hermanos, es muy sencillo y simple; por lo menos en la encomienda que yo he recibido personalmente a este respecto: Tenemos que

llenarnos de esta visión apostólica. Tenemos que cambiar nuestros paradigmas, tenemos que cambiar de enfoque, de punto de vista, de referencia, cambiar de centro.

El otro día le comentaba a los hermanos un ejemplo que puede servir para explicar esto. Hasta por ahí por el siglo XV, los hombres pensaban que la tierra era el centro -desde el punto de vista de la distribución en el espacio- del universo. Existía una visión geocéntrica del universo. Sin embargo, un hombre tuvo un rayo de luz para darse cuenta que, en realidad, la tierra era un planeta más que giraba alrededor del sol. Entonces, cambió la perspectiva, cambió el paradigma, cambió la forma de pensar, la forma de ver el universo. El sol pasó a ser el centro. Es necesario que nosotros nos dispongamos para el Señor, para que él cambie nuestra manera de pensar, nuestra manera de sentir. Yo sé que lo está comenzando a hacer por su gracia, por su misericordia. Sé que estos días han sido una demostración de eso. Pero es necesario que dejemos de ser geocéntricos para venir a ser heliocéntricos, por decirlo de esta manera. Es decir, dejar de pensar que la obra de Dios gira en torno a nosotros, para venir a pensar que nosotros giramos, como muchas otras obras de Dios, corrientes, manifestaciones de iglesia, en torno a Cristo. Para que Cristo venga a ser el centro y el todo. ¡Que así sea! ¿Puedes decir “amén” a eso? ¡Amén, que así sea!

No más en torno a mi persona, no más en torno a nuestra obra específica y pequeña, sino un cambio de perspectiva, que nos permita pensar de esta manera: “Señor ¿cuál es la visión que tú tienes de tu Iglesia? ¿Cuáles son las prioridades que tú tienes para la Iglesia? ¿Cuáles son las necesidades que tú tienes para la Iglesia?” Y cuando decimos “Iglesia” ya no estamos pensando en la iglesia local. Entonces, si cambiamos de perspectiva, pensaremos que si Ruca-Cura tiene que ser sostenido y mantenido, no será para nuestra comodidad, no será para que nosotros estemos mejor, sino que será para que otros muchos tengan aquí cabida, de muchos lugares de este país y del mundo entero. ¡Esto tiene sentido sólo si favorece a toda la Iglesia!

Ruca-Cura ya no nos pertenece. ¡Esto es de Dios! ¡La obra no nos pertenece! ¡Las iglesias locales no nos pertenecen: Le

pertenecen a Dios! Que él haga lo que quiera. Que él la ensanche. Que él cambie nuestra manera de pensar, renueve nuestra manera de sentir, para que él pueda hacer lo que quiere hacer en este tiempo.

Tres objetivos

Colosenses 2:2. ¿Por qué Pablo tiene esta visión apostólica? ¿Por qué ora no solamente por los de Colosas, sino también por los de Laodicea y por los que nunca han visto su rostro? Hay por lo menos tres razones, tres objetivos de su oración apostólica.

Para que sean consolados

El primero de esos objetivos es: “Para que sean consolados sus corazones”. Yo creo que Pablo estaba pensando, más que en los de Colosas, y los de Laodicea, estaba pensando en aquellos que nunca habían visto su rostro. “... que sean consolados sus corazones”. Pablo sabía cómo se habían infiltrado en la Iglesia doctrinas, especialmente esa doctrina farisaica, judaizante, que consistía en poner cargas sobre los hombros de los hermanos diciéndoles que tenían que circuncidarse, que tenían que guardar la ley. Que no era suficiente tener a Cristo, que había que, además, guardar los mandamientos. Los hermanos de Galacia, los hermanos de Asia, y prácticamente todas las iglesias del primer siglo, se vieron enfrentadas a este peligro. Y Pablo en la epístola a los Gálatas hace una argumentación contundente para demostrar que nosotros hemos sido libertados con Cristo Jesús de la ley de los mandamientos, de las ordenanzas. Que nosotros somos salvos solamente por Cristo, y no por las obras de la ley, porque por las obras de la ley nadie será justificado delante de Dios.

En Hechos capítulo 15 encontramos que esta levadura se había infiltrado en Antioquía. Los hermanos envían a Pablo y a Bernabé a consultar a Jerusalén: “¿Qué hacemos con esto? ¿Es necesario circuncidarse? ¿Hay que guardar la ley de Moisés entonces?”. La iglesia, los apóstoles, los ancianos, delante de Dios toman el acuerdo de que nada de eso debe

ponerse como carga sobre los gentiles, y entonces encontramos una palabra preciosa que el hermano Robert Huskey me compartía ayer. El versículo 30 de Hechos 15 dice: “Así, pues, los que fueron enviados descendieron a Antioquía, y reuniendo a la congregación, entregaron la carta; habiendo leído la cual, se regocijaron por la consolación”.

¿Por qué ellos fueron consolados? Porque ellos, por esa carta, entendieron que eran libres. Que Cristo los había hecho libres. Que no era necesario estar adscritos a la ley. Hermanos, ¡cuántas veces el Señor por su palabra nos ha quitado el yugo que los judaizantes, los legalistas han querido ponernos una y otra vez! ¡Una y otra vez el Espíritu Santo trae el mensaje de que nosotros somos libres en Cristo! ¡Salvos por gracia, por fe, y sólo por Cristo! Una y otra vez nuestros corazones han sido consolados, porque nosotros somos propensos a crearnos nuestra propia ley. Nuestros propios mandamientos. Que tenemos que orar en ciertos horarios. Que tenemos que ayunar tantos días a la semana, y si no lo hacemos, luego nos empezamos a cargar, y parece que Dios ya no nos quiere, que Cristo nos rechaza, porque nosotros no pudimos cumplir la ley que nosotros mismos nos pusimos. Entonces, una y otra vez el Señor tiene que decirnos: “Mira, no es por tus méritos, no es por tu fuerza, es porque yo tuve misericordia de ti, porque yo te amo, porque yo derramé mi sangre por ti.” ¡Es por gracia! ¡Es por fe! ¡No por obras! ¡No por méritos!

Pablo sufría cuando él veía que esa levadura judaizante iba diseminándose. Entonces él oraba por esos hermanos a los cuales nunca había visto, y él quería también llegar hasta ellos para consolarles. Hoy día en el mundo cristiano, hay muchos que necesitan consuelo. Están cargados de ordenanzas. En muchos lugares hay verdaderos decálogos de mandamientos, tradiciones humanas. Ellos están oprimidos. Hay siervos de Dios que tienen en sus manos verdaderos látigos con los cuales azotan al pueblo de Dios. Los esclavizan, los amenazan. “Si tú no pagas los diezmos, si tú no haces esto, si tú no haces lo otro, entonces tú puedes ser excomulgado... No tienes dignidad, no tienes derechos. Dios está enojado contigo.” ¡Hay tantas leyes que oprimen al

pueblo de Dios! Por eso Pablo oraba para que sean consolados sus corazones.

Para que sean unidos en amor

Pero no sólo eso. “Para que sean unidos en amor”. Coligados, unidos. Lo que en estos días el Señor nos ha dicho: El amor es el pegamento que une las piedras vivas en este edificio. Amados hermanos, si no hemos experimentado el amor de Cristo, entonces seremos intransigentes, seremos severos con los demás. Si no experimentamos el amor perdonador de Cristo que nos levanta una y otra vez, que restaña nuestras heridas, que perdona nuestros desvaríos, que nos trae de vuelta de nuestras apostasías, entonces nunca podremos amar, nunca podremos perdonar. Siempre tendremos un dedo acusador. ¡Oh, pero el Señor nos ha dado en estos días de su amor, nos ha mostrado que él nos ama y por causa de que él nos ama y ha derramado su amor en nuestros corazones nosotros podemos amar a nuestro hermano!

Podemos amarnos unos a otros, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones. Soltemos los diques, saquemos las barreras, derribemos los muros, quitemos todos aquellos prejuicios. ¡Que se desborde el amor, que fluya el amor! ¡Oh, en el nombre de Jesús, que el amor se desborde! ¡Que nos una, que nos amase, que nos ligue! Hermanos, sin amor, sin la plenitud de este amor dado para nosotros y devuelto al Señor también en un amor lleno de devoción, no habrá restauración de la Iglesia.

Por eso dice aquí: “Unidos en amor, hasta ...” El amor es la antesala para algo. “... hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre, y de Cristo”. Estas dos palabritas chicas que están aquí “y de” pareciera ser que en una versión más rigurosa de las Escrituras no debieran estar, y que dijera simplemente “A fin de conocer el misterio de Dios el Padre, Cristo.” El misterio de Dios es Cristo.

El pleno conocimiento del misterio

“Hasta alcanzar ...”, el amor nos permitirá alcanzar el pleno entendimiento en este misterio de Dios, que es Cristo.

Hermano, si no abunda el amor, si no sobreabundamos en amor, nos quedaremos estancados. El Señor no podrá seguir avanzando con nosotros. Este amor tiene que ser expresado en la iglesia local. Allí, donde se asoman las debilidades, donde se demuestran las pequeñeces, las estrecheces de corazón, la mezquindad y todas las cosas que aun parece que se aferran a nosotros, ahí, en ese ambiente, que a veces se enrarece por causas de nuestras debilidades, en ese ambiente, es donde el amor tiene que cubrir las faltas, es donde el amor se transforma en el vínculo perfecto, donde el amor es aquella argamasa que permite unir las piedras para que el edificio siga creciendo. ¡Gracias a Dios por su amor! Le abrimos el corazón, quitamos los diques para que fluya, para que corra. ¡Señor, así lo pedimos, así lo queremos! ¡Señor, así sea hecho! ¡Gracias por lo que ya nos has dado en estos días, nos has permitido en estos días!

“Conocer el misterio de Dios el Padre, el cual es Cristo”. Cuando conocemos el misterio de Dios quedamos tan atraídos, seducidos. Entonces caen todas las demás cosas, las doctrinas, los prejuicios, las suspicacias, las desconfianzas. Amados hermanos, cuando Cristo ha sido revelado, esa revelación es tan poderosa que se abre paso a nuestro corazón, para que en el cristiano Cristo llegue a ser no sólo el que habita sino el que se transforma en nuestra propia vida, y el que llega a ser finalmente el todo en todos. Donde no hay griego ni judío. Circuncisión ni incircuncisión. No hay diversidad de razas, no hay religiosos ni no religiosos. No hay cultos ni incultos, no hay siervos ni libres. En Gálatas dice: “No hay varón ni mujer, sino que Cristo es el todo en todos”.

¿Ha sido revelado Cristo? ¿Sentimos que el Señor se va abriendo paso a través de nosotros y dentro de nosotros? ¿Sentimos que Cristo ha ganado en estos días? ¡Aleluya, Bendito es el Señor! Esta es su obra y no depende de nosotros. A lo más -como se nos compartía en estos días- hay un anhelo en nuestro corazón, surge un suspiro de amor, un suspiro por el amor. ¡Señor, que tú tengas en este tiempo la iglesia que tú mereces tener. No sólo entre los hermanos que yo conozco, sino entre aquellos que no conozco. Aquellos que no han visto nuestros ojos! ¿Dónde están ellos, Señor?

Permítenos encontrarnos con ellos, permítenos conocernos. Cuando escuchemos sus voces los reconoceremos.

Yo tuve una experiencia ... permítanme contarles. Yo recién como a los 30 años conocí a un hermano de sangre. Él era un hijo de un matrimonio anterior de mi padre. Yo sabía que él existía en alguna parte, pero nunca lo había visto. Un día yo estaba en Villarrica acostado, tarde, como a las diez de la noche, estaba cansado del trabajo. Mi esposa todavía estaba en pie. Alguien toca a la puerta. Ella fue a abrir, y escuché una voz, y dije: "Es mi padre". Pero pensé: "¿Mi padre, a esta hora?". El vivía en otro lugar bastante lejos entonces. Pero era la voz de mi padre. Y le pregunto a mi esposa: "¿Quién es? ¿Mi papá?". "No, me dice. Es alguien que te busca y dice que es tu hermano." "Mi hermano ...". Bueno, mi otro hermano -Minel- y yo nos criamos juntos, somos hijos de una misma madre y un mismo padre. ¿Pero saben? Ni siquiera la voz de Minel era tan parecida a la voz de mi padre como la voz de ese hombre que llegó esa noche a mi casa. Yo nunca lo había visto, pero su voz era la voz de mi padre. ¡En ese momento supe que ese era mi hermano!

Hermanos amados, hay muchos hijos de Dios que no conocemos, pero bastará que los oigamos hablar y sabremos que son hijos de nuestro Padre. ¡Aleluya, aleluya! ¡Tenemos un mismo origen! Fuimos engendrados por el mismo Dios, llevamos las mismas huellas, la misma imagen ha sido metida dentro de nosotros, ¿Cómo podríamos no amar a un hijo de nuestro Padre? El Señor nos perdone la estrechez de nuestro corazón. Escuchar a ese hermano fue suficiente para que mi corazón desbordara de amor.

Así está sucediendo en estos días. El Señor lo siga haciendo. ¡Hazlo Señor! ¡Permítenos conocer a nuestros hermanos y si están esclavizados, queremos, con tu gracia, quitarles el yugo que tienen. Y si ellos tienen más gracia que la que tú nos has dado, Señor, pondremos nuestro corazón junto al de ellos, pondremos nuestro oído junto a su boca para que nos hablen de ti. Para que nos enriquezcan, nos bendigan. Para que nos laven, nos renueven, nos restauren, amplíen nuestro corazón y nuestra mirada.

Amados, termino con esto: Si nosotros somos introducidos en esta visión apostólica, podremos orar como Pablo. Orar no sólo por la iglesia local, por la iglesia vecina, sino por todos aquellos a los cuales nunca hemos visto. Y entonces nuestra ofrenda no será para suplir nuestras necesidades, sino también las necesidades de otros, a los cuales nunca hemos visto, entonces construiremos una casa para suplir y acoger a aquellos que nunca hemos visto. Nuestra oración se elevará por encima de los montes y de las montañas para alcanzar a aquellos que nunca hemos visto. ¡Oh no queremos andar por vista! Queremos andar por fe.

Este es el mensaje que el Señor me ha dado para ustedes esta noche. Pero esta es la última noche, y mis hermanos consiervos que han compartido la palabra estos días hablarán también ahora. Abriremos el corazón delante de ustedes. Estamos juntos soñando un sueño. Estamos compartiendo sueños, esperanzas, expectativas. Estamos compartiendo juntos los deseos que Dios pone en nuestro corazón por el Espíritu. Los invito a que escuchemos también ahora el sueño, el deseo, la expectación que el Señor ha puesto en nuestros amados siervos de Dios. ¿Amén? Gracias Señor.

RODRIGO ABARCA:

Gloria al Señor Jesucristo. Hermanos, yo tengo en mi corazón un sentir de parte de Dios, creo yo, que tiene que ver con el futuro, con lo que viene, con lo que nos espera... El Señor Jesucristo está recuperando, restaurando, su gloria en la iglesia.

Y en ese proceso de restauración de la Iglesia a lo largo de los siglos, Dios ha tenido que usar un principio, que es un principio que Él usa, y que uno descubre a lo largo de la Escritura también. Cuando el pueblo de Dios fracasa, cuando el pueblo de Dios como un todo se extravía, Dios se ve obligado a llamar a un pequeño grupo de hombres y mujeres para mantener en alto el testimonio, para mantener en alto la antorcha, para mantener en alto el testimonio de Cristo. Pero Él no lo hace por causa de ese grupo de hombres, sino que lo hace por causa de todo el pueblo que Él ama, ¿Lo comprendes, hermano? Nosotros no existimos por nosotros

mismos, y si algo te ha dado Cristo, no te la ha dado para ti, porque Él está mirando más allá, y Él quiere llevar a toda la Iglesia a la gloria. Él no se contenta con tener una parte de la Iglesia, Él quiere a toda su Iglesia llena, llena de Él mismo, completamente llena de Él mismo.

¿Y sabes? Cuando Él elige a ese grupo de hombres -y lo ha hecho, lo ha hecho a través de la historia muchas veces-, cuando esa luz de Cristo ha venido sobre un grupo de hombres, han sido bendecidos con ese conocimiento de Cristo, han sido llevados mas allá que la situación de la cristiandad, y de la decadencia de la cristiandad. Han recibido la antorcha, se les ha encomendado la gracia de mantener en alto la antorcha del testimonio de Cristo en el mundo. ¡Oh hermanos, qué privilegio, pero qué responsabilidad también delante de Dios! ¿Saben por qué? Y esta es la tragedia ... porque si tú miras hacia atrás, y lees las páginas de la historia, vas a descubrir que hubo gloria, mucha gloria ... Pero vas a descubrir que hubo también muchos fracasos. Y aquellos hombres a quienes se les encomendó la misión de mantener en alto el testimonio, no siempre fueron dignos de lo que les fue encomendado, ¿Y sabes por qué no fueron dignos? Porque en algún momento de su historia, comenzaron a enamorarse de sí mismos. ¿Qué es enamorarse de sí mismos? Empezaron a mirarse a sí mismos en el espejo, y empezaron a decir: “¡Cuánta gracia se nos ha dado! ¡Mira qué sabiduría se nos ha concedido!, ¡Mira cómo conocemos a Cristo! ¡Mira cómo sabemos de Cristo!

¡Mira cuánto se nos ha revelado del propósito de Dios y del misterio de Dios!”. Empezaron lentamente a considerarse especiales, distintos, mejores. Y empezaron a hacer planes para consolidar eso que se les había dado, para darle continuidad en el tiempo y en la historia, para preservar, para guardar para sí lo que se les había sido encomendado. Y no entendieron que el propósito de Dios iba más allá de ellos.

¿Por qué digo esto, hermanos? Porque el mismo peligro que han afrontado nuestros hermanos del pasado lo afrontamos hoy en el presente. No somos distintos, no somos mejores. No somos superiores. No creas que somos superiores. Dentro de nosotros llevamos al mismo viejo hombre que llevaban ellos. Y necesitamos humillarnos delante de Dios, y decirle: “Señor,

no nos permitas fracasar. No sueltes nuestra mano, no queremos fracasar. Señor, no porque nos interese brillar o resplandecer, sino porque queremos ser útiles para ti, Señor. El día que tú dejes de ser el centro de nuestra vida y de nuestro servicio, concédenos la gracia de desaparecer de la tierra, de no seguir existiendo.” ¿Sabes por qué?

El hermano James nos hablaba de los grandes museos ... ¿Se acuerda, hermano James? ... de los grandes museos que son el recuerdo de lo que alguna vez fue en la historia del cristianismo. Estamos llenos de museos, hermanos. Alguna vez estuvo allí la gloria de Dios, pero ya no está. Y, sin embargo, sobreviven. Nosotros deberíamos tener una obra que fuera de tal naturaleza, que el día en que la gloria de Dios se aparte de nosotros todo desaparezca. Que no quede nada. ¿Amén? ¿Por qué? Porque si lo que tenemos es algo menos que Cristo, es mejor que no esté, que no exista. Que sólo estemos en Cristo, que sólo sea Cristo el centro de todo lo que hacemos y lo que somos. Y el día que perdamos a Cristo, es mejor que dejemos de existir.

Pero tenemos esperanza. ¿Amén? Nuestra esperanza se llama Jesucristo. No tenemos esperanza en nada más. No somos superiores a los que vinieron antes de nosotros. Tenemos que mirar a Cristo. Permanecer mirando a Cristo y seguirlo por donde él quiera que va, sin temor. ¿Amén?. ¡Gloria al Señor!

ROBERTO SÁEZ:

Confirmando todo lo que ha dicho Rodrigo. Qué pena que no tuvimos más tiempo para haber dedicado más tiempo a estar unas cuantas horas en la Historia del Cristianismo. Nos hubiera hecho muy bien adentrarnos más en nuestra historia.

Realmente nosotros no somos exclusivistas. No somos exclusivos, ni menos podríamos ser exclusivistas. Alguna vez lo fuimos, cuando pensamos que todo esto había surgido de nosotros. Pero hoy sabemos que eso no es así. Sabemos que el río de Dios viene fluyendo desde hace mucho tiempo, y que si alguna gracia ha tenido Dios hacia nosotros, es mostrarnos ese río, y nos ha permitido adentrarnos en esas corrientes, y

al nadar en esas aguas nos hemos encontrado con los hombres que a través de la historia le han servido a Dios.

Nosotros no hemos inventado nada nuevo. A nosotros no se nos ha ocurrido nada nuevo. Nosotros hemos hallado el río de Dios. Y hemos aprendido que cada vez que este río los hombres han querido apropiárselo para sí, colocándole diques, el río ha sido más poderoso, y ha desbordado los diques, y ha roto las compuertas, ha pasado todas las barreras, los muros. El río de Dios es más grande, más fuerte, su torrente espiritual es incontenible. Lo único que hay que hacer es nadar en sus aguas, y dejarse llevar por el río de Dios. ¡Aleluya! Ahí encontramos nadando a Rubén, a Rodrigo, a Marcelo, a David de Colina, a Pablo, encontramos a Humberto y a muchos otros que están en este río de Dios.

Ahora nos sabemos uno en Cristo. Y no podremos separarnos nunca más. Estos hermanos son imprescindibles para nuestro servicio. Nosotros también lo somos para ellos. No hemos amalgamado. Nos hemos amasado. La palabra que está en ellos está en nosotros. La vida que está en ellos está en nosotros. La revelación que ellos tienen también la tenemos nosotros. Y los matices de gracia que ellos tienen, en particular de cada uno, porque -hemos aprendido la diversidad que hay en el cuerpo de Cristo. Y las muchas gracias que hay ... Y nos hemos alegrado de ver cómo Dios tenía esta gracia, que había formado en contextos aparte de nosotros. Y esto a nosotros, junto con humillarnos, debe alegrarnos ... Porque esto tiene que terminar con todo orgullo, y toda vanidad espiritual de nosotros, con todo exclusivismo, y terminar con todo exclusivismo, si es que aún quedaba algún rasgo de exclusivismo.

No somos los únicos. Ya hemos comprobado que Dios tiene hombres en otras partes. Y nos sigue dando la gracia de reconocer a esos hombres, y de saber que somos uno con ellos. Por lo tanto, ahora cabe pensar qué va a pasar de aquí en adelante. ¿Qué vamos a hacer? No tenemos que entenderlo todo, ni tenemos necesariamente que tener todo planificado. Sabemos que ya somos uno, y que no nos queda otra que andar juntos.

Podríamos decir muchas cosas más, pero el hecho de que estemos juntos aquí adelante, el hecho de que el otro día estuviéramos juntos aquí adelante, es algo profético, es algo histórico. Es algo que tiene proyecciones. Es algo maravilloso. Es el comienzo ... es un nuevo comienzo para nosotros. ¡Gloria a Dios! A mí me llena de alegría el corazón. Me llena de gozo y de paz, de que Dios esté haciendo esto entre nosotros.

Que el Señor nos mantenga quebrantados, porque la única gloria es para él. ¡Aleluya, hermanos!

CLAUDIO RAMÍREZ:

Muchas vertientes logran formar un gran caudal. Y a veces, algunos arroyos más grandes que otros, no son todo el río. Al encontrarnos con nuestro consiervos y hermanos, y con sus respectivas congregaciones, en las cuales hemos ido a compartir -y hemos sido recibidos con el amor con que lo somos entre ustedes- es como si dos ríos que caminaban paralelos, de pronto, en un recodo del camino, en una quebrada, se juntan, y forman un solo río.

Lo que ha pasado con nosotros es que hemos llegado a una confluencia. Ya no somos dos ríos: somos un solo río. Estamos en el río de Dios. El río que sobrepasa todo lo que podamos entender humanamente. La Iglesia ha sido vivida por diferentes épocas. Por otras generaciones, como se ha nombrado aquí. En diversos lugares, pero la Iglesia secretamente ha estado formando, por la gracia de Dios, una corriente incontenible, que al final a abarcará el universo entero.

¿Qué estará haciendo el Señor? Está ensanchando cada día más su río, y tú perteneces a ese río. ¡Bendigo a Dios por pertenecer a ese río! ¡Bendita es la Iglesia! ¡Bendita es la casa de Dios! ¡Bendito es el pueblo redimido! ¡Bendito es el pueblo santo!

Hermano: cuando nos vemos aquí en este rincón tan lejano, pareciera que no pesamos nada ni somos nada. Pero para Dios tenemos un valor extraordinario. Nadie atajará este río,

nadie. Hermano, y como decía un hermano hace una noche atrás, si tú te quedas al margen de ese río esperando atajarlo, vas a sufrir las consecuencias. Vas a quedar amargado, mirando cómo otros siguen avanzando y cómo el río sigue corriendo, torrentoso profundo, porque no serán las fórmulas doctrinales, ni las estructuras. No será nada de lo que el hombre levante lo que prevalecerá, prevalecerá Cristo, Cristo el Señor.

RUBÉN CHACÓN:

Si yo tuviera que resumir lo que ha ocurrido en estos siete días entre nosotros, diría que Dios nos ha hablado, tanto a ustedes como a nosotros, de una forma muy clara, que creo que todos lo hemos entendido. Y esto que es un privilegio - como lo han dicho los hermanos que han hablado - es también una gran responsabilidad. Si al Señor le decimos: "No" respecto a lo que nos ha hablado, creo que el Señor nos va a desechar y vamos a perecer. Nos va a dejar a un lado, pero si le decimos "Sí", le decimos "Amén". Le decimos: "Estamos dispuestos", con todos los temores, con todas las dudas que tengamos, si decimos, como Jesús en el Getsemaní, pero no sea lo que yo quiero, sino lo que tú quieres.

Entonces, hermano, yo te pido ahora que cierres tus ojos y visualices si decimos sí al Señor y si estamos dispuestos a obedecerle. Suéñelo, véalo, qué va a ocurrir, qué nos espera en los próximos días. Cierre sus ojos y véalo, véalo. Por el Espíritu Santo.

Los ancianos suéñenlo, los jóvenes véanlo. Los hijos y las hijas profetícenlo. ¡Aleluya! ¿Lo podemos ver, hermanos? ¿Podemos ver lo que viene? Si estamos dispuestos a morir en esta noche. Si estamos dispuestos a decir "Sí", "Amén" a tu palabra, a lo que nos has indicado.

No nos queda mucho tiempo. El Señor viene pronto. Y es ahora el momento de jugárnosla. Es ahora el momento de darlo todo. Iglesia del Señor ¿por qué no proclamamos lo que ves?

(La Iglesia proclama)

*Veo manos levantados y corazones regocijándose
con la gloria del Señor
Veo una iglesia gloriosa.
Veo la voluntad de nuestro Dios prosperada.
Se ven corazones consolados.
Veo a Cristo gobernándolo todo.
Vemos cómo los muchos vienen a Cristo.
Afirmados nuestros corazones en fe.
¡Una iglesia sin mancha!
Vemos los propósitos de Dios consumados!
El Señor Jesucristo levantado en la cruz
atrayéndolos a todos hacia él, y atrayendo a
muchos otros que vendrán
Encontrándonos con todos nuestros hermanos en
todo el mundo, y siendo edificados como casa
espiritual y sacerdocio santo para la gloria de
nuestro Dios.
El Señor Jesucristo dijo: También tengo otras ovejas
que no son de este redil, a las cuales también debo
traer. Y habrá un solo rebaño y un solo pastor. Esto
tendrá cumplimiento en nuestros días. Seremos
testigos de la gloria de Dios
Veo una gran multitud con las manos en alto
alzadas adorando a nuestro a Dios que está en el
trono. De él, para él son todas las cosas.
Veo al Amado viniendo en las nubes a buscar a su
amada Iglesia, al Señor Jesucristo, que vive y reina
por los siglos de los siglos.
Veo hermanos vehementes; veo hermanos diligentes
por el Señor.
Veo cumpliéndose la promesa de nuestro Dios, que
las puertas del Hades no prevalecen contra la
Iglesia. Todo lo que el diablo ha querido levantar,
por boca de los hombres, lo veo destruido. Y veo
amando a los hermanos y abrazándolos. Veo la
gloria de Dios prosperada. Veo los propósitos de
Dios cumplidos.
Veo una sola iglesia sin mancha y sin arruga, ni
cosa que se le parezca, llena de gloria y de poder.
Veo la oración de Jesús contestada, que sean uno
para que el mundo crea ...
Volverán los redimidos del Señor, y vendrán a Sion*

con alegría. Y del norte vendrán, y también vendrán del sur, del este y del oeste se levantarán, y el día del Señor vendrá.

Veo al Pastor y Obispo de nuestras almas que viene, y viene pronto.

Veo al acusador de los hermanos derrotado.

El Señor dijo que la iglesia postrera tendría más gloria que la primera.

Veo al Señor derribando toda altivez que se levanta contra su conocimiento. Veo al Señor derribando toda pared que se oponga a su voluntad. Veo al sacando de toda cárcel. El Señor nos ha dado libertad. Veo a los creyentes libres en Cristo Jesús.

Veo a todos los creyentes unidos en una misma fe, en una misma esperanza, en un mismo amor, en un mismo Dios, en un mismo Cristo, en un mismo Espíritu.

Veo a Jesús engrandecido hasta lo sumo, como al principio.

Veo que la gran mentira del diablo está cayendo, a los que están separados, que era imposible juntarlos, me veo abrazado con mi hermano, y llorando juntamente con él. Veo que no le pregunto nada. Veo simplemente abrazándolo y alabando al Señor.

Veo muchas familias restauradas

Veo la misericordia de Dios sobre su pueblo, que nos lleva de gloria en gloria y de triunfo en triunfo.

Veo muchos redimidos, escucho muchos nombres.

Veo manos secas levantarse y escucho voces que dicen: ¡Santo, santo, santo es el Señor!

Veo que el Señor nos ha limpiado de vientos de doctrinas, nos ha apegado en el amor de Cristo.

Veo a los hermanos de la iglesia abriéndole el cauce al río de Dios.

Veo la diversidad de dones en medio de la iglesia trabajando unidos en amor.

Veo una generación santa, enamorada del Señor y apartada para él.

Es grande la misericordia del Señor, porque hay muchos hermanos que están sufriendo afuera por muchas leyes, por muchas cosas... el Señor quiere

traerlos a la libertad de él, porque él los ha libertado y les ha cortado las cadenas que los ataban a ellos. En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, los vemos llegar a la iglesia.

Vemos a la iglesia como al principio, manifestando el primer amor.

Veo a la iglesia contrita y humillada, dando honor y gloria a Cristo, nuestro Señor.

Veo un pueblo que llora, que gime, porque la gloria primera de la Iglesia vuelva en estos tiempos ...

Veo a la Iglesia caminando con paso firme al encuentro del Amado ...

Veo a los jóvenes dando testimonio en las plazas, en las calles, del Señor, evangelizando..., sirviendo al Señor con diligencia.

Veo al Cuerpo de Cristo cumpliendo su función.

Buscando y trayendo, a todos aquellos que también el Padre engendró ...

Veo a la iglesia vestida de blanco, resplandeciente.

Veo a la iglesia gloriosa esperando a su Amado venir en las nubes y diciendo: ¡Ven pronto, Señor Jesús!

Veo a la Novia preparada. Su vestido limpio, su vestido santo, esperando a su Amado, para recibirlo de una vez y para siempre.

Veo muchos letreros de congregaciones cayendo, muchas barreras y tradiciones cayendo, veo a muchos siervos del Señor disponiéndose para servir a Cristo, que es el todo en todos.

Veo las puertas de muchas prisiones abiertas. Veo muchas cadenas cortadas, y veo multitudes corriendo a la libertad de los hijos de Dios.

Veo una iglesia pura, donde el único líder es nuestro Señor Jesucristo.

Veo, hermanos, que esta revelación que el Señor ha traído no fracasará.

Veo que las puertas del Hades no prevalecen contra la Iglesia.

Veo a la iglesia gloriosa, vestida de lino fino, danzando con el Cordero el Cantar de los cantares.

Veo a más pastores ... a más pastores

vanagloriosos, deponiendo actitudes ... ególatras ...

*en Santiago, en Chile, en Estados Unidos, en Argentina, entregándose al Señor.
Veo a los pastores que se les secará la gracia, y devolverán todas las ovejas al único Pastor, al príncipe de los pastores.
Veo a muchos que vienen del norte y del sur, del este y del oeste y juntos alabaremos al Señor.
Veo al Rey de reyes, al Señor Jesucristo, llenándolo todo en todo. Al que vive, al que reina, seguirá reinando desde ahora y para siempre.
Veo a las mujeres de la iglesia con señal de autoridad sobre su cabeza, reconociendo el gobierno de Dios, su orden, su voluntad.
Veo a muchos creyendo en el Señor Jesucristo por el amor que nos tenemos el uno para con el otro.
Veo un solo rebaño y un solo pastor.
Veo fiesta en los cielos. Veo a millares de ángeles que se gozan por la buena nueva, por la revelación que el Señor ha traído en este lugar. Veo que el Padre está gozoso porque estamos comenzando a ver el principio,... estamos comenzando como creyentes y como iglesia... estamos comenzando con el primer amor en Cristo como centro de todo.
Veo al mundo sorprendido preguntándose quiénes son estos, que siendo tan diferentes entre ellos, siendo de distintas razas, se abrazan, se besan con ósculo santo, se aman, y alaban al único Señor verdadero, nuestro Señor Jesucristo.
Veo a Dios allanando el camino, derribando paredes, para poner todas las cosas en Cristo.
Veo la comunión de los santos en Cristo.
Veo al Señor Jesucristo alzando a su Iglesia sobre las nubes.*

RUBÉN CHACÓN:

Oh, gracias al Señor, aleluya. Amén. Así será, Señor. Amén, Señor. Esta es la fe de tu iglesia. Esta es nuestra confianza en ti, Señor. Al declarar lo que hemos declarado, no estamos, Señor, confiando en nosotros, ni en nuestras capacidades, sino en ti Señor, en el poder de tu Nombre. En tu voluntad

perfecta, en tu propósito eterno. Gracias, Señor, aleluya!
¡Bendito eres! ¡Gracias, Señor!

03